

Alberto Ghiraldo

HUMANO ARDOR



Novela autobiográfica en que el autor, bajo el seudónimo de Salvador de la Fuente, nos narra su trayectoria vital desde su niñez, su adolescencia, su participación en la revuelta radical de 1893, su participación durante su juventud en la bohemia literaria bonaerense de principios del XX, así como su entronque en la vida política y literaria argentina.

Fundador del periódico *El Trabajo*, la llegada a la Argentina de Pietro Gori, nominado en la novela como Ruggero Aicardi, involucrará al protagonista en las filas del movimiento obrero antiautoritario de la época.

Alberto Ghiraldo

HUMANO ARDOR

Compañía Ibero-americana de publicaciones

1930

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

I. SALVADORITO

II. EL SUEÑO REDENTOR

III. LUCHA POLÍTICA

IV. JUVENTUD DE FUEGO

V. VIDA LITERARIA

VI. APOSTOLADO

PRIMERA PARTE

SALVADORITO

I

EVOCACIÓN

Casi en la cumbre de la vida, al doblar el cabo de sus cuarenta años, combatidos y tormentosos, Salvador de la Fuente, el escritor revolucionario, hijo de América, poeta y apóstol de un credo social, tan amplio y libre como la vida misma en su esencia más pura, acababa de desembarcar en el puerto de Barcelona, la inquieta, fabril y febril ciudad de España, a la que iba a conocer llevando, de paso, un mensaje solidario y cordial de los obreros argentinos para sus hermanos europeos.

Horas después de su llegada, Salvador de la Fuente, apresado por las autoridades españolas, ingresaba en la cárcel de la ciudad condal.

* * *

En su vida de propagandista y combatiente era ésta quizá la vigésima vez que pasaba por un trance análogo.

Allá, en su Buenos Aires cosmopolita, se le había respetado durante los períodos de normalidad constitucional, pero siempre, en los momentos de agitación colectiva —cuando los gobiernos, para sostenerse y poder con más holgura sofocar movimientos populares, echaban mano al recurso del estado de sitio, al que son muy afectos, pese a su cacareado republicanismo—, había sido su persona señalada como una de las más salientes y peligrosas, razón por la cual el encierro era para él un dolor con el que estaba en contacto frecuentemente.

Su juventud impetuosa, el ardor que ponía en todas sus luchas, la pasión que le encendía y el eco de la calle que forzosamente, dado su prestigio público, tenía que llegarle en alguna forma a través de las paredes de sus calabozos, hacíanle menos tristes estos enclaustramientos temporales, tan abrumadoramente molestos para temperamentos como el suyo, amantes fieles y violentos de la libertad, sobre todas las cosas de la Tierra.

Pero esta vez, por primera vez, Salvador de la Fuente experimentó, al penetrar en la celda carcelaria, deparada a su persona por las autoridades españolas, un sentimiento extraño de dulce melancolía, muy distinto al que le embargara allá en su Buenos Aires cosmopolita, cuando todas las fuerzas explosivas de su organismo de rebelde eran solicitadas por el ambiente de fuego que le envolvía.

Cayó en melancolía, pues, en una especie de ensueño embargante pero fecundo y milagroso, y sintió algo así como una necesidad consoladora de evocar, en el encierro forzado, todo su pasado de luchador intrépido y sin tacha. Pero lo más particular de este sentimiento, tan íntimo y tan tierno, era que las épocas reconstruidas nítida y firmemente por su imaginación iluminada, referíanse a las de su infancia balbuciente, a las de sus primeros años

de niño precoz, aquéllas más distantes en el recuerdo y en la vida, esas que él creía sepultadas para la eternidad en zonas vagas de sombra y olvido.

Y el pobre perseguido dióse a soñar.

II

CARNAVAL PROVINCIANO

Un recuerdo, el más lejano de todos, que acudía desde lo más profundo de su pasado y que erguía esbelto y luminoso en su imaginación soñadora, concretábase en una escena ocurrida en un día de carnaval, allá en el Traful, la pequeña ciudad de provincia argentina, donde viviera y padeciera los primeros años de su niñez, que no fue siempre rosada.

Estas fiestas de carnestolendas se celebraban entonces en una forma primitiva, casi bárbara. Permitido en ellas el uso de agua, ésta se empleaba en los más variados modos, desde la contenida en el pomo perfumado, la cáscara de huevo, sellada con lacre hirviente, o el globo de goma coloreada, hasta la del cántaro o cribo, recogida en los pozos y aljibes abundantes en la localidad.

Reñíanse verdaderas batallas entre la gente joven, formándose bandos masculinos de combatientes que, cubos al brazo, asaltaban las casas conocidas, donde, reunidas, les esperaban las entusiastas y arrogantes muchachas del contorno, y era de ver cómo, pese a su sexo, no solían ellas sacar la peor parte en las empecinadas refriegas. En el fondo de cada casa tenía preparada una gran tina o bañera, donde el más débil sufría el gran remojón entre la algazara

estruendosa de las atrevidas jugadoras, algunas de ellas verdaderas Amazonas por su agilidad y fortaleza.

A determinada hora de la tarde, entre las dos y las cinco, autorizábase el juego en la calle, dándose la señal para su comienzo y cese por medio de las campanas de la iglesia, cuyo campanero tenía para el caso toques especiales, mezcla de atención y de rebato.

Organizábanse *cantones* en las principales casas, donde permanecían ocultos los jugadores, y de las que salían en pequeños grupos para acosar a los incautos transeúntes que, por ignorancia o por necesidad algunos, se echaban por la ciudad a esas horas.

Dábase el caso de que un forastero entraba por una de las calles en que se hallaban los *cantones*, y entonces se lanzaba un alerta convenida de antemano: un silbido agudo, un grito misterioso, el estallido de un cohete. Penetraba en la calle la víctima presunta, y, como por arte de encantamiento, brotaban de sus guaridas los cantonales, cayendo sobre ella como trombas. Los cubos de agua se vaciaban en el cuerpo del incauto, y, en menos tiempo que el necesario para cantar un gallo, quedaba aquél hecho una sopa. Ya empapado, se le cubría de harina, y entre los alaridos que arrojaba por su boca se le escarnecía aún con la burla soez, hasta dejarlo en la más lastimosa de las situaciones.

Esta diversión, si así puede llamarse, era brutal, violenta y casi feroz, y aunque algunos la resistían llegando a la indignación en su gesto de repulsa, todos, por fin, la toleraban, aunque en verdad no la sancionasen, como si el juego bárbaro fuera una fatalidad colectiva contra la que no cabía rebelarse.

Claro está que a cada instante se promovían incidentes y choques violentísimos que llegaban a colocar a los protagonistas al borde mismo del drama.

Y he aquí que era, precisamente, uno de estos acontecimientos lamentables y tumultuosos el que acudía ahora a la memoria de Salvador de la Fuente, precisándose en ella a través de los años con claridad admirable de evocación.

Ocurrió, pues, que un muchacho de campo, que entraba a la población durante la hora destinada al juego bárbaro, al sentirse acosado por los grupos, echó pie a tierra del brioso caballo que montaba, y en actitud desafiante, retadora, cuadróse ante los asaltantes.

Prodújose la expectativa y, de pronto, un ruido ensordecedor llenó el ambiente. La jauría ladraba:

—¡A él! ¡A él!

Y, como desatado por un resorte, cayó sobre el gauchito el diluvio encerrado en los cubos de los cantonales.

El muchacho irguióse entero y apostrofó al atacante más cercano. Este le contestó dándole con el cubo un golpe feroz en la frente. Brotó la sangre de la herida, abierta con tanta brutalidad, y el muchacho, enloquecido por el ataque inesperado, conteniendo la sangre que le inundaba el rostro, cegándole por instantes, desnudó furioso el afilado cuchillo que era su instrumento de trabajo y avanzó, ebrio de furia, contra los agresores. ¡Ay de él! Cincuenta cubos, suspendidos en el aire, amenazaron aplastar la cabeza del gauchito, resuelto a jugarse la vida en el primitivo entretenimiento.

El niño contemplaba la escena estremecido de espanto. Temblaba de indignación por el gauchito herido, y toda su simpatía iba hacia el valeroso muchacho que, solo y en condiciones tan desventajosas, hacía frente a aquel grupo terrible e implacable de seres absurdos que por sostener una broma eran capaces de llegar al crimen. Y entonces pensó que si él fuera hombre le defendería.

—¡Papá! ¡Papá!— gritó desesperado.

Era el llamamiento de auxilio que el niño, impotente ante el tumulto, pero con voluntad protectora hacia una víctima, daba con aliento espontáneo y generoso.

—¡Papá! ¡Papá!

Y el padre, como si en el fondo de su alma hubiera repercutido la apelación filial y misericordiosa, movióse, impetuoso, colocándose rápido entre el grupo agresor y el muchacho herido y resuelto a defenderse.

Y Salvador de la Fuente recordaba que al ver avanzar a su padre, siguió tras sus pasos, encontrándose de pronto mezclado en el tumulto.

Su padre, vecino de gran respetabilidad en el pueblo, comprendiendo el peligro a que se exponían todos, aceptando la actitud dramática del muchacho, se determinó a intervenir en el incidente y lo hizo con resolución y acierto. Logró a poco calmar las iras de los jugadores, empeñados en castigar al rebelde, y, con palabras nobles y de bondad eficacísima, desarmó a éste, protegiéndole con su autoridad moral y sus músculos fuertes.

—¡Papá! ¡Papá!— volvió a gritar el niño, pero no ya en tono de apelación desesperada; y el padre, advirtiéndole junto a sus rodillas,

tuvo que cargarlo en brazos para librarle de encontronazos y pisotones.

Así marchó hasta la casa solariega, amparando a un tiempo al gauchito rebelde y al pequeño infante que, prendido a su cuello, le besaba entusiasmado, con besos que eran un premio a su actitud decidida.

Y Salvador de la Fuente recordaba cómo se había agigantado en su imaginación infantil la figura de aquel hombre que era su padre. Nadie más noble, ni nadie más valiente, pensaba con orgullo pueril. ¡Así debían ser todos los hombres! Qué diferencia con aquellos otros, esos cobardes, bellacos, crueles y sin alma, capaces si los dejan, de matar al gauchito porque éste no se sometía a sus burlas estúpidas y groseras. ¡Valiente gauchito! Bien había hecho en defenderse dando una prueba de virilidad, que él aplaudía con todas las fuerzas de su alma infantil.

Pero en lo más íntimo de su ser se agitaba una idea que le inundaba de vanidad. Para él, el héroe verdadero era su padre. ¡Cómo se había impuesto a todos, resolviendo con su gesto altivo una situación comprometida!

—¡Papá! ¡Papá! —exclamaba lleno de admiración, de gratitud y de cariño.

Y volvía a besar, entusiasmado, el rostro varonil de su padre.

Y Salvador de la Fuente, en la celda de la cárcel española, que el destino le deparara tan fuera de razón, seguía evocando recuerdos de esta escena lejana, que tenía para él un significado simbólico y profundo, puesto que ella —ahora lo comprendía— había tenido la virtud de revelarle por primera vez, siendo un niño, el verdadero

sentimiento de la justicia que, a través de la vida y del dolor, le acompañara desde entonces para siempre.

III

LA PRIMERA EXCURSION O «EL GALLEGUÍTO MATURRANGO»

Otro recuerdo, evocación infantil, resurrección maravillosa de su memoria, era un pequeño episodio del que fue actor junto con un muchachote español a quien sus padres le confiaran en sus primeras excursiones de jinete.

El aún imberbe gallego, al ser interrogado por la prudencia paterna, no tuvo el valor de confesar su ignorancia como caballista, o creyó que declararla era perder en consideración ante sus flamantes amos.

—¿Sabes andar a caballo? —le preguntaron.

Y el galleguito, que probablemente había cruzado solo el Océano, que solo había ya realizado proezas muy superiores, fiado, al par del héroe legendario, en su audacia y en su valor únicamente, contestó afirmando, porque con seguridad pensaba que en gestos análogos reside el secreto del éxito de los que no sabiendo nada triunfan en todo cuanto acometen.

Por eso, en el «sí sé», seco y oportuno con que el muchacho contestara a la interrogación formulada por los padres, radicaba la confianza con que éstos le entregaron el niño a su custodia.

—Pues le acompañarás por las tardes. Al efecto, dejarás el trabajo una hora antes de la reglamentaria —le dijeron.

Y así fue como un día, después de las últimas recomendaciones para evitar posibles accidentes, ya todo preparado, cuando el niño había aprendido a tenerse firme sobre la montura, se dispuso el primer paseo.

¡Día inolvidable aquél! En medio de la expectación familiar partió el niño montado en su pequeña jaca —el petizo que el amigo estanciero le regalara— y el galleguito en un manso caballo adquirido, especialmente para el caso, en la localidad.

¡Día inolvidable aquél! Todo era novedad para el minúsculo Salvador, Salvadorito, como le llamaban cariñosamente; pero lo que éste ignoraba era que esa novedad se extendía también a su acompañante, casi tan neófito como él en aquellas andanzas y aprendizajes.

Marchaban al paso regular de las cabalgaduras, recibiendo el hálito puro del aire primaveral. Sin apercibirse, acababan de salir del linde de la población, internándose en las quintas. De improviso, un perro, que al niño le pareció gigantesco, quizá un verdadero mastín de campo o, en realidad, un vulgar cachorro sin ascendencia conocida, apareció en un portalón próximo. Ver a los dos jinetes y acometerlos todo fue uno. Abalanzóse primero sobre el pecho del caballo y, rápido, giró sobre sus patas traseras, hizo un círculo completo alrededor de los jinetes y se arrojó, hecho una ñera, contra la cola del petizo. Este, amoscándose, se detuvo en seco y, simultáneamente, el niño salió despedido de la montura, cayendo como un pelele miserable en el colchón de polvo del camino.

El petizo, como si se diera cuenta de tan difícil situación, ni se movió del sitio, a la espera, diríase, de los acontecimientos.

El galleguito, agitándose nervioso ante la responsabilidad que se le presentaba, descolgóse como pudo de su cabalgadura para ir en auxilio del infante. Pero hete aquí que, mal jinete como era, dejó impensadamente abandonado el caballo, el cual, menos consciente que la dócil jaquita, al sentirse libre ensayó una retirada, iniciada con un menudo trote que fue aumentando a medida que desaparecía el peligro de ser prestamente apresado.

Puesto de pie el malaventurado jinete con la ayuda del galleguito, pudo verse que el golpe recibido era muy leve. Un revolcón apenas. Pasada la primera impresión del susto, el niño sonreía en brazos de su inexperto acompañante, quien, más torpe aun y confuso que la víctima de la caída, volvía a montarlo sobre el petizo. Cuando esta operación quedó realizada, dióse recién cuenta de la desaparición del caballo.

Entretanto, el maldito perro, que había ido en persecución del animal en fuga, regresaba lleno de ímpetu a ladrar y a acometer al grupo formado por el niño, la jaquita y el azorado muchachote.

—¡Vaya conflicto! —pensó éste—. ¿Qué hacer ante el desastre?

Por lo pronto, se dijo, deshacerme del perro.

Y con el látigo le acometió decidido. Ladró aquél nuevamente como un condenado, y, como conjurada por sus ladridos persistentes, hizo irrupción en la calle toda la jauría vecinal.

Perdida su paciencia, encabritóse el petizo, echó al aire sus patas contra los perros implacables, y, sin que el galleguito ni el niño pudieran impedirlo, lanzóse al camino en raudo galope.

Prendióse el jinete a la crin de su jaca, sostúvose así por un pequeño lapso sobre su cabalgadura; pero, de pronto, sintió que, sin

poderlo evitar, resbalaba a lo largo del costillar del petizo, y sin saber por qué fuerza era lanzado al espacio, quedó nuevamente tendido en el colchón de polvo del camino, aunque esta vez, y felizmente, sobre la propia montura.

El noble petizo, como en el accidente anterior, al sentirse sin jinete, detúvose de improviso en su carrera.

¿Qué había sucedido?

Con el galope inusitado aflojóse la cincha, que no era de presilla, sino de correas, atadas en una forma especial usada en la campaña bonaerense; después, deshecho el nudo de las correas, quedó la cincha al aire, debido a lo cual montura y jinete inexperto se deslizaron conjuntamente.

El nuevo percance iba a poner a prueba la perspicacia del galleguito, quien dio comienzo al arreglo de la montura, haciéndose un verdadero lío con las correas.

Entre tanto, en el camino polvoriento, acababa de surgir una figura extraña que, acercándose lentamente, fue adquiriendo fantásticos contornos ante los ojos azorados de nuestros héroes, especialmente de los del galleguito, para quien era totalmente exótica.

Era el aparecido una de esas gallardas figuras del campo argentino, evocación admirable de un pasado poético encarnado en el hombre nativo de la Pampa, conocido en el mundo con el nombre de gaucho, vocablo misterioso cuya etimología verdadera aún preocupa a los estudiosos. (Fuere la que fuere su etimología, la palabra gaucho es hoy en América, y particularmente en las márgenes del Plata, de donde es oriunda, símbolo de valor, de abnegación, de hombría, de altivez cívica, de nobleza siempre: «¡Ah, gaucho lindo!» se dice del

hombre a quien le adornan rasgos hermosos de categoría moral; «ése es capaz de hacer una gauchada, de quien se confía en su generosidad y carácter; y «es muy gaucho», por el que se sabe que no ha de dar vuelta jamás la cara ante el peligro, ni ha de defraudar la amistad, ni traicionar la palabra dada a quien puso en él su confianza y su fe.)

Fuerte, recio, cara enjuta y tostada por el aire y el sol, barba poblada y oscura como la cabellera, ésta abundante y lacia, chiripá negro, bota fuerte, sombrero de ala ancha y flexible, con barboquejo; poncho liviano de vicuña finísima que se ajustaba o caía, en pliegues serenos y artísticos, sobre el torso varonil; así era la figura que se acercaba.

Lo más extraordinario era el apero. Petral, espuelas, cabezales, riendas y estribos, todo era de plata, lo mismo que el freno del soberbio animal, un zaino oscuro que no cesaba de tascar la coscoja y arrojar espuma por la boca. Era aquello un deslumbramiento: la plata, labrada o bruñida, brillaba por todas partes. El cabo del rebenque o látigo, era de plata también. La montura, de bastos simples, pero armada con verdadera maestría, llevaba espléndidas bajas, sobrepuestos y cojinillos, cubierto todo por una manta de terciopelo bordado en seda de colores vivos.

El gaucho traía de tiro el caballo prófugo. Se detuvo ante el grupo, formado por los dos muchachos y el petizo, y, dirigiéndose al galleguito, con la socarronería propia de nuestros hombres de campo, inició el diálogo:

—Diga don... ¿es de usted este parejero?...

—¡Sí, señor! —contestó el muchacho, revelando con el gesto un profundo agradecimiento.

—El Señor está en el cielo —arguyó rápido el gaucho.

Confuso el galleguito ante la salida inesperada, guardó silencio.

El gaucho observó con detenimiento el cuadro que se presentaba ante su vista, y con su experiencia infalible en casos tales, dióse cuenta exacta de la verdad. Al examinar los nudos, hechos en las «correas de la cincha, miró con fijeza al galleguito y afirmó:

—Usté no es de la tierra.

Y el galleguito, reaccionando, con picardía manifiesta, con esa inteligencia fina, dulce y seductora que poseía, como don de la raza, contestó, mirando con intención al gaucho:

—Yo soy Francisco Gutiérrez...

Y el gaucho:

—Por la música, gayego... Y ya que usté se franquea no m'he de quedar atrás. Yo soy el gaucho Galíndez, pa servirle en lo que pueda...

Sin más preámbulos, se acercó al petizo y comenzó a desatar los nudos que, sin arte, acababa de hacer Francisco con las correas de la montura y en los que había empleado, con terrible empecinamiento, uñas y dientes.

Después, mientras cinchaba al petizo:

—Esto se hace ansina, amigo; mire y aprienda. Y vos también, charabón —agregó dirigiéndose al niño, absorto completamente ante lo que veía y escuchaba—. ¡Pero si es un mamoncito! —Y le acarició la cara.

Puesto el petizo en condiciones de continuar el interrumpido paseo, tomó el gaucho al niño en sus robustos brazos y, levantándolo en vilo, como lo hubiera hecho con un muñeco, lo sentó en la montura, continuando la lección.

—Las riendas aquí, en la surda. Y el rebenque en la otra. Tomá —y le alcanzó el látigo—. Las piernitas en comba, así —y se las dobló en arco—. Siempre prontas p'afirmártele al flete en las costiyas. Y el estribito en la punta. En esta forma —y le colocó el pie en el óvalo de hierro.

Y como el niño, a un movimiento del petizo, se asiera instintivamente al cabezal de la montura, el gaucho le quitó suavemente la mano, agregando:

—Eso no, amiguito. El gaucho no se agarra nunca del basto. Eso queda pa los maturrangos. Y usted es un crioyo, ¡canejo! Fuerza en las piernas y nada más.

Las manitas al aire siempre: ésta (por la izquierda) pa enderezarle la boca al bagual, si se encabrita, y así, con la rienda corta, pa levantarlo en el aire, si es preciso, porque trompieza; y esta otra (por la derecha), p'acariciarlo en el anca o cruzarle de un lonjazo la paleta, con un chirlo fuerte y seco, si mañerea o s'espanta.

Palmeó al pequeño caballo, le dio un golpecito en la cara y dejó al niño.

Al darse vuelta y ver a Francisco luchando con su caballo para montarlo, le hizo algunas indicaciones completando su lección de equitación: cómo debía colocar el cuerpo al costado izquierdo del bruto para evitar accidentes, el modo de apresar la rienda junto con la crin de la cruz para apoyarse en el salto; cómo era conveniente

bolear la pierna en el aire para caer sobre el lomo hecho de una orqueta y quedar, como dice el verso criollo,

pegao en el animal,

de suerte que caballo y jinete parezcan un solo cuerpo al galopar por la Pampa.

Hubo un silencio. El gaucho montó en su zaino. Después:

—Aura, hasta más ver. Yo voy pal Sur. Ustedes bajarán al pueblo, porque ya es tarde. Pero hemos de encontrarnos en alguna otra ocasión. Todas las semanas caigo por aquí. Ya saben que pueden contar siempre con l'amista del gaucho Galíndez. Adiós.

—¡Adiós, paisano! Y muchas gracias por todo —dijeron casi al unísono los dos compañeros.

Un momento después, al galope corto de su zaino oscuro, la silueta hermosa del gaucho comenzaba a perderse en el camino.

* * *

Salvador de la Fuente recordaba nítidamente la impresión inexplicable, aunque profunda, que la presencia inesperada de aquel gaucho produjera en su imaginación infantil. El no supo ni pudo definirla con exactitud, sino pasado mucho tiempo. Era, en realidad, una impresión estética que, andando los años, influiría decididamente en su temperamento de artista, sugiriéndole sentimientos e ideas que tradujo en imágenes brillantes. Fue aquélla algo así como una aparición reveladora, mágica, inolvidable y fecunda para su vida de poeta. Y ahora, en la prisión, recordaba también que esa noche el niño se durmió soñando con el brioso y piafante zaino oscuro del gaucho Galíndez, todo cubierto de plata.

Recordaba, además, el silencio obstinado de su acompañante y guardador al regresar del paseo, camino de la casa. El galleguito iba pensando en la gran responsabilidad en que había caído ante sus patronos después del accidente. Decididamente él les había engañado cuando confiaron el niño a su pericia. Y era precisamente su inexperiencia ocultada la que estuviera a punto de provocar una desgracia irremediable.

El niño, dándose cuenta exacta de aquella situación embargante, penetrando sutilmente en el pensamiento que absorbía la cabeza del compañero, determinó interpelarlo.

Iban marchando al paso menudo de las cabalgaduras, y en medio del crepúsculo serenísimo sólo se oía el golpe seco de los cascos de las bestias sobre el camino de polvo: ¡choc! ¡choc! ¡choc!...

El galleguito iba mascullando en su imaginación la forma en que explicaría el percance. ¿Hablaría el niño?

—Oye, Francisco —dijo éste—. Tú no dirás nada en casa de lo que ha pasado, ¿verdad? Porque si hablas no nos dejarán salir otra vez.

A Francisco se le abrió de contento el alma. Era lógico que no hablara. ¿Para qué? Además, verdaderamente no había ocurrido nada grave. (Gracias al petizo, pensó Francisco para sus adentros; y lo mismo pensó el niño, pero ninguno de los dos hizo alusión a este pensamiento.)

Sin embargo, el galleguito no las tenía todas consigo, y confiando en la nobleza del niño quiso afirmar su situación en forma más definitiva. Agregó:

— Es que si tú hablaras, si tú me delataras, yo perdería el puesto que me han dado tus padres ¿Entiendes? —Y miró al niño con enternecimiento.

Y el niño, comprendiéndolo todo, seguro de sí mismo:

—Yo no te delataré, Francisco. Callaré porque tú eres bueno.

Y por el gesto de convencimiento, dibujado en su fisonomía, hubiera podido decirse que en aquel instante acababa de adquirir la conciencia de la responsabilidad.

* * *

Seguía soñando. El desfile de visiones retrospectivas confundíase a las veces en su imaginación febricitante, pero en medio de ellas surgían algunas con relieves definitivos.

¿Eran acaso los hechos que las motivaban los que habían ido dejando huellas hondas en su espíritu y modelando su carácter de hombre moderno, de luchador y, quizá, quizá, de predestinado?...

IV

SUPLICIO DE EDUARDA

Entre los servidores de su casa, fuera de Francisco, estaba un matrimonio que tenía una hija tres años mayor que Salvadorito, quien contaba ocho de edad cuando ocurrió el episodio que ahora venía a su imaginación, envuelto en los demás recuerdos, tristes y alegres, de su infancia.

Eufemia, la madre de la muchacha, era una antigua servidora, una de esas excelentes mujeres que parecen venidas al mundo sólo para alivio y consuelo de otros seres superiores en condición social.

Honrada, mansa y trabajadora como la que más, respetuosa y humilde hasta la exageración para con sus amos, poseía energías extraordinarias e insospechadas para con los suyos.

Dominaba al marido, un veterano de las guerras civiles argentinas, que después de cien combates en que derramara a raudales su sangre generosa —y de esto eran testigos irrecusables las veintitantas cicatrices, algunas enormes, dibujadas en su cuerpo por las balas y los sables enemigos—, había llegado fatigado de espíritu y un tanto exhausto de físico a los brazos de aquella mujer que siendo su tirana fue también su refugio y su providencia.

El viejo soldado, capaz de luchar contra los más terribles adversarios, quizá no imaginó nunca que iba a ser el instrumento dócil de una hembra que, aunque llena de virtudes domésticas, tenía el carácter elástico y flexible de los que, doblegándose ante los que consideran superiores, saben imponerse a sus iguales.

Ella era, pues, la que manejaba el hogar que había formado; era, en verdad, la que más trabajaba, porque el marido, el viejo veterano de las guerras civiles, algo inválido, solamente servía para pequeños menesteres: preparar la leña para la cocina, hacer una que otra diligencia en la calle y, por la noche, mientras Eufemia terminaba sus quehaceres, entretener a los niños de la casa con cuentos y leyendas.

Un día, necesitando ayuda, llevó a su lado a Eduardo, la hija menor. Esta atendía también algunas tareas inferiores, cerca de la madre de Salvadorito, quien llegó a tener en la muchacha una

confianza sin límites. Por eso cuando de su tocador desaparecieron varias alhajas ella dudó en acusar a Eduarda, y lo que hizo fue llamar a Eufemia para consultarle el caso.

Eufemia calculó todo con serenidad sorprendente, pero con una especie de tranquilidad presagiente. Al final del diálogo exclamó con firmeza trágica:

—¿Mi hija ladrona? ¡Primero muerta! Déjeme, señora; yo averiguaré. Y si, como sospecho, Eduarda ha robado, ¡pobre de ella!

Fue a la cocina, se encerró con la hija, a quien sometió a un minucioso interrogatorio, y como no consiguiera de ella una declaración satisfactoria de su actitud, llamó al marido, el viejo veterano de las guerras civiles, y le ordenó el suplicio de la muchacha.

Atada ésta a una pesada silla rústica, el viejo veterano descíñóse el cinturón de piel de potro, curtida por él mismo, y, a la voz de mando de la terrible mujer, dio comienzo el castigo.

—¡Confesá la verdá o te hago matar a azotes! —dijo la madre implacable—. ¡Si sos ladrona, decilo, pa curarte a tiempo! ¿Vos has robao? ¿Dónde están las alhajas?

—¡No, no, y no! —gritaba la pobre Eduarda.

—¡Estás mintiendo! Te lo conozco en los ojos. ¡Decí la verdá, decí!

Después al marido:

—¡Seguí dándole duro, aunque reviente!

Y el viejo veterano de las guerras civiles, convertido en verdugo de su propia hija, levantaba sobre ella el brazo, todavía vigoroso al

impulso superior e irresistible del demonio feroz que era su mujer en aquel momento.

Un alarido espantoso, desgarrador y angustiante, llegó a los oídos de la madre de Salvador.

Algo tremendo sospechó ésta y desalada corrió a la cocina. Empujó con violencia la puerta y penetró en el sitio de tortura.

—¡Mujer! —gritó a Eufemia—. ¿Qué es esto?

Eufemia hizo un gesto que quería decir:

—En mi hija mando yo.

—En mi casa no se castiga así a nadie —agregó la madre de Salvadorito.

Y dirigiéndose al veterano de las guerras civiles, con una voz que era una orden incontestable:

—¡Desátela!

Aunque sin ánimo de resistir, el veterano miró a su mujer como pidiéndole con los ojos consentimiento para obedecer y comenzó en seguida a deshacer las ligaduras que amarraban a la silla el cuerpo de la pobre torturada.

Ésta, una vez libre, fue a refugiarse en las faldas de la señora.

A todo esto Salvadorito, que había presenciado la escena desde su iniciación espiando por las rendijas de las puertas, temblaba de emoción al lado de Eduarda, y con mirada suplicante clavaba ahora sus ojos llenos de ternura y azoramiento infantil en los expresivos y ardientes de la madre.

—¡Señora, señora! —gritaba Eduarda—. Defiéndame. ¡A usted se lo diré todo!

Y, en actitud desesperada, se prendía de los vestidos de la señora.

—Ven conmigo —dijo ésta.

Y se llevo a la muchacha.

Sin articular una sola sílaba más, Eufemia se aproximó al fogón de su cocina, continuando, imperturbable, sus tareas culinarias.

El viejo veterano empuñó el hacha, y, como aliviado por aquel final inesperado de escena, se encaminó hacia el patio último de la casa, donde momentos después sonaban los secos golpes dados con sus brazos nervudos sobre los troncos de sauce, que, hechos astillas, servirían más tarde para la preparación de la comida nocturna.

Al poco rato volvía la madre de Salvadorito con Eduarda, y, dirigiéndose aquélla a Eufemia, dijo:

—Las alhajas han aparecido.

—¿Ha sido ella? —interrogó Eufemia anhelante.

—Sí —dijo la señora—. Pero yo la he perdonado y le he prometido pedirle a usted que haga lo mismo. No volverá a robar.

Eufemia contrajo su cara con un gesto indefinible, mezcla de dolor, de impotencia, de ira y de amargura, rompiendo a llorar en silencio.

—¡Mi hija ladrona! ¡Mi hija ladrona! —masculló entre dientes, y cubriéndose el rostro con un lienzo que tenía en las manos, se arrojó en la silla de madera fuerte, donde unos momentos antes sufriera tortura Eduarda.

Así permaneció hasta que la señora acudió en su auxilio. Y dijo:

—Eufemia, no llore usted. Esto no lo sabrá nadie. Lo que ha hecho Eduarda es sólo una travesura que no volverá a repetirse. Vamos, levántese.

Y dirigiéndose a la muchacha, en cuyo semblante aparecía como una aurora brotada por la bondad que le envolvía:

—¿Verdad, Eduarda, que esto no ocurrirá otra vez? Prométemelo delante de tu madre, y puesto que tanto te gustan las alhajas yo te regalaré unos pendientes para el día de tu santo, si eres buena y no la haces sufrir.

—Señora —dijo Eufemia—, usted es una santa y por usted no moriré yo de vergüenza.

—Perdóneme, mamá —dijo Eduarda arrojándose en el seno de Eufemia—. No lo haré más, se lo juro.

Y, abrazadas, lloraron las dos mujeres.

Salvador evocaba aquella escena, y ahora comprendía que ella había despertado en él el verdadero sentimiento de la piedad; ahora comprendía que era su madre quien había, en realidad, sembrado en su espíritu la semilla purísima de la tolerancia y el perdón.

V

EL CARNERO, JUGUETE VIVO...

Ahora era la figura de la madre la que surgía en su imaginación con todas sus líneas reveladoras.

Recordaba que en el hogar donde naciera fue ella la que por la inteligencia y la bondad impuso su personalidad sobre todos.

Nunca la vio irritada y en medio de las más grandes contrariedades por que atravesó la familia, siempre fue ella la luz guiadora, el agua clara y serena en que abrevaron los suyos.

—¡Madre! —exclamó el prisionero.

Y fue como si del fondo del recuerdo, al grito evocador y poderoso, la augusta efigie de la gran mujer apareciera, para consolarlo y fortalecerlo, entre las cuatro paredes miserables de la celda carcelaria.

* * *

El verdadero espíritu rector y educador de la casa de Salvador de la Fuente, había sido el de la madre. Tres generaciones —formadas por la abuela materna, el padre y la madre de Salvadorito, éste y sus dos hermanos— recibían el influjo de aquella mujer excepcional en su ambiente.

El padre, un hombre bueno, sentimental y de carácter decidido, carecía, en realidad, de otras condiciones requeridas por un jefe de familia moderno. Despreocupado de todo lo que no fuera el amor de su mujer, a quien adoraba, vivía exento de ambiciones personales, rasgo que le enaltecía pero que también le perjudicaba

grandemente, habiendo despreciado varias oportunidades ofrecidas por los grupos políticos de la ciudad provinciana en que vivía y que le hubieran dado motivos para que su personalidad destacase.

Descendiente de grandes negociantes italianos, él lo era por tradición de familia, pero lo cierto es que nada se avenía menos con las prácticas financieras que su espíritu desordenado, generoso y altruista hasta el sacrificio.

Así, todas las operaciones comerciales en que intervenía —e intervenía en muchas— eran para favorecer a alguien: un pariente en desgracia o un amigo venido a menos, que solicitaban su ayuda, jamás negada a nadie ni en las ocasiones más peregrinas.

En ninguna de estas oportunidades él se reservaba nada para sí; cargaba con la parte más difícil, y rara era, naturalmente, la vez en que el usufructo del negocio, si lo había, le alcanzase.

En otras ocasiones se perdía por completo el capital —siempre suyo, claro está— puesto en el negocio y todos quedaban tan amigos.

Esta conducta trajo por consecuencia una situación insostenible: el fantasma de la quiebra ignominiosa apareció un mal día en el horizonte de la familia de Salvador de la Fuente, y fue entonces que la madre, la gran mujer, quien no había todavía intervenido con efectividad en los asuntos comerciales del marido, tomó injerencia en ellos como consejera primero y después como organizadora. Y ella fue la que con sus indicaciones acertadas y prudentes medidas salvó al compañero de la catástrofe que parecía inevitable.

Salvador recordaba cómo ella era la que redactaba las cartas en su alcoba, las mismas cuyos originales llevaba después el marido a su

despacho para contestar a los abastecedores y acreedores de la capital.

Además, organizó la cobranza menuda de la casa —toda la población tenía cuenta abierta en el almacén del marido, almacén o tienda especial en que se vende de todo y que es una de las características del comercio en las provincias argentinas— y empezaron a cobrarse débitos ya archivados por considerarse perdidos.

Limitóse el crédito, se adoptaron una cantidad de medidas de higiene comercial, dignas de un pequeño economista y en poco tiempo, calafateado convenientemente y repuesto de sus averías, pudo continuar navegando aquel barco que amenazaba hundirse por falta de piloto.

* * *

A estos días, precisamente, se mezclaba otro recuerdo inolvidable y al parecer trivial, pero que dejó honda huella en el espíritu de Salvador y en el que intervino su madre en la forma que va a verse.

El mismo amigo estanciero que le regalara el petizo le había hecho otro presente lleno de encantos para el niño: un hermoso corderuelo que creció a la par de Salvadorito, quien le educó a su manera y con el que hizo una amistad estrechísima.

El animalito fue transformándose y en poco tiempo la tímida y rústica bestezuela habíase convertido en las manos del niño en un soberbio carnero lleno de fuerza y habilidades.

Ayudado por su hermano menor, que era un hábil carpintero, y por otro amiguito, hijo de un herrero vecino, Salvadorito había construido un pequeño carro que hacía arrastrar por el carnero, y en

el cual los tres niños, turnándose, salían a dar paseos por las calles de la ciudad, seguidos por el asombro y la envidia de los demás chiquillos.

No olvidaba un sólo detalle de este episodio singular.

La construcción del carro había durado meses, así como el adiestramiento del carnero, convertido en pequeño caballo de tiro.

Los arreos mandados preparar por el padre de Salvadorito en una talabartería, eran preciosos y adecuados: pechera, yuguillos, cinchas, encimera y demás guarniciones, todo como si se tratara de un verdadero caballo en miniatura.

Un día —dichoso y único—, ya todo en condiciones, dada la última mano de pintura al carro —iba éste pintado de verde, un verde claro y fresco que se usaba mucho en las puertas y celosías de la localidad, un verde inolvidable también—, decidieron los niños la primera excursión.

Uncido el carnero al flamante y original vehículo, montó en él Salvadorito con toda la arrogancia de un experto conductor.

Es necesario observar aquí que las pruebas con el animalito habían sido hechas en uno de los amplios patios de la casa; así es que cuando Salvadorito montó en el carro, empuñando riendas y látigo, y dio la orden de marcha, el carnero arrancó con paso magnífico, que a poco convirtiéndose en trote regular.

Pero el inevitable percance de estas gimnasias infantiles, apareció por sorpresa, como no podía menos de acontecer.

Ello fue que, cuando recorrido gran trecho de carretera, después de vencidos muchos y naturales obstáculos, ya en viaje de regreso, al atravesar un bache, con alguna mayor velocidad de la alcanzada

hasta entonces, el carro, por defectos de construcción seguramente, parti6se en dos pedazos: uno el tren de hierro, sobre el que qued6 enredado Salvadorito en mitad de la calle, y otro formado por la tosca carrocería, que qued6 uncida al carnero. Este, impaciente y nervioso, impresionado por el accidente, emprendió una marcha desesperada, vertiginosa, arrastrando los fragmentos del carro hacia la querencia, verificando su aparición en la casa, en medio del azoramiento y el estupor consiguiente de los padres de Salvadorito.

Cuando 6ste lleg6 cerca de sus padres, los encontr6 sumidos en la m6s terrible ansiedad, contemplando los restos del carro despedazado y formulando las m6s tristes conjeturas sobre el destino de sus ocupantes.

Feliz y casualmente, pasados algunos minutos de dolorosa espera, vieron llegar incólumes a los ni6os; pero el malhadado accidente predispuso en la casa el 6nimo de todos contra el pobre e inocente carnero.

Y así lleg6 otro día, el m6s negro de aquella 6poca para Salvadorito, en que una nueva peripecia de que fue v6ctima la abuela, vino a agravar la mala situaci6n creada para el peque6o animal.

Entre las pintorescas haza6as que el ni6o le había ense6ado, figuraba la de dar terribles topetazos. Salvadorito abría la puerta del corral o patio en que se refocilaba el carnero, y 6ste lo acometía con brío inusitado. Era un ejercicio admirable. El ni6o, con agilidad sorprendente, recibía la topada del carnero en el aire, conteniéndole con la palma de la mano derecha y retrocediendo hábilmente para hacer inofensiva la acometida. Se trataba de una especie de gimnasia carneril, llena de inter6s y de invenci6n propia que le

enorgullecía. Después de varios encuentros análogos, a una voz imperiosa de Salvadorito, el animal cesaba en sus embestidas, rindiéndose al cariño del infantil dominador.

Llegó un momento en que la impulsividad cultivada del carnero, se hizo peligrosa, tanto que para penetrar en el patio donde se guardaba, tenían las demás personas de la casa que acudir a Salvadorito, para que las protegiera de la furia del animal atándole previamente.

Una mañana, creyéndolo en excursión con el niño, abrió la abuela la puerta del patio. Iba, como era su costumbre, a darles a sus gallinas la comida sobrante del desayuno. Presentarse en el patio la buena señora y atropellarla el carnero con sus cuernos, fue obra de un instante. Un topetazo feroz en una de las rodillas casi da con ella en tierra. Felizmente, el viejo veterano de las guerras civiles que reposaba en la cocina, oyó el grito de dolor de la abuela y acudió en su auxilio, llegando en momentos en que el carnero se preparaba para continuar en su bárbara gimnasia.

La buena abuela se indignó, y fuera de sí, llevó la queja al jefe de la familia. Era temerario tener en la casa a aquel animal convertido en un peligro inminente. Si no la socorren, a buen seguro que el carnero da terrible cuenta de sus huesos, rompiéndoselos a topetazos. La queja, considerada más que razonable, justísima, provocó la sentencia sin apelación, y el reo, condenado a la última pena, fue sacrificado al día siguiente. El veterano de las guerras civiles ofició de verdugo, y antes de que el sol apareciera, con las primeras claridades de la aurora, el magnífico carnero, el gran amigo de Salvadorito, el compañero de alegrías, su entretenimiento irremplazable, su juguete sin par, vivo y armonioso, caía inmolado en aras de la tranquilidad familiar.

Al levantarse ese día Salvadorito, llamólo su padre para advertirle con muchos circunloquios, que el carnero, en vista de lo ocurrido con la abuela, había sido llevado a la estancia del excelente amigo que se lo regalara y donde podría verlo en el verano próximo.

Salvador de la Fuente recordaba que al recibir estas explicaciones, con reticencias en el fondo, tuvo un amargo presentimiento, pero que guardó un silencio expectante, profundo y cauteloso que alarmó un tanto a su padre, quien le contempló con cierta inquietud abundando entonces en detalles minuciosos para que sus afirmaciones no pudieran ser puestas en duda por el niño.

Nuevo silencio de Salvadorito y nueva inquietud del padre.

Por fin:

—¡Yo quiero mi carnero! —prorrumpió el niño con energía inquietante.

—Tu carnero no podía permanecer en casa. Era un peligro constante. El otro día por poco te mata a ti y ayer casi le rompe un hueso a tu abuela.

—Papá, yo quiero mi carnero. Si no me lo dan, creeré que lo han muerto, y entonces...

—¡Estás loco, criatura! —interrumpió el padre realizando un esfuerzo y mintiendo piadosamente, porque acababa de darse cuenta de que la verdad en este caso sería quizá funesta para el niño.

Este volvió a caer en silencio, se dejó acariciar por su padre; en silencio se encaminó al pequeño corral donde dormía el carnero y por su cuenta empezó a indagar lo acontecido.

Interrogó, resuelto, al viejo veterano, y éste, advertido oportunamente, le ocultó con habilidad aparente, la muerte del animalito, negando en absoluto su participación en el «crimen». Al carnero se lo habían llevado a la estancia esa mañana, aprovechando la oportunidad de un viaje que debía hacer un vecino de la amistad de la casa. El viejo veterano habló repitiendo la lección que le diera el padre de Salvadorito, pero éste no quedó convencido, continuando en su tarea inquisitiva.

Para despistar al niño, el animal muerto había sido entregado a un carnicero conocido de Eufemia y a quien ella le vendió la piel. En cuanto a la carne, se convino en que sería sacada de la carnicería poco a poco y de acuerdo con las necesidades diarias.

Salvadorito tuvo una inspiración. De pronto se le iluminaron trágicamente sus negros ojos y partió, rápido, en busca de su amigo el carnicerito, hijo mayor del dueño de la tienda, donde el cuerpo del delito permanecía aún sangriento.

—Dime, ¿aquí han traído un carnero muerto, o para matarlo, esta mañana?

—Aquí han traído muchos carneros muertos esta mañana.

—Te pregunto por el mío: tú lo conoces.

El carnicerito miró fijamente a su amigo y vio en él algo muy raro, particular, extraño. Y como era bueno y le tenía afecto, se propuso ayudarlo en lo que le pidiera.

—Yo no sé. Pero si está aquí, tú lo verás. Ven conmigo.

Y penetraron entre las reses muertas.

Todas las pieles colgantes de los grandes garfios parecíanle las de su amado animalito. Las miraba, y sobre ellas lanzábase anhelante, buscando la revelación de la triste verdad. En esta observación se hallaba cuando un detalle fatal le detuvo dejándole extático. Ayudado por otro de sus amiguitos, el herrero, también vecino inmediato, él con un hierro candente había horadado las puntas de los cuernos de su carnero, colocando en los agujeros respectivos dos grandes cascabeles que sonaban a gloria cuando, arrastrado en el carro, Salvadorito recorría triunfalmente las calles silenciosas de la apacible ciudad. Pues bien: allí, para su desesperación y su amargura, pendiendo de una piel ensangrentada, la más ensangrentada de todas, estaban los cuernos perforados de su carnero. Los cascabeles habían desaparecido, pero los agujeros, no. La señal era inequívoca, definitiva.

Y entonces sobre el carnero degollado, el niño derramó sus lágrimas ardientes.

* * *

Salvadorito no podía convencerse de que su padre, su noble, su querido padre, hubiera autorizado aquel «asesinato». ¡Qué crueldad, qué infamia, qué injusticia! ¡Corazones duros, corazones de piedra, sin amor, sin ternura, sin cariño, sin piedad alguna! Su pobre animalito, su amigo, su dulce amigo de todas las horas, allí estaba, sin vida, convertido en una piltrafa sanguinolenta y despreciable. Todo cuanto restaba de él era aquel pellejo enrojecido, aquella lana sucia, aquellos despojos inútiles. ¡No podía conformarse, no se conformaría nunca! Se rebelaría contra su padre, odiaría a su abuela, y, si su madre apoyaba el «crimen» y no le defendía a él, poniéndose de su lado en el castigo que pensaba infligir a los verdugos, tampoco la querría en adelante. Y en cuanto al viejo veterano de las guerras

civiles, degollador cobarde de inocentes —ya el padre del carnicerito había hecho saber a los niños que el marido de Eufemia fue el portador del carnero muerto— cuando él llegara a ser hombre, le daría un tiro en la cabeza...

—¡Te juro que ésta me la pagan! —díjole en tono airado a su amiguito.

Y salió de la carnicería con el ánimo predispuesto a la rebeldía y a la venganza.

Salvadorito llegó a su casa. Era la hora del almuerzo. Cruzó, sombrío, los patios. Fue al corral donde estaba su «petizo», lo ensilló con rapidez, montó en el —ya era un jinete consumado—, y, sin que nadie lo advirtiera, por el portalón de servicio, se echó a la calle con la firme intención de no volver más a su casa.

Cuando la madre de Salvadorito se enteró del sucedido y de la desaparición inesperada del niño, tembló de emoción padeciendo lo indecible. Después reprobó el acto cruel con toda la energía de que era capaz, ordenando que se buscara al prófugo inmediatamente.

Una hora más tarde, servidores y amigos íntimos de la casa buscaban, desesperada e inútilmente, por calles y paseos públicos, las huellas del desaparecido.

Y así, en esta ansiedad y esta zozobra, llegaron las últimas horas de la tarde sin que Salvadorito apareciera vivo ni muerto.

Unos en coche y otros a caballo recorrían los alrededores y sitios lejanos de la ciudad por donde los vecinos creían haberle visto pasar. Pero todas las investigaciones resultaban estériles. Ni el niño, ni el «petizo» se hacían visibles a los ojos de sus perseguidores.

Fue al médico amigo a quien se le ocurrió la idea de ir a buscar a Salvadorito al rancho del gaucho Reyes, padre que era de su cochero y adonde semanalmente acudían de paseo con el niño.

El gaucho Reyes vivía a dos leguas de la población y nunca hasta ese día Salvadorito había realizado, solo, jornada tan larga.

—Ya veremos —dijo el médico— si el niño es capaz o no de esta hazaña.

Y hacia el rancho del gaucho Reyes púsose en camino la comitiva.

* * *

El preso recordaba que, precisamente, cuando al aparecer las primeras sombras del crepúsculo, adivinó más que vio en la lejanía, el «cupé» inconfundible del médico de la casa, se encontraba en una situación poco halagüeña.

Con el hijo del gaucho Reyes habían determinado ir a bolear avestruces en el campo vecino del inglés Lowe, un rico y original «estanciero» que vivía patriarcalmente a orillas del río Luján.

Pero la curiosa figura del inglés Lowe merece párrafo aparte...

* * *

Era éste un hombre de excelente cultura —así lo comprendió Salvador cuando se hizo hombre y conoció detalles extraordinarios sobre su vida—, aunque lleno de peculiaridades pintorescas que atraían la atención de todos hacia su persona.

Fue uno de los primeros pobladores de la Pampa que fomentó la cría del avestruz, una de las importantes riquezas de dicha región argentina. Hasta entonces era el avestruz un animal salvaje al que para utilizar sus plumas, apreciadísimas en la industria, se lo mataba

sin piedad. El gaucho y el indio aprovechaban algo de su carne, la pequeña parte denominada «picana», y dábase el caso frecuente de sacrificar uno de estos hermosos zancudos sólo para disponer de aquélla, abandonando en el campo, con lamentable indiferencia, el resto del animal. Cuando cazaban una cantidad grande —cien, doscientos avestruces— los mataban cruelmente, arrancándoles después las plumas, que vendían en las «pulperías» o tiendas acopiadoras de los productos campestres.

El gaucho Reyes no aceptaba la nueva situación creada, particularmente por el inglés, respecto a la caza de avestruces. El creía, con encantadora sinceridad, que estos fuertes zancudos habían nacido exclusivamente para entretenimiento inocente de los gauchos, es decir, para que éstos con toda libertad y usando de su astucia y pericia sin igual, los bolearan en campo abierto y los despedazaran desplumándolos a capricho y brutalmente.

Por estos motivos, solía dejar a sus hijos que realizaran incursiones subrepticias en el campo del inglés con el fin de bolear alguno que otro avestruz, cuya picana él devoraba como manjar delicioso.

El inglés, que conocía los resabios del gaucho, permanecía en acecho y personalmente vigilaba sus animales con una decisión y una constancia asombrosas.

Era digna de verse la figura de aquel hombre recorriendo sus posesiones en viaje de inspección. En un coche amarillo, de altas y finas ruedas, una especie de *breack* cubierto con un gran paraguas verde a guisa de capota; vestido él con pantalón y chaqueta gris, sombrero de copa del mismo color, bota alta y fuerte y arrastrado por dos magníficos caballos trotadores, iba el inglés así, tan

originalmente ataviado, y armado con una escopeta de dos cañones digna de todos los respetos.

Y ahora dejemos por un momento a Mr. Lowe, recorriendo su campo en viaje de inspección y preocupado del brillante porvenir de sus avestruces, para seguir las huellas de Salvadorito.

El niño había salido de su casa agitado por una tormenta interior. Taciturno, con el alma encendida en rencor, loco por la injusticia de que él creía víctima a su inocente carnero, y como poseído por un vértigo, cruzó por las calles céntricas de la ciudad, al galope tendido de su cabalgadura, a pesar de la prohibición de marchar por ellas en esa forma, y en pocos minutos dejó atrás la parte urbana. Media hora más tarde, llegaba a las orillas del río, al que fue costeando hasta su puente principal. Por primera vez iba a cruzar, solo, el puente; nunca, hasta entonces, había pasado de allí en sus paseos, ni aun cuando fuera acompañado de Francisco. Cuando iba con sus padres o con el médico, sí, porque ése era el camino que llevaba al rancho del gaucho Reyes, el padre del cochero de aquel a quien visitaban con frecuencia y de cuyos hijos —especialmente de unos tres años mayor que Salvadorito, quien ya contaba nueve de edad cuando este acontecimiento— habíase hecho amigo.

El primer pensamiento borrascoso de Salvadorito fue el de ir a buscar a su amigo, el hijo del gaucho Reyes, contarle la pena que le mordía el corazón y proponerle que le acompañara en una fuga inmediata.

Y con esa idea fija cruzó las calles del pueblo al galope de su petizo, bordeó el río, atravesó, solo, el puente por primera vez y,

estimulado por el dolor y la ira, hizo su aparición en el rancho con la sorpresa natural de sus habitantes.

Cuando llegó, el gaucho Reyes se encontraba vaciando plomo derretido en cáscaras de huevos de tero, procedimiento que empleaba para confeccionar las bolas arrojadizas destinadas especialmente a la caza del avestruz, o ñandú americano.

Estas boleadoras de peso liviano eran para que los hijos pequeños del gaucho pudieran manejarlas con facilidad en sus incursiones al campo del inglés.

Es el avestruz un animal de patas muy fuertes, poderosísimas, razón por la cual no bastaban para cazarlo las boleadoras defectuosas preparadas por los muchachos con pedruscos en vez de plomo.

Asistió Salvadorito a la curiosa tarea y aprendió la forma de preparar esa arma primitiva del hombre de la Pampa, que le sirve también como instrumento de trabajo.

Cada boleadora se compone de un par de bolas iguales y de otra que se utiliza como manija. Trátase de un aparato de difícil dominio y con el cual los gauchos realizan verdaderas proezas.

Reyes confeccionó para Salvadorito unas boleadoras en las que grabó sus iniciales diciéndole socarronamente al entregárselas:

—Ahí tiene, amiguito. Son p'austé; y con el compromiso de que el primer ñandú que basurée con ellas, dentro de algunos meses, sea p'al gaucho viejo...

Y en seguida, clavando un palo en el suelo, le dio las primeras lecciones haciendo un magnífico tiro de bolas.

En realidad, éstas no son para golpear ni herir al animal. Deben servir solamente para inutilizarlo; más bien dicho: detenerlo, paralizarlo en la carrera; las bolas deben ser arrojadas de manera especial, habilísima, para que ciñan las patas del animal sin lastimarlo. Un buen tiro de bolas, hecho en la carrera, es hazaña digna de un gaucho avezado.

En sus paseos campestres, a los que iba casi siempre acompañado de su padre, Salvadorito había visto manejar las boleadoras y el lazo. El ejercicio de éste lo había iniciado en su propia casa, donde se pasó muchas horas ensayándose con el petizo y el carnero, y a falta de éstos, en ciertas horas, con el galleguito Francisco, que era tan bueno con Salvadorito. Pero las boleadoras eran hasta ese momento cosa ignorada para él.

Le despertó, pues, curiosidad el nuevo deporte, cuyo aprendizaje se le ofrecía en forma inesperada, y se prometió entregarse a él olvidando, momentáneamente, el sangriento episodio del carnero.

Momentos después de la entrevista con Reyes, el hijo del gaucho, amigo de Salvadorito, y éste, ocultándose en los matorrales, invadían las posesiones del inglés Lowe, en busca de un avestruz en quien ensayar el primer tiro de bolas.

El gauchito era un prodigio de muchacho. Criado en el campo, al lado del padre, conocía todas las artes del hombre de la Pampa. Admirable jinete a pesar de sus pocos años, sabía sentarse de un salto en el lomo de los baguales más ariscos y de los redomones que aun no habían sentido la caricia del freno. Carrerista consumado, cuidaba con amor un parejero que era el orgullo de la familia. Lo vareaba todos los días en cancha de andarivel, y era fama que con él había ganado ya tres carreras, dos de ellas sin castigar, y otra,

conteniendo, sujetando, suavemente, el freno, al flete que se sobraba.

Con este maestro en miniatura, aunque consumado, empezó Salvadorito su verdadero aprendizaje de boleador de avestruces.

Pero Salvadorito no había contado con la huéspededa... Y en este caso, la huéspededa se le apareció en la figura del inglés Lowe, que, avisado por un vecino —un batidor, como decía despectivamente el gauchito— de la presencia de los cazadores furtivos en su campo, salió en su complicado vehículo con el paraguas verde y el sombrero de copa ya descritos, y lo que era más grave aún, empuñando amenazador su terrible escopeta de dos cañones.

Salvador recordaba que cuando el gauchito amigo divisó al inglés acababa de realizar un tiro de bolas, maravilloso por lo rápido y certero, aprisionando en ellas a un zancudo formidable.

El gauchito lanzóse como una luz del caballo; con las mismas boleadoras hízole un nudo en las patas al avestruz, y, desenrollando el lazo, le ató a la cincha, determinando llevárselo a la rastra, pese al inglés o al mismo diablo en persona que se presentara.

Una vez hecha dicha operación, ante el azoramiento de Salvadorito, montó a caballo, y dijo imperioso:

—¡Seguíme!

Después, picó espuelas y enderezó recto al río, o sea en dirección completamente opuesta a la en que venía el inglés por el lado del puente.

Seguido por Salvadorito, que obedeció sin titubear, cruzó a la carrera un buen trecho de campo llevando a rastras al pobre

avestruz que iba dando saltos sobre el matorral y las desigualdades del camino.

Al llegar a la margen del río, preguntóle al compañero:

¿Sabés nadar?

Y, como Salvadorito vacilara al pretender contestarle, agregó rápido:

No importa. Echáte sin miedo al agua con mi caballo. Por aquí debe de haber paso. Pero, por precaución, prendéte así, de la crin. Y no le toqués la rienda. Dejálo solo qu'el te llevará. Yo pasaré a tu lado con el petizo.

Desprendió el lazo de su caballo, lo ciñó a su cuerpo, hicieron cambio de cabalgadura y se arrojaron en el río sin abandonar el avestruz, que, aun boleado, continuaba furibundo dando brincos.

Felizmente, y según cálculos del experto muchacho, el río llevaba poca agua en ese sitio; había paso como barruntó; y, casi sin mojarse, Salvadorito, encogiendo las piernas sobre el caballo que era grande, y el gauchito, de rodillas en el petizo, hundido hasta la paleta, cruzaron el hilo de agua.

Ya en la margen opuesta, el gauchito observó con más seguridad al enemigo. El inglés estaba aún a mucha distancia, pero venía indudablemente siguiendo la dirección de los dos muchachos, a quienes de acuerdo con todos los indicios, tenía bajo sus miradas.

—A casa, pero por detrás del monte, p'a despistarlo —dijo el gauchito.

Y cambiando otra vez de cabalgaduras, se encaminaron hacia el rancho de Reyes, por el camino indicado.

Precisamente, cuando pasaban por detrás del monte para despistar al inglés, después de la gran travesura, fue cuando Salvadorito adivinó, más que vio en la lejanía, el cupé del médico de la casa.

Entonces resolvió abrirle su corazón al amigo, pidiéndole ayuda. Le habló claro. Después:

—No quiero que me vean —le dijo.

—Ta bien —contestó el gauchito—. Yo escondo el avestruz en el monte y en seguida t'enseño el camino, pasando por el segundo puente. Galopando en ese rumbo vas a salir por el otro lao del pueblo, por el lao del cementerio. Vení, vamos.

Se internaron en el monte. El gauchito ató al avestruz, ocultándolo hábilmente, entre unas matas, y salieron al camino.

Media hora después se despedían los dos muchachos.

Cuando Salvadorito, de acuerdo con las indicaciones de su compañero, llegó al cementerio, empezaba a cerrar la noche. Iba triste, profunda, trágicamente triste. Pensaba en cosas siniestras, en peligros que desafiar, en aventuras terribles que emprender, en luchas formidables que dirimir... ¡Y en la muerte también! Sin duda alguna su cabeza comenzaba a desquiciarse. Algo fatal le impulsaba.

De pronto se acordó, indignado, del asesino de su carnero.

—¡Viejo estúpido! —exclamó—. ¿No pretende hacerme creer todas las noches que las ánimas envueltas en llamas, salen a esta hora del cementerio? ¿No me dijo que a él una lo siguió dos leguas, sentada en el anca de su caballo? Buena ocasión es la presente para

comprobar sus mentiras. Y castigando al petizo lo hizo arrimar a la tapia. Púsose de pie sobre la montura y observó el interior del camposanto.

Atraído por la tristeza del lugar que armonizaba con el estado de su espíritu, trepó a la tapia.

La noche era hermosa y de luna. El silencio, absoluto. Hacía rato que las puertas del cementerio habían sido cerradas. —Mejor que mejor —se dijo—. Yo entraré. —Y siguió monologando: —¿Miedo? Sí, un poco. ¿Por qué negarlo? ¡Pero con miedo y todo, entraré!

¿Quería sufrir, quería olvidar, quería que, por fin, algo siniestro le aconteciera en la vida?

Renunciaba a analizar sus sentimientos. Lo único que él sentía, más que saberlo, era que algo fatal le impulsaba.

Clavó el mango del látigo —su rebenque criollo que usaba, fuerte de mango y corto de correa— en una hendidura de la pared; sujetó allí las riendas del petizo y, sin volver a pensarlo, descolgóse suavemente.

—¿Aparecerían las ánimas? ¡Viejo estúpido!... —volvió a exclamar. ¡Él le iba a dar ánimas cuando lo viera!

Y se internó resuelto entre las tumbas.

* * *

Empezó a soplar brisa, y él recordaba que este detalle le molestó; más bien dicho: le inquietó, poniéndole nervioso, posiblemente porque el viento produjo ruidos extraños que, al perturbar el silencio circundante, hiciéronle perder parte de la serenidad que consideraba

imprescindible para afrontar, victorioso, aquel excepcional momento.

De repente, oyó un ruido mayor, como de algo que se resquebrajara, y vio un resplandor.

—¡Demonio! —dijo el niño—. ¿Miedo otra vez?

Pero ahora el temor era fundado. Vaciló un instante, y he aquí un detalle que no se le olvidaría nunca. Hasta entonces, él no había advertido el palpar, precipitado y anhelante, de su corazón. Jamás éste le había dicho: «Escucha, aquí estoy yo; aquí está la entraña reguladora de tu corriente vital.» Ahora sí lo sentía, alterado por el choque de su sangre detenida, aglomerada en las arterias, en los grandes cauces rojos de su organismo, o sofocado por la precipitación tumultuosa con que el precioso líquido corría —¡tic, tac; tic, tac!—, diríase al impulso de golpes misteriosos, secos, acelerados, cada vez más violentos, hasta parecerle que iba a estallar la entraña noble como la cuerda de un reloj cuando una mano demasiado enérgica o torpe fuerza su máquina. ¡Tic, tac; tic, tac! Y conteniéndole verdaderamente, con el corazón en las manos, avanzó unos pasos, tremulante.

Nuevo golpe de brisa, nuevo ruido de resquebrajamiento y nuevo resplandor.

Y entonces comprendió que si seguía temblando estaba todo perdido.

—Pero, entonces, ¿tendría razón el viejo estúpido? ¿Sí? ¡No importa! —Dos pasos más y quizá el misterio lo confundiría para siempre.

—¡No importa! ¡Adelante! —¡Tic, tac; tic, tac; tic, tac! El palpar seguía. Decididamente iba a estallar su corazón. Pues bien, que se rompiera. Peor era huir sin conocer el secreto. Dejar tras de sí la figura ridícula y miserable de quien pudiendo ver la verdad le da la espalda. Si corriera ahora atemorizado, como un ratón en la noche ante el fuego de unos ojos de gato, la vergüenza le mataría. No. Todo antes de esta derrota. ¡Adelante!

Un paso más y estaba sobre el resplandor.

—¡Las ánimas! ¡Viejo estúpido! ¡Ahí están! —gritó más que dijo de pronto Salvadorito.

El resplandor era producido por un pequeño montón de hierbas secas ardiendo sobre una sepultura. Un resto de vela encendida por mano piadosa, erguida aún y flameando, había sido la causa de aquel incendio sofocado a puntapiés por el niño.

Salvador evocaba en su encierro este episodio macabro de su vida infantil; episodio de prueba en que, impulsado por su energía y enloquecido por el dolor, desafío, triunfalmente, el secreto de las tumbas aprendiendo a no temblar ante el misterio y lo absurdo.

¡Las ánimas! ¡Viejo estúpido!...

* * *

Al salir del cementerio le sorprendieron saltando las tapias. El coche del médico, guiado por el cochero hermano del gauchito amigo, le había seguido las huellas.

Y Salvadorito, rodeado por el cariño de sus perseguidores, regresó esa noche a su casa entre el azoramiento de todos. Desde aquel día fue héroe gentil de leyenda: el niño que entró, solo, y de noche, al cementerio...

El encuentro con la madre fue una verdadera nota emocionante. Ella, la gran mujer, se conmovió profundamente, temblando, amorosa y presagiente, ante la sensibilidad heroica del niño.

Esa noche, al servirse la cena, Salvadorito desechó la carne de su plato, pensando con fundados motivos, que ella pudiera pertenecer al inocente sacrificado.

A mitad de la comida, la abuela, que, a pesar de sus rigideces, poseía en el fondo de su ser un carácter jovial, permitiéndose una broma con el niño. Habló circunstancialmente de los cuernos del carnero, negando su autenticidad y afirmando que Salvadorito los había medido mal, y viendo agujeros —se refería a los de los cascabeles— donde no existían... Salvadorito la miró con ira reconcentrada e iba a levantarse de la mesa provocando, seguramente, otra escena violenta o peregrina —huir de noche por los campos o arrojarse a un pozo quizá—, cuando la madre intervino con dulzura y energía admirables cortando la conversación sobre tema tan peligroso. Impuso silencio definitivo sobre el caso y con delicadeza, pero sin mayor disimulo rechazó también, y sin permitir reparos, el plato de carne que acababan de servirle. Miró después al niño, a quien tenía a su lado, y dos lágrimas, como dos gotas de piedad infinita, resbalaron por sus mejillas.

Acentuóse el silencio, y Salvadorito lloró, fijos los ojos, tristes y torvos, en los comprensivos y videntes de la gran mujer.

Y nada pudo haber más elocuente que aquellas dos miradas.

Era que el corazón de la madre y el del niño acababan de entenderse para siempre.

VI

PRUDENCIA, LA BURLADA

Otro recuerdo triste y que dejó honda huella en su espíritu Servía en la casa una mujer joven, agraciada, gentil. De una pulcritud y un aseo personal elogiados sin tasa por toda la familia. Prudencia se llamaba, y a fe que el nombre correspondía a las cualidades aparentes de la persona. Discreta, razonable, hábil en los menesteres que se le encomendaban, no daba jamás motivo para censurar su conducta. La madre de Salvadorito llegó á tener por ella verdadero afecto. Los niños la querían por su bondad inagotable que les permitía todos los caprichos, les disimulaba las faltas, les mimaba y acariciaba con delicadeza, les entretenía con menudas y fantásticas historias, les improvisaba juegos o les ayudaba a perfeccionar los que ellos conocían.

Prudencia no tenía familia. Dormía en la casa y como era de una formalidad intachable, gozaba de libertad absoluta.

No tenía novio, y cuando alguien se extrañaba por ello, la muchacha manifestaba, con su seriedad característica, la voluntad imperiosa de no jugar con el amor.

Un día se supo en la casa que un hombre rico, un hombre de holgada posición financiera, aunque sin verdaderos vínculos sociales en la localidad, pretendía, requería de amores a Prudencia.

Esta no negó la noticia, por la que todos la felicitaron, y, aunque ella no satisficiera a la familia, ésta también se demostró complacida, porque deseaban su bienestar.

Pero el tiempo empezó a transcurrir, el vecino a exteriorizarse cada día más huraño y la muchacha rodeóse entonces de un silencio impenetrable. Llegóse a dudar de su decisión; más: creyóse en un arrepentimiento de su parte.

Y precisamente porque era tan reservada en sus intimidades, nadie persistió en inquirir detalles del estado verdadero de sus relaciones amorosas. Todo quedó, pues, flotando en el misterio.

Un día, que por cierto amaneció nublado, la muchacha lo dedicó todo entero a la tarea de la plancha. Sin duda, había ropa atrasada y quiso —tan hacendosa era la pobre— dejar limpio y brillante hasta el último pañuelo utilizado en la semana.

Se aisló, pues, en la habitación destinada en la casa para tales menesteres, preparó lumbre en abundancia y se entregó decidida a la higiénica tarea.

Mientras la plancha, hábilmente manejada por sus manos infatigables, corría por sobre sábanas y fundas, Prudencia entonaba, con voz triste y melodiosa, una extravagante canción, cuyos eran dos estribillos que Salvador no olvidó nunca.

Uno decía:

*Siento que el amor me pincha:
¡Qué pichincha, qué pichincha!*

Y el otro:

*Cayó un pez en la remanga:
¡Ay, qué ganga; ay, qué ganga!*

Desde la habitación, donde trabajaba, iba la voz de la muchacha gentil recorriendo todo el ámbito de la casa, y, al oírla, la madre de Salvadorito no pudo menos de exclamar:

—¡Qué rarezas de muchacha! Jamás le he oído esas canciones. En fin, será un capricho.

A la hora de servir la comida, hubo que llamarla repetidas veces, lo que no ocurría nunca.

Sin avisar había salido a la calle y al volver no explicó el motivo de su ausencia.

Pero ahí terminaron las rarezas de Prudencia ese día.

Sirvió la mesa como siempre, con su esmero y delicadeza acostumbrada, y nadie pudo notar en ella sino una ligera acentuación en el gesto de seriedad que le era característico.

Terminadas las tareas de arreglo doméstico y después de despedirse de todos, se retiró a su alcoba a la hora en que la familia tenía por costumbre acostarse.

* * *

A las ocho de la mañana del siguiente día —un día espléndido, azul, admirable; un día de primavera sin mancha—, Salvadorito, que dormía en una habitación contigua a la de su madre, fue despertado por ésta, quien le dijo:

—Prudencia se ha dormido. Ve a llamarla.

El niño se levantó, y a medio vestir, obedeció la orden.

Cinco minutos después, el niño regresaba al lado de la madre, demudado, con el espanto fijo en el rostro.

—¿Qué te pasa, criatura?

—¡Mamá, Prudencia se ha envenenado!

La madre saltó del lecho.

* * *

Recordaba Salvador que para acudir a la habitación de Prudencia, tuvo que cruzar un patio, el segundo de la casa, y que al dar el primer golpe de llamada en la puerta, advirtió que ésta se hallaba sin falleba. Antes de llamar por segunda vez, oyó la voz entrecortada de la muchacha que decía:

—¡A... gua!... ¡A... gua!..»

Entonces empujó la puerta.

Al penetrar en la habitación, advirtió un olor desagradable, que él conocía muy bien. Era el olor del fósforo húmedo que solían utilizar los muchachos de noche en las habitaciones sin luz para trazar signos misteriosos en las paredes.

—¡Agua! ¡Agua! —decía la voz desesperada de Prudencia.

En la cama, blanca, limpísima, como toda ella, con el brazo izquierdo caído, la faz de un color pálido mate y el cabello negro, ligeramente azulado, surgía el cuerpo de la muchacha en aquella mañana espléndida y que para todos en la casa sería de una tristeza infinita.

El niño presintió algo terrible, y miró a Prudencia, interrogándola con los ojos.

—¡A... gua! ¡A... gua!... —continuaba desesperada la voz de la pobre agonizante.

El niño cogió de sobre una mesa un jarro enlozado. En el fondo del jarro había un resto de líquido azul. Era el resto del fósforo envenenado que la mataba. La muchacha hizo un gesto doloroso, y con la mano caída le significó que no quería el agua en el jarro.

El niño comprendió y fue por un vaso y una jarra.

—¡Agua! ¡Agua!

Las entrañas le ardían. El fosforo asesino la quemaba viva. ¡Infeliz Prudencia!

Volvió Salvadorito y de sus manos bebió ansiosamente.

Fue entonces cuando el niño oyó la voz de la madre, que, causándole extrañeza su tardanza, le llamaba desde la alcoba.

Cuando la madre escuchó de labios del niño el relato terrible, le dijo:

—Corre a lo del médico. Que venga en seguida. Sin perder un minuto.

El niño partió a escape a la calle y la madre acudió al lecho de la pobre muchacha.

Minutos después de esta escena, cuando Salvadorito regresó acompañado por el médico, que a esa hora se preparaba para hacer sus acostumbradas visitas matinales, moría Prudencia entre horribles dolores, pero sin acusar a nadie y reflejada aún en sus ojos la voluntad inquebrantable de desaparecer, llevándose a la tumba su secreto, serena, dulce y fuerte como había vivido, y pagando, valiente y abnegada, con su vida, su generosidad y su error.

—Ha muerto sin hablar —dijo al médico la madre de Salvadorito.

—Y usted, ¿en qué piensa, qué motivo habrá tenido para adoptar determinación tan extrema?

—No sé. Pero mi opinión es que ha sido vilmente engañada. (Aquí el nombre del vecino rico, del hombre de posición financiera que la requería de amores.)

—Todo es posible, tratándose de ese miserable —dijo el médico. Y comenzó a observar la habitación.

Sobre la mesa de noche estaban las cajas de fósforos venenosos, como se fabricaban en aquella época, que habían servido a Prudencia para llevar a cabo su designio fatal.

Eran cuatro. Cortadas a tijera, aparecían las cerillas descabezadas.

Al verlas, volvió a hablar el médico:

—Con esta dosis había para matar a un caballo.

Y asomándose al cubo colocado al pie de la cama, agregó:

—Aquí está la mitad del veneno. El exceso de fósforo ha provocado vómitos violentísimos. Con menos cantidad, hubiera muerto antes.

Como el padre de Salvadorito estaba ausente, en la capital, por asuntos relacionados con sus negocios, el médico determinó ocuparse, personalmente, de todos los trámites judiciales del caso, y partió prometiendo regresar a la casa horas más tarde.

Surgía aquí, en el fondo de estos recuerdos, la figura admirable de la prima Adela, que en ausencia del padre de Salvadorito, acompañaba en su alcoba a la madre y que, con su bondad y

gentileza, hizo menos dolorosas aquellas horas ayudando, con su actividad y felices disposiciones a sobrellevar el peso de tan gran desgracia.

Prudencia fue enterrada al día siguiente. Se le lloró como a un miembro de la familia, y el odio al presunto causante de su muerte —el vecino rico, el hombre de posición financiera que la cortejara un día, el Don Juan a quien ella no delatara, pero contra el que recayeron todas las sospechas y hasta se formularon acusaciones precisas —comenzó a dar sus frutos.

Salvador de la Fuente recordaba que él fomentó ese odio entre los amiguitos de su edad, los que por las noches, en pelotón cerrado, apedreaban la casa del vecino.

Fue tal la pedrea, que no quedó un cristal entero en las ventanas de la casa, y aunque las autoridades intervinieron enérgicamente, no hubo medio de evitar las acometidas de los feroces chiquillos, que, al grito de ¡asesino!, ¡asesino!, y estimulados por muchos grandes, enemigos, envidiosos o justicieros —¡vaya uno a penetrar móviles en estos casos!—, avanzaban resueltos en la noche, desafiando el peligro y esquivando, ágiles, los caballos de los vigilantes criollos, algunos de los cuales sonreían, socarronamente, ante el espectáculo, sabiendo que en el episodio figuraban los niños de la localidad cuyos padres gozaban, todos, de influencia con sus superiores.

El hecho fue que, pasado poco tiempo, el vecino rico —el hombre de posición financiera, pero sin verdaderas vinculaciones sociales, a quien se acusaba de haber engañado vilmente a Prudencia, la gentil muchacha de este relato—, abandonaba la casa en que viviera, y, dos meses después, la ciudad donde levantara su fortuna, corrido

por las pedradas infantiles que llegaron hasta poner en peligro su propia existencia.

VII

LA COMPAÑIA DE CIRCO

Coincidiendo con la época de estos episodios, tan dolorosos y amargos para el alma infantil de Salvadorito, llegó al pueblo una compañía de circo que llenó de notas pintorescas el ambiente.

El pobre aherrojado la evocaba mezclando en su imaginación sombras y colores vivos, como en una pesadilla tragicómica.

A raíz de la muerte del carnero y de las escenas raras, tristes y hasta dramáticas que le siguieron, cayó el niño en una especie de sonambulismo, doloroso y desesperante. Llegó éste a alarmar a la familia, con especialidad a la madre, la gran mujer, paño de ternura en donde tenía refugio, alivio y caricia toda pena. El padre mismo, tan despreocupado a las veces por lo excesivo de su naturaleza, poco reparadora en detalles y matices, algo ajenos a la varonilidad del carácter, tuvo un momento de arrepentimiento, y, al contemplar a Salvadorito pasar las horas muertas en el sitio donde tanto jugó con el inocente animal, tomó la decisión de arrancarle de allí con las más

sugestivas promesas. Le haría traer otro carnero o irían juntos a la estancia del amigo para elegirlo; ordenaría la construcción de otro carro, un verdadero vehículo con ruedas especiales y que no se rompiera como el fabricado por los carpinteros infantiles; le daría, en fin, cuanto el niño deseara, con tal de que cambiara de actitud. Tanto insistió que logró definitivamente reconciliarse con su hijo, y claro está, que éste se aprovechó de lo ventajoso de su situación exigiendo todo cuanto su capricho ambicionaba. Con quien no hubo paz posible, por el momento, fue con la abuela, porque ella creía que eso era engreír al niño, educarlo mal y protestaba a todas horas por lo que calificaba de debilidad paterna.

Tres días estuvo Salvadorito sin acudir al Colegio, ni jugar con los hermanos y amigos; tres días que fueron de silencio y de duelo.

—¡Tres días sin lecciones! —exclamaba la abuela presa de indignación—. Y todo ¿por qué? Por la muerte de un carnero que había llegado a convertirse en un verdadero peligro familiar. ¡Pura sensiblería y no más! El carnero estaba muerto y bien muerto. ¡Habíase visto nada igual! ¿Qué padres eran aquellos, los de Salvadorito, que después de un acto tan lógico no solamente le permitían al niño que se rebelara, que huyera de su casa para correr por los campos como un forajido, sino que, para colmo, llegaban hasta a compadecerlo ofreciéndole nuevos regalos y aún premios por tan reprobables hazañas? Ya les pesaría más tarde, cuando cosecharan el fruto mezquino de aquella educación tan absurda. Ella tenía experiencia, ella sabía bien lo que era la infancia sin disciplina, sin riendas fuertes que contuvieran el mal, sin contemplaciones ridículamente sentimentales y contraproducentes a la larga. ¡Ya lo verían y ya tendrían que lamentarlo, todos, cuando, naturalmente, fuera a destiempo para evitar lo inevitable!

Y entonces se entablaban las discusiones persistentes con la bija, la madre de Salvadorito, la gran mujer llena de ternura y reflexión, que defendía los sentimientos naturales y espontáneos del niño, heridos tan cruel e inconscientemente —eran sus palabras— por sus mayores. La educación agregaba, había que hacerla, precisamente, cultivando esos sentimientos de que el niño demostraba ser tan rico, esos sentimientos exteriorizados en forma concluyente al chocar con la piedra de toque: el acto sin meditación del sacrificio del carnero, acto que de haberlo ella sabido a tiempo no se hubiera realizado. Y el niño, que oía aquellas reflexiones, juraba, en su interior, ser bueno, ser noble, ser generoso, ser puro, ser abnegado, pero ser valiente también en defensa de la justicia y en homenaje a aquella mujer, madre magnánima, para quien eran todos sus amores.

* * *

La compañía de circo había llegado de noche; y en las primeras horas matinales, ante las miradas absortas de los muchachos de la localidad, levantó su carpa, la tienda tradicional de la farándula acrobática y ecuestre.

Clavado el gran palo del centro, probablemente el mástil mayor de algún viejo barco abandonado, se extendió la lona, atándola fuertemente en estacas a los costados. Levantáronse las gradas, colocáronse las sillas, se hicieron las divisiones de los palcos, armóse la pista o picadero y, por la tarde, una animada cabalgata, compuesta por los payasos y los niños acróbatas de la compañía, anunciaba en las calles y plazas de la ciudad, con trompetas y gritos estentóreos, la función de la noche.

En cada esquina deteníase la caravana. Sonaban, estridentes, las trompetas y el pregón decía:

—¡Esta noche son las pruebas!

Los payasos hacían piruetas sobre sus caballos, repartíanse entre la multitud los pequeños carteles con el programa de la fiesta y, rodeada por el tropel de chiquillos, muchachones cándidos y curiosos de todo pelaje, continuaba su marcha, atronando la ciudad, la banda anunciadora.

Salvadorito siguió, montado en su petizo, a la extraordinaria comitiva y se acercó a los muchachos, a quienes obsequió con golosinas. Minutos después eran amigos. Esa noche asistió al circo, donde fue con sus padres; al día siguiente hablaba camaradilmente con todos los elementos de la compañía.

Invitado a la hora de ensayo, acudió y allí recibió las primeras lecciones acrobáticas.

Con la facilidad que se tiene a esta edad para tales gimnasias y con el ejemplo de sus nuevos amiguitos, en pocas sesiones llegó a familiarizarse con trampolines, barras fijas, trapecios, paralelas, anillas y arcos de toda clase. A los pocos días de ensayo hacía remonones en las barras, la plancha sobre las paralelas, se descolgaba, en el aire, de un trapecio, cogiendo otro que volaba sobre la red de cuerda fina, y hasta dio el salto mortal sin trampolín, en seco9 ideal supremo de sus sueños de acróbata infantil.

Un día fue hacia su padre y le dijo:

—Papá, yo quiero un circo.

—¿Qué? —interrogó el padre—. ¿Te has vuelto loco?

—No—dijo el niño—. Si tú quieres, puedo tenerlo. En el patio último de la casa donde estaba mi carnero —y aquí miró al padre con la más elocuente y conmovedora de sus miradas— lo

instalamos. Mis amiguitos del circo me ayudarán. Tú no tienes sino que autorizar al herrero y al carpintero para que atiendan mis indicaciones.

—No dudo que así te será fácil instalarlo, pero me parece eso un disparate.

—¡No, no y no!

—Pero si para hacer ejercicio tú tienes tu petizo, tus hamacas, tus bochas, bolos, bolones y bolitas, y hasta el frontón de pelota del vasco Arregui, mi amigo y vecino, que te ha enseñado este deporte, el mejor de todos.

—No es lo mismo. Y, además, yo ya sé hacer pruebas.

—¿Qué? ¿Que tú haces volatines?

—¿Te asombra? ¿Y por qué? Yo soy amigo, como te he dicho, de los muchachos del circo. Y de los grandes también.

—No lo dudo. Ya sé que estás muy bien relacionado...

—No te rías.

—¿Quieres que me ponga serio?

—Quiero que me hagas el gusto.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué cosa?

—Que tú deberías ser príncipe. Hijo de rey...

—Lo soy. Porque tú todo lo puedes, si quieres.

—¡Adulón!

—¡Malo!

Bueno, en definitiva...

—Que yo quiero el circo. Y que haremos funciones en él. Que los ricos, grandes y pequeños, pagarán la entrada para que puedan concurrir, gratis, los niños pobres. ¿Qué te parece esta idea?

—¡Encantadora! ¡Y altruista! Digna de ti, hijo mío...

—Vuelves a reírte. Me enojaré.

—No, me alarmo solamente. (Después un silencio.) Pero ¿y a quién invitarías para ver esas admirables funciones?

—¿A quién? A todo el pueblo.

—¿Y tú piensas meter a todo el pueblo en el corral de mi casa? ¿No temes por nuestras vidas? ¿Sabes que esto, en verdad, me parece una exageración?...

Y el vivaz diálogo terminó con la promesa formal del padre de instalar el circo, promesa que, naturalmente. Salvadorito se encargó de hacerla cumplir sin pérdida de tiempo.

Salvador de la Fuente recordaba que, ayudado por sus flamantes amiguitos, los andariegos juglares, y por el herrero y el carpintero vecinos de su casa, se montó el circo de inolvidable memoria en la localidad, porque constituyó por mucho tiempo el terror de las familias. En él se rompieron muchas cabezas, quedaron lisiados, temporalmente muchos niños, y hasta el galleguito Francisco —que no podía aprender a dar el salto mortal, él, que tantos saltos había dado en su ajetreada vida, salvando grandes peligros— tuvo la desgracia de romperse un brazo al ser mal despedido por el

trampolín; pero, pese a estos accidentes, reconocía que aquellas violentas y diarias gimnasias, a las que se entregó con la decisión y la constancia que ponía en todas sus cosas, contribuyeron a fortalecerle, física y moralmente, puesto que le hicieron más apto para sostener todo género de luchas, dándole, además, la agilidad y la gracia que conservaría en sus años mozos.

* * *

Y en este punto terminan para Salvadorito los momentos semi-rosados de su infancia. El padre enfermó a poco y el dolor empezó a desplegar sus alas de sombra sobre la casa ayer feliz.

VIII

TRISTE REALIDAD

Por el ventanal de la celda, colocado a dos metros de altura sobre el lecho, penetraba un lívido gris de aurora, y el prisionero apercibióse de que no había aún dormido, engolfado como estaba en sus recuerdos lejanos. Era toda su infancia, concentrada en hechos capitales, la que acababa de evocar en aquella noche, y olvidándose nueva y momentáneamente de la situación dolorosa a que se veía reducido, casi agradeció a las autoridades españolas el encierro presente.

Pero ¿cuál podía ser el motivo de su prisión? —preguntábase. Indudablemente, el servicio internacional de policía debía poseer el secreto. El era considerado en su país como un temible agitador social, y como tal debía ser, pues, tenido y perseguido bajo todas las latitudes del globo. La lógica era aplastante...

Y, cayendo en la triste realidad presente, el noble perseguido decidióse a descansar.

SEGUNDA PARTE

EL SUEÑO REDENTOR

I

MEDITACIÓN EN LA CÁRCEL

Un ruido áspero, seco, rechinante y repetido a veces con intervalos de segundos, le despertó. Era el carcelero, descorriendo los cerrojos de las celdas, después del toque de diana, que él, embargado por el sueño, no había oído.

Obedeciendo a las prácticas carcelarias, que Salvador de la Fuente conocía hasta en sus menores detalles —prácticas que él estudiara como forzado, ¡ay!, muchas veces, y como curioso, puramente observador, otras—, empezó a vestirse antes de que sonaran los hierros que le guardaban, para presentarse en la puerta de su prisión a dar el número correspondiente al celador de turno.

Verificada esta primera operación, tan monótona cuanto molesta y deprimente, aseóse con detenimiento, en la mejor forma posible, es decir, de acuerdo con los escasos elementos de higiene dispuestos en las cárceles para sus pensionados, y sentóse a meditar.

Y otra vez los pensamientos tristes le invadieron. Pensó en su vida, echada a rodar por el mundo, como la de un loco enamorado que fuera buscando la realización de un ideal imposible; un loco

enamorado de la luz, de la bondad y de la fuerza para ponerla al servicio del amor y de la libertad; un loco sin otras armas que las de su inteligencia y las de su corazón, sembrando a través del mundo la palabra de fe y esperanza, en medio de campos yermos, de páramos espirituales, de desiertos sin otra vegetación que la del cardo y la ortiga.

—¡Pobre humanidad! —exclamó.

Y pobre de él, que no había sabido o querido dominar sus impulsos, contener sus energías, los rayos de su cólera en defensa de la justicia hollada, de la virtud escarnecida, de la equidad burlada a todas horas por los pudientes y los dominadores sin escrúpulos, sin ley y sin tasa.

—Sin el brazo que apoye no hay bien posible —se dijo, levantándose airado, con el gesto del combatiente esgrimiendo una espada.

Y en el centro mismo del horrible calabozo, irguióse su figura como un símbolo.

—¡Armas, sí, hay que forjarlas para defender la justicia! Hay que forjarlas, porque sin ellas la persecución, el cautiverio y la sombra serán eternamente con nosotros los paladines, sin escudo para defendernos de los golpes ciegos y brutales, y sin lanza para acometer al enemigo, todo garra y dientes.

Bien; pero, entre tanto, ¿qué hacer? La realidad se imponía al monólogo heroico, y el luchador, impotente ante el encierro, veíase condenado a la inactividad aplastadora. ¡El, todo acción, todo dinamismo, todo fuerza en movimiento, ahí, condenado a la inercia y a la calma abrumadora y desesperante! ¡Era para estallar en ira o

morir, lentamente, de desesperación y de angustia! ¡Si al menos pudiera escribir!...

II

MI MANÍA ES ESCRIBIR, SEÑOR...

La puerta del calabozo acababa de dar paso a un hombre joven y de presencia simpática. Era un empleado del Cuerpo de Prisiones, quien llegaba a interrogar con interés al cautivo, mediante la intervención oficiosa de un amigo común.

Cambiadas las primeras palabras de amable presentación, el empleado dijo:

—Desearía hacerle a usted lo menos penosa posible su estada en este sitio. Sé que no es mucho lo que puedo ofrecerle, pero cuente con lo que esté a mi alcance.

Agradeció Salvador, como era del caso, el amable ofrecimiento, y un rayo le iluminó:

—Si usted pudiera facilitarme papel en abundancia, plumas, tinta, todo lo necesario para satisfacer mi manía...

El empleado le miró, inquisitivo. Y Salvador continuó:

—Sí; mi manía es escribir, señor.

—Bien, bien —dijo el empleado—. Haré lo posible por complacerle.

Salió al corredor y llamó a un subalterno.

Consultado éste, dijo:

—Papel, papel en abundancia..., como no sea el de un libro de caja, inutilizado hace poco, casi al empezarle, porque se determino abandonarlo...

—Ese, ese libro, que ya veo con grandes hojas en blanco, es el que ha de servirme para estampar mis memorias, el diario retrospectivo de mi vida, mi novela, o lo que sea —dijo Salvador en tono algo humorístico.

—Pues sea —repitió el empleado, ordenando la conducción del libro.

Y ese libro, llegado a nuestro poder en forma misteriosa, es el documento de una época. En realidad, el libro no es sino una serie de apuntes, escritos, febril, apresuradamente, con la intranquilidad de un perseguido, y esos apuntes son los que hemos utilizado nosotros para encerrar en estas páginas la historia de un luchador contemporáneo, desarrollada en un ambiente moderno y cosmopolita.

III

COMPLICACIONES INESPERADAS

Hay un momento terrible en la vida de todos los niños. Es aquél en que contemplan por vez primera el espectáculo pavoroso de la muerte; más terrible aún si el que parte para siempre de este mundo, ante sus ojos atónitos, es un ser querido. Para Salvador de la Fuente, que permanecía siendo Salvadorito en la época a que

alcanza este relato, había llegado ese momento, puesto que el sacrificio de la infeliz Prudencia sólo podía considerarlo como un mal sueño sin otras consecuencias dolorosas. Ahora el drama era propio. El padre de Salvadorito agonizaba y el niño no quería convencerse de la implacable verdad.

La madre amantísima, alma de aquel hogar, llena de inteligencia y ternura, impotente ante el desastre cercano, presenciaba el dolor del niño muda y acongojada. Tenía la convicción del mal inevitable y temblaba frente a lo que presentía: la crisis primera de aquel organismo, dotado de sensibilidad excesiva y entregado al amor paterno; el choque de aquella naturaleza, tierna y afectiva en extremo, contra la realidad aterradora.

Horas enteras pasaba la gran mujer, como esperando en la angustia el final trágico, sin encontrar fórmulas de conformidad.

Para colmo de amargura, la situación económica de la casa era dificultosa. Los ahorros, todos, habíanse evaporado, consumidos por necesidades imperiosas e inaplazables.

Un hermano del padre enfermo, el único sobreviviente de los cinco que formaran el plantel familiar, debía presentarse de un momento a otro, llamado con urgencia a Buenos Aires, donde residía y trabajaba con éxito.

Una mañana de primavera, admirable de luz y de color, fue Salvadorito a la estación pampeana a esperar al tío Manuel, quien había telegrafiado su llegada con pocas horas de anticipación. Sus grandes ocupaciones en la capital argentina le impedían viajar con frecuencia y solamente se determinaba a abandonarla por motivos extraordinarios, como éste de la enfermedad grave del hermano.

Su llegada reavivó el ánimo muy decaído del enfermo. En el abrazo con que los dos hermanos se saludaron se dijeron todo cuanto ocultar pretendían a los seres queridos que les rodeaban.

Por la tarde de ese día, se verificó una consulta de médicos, adornada con el aparato imprescindible en tales casos y realizada por la solemnidad característica de actos semejantes. Las escenas desarrolladas con tal motivo quedaron grabadas de manera indeleble en la mente del niño, con especialidad aquéllas en que el tío Manuel y la madre intervenían.

Entre ansiedades y sobresaltos llegó la noche. Los médicos se habían retirado dando su conformidad al tratamiento prescrito por el colega de cabecera. Lo hecho por éste era lo indicado en casos como el originador de la consulta. Sólo restaba, pues, esperar el resultado de los medicamentos. El caso, indudablemente, era grave, aunque no desesperado. Aun podían alentarse esperanzas, y a la ciencia, que ellos representaban, no le era posible decir la última palabra sin temor a equivocarse. En la suposición de que no se presentaran algunas complicaciones inesperadas, el enfermo reaccionaría pronto.

Desgraciadamente, allá, a las once de esa misma noche, las complicaciones inesperadas se presentaron, y el enfermo comenzó a agitarse. Llamado con urgencia el médico de cabecera, éste habló reservadamente con el tío Manuel y desde ese instante algo como un hálito de tragedia penetró en la casa.

En un momento de lucidez, el padre de Salvadorito hizo llamar a su hermano, con quien conversó en secreto.

La madre, entre tanto, cuidaba a los hijos y esperaba.

De pronto, un grito ahogado estremeció el silencio. El enfermo, sintiéndose morir, reclamaba la presencia de los suyos.

La gran madre, presintiendo el instante supremo, abrazada a los hijos, corrió hacia el aposento en sombras.

—¡Compañera, adiós!... ¡Hijos míos!...

Y con la mirada fija en el rostro de la mujer amada, el enfermo empezó a morir. Las manos se extendieron hacia los hijos como en señal de amparo postrero y momentos después todo era en la casa desolación y ruina.

Salvadorito acababa de quedarse sin padre.

IV

A MERCED DE LA ONDA

El telón de la vida acababa de descorrerse de un sólo tirón para Salvadorito. La muerte de su padre descubrióle un escenario completo e inesperado, donde se agitaban personajes de existencias tormentosas y extrañas, y donde acontecían hechos, realidades a las que, hasta ese momento, fue totalmente ajeno. Juego de intereses en los que danzaba, con contornos nuevos y sorprendentes, la figura, para él augusta, del desaparecido. Complicado en grandes especulaciones, el comerciante moría en quiebra, después de haber dispuesto a su capricho de tres fortunas, forjadas y deshechas por su voluntad y que por su mano pródiga pasaron a perderse en la corriente común, sin que un gesto de amargura le perturbara exteriormente. Todo esto, claro está, antes de retirarse a la modesta

ciudad donde había instalado un comercio arbitrario para su ambición y sus necesidades. El orgullo le impidió seguir en la gran capital, donde no se hubiera resignado a ser cola de león. Prefirió el éxodo silencioso y ahora moría sin dejar tras de sí otra cosa que deudas y una familia acostumbrada a vivir con plenitud de elementos y sin las condiciones indispensables requeridas para adquirirlos: una viuda, joven aún, pero sin armas para la formidable lucha; una vieja abuela y tres hijos, de los cuales el mayor era él, Salvadorito, el niño, que hasta ayer, bajo la sombra del árbol paterno, a quien creía un roble, se sintiera lleno de fuerzas, capaz de todas las conquistas y que hoy, ante la realidad aplastadora, se veía convertido en un triste muñeco, pelee lamentable, cosa sin importancia, hueca y flotante a merced de la onda pérfida de la vida.

En los conciliábulos diarios, entre la abuela, el tío Manuel —quien había determinado permanecer unos días en la casa para resolver los intrincados asuntos comerciales dejados por el difunto— y la madre, Salvadorito fue enterándose de otras cosas. Por ejemplo: que el tío Manuel sería el tutor de los huérfanos; que la familia se trasladaría a Buenos Aires sin pérdida de tiempo, en cuanto se encontrara una casa pequeña y aparente donde alojarla; que la instrucción de los niños, por decisión del padre muerto, correría a cargo del tío Manuel, quien se comprometía a costearla en la capital, así como todos los gastos que por el momento ocasionara la familia en desgracia. También se enteró Salvadorito de la resistencia de la vieja abuela a continuar viviendo al amparo del generoso pariente; aquélla manifestó el deseo de ir a cobijarse al lado de su hija menor, residente en una lejana provincia argentina, pero este obstáculo fue salvado con habilidad por el tío: la buena señora era aún poseedora de una finquita que no daba rentas; el tío Manuel se haría cargo de ella para explotarla por un término prudencial que oportunamente

se fijaría a cambio, naturalmente, del aumento que en el presupuesto familiar futuro importara el sostenimiento de la anciana.

Para Salvadorito todo aquello era incongruente, todo aquello era bajo y repugnante, indigno de preocupar a personas de respetabilidad y altura; pero vióse precisado a prestar acatamiento a aquella nueva y amarga realidad, porque todos le decían que ésa era la vida, y no la que él había soñado y creído al amparo del gigante árbol paterno, a quien su imaginación parangonaba con los robles poderosos y centenarios.

* * *

Días después de estas escenas, la familia en desgracia esperaba lluevas del tío Manuel para emprender su marcha a la capital. Todo estaba preparado para el viaje y Salvadorito, dominado por la tristeza honda y torturante en que le sumiera la muerte del padre, vagaba como un sonámbulo por los alrededores del pueblo, envuelto en nubes de polvo o bajo el agua de las tormentas primaverales. Eran aquéllas sus últimas correrías de despedida del pago querido, amado intensamente, donde fuera ayer feliz, y donde su alma infantil se abriera a las primeras emociones, que ya quedarían grabadas para siempre en su memoria.

Aislado de los suyos y de sus amiguitos, buscaba la soledad como solía en todos los momentos difíciles. Para él, como para los hombres de verdad, para él, niño fuerte a pesar de sus quebrantos, el peligro y la tristeza eran cosas que no debían compartirse. No hubiera podido entonces explicar con satisfacción este sentimiento, pero bien comprendía que, efectivamente, un poder superior e instintivo era el que le empujaba hacia la campiña desolada cuando

una pena suprema le poseía o cuando, para medir el temple de su alma, decidíase a poner a prueba sus fuerzas y su valor.

V

EL TREN DE LAS OCHO

Una hermosa y riente mañana de primavera, Salvadorito paseábase muy serio y meditabundo sobre el andén de la estación ferroviaria de su pueblo, a la espera del tren de las ocho, que en poco más de cuatro horas debía transportarlo a la populosa Buenos Aires, desde su Traful querido, la pequeña ciudad pampeana donde transcurriera su infancia y donde quedaba durmiendo el eterno y misterioso sueño el jefe de la familia.

El viaje habíase determinado de acuerdo con las indicaciones del tío Manuel, quien corriera, naturalmente, con la busca de alojamiento y demás necesidades exigidas por la arribada de aquélla a la gran capital argentina.

Los muebles principales así como los enseres caseros habían partido el día anterior, según lo dispone la más elemental previsión en casos tales, razón por la cual esa mañana solamente se cargarían los equipajes de última hora, que aguardaban, junto con todos los viajeros, la llegada del tren y que se erguían amontonados al borde de la vía férrea, resguardados por el personal de servicio, que acompañó hasta el último instante a los amos inolvidables.

Allí estaba el viejo sargento y la cocinera Eufemia, así como Eduarda, la hija del matrimonio, quienes derramaban lágrimas

incontenibles, provocadas por aquella separación tan imprevista cuanto dolorosa.

La madre de Salvadorito les había prometido llevarlos un día a su lado, en cuanto su presente y difícil situación cambiara, es decir, en cuanto volviera a estar en condiciones económicas propicias para sostener servidores. Nadie mejor que ellos, a quienes tanto conocía y apreciaba. Pero algo había en la voz y en el gesto de todos que equivalía al convencimiento de que aquella separación era tan inevitable como definitiva. Seguramente no volverían a verse, a pesar de que la distancia que iba a separarlos era relativamente pequeña.

De pronto, hubo un movimiento nervioso en la multitud expectante. Se oyó a poco un silbato agudo, después un rumor sordo, una trepidación en el pavimento, otro silbato, el golpe de una señal de hierro dando entrada al tren de las ocho y en seguida vióse una sombra inmensa perforando, ya sobre los ojos, el ambiente de cristal. Un instante todavía y el convoy enorme, majestuoso, crepitante, entraba llenando de humo y de fuego todo el vacío de la estación.

Los amigos rodearon en círculo estrecho a la familia viajera. Las mujeres y los niños se besaron. De pronto todos parecieron confundirse en un abrazo gigantesco, y sin explicarse cómo, estimulados por la palabra de los servidores del tren, la vieja abuela, la madre de Salvadorito, éste y sus hermanos se encontraban asomados a los ventanillos del coche, desde donde continuaban despidiéndose en todas las formas imaginables: agitando pañuelos, lanzando besos al aire o extendiendo a los amigos las manos, trémulas por la emoción de la partida.

—¡Adiós!

—¡Qué no nos olvidéis!

—¡Que esperamos carta!

—¡Que el verano próximo os queremos ver!

—¡Sí, sí!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Otro silbato agudo cruzó el aire y un momento después el tren arrancaba, sereno, majestuoso, crepitante, entre gritos de despedida y saludos afectuosos.

No había transcurrido un cuarto de hora y Salvadorito, asomado al ventanillo del coche, miraba desfilar, como en un sueño, como en fantasmagórica aparición, las quintas del linde de su pueblo, esas que él conocía palmo a palmo, donde fuera tan feliz, donde tantas y complejas emociones le embargaran en sus innumerables correrías y a las que quizá no volvería a contemplar nunca.

Al hundirse en su butaca fue presa de una sensación rarísima. Diríase que sentía algo así como si aquél fuera el último de los días de su infancia.

VI

LA TRAVESÍA POR LA PAMPA

A pesar del carácter reflexivo de Salvadorito, eran aún muy pocos sus años para que un motivo tan poderoso, como el que representaba en su vida aquel viaje, lleno de novedad, no distrajera su espíritu, apartándolo de consideraciones trascendentales.

Él había realizado ya varias excursiones por vía férrea, pero no con dirección hacia la gran capital, y aunque los primeros kilómetros de camino carecían de interés extraordinario, puesto que los conocía por sus visitas casi diarias en sus frecuentes y accidentadas cabalgatas, la verdad es que ofrecíale cierto encanto desconocido el contemplar el paisaje desde el tren.

Iba, con su hermano, comentando el desfile de fincas, formulando comentarios respecto a sus moradores, cuando divisaron la casa de uno de sus más queridos compañeros, el chinito Flores, travieso y andariego, que a esa hora quizá dormiría a pierna suelta, sin sospechar siquiera que ellos cruzarían por allí.

—Ahí vive.

—Sí, esa es la casa.

—Mirá el ombú.

—Y el caballo atado al palenque.

—Es el del padre.

—¡Ahí está el chinito! ¡Mirá, mirá!...

Y no pudieron ver más, porque el tren cruzaba como una exhalación, tragándose las quintas.

—¡Qué lástima! No nos ha visto.

Salvadorito y su hermano saludaban insistentemente con los pañuelos, pero sin advertir que alguien les contestara.

Decididamente el chinito no sabía que ellos iban a pasar por allí...

La llegada a las estaciones era lo que menos les entretenía. En todas ellas el espectáculo reproducíase en forma monótono. De pronto, el tren daba un alarido y comenzaba a disminuir la marcha. En seguida, un silbato sostenido hasta obtener la señal de entrada en la parada próxima, y, pasado un instante, la pesada masa con ruedas entraba bajo la enorme techumbre de Hierro. Chac... chac... Fu... fu... fu... Ruido de frenos, un último silbato agudísimo, un chirrido de hierros, el choque a intervalos regulares de los paragolpes, un pequeño sacudón en el respaldar del asiento y otra vez la quietud desesperante, poniendo nerviosos a los dos niños, ávidos de movimiento y acción.

La carga y descarga de tarros de leche, frutas y algunos muebles, que se verificaba en el vagón especial, acoplado al del correo, era lo que fuera del trajín de viajeros demoraba siempre la salida del tren.

Los dos muchachos, asomados a las ventanas laterales, esperaban ansiosos la señal de la partida dada regularmente en tres tiempos: primero, la campanada del jefe de tráfico; segundo, el silbato del conductor; y tercero y último, el golpe de palmas a que obedecía el hombre de la máquina.

Una vez el tren en marcha, recomenzaba el verdadero placer del viaje, la voluptuosidad del movimiento, el encanto supremo de la travesía por la Pampa, devorando leguas.

Al penetrar en el linde de Merlo, casi en las mismas puertas de Buenos Aires, la abuela evocó un recuerdo histórico que los niños escucharon con embeleso.

—Hasta aquí llegó Lavalle, el libertador, con su ejército, cuando peleó contra Rosas, el tirano—dijo la abuela.

Y agregó:

—Yo era una niña entonces, pero recuerdo como si fuera ayer la alegría de Buenos Aires, al saber que el gran soldado venía —¡por fin!— a romper sus cadenas. Y la tristeza, después, desconsoladora y sin límites, cuando, ignorándose la causa, sin librar una acción, sin una escaramuza siquiera, sin disparar un tiro, él, el valiente que no había retrocedido nunca, emprendió hacia el interior del país la retirada misteriosa que había de llevarle a la muerte.

Y la buena viejecita se extendió en detalles cautivadores que lograron concentrar en su persona la atención de todos.

* * *

Buenos Aires gemía bajo la opresión del déspota terrible, sombra y baldón de América, y ya fatigada por un sufrimiento de quince años, decidióse a erguirse sobre su dolor. Esperaba la entrada del ejército para levantarse bravía, reivindicando sus derechos hollados por la bota del bárbaro, cuando se anunció, con las palabras que sólo se aplican a las catástrofes, la retirada de Lavalle con sus huestes.

Pero, ¿por qué huía Lavalle? ¿Adónde iba el héroe? He aquí un secreto que la historia no había podido descifrar aún. ¡Lavalle, el

soldado famoso de la independencia americana; Lavalle, el impulsivo irresistible de las cargas homéricas, aquel de quien Bolívar dijera, en frase memorable como todas las suyas, que era «un león a quien debía dársele la libertad el día de la batalla», abandonando el campo al enemigo en vísperas quizá del mayor y más honroso de sus triunfos! ¡Qué decepción! ¡Qué amargura! ¡Qué enorme responsabilidad!

Salvadorito escuchaba, absorto, aquella lección de historia; parecíale algo maravilloso el ir recorriendo, en tren, los mismos sitios por donde, cincuenta años antes, cruzaran los soldados del ejército de Lavalle, dispuestos a dar la batalla al tirano de su patria, y entre los cuales él hubiera querido estar. ¡Más aún! El niño sintió la más extraña, compleja y exaltada de las sensaciones cuando su abuela contó la odisea trágica de un grupo de perseguidos. Un pariente del propio Salvadorito, un tío de la vieja abuela, figuraba en ese grupo que, sorprendido en Córdoba como conspirador, fue llevado a la capital en un viaje de martirio. A pie, con cadenas y atados en parejas, hicieron la inenarrable travesía. Algunos llegaron muertos, y —afirmaba la narradora— el tirano, al recibir en Buenos Aires a los prisioneros, ordenó el fusilamiento de los vivos, ¡y el de los muertos, también!

A medida que la abuela se extendía en detalles sobre aquella época de vergüenza, iba Salvadorito creciendo en ira. De pronto quiso hablar. Ya no era un niño. Estaba transfigurado. Parecía un vengador. La madre amante, la gran mujer llena de sensibilidad, miró al hijo como interrogándole el alma.

—¿Sabe, abuela, lo que yo siento?

—Di.

—No haber sido hombre entonces.

—¿Para qué?

—¡Para matar al tirano!

Y en los ojos del niño brillo un relámpago de sangre.

La madre le tendió sus brazos como amparándole de un peligro inminente.

Hubo un largo silencio. Después:

—Esas palabras no corresponden a un niño —dijo con pesadumbre la abuela.

Y aquí terminó por el momento, la lección de historia.

* * *

El tren avanzaba diríase con más velocidad ahora. Habían salido de Morón, donde demoraron menor tiempo que en las estaciones anteriores, a pesar de que la máquina hubo de reponer el agua que iba faltando en sus calderas. Cruzaron con rapidez vertiginosa por otra estación, la de Ramos Mejía, según la misma abuela, quien, pasado el momento de estupor producido por el arranque inusitado del niño, comenzaba a esbozar otro capítulo de crónica retrospectiva, cuando surgió, en toda su magnificencia, la ciudad-monstruo, Buenos Aires, la cosmopolita, la deseada, la esperada, la soñada por la imaginación infantil y delirante de Salvadorito, quien no había vuelto a verla desde que partiera de ella siendo un comino, por lo insignificante y pequeño...

Un instante más y el tren penetraba en las propias calles ciudadanas: Rivadavia —la gran arteria que divide a la ciudad de Este a Oeste— al costado derecho de la vía férrea; otra estación aún;

Liniers, por donde el tren cruzó también sin detenerse; mil metros más y aparecieron las calles transversales del Caballito y de Flores, cuyos letreros los niños iban leyendo a gritos; Almagro, por fin, y ya estaban sobre las barracas y golpones, los enormes depósitos de cereales de la estación terminal del Once de Septiembre.

Como movidos por un resorte mágico comenzaron a surgir sobre el andén y aturdiendo con sus voces, cocheros, mozos de cuerda, algunos con carretillas de mano y cruzando todos entre ruidos infernales a los que se mezclaban los de fuera, entre ellos el alegre y chillón de las cornetas de los tranvías a caballo, anunciando su presencia a los viajeros.

La madre de Salvadorito, asomada a un ventanillo, exclamó:

—El tío Manuel!

—Estaban en Buenos Aires.

VII

BUENOS AIRES, CIUDAD-PRODIGIO

¡Qué cúmulo de impresiones tan variadas y complejas, de tan diversa índole, las experimentadas por Salvadorito al penetrar en la ciudad!

El había salido de ella cuando no podía apreciarla en su verdadera magnitud. Ahora era otra cosa. Todo cuanto veían sus ojos concentraba su atención; todo le atraía, en todo se detenía atentamente. El niño, curioso y observador, iba haciendo comparaciones. Algunas cosas hacíanle meditar. Los pobres caballos de los tranvías, tratados brutalmente por los conductores, le

inspiraban compasión profunda. El había aprendido en el campo a respetar y a querer a la bestia noble y útil. ¿Cómo podía tratársela así? Marchaban los tristes jamelgos, desmedrados y flacos, dando tropezones, resbalando y cayendo sobre las piedras; a las veces la carrocería del coche, sin miriñaque ni defensa alguna, apretaba el cuerpo entero del pobre animal torpemente guiado; apeábase entonces el mayoral y, ayudado por el cobrador, los inspectores de servicio y hasta el vigilante de la esquina, unido, en ocasiones extremas, al abigarrado grupo, hacían retroceder sobre el cuerpo mártir el pesado coche atestado de viajeros; ya en descubierto la pobre bestia dábase con frecuencia el caso de quedar desollada sobre el pavimento, con la piel en pedazos y las patas hechas astillas. Apartábase entonces el cuerpo horriblemente mutilado, una nueva pareja caballuna reemplazaba a la que había caído en el trajín sangriento, y la marcha se reanudaba ante la impasibilidad de la mayoría.

Salvadorito pudo enterarse de que no todos en la ciudad contemplaban insensibles el doloroso espectáculo, supo, además, que existía una sociedad protectora de animales, fundada por un gran estadista argentino, sociedad a la que para eficacia de su acción debían obediencia las autoridades policíacas; pero supo también que a la tal sociedad el público no le llevaba mayormente el apunte, según rezaba la gráfica frase, es decir, que no le hacían caso, llegando a burlarse de sus miembros más conspicuos, incluso de su presidente —el célebre doctor Albarrán, convertido en un hombre popularísimo por su tesón en el puesto— cuando a causa de sus quejas o reclamaciones se interrumpía el tráfico, paralizándose, momentáneamente, la vida vertiginosa de negocios, característica de la gran ciudad.

Distinta cosa ocurría cuando la reclamación se formulaba contra algún gringo bárbaro, vendedor de verduras, o algún muchacho travieso y cruel, perseguidor de gatos atorrantes o perros fugitivos... Entonces se realizaba el desquite, y, como siempre, los más míseros; pagaban juntas las faltas propias y las ajenas.

Otra impresión, puramente física y harto desagradable, era la producida por determinados olores de la ciudad, especialmente los de las filtraciones del gas pobre, utilizado para el alumbrado general.

Estos olores, particulares y persistentes, hacíanse aún más densos y pesados a causa del calor propio de la estación que atravesar ban, últimos días primaverales en que ya el sol picaba en las calles centrales a la hora precisa en que Salvadorito hacía su entrada triunfal con dirección a su nuevo domicilio urbano, sentado con arrogancia al lado del cochero, en el pescante del lujoso landó del tío Manuel.

Lo que verdaderamente le entusiasmaba eran los admirables troncos, las yuntas de caballos o de yeguas magníficas que él no había visto en el pueblo y que a cada instante cruzaban ante sus ojos azorados, arrastrando hermosos coches.

La yunta del landó, dos yeguas normandas de gran alzada, zaínas oscuras, de pelo luciente, cola y crin tuzadas, recortadas diríase al rape, prodújole también grata sorpresa.

Pensando en que un día él pudiera manejarlas, trató de iniciar, empleando palabras hábiles y amables, una amistad que, en determinados momentos, le pareció difícil cimentar, con el cochero, porque éste era, en apariencia al menos, de carácter duro y rehacio a zalamerías o cucamonas. Lacónico en demasía, sólo contestaba con monosílabos a las frases curiosas y entusiastas del niño, o daba un

nombre propio cuando el caso lo requería, o a lo sumo ponía un adjetivo justo, exacto, sin comentario alguno que diera pie a seguir la conversación. ¡Había para desesperar! Salvadorito llegó a pensar en la imposibilidad de conquistarle, cuando un accidente imprevisto, el que le sugirió las amargas consideraciones respecto a la crueldad de los hombres con los pobres caballos, desató la lengua de aquel hombre-esfinge.

Desde ese momento se hizo la ilusión de que el cochero era suyo. Al fin, un campesino también en quién existía la costumbre del buen tratamiento a las bestias; el sabio tratamiento, podría decirse. Era de ver como manejaba al tronco del landó. Con cuánta maestría llevaba las riendas y el látigo, que no usaba nunca sino como adorno o amenaza. Y era de ver al mismo tiempo a las hermosas yeguas cómo le obedecían; parecían sugestionadas, magnetizadas, por un poder superior e infalible que las dirigía, cuidándolas; las estimulaba, acariciándolas; aunque vigilándolas siempre.

Tenían nombre de mujer, y el cochero usaba una dulzura enérgica, especial, para llamarlas: Marta, Dora. Levemente, con la punta del látigo, las tocaba y ellas obedecían, como complacidas, al sentir la voz del maestro: Marta... Dora... Y los dóciles animales, seducidos, dominados por la inteligencia y la bondad del hombre, arrastraban veloces, ágiles, el elegante landó del tío Manuel, en forma que originaba un placer estético verlos en movimiento. Un cuadro, una nota de arte, admirada por el niño y que éste hubiera deseado contemplar todos.

Antes de despedirse, ese mismo día, Salvadorito le dijo al nuevo amigo:

—Yo sé manejar.

—Sí, pero no con estas riendas —contestóle el cochero, poniendo otra vez sequedad en sus palabras y recobrando en toda su persona la dureza que Salvadorito creyó descubrir en su carácter. Diríase que éste era falso, simulado, en obsequio de lo que quería defender de ajenas y torpes manos: El manejo de aquellos animales espléndidos, educados por él, mimados por él, acariciados por él, para los cuales vivía y de cuyo amaestramiento estaba tan orgulloso.

—Si fuera necesario, yo le hablaría a mi tío —insinuó Salvadorito pensando que, ante el parentesco y la confianza derivada de él, el cochero accedería alguna vez a sus pretensiones: guiar con sus manos a las yeguas, ser cochero él también...

El maestro le miró entonces, contestándole con un silencio elocuentísimo que Salvadorito tradujo así:

—El tío será el dueño, pero en las yeguas mando yo. Un día, quizá, si las mereces, te daré las riendas; pero antes tendrás que hacer méritos. Ya veremos.

* * *

Marchando por Rivadavia habían llegado a lo que era en aquella época el pleno centro de la ciudad, donde vivía el tío Manuel con su familia. A su casa iban para asearse todos, y almorzar primero, antes de pasar al nuevo domicilio, situado en el extremo Sur de la población y preparado ya como alojamiento definitivo de los viajeros.

La casa del tío Manuel era antigua y edificada al estilo español, parecida, si se exceptúan las dimensiones, a las del pueblo provinciano en que había pasado su infancia Salvadorito. Amplia, enorme y puesta con lujo, diríase una antigua mansión señorial en la

que se respiraba riqueza y bienestar. Al frente, dos habitaciones espaciaosas, divididas por un zaguán y destinadas, la de la izquierda, a despacho, y la otra a sala de recepciones familiares; el despacho formaba un cuerpo independiente, habiendo convertido en puertas dos de sus grandes ventanas a la calle, con lo que hubo de romperse la armonía de la línea arquitectónica, pero obteniéndose en cambio una ventaja positiva para el personal destinado a los negocios del tío Manuel, jefe a la sazón de una importante casa consignataria de frutos del país. En el ala derecha estaban las principales habitaciones de la familia, dando al patio primero, sin edificar en su lado izquierdo, lo que aislaba más aun el despacho; en dicho patio había una fuente y varias estatuas de mármol, copias de esculturas célebres; en el segundo patio erguía el brocal de un gran depósito de aguas de lluvias, un aljibe inagotable, envidia de toda la vecindad, que se veía obligada a acudir a él en tiempos de sequía, y único resistente a todas las necesidades. No había memoria de haberse agotado ni enturbiado nunca, puesto que su capacidad era formidable y especial el cuidado para la conservación del precioso líquido.

Un tercer patio edificado, como el segundo, en ambas alas, daba término a la casa. Allí vivían los servidores de ella, constituyendo una segunda familia, entre la que se contaba el cochero con quien Salvadorito deseaba, vehementemente, trabar amistad.

El almuerzo había transcurrido en un ambiente de amarga tristeza, dada la situación de todos frente al reciente duelo. Además, y a pesar del parentesco, las dos familias no tenían gran intimidad, debido principalmente al largo alejamiento en que habían vivido. Apenas se conocían, y por tal motivo no existía entre ellas esa franqueza cordial y espontánea que es flor de la amistad.

Por otra parte, ciertos usos y costumbres, aparejados diríase a la riqueza en las grandes urbes, no estaban dentro de los hábitos de la familia en desgracia, hecha ya a la sencillez de la vida de provincias, tan distante de la aparatosidad y el fausto que les rodeaba en la casa del pariente opulento. Esto, unido al afligente estado económico en que había quedado la viuda, las molestias del viaje y otras menudencias, incómodas generalmente y mucho más en momentos de angustia, hacían difíciles y penosos todos los movimientos.

El tío Manuel trataba de animar con su charla a la reunión y de borrar con frases de ingenio y generosas siempre, todas las distancias. Quizá lo que pasaba allí, y no podía explicarse, era que, en el ánimo de todos surgía la idea de que una familia se recostaba, caía en brazos de otra y que solamente el espíritu del tío entre los suyos había sabido sobreponerse a la realidad. Todos los demás niños inclusive, sentían con anticipación algo así como el peso de una carga, de una responsabilidad que ignoraban si tendrían fuerzas para sostener.

Un sentimiento egoísta flotaba en el ambiente de aquel almuerzo, girando en torno de la pobre familia, obligada por la fatalidad a aceptar de unos parientes, casi desconocidos, una protección que, en el fondo, hería su orgullo. La actitud reservada y expectante de la viuda y su madre, hubiera dado a entender a un fino observador que si esa protección no se otorgaba con delicadeza, todo estaba perdido.

Una hora después del almuerzo, y para aprovechar la tarde, la familia de Salvadorito, acompañada por dos de los servidores de la casa del tío Manuel, partía al nuevo alojamiento, con el fin de prepararlo convenientemente para habitarlo en seguida.

VIII

RESPONSABILIDAD FRENTE A LA VIDA

La vivienda elegida por el tío se hallaba situada en una calle perdida del antiguo barrio de Constitución, lindante con el de Barracas. Era modesta, modestísima, porque empezaban en Buenos Aires a escasear los edificios destinados a alojamientos de familias, dado el desarrollo enorme adquirido en pocos años por la población comercial de la ciudad-prodigio.

Como compensación a su estrechez y demás molestias, era aseada, con las ventajas de una construcción reciente; recibía el sol durante muchas horas y su frente, con balcones, daba a una amplia plaza, lo que la alegraba y embellecía.

A pesar de haber conservado muy pocos muebles —los indispensables, casi, fuera de algunos recuerdos familiares, entre ellos un chiffonier, magníficamente incrustado en bronce, una caja de música, con tambores redoblantes y pajaritos, y un reloj de cucú, como Salvadorito no volvió a ver otros en su vida—, la casa no podía contenerlos. Todas las habitaciones resultaban pequeñas para los antiguos roperos tallados, de jacarandá riquísimo, y casi tan grandes como ellas; para las mesas, que fue necesario achicar; para las sillas y perchas, que quedaban en los angostos pasillos obstruyéndolos y dándoles aspecto de almonedas; y hasta para la batería de cocina, que, aunque muy mermada, hubo necesidad de amontonarla en los minúsculos bazares, que más parecían destinados a contener utensilios propios para comida de muñecas y peleles, que para estómagos humanos.

Pero sin reparar en tales inconvenientes, la familia se instaló, por fin, sofocando sus protestas, más aun, aceptando estoicamente resignada la nueva situación.

Una vez terminado el ordenamiento interno de la casa, la madre de Salvadorito dióse a pensar en los nuevos y difíciles caminos a seguir, en su gran responsabilidad frente a la vida.

El tío Manuel le había dicho que contara con su apoyo, determinando asignarle una suma mensual para los gastos generales de la familia. Pero su verdadera preocupación radicaba en la educación de los hijos. Ella quería instruirlos, darles carrera; éste había sido su sueño, y, hondamente preocupada, llegó a pensar en que este sueño se le desharía en humo. ¿Cómo realizarlo sin los elementos económicos indispensables? Decidida a hablar seriamente con el tío, a arriesgarlo todo, en una entrevista definitiva, le llamó a su casa.

Acudió el tío y la gran madre le planteó el problema, sin titubeos ni melindres. ¿Quería él que sus sobrinos siguieran estudios? En caso afirmativo, ¿podía él costearlos? ¿Contaba con su decidida cooperación económica? ¿Iba el buen señor a cumplir con los deseos del padre muerto, como éste, seguramente, hubiera hecho con los hijos de su hermanos en caso de sobrevivirle?

El tío Manuel dejó hablar a la gran madre, porque le complacía oírla, porque tenía por ella una admiración brotada de su carácter y de su inteligencia, puestos a prueba en muchas ocasiones que él conocía.

Afable, cordial, noblemente, contestó, sin circunloquios. Sí, él le había prometido al hermano muerto velar por el destino de los huérfanos, como lo haría con los propios hijos; y él no era de los que

echaban palabras al aire para que el aire se las llevase. Podía, pues, la viuda descansar tranquila al respecto.

Los niños empezarían a instruirse inmediatamente. Ahora bien, como el año estudiantil estuviera muy avanzado esperarían al ejercicio próximo para matricularlos en el colegio nacional, donde iniciarían el bachillerato, puesto que los muchachos tenían ya aprobados los cuatro grados de preparatorios. Pero para que no se retrasaran ni olvidaran lo aprendido, él, entre tanto, designaría un profesor particular que les daría clases diarias en el propio domicilio.

Era conveniente ganar tiempo y no olvidar la disciplina del estudio. Por lo demás, había que evitar en lo posible los peligros innumerables e inesperados de la ciudad, especialmente en los primeros momentos de entusiasmo y sorpresas consiguientes. Los niños aquellos, en particular Salvadorito —y él sabía esto por los propios maestros del pueblo—, tenían un carácter excesivamente vivaz, estando acostumbrados a una vida de libertad peligrosísima en las grandes ciudades. El confiaba en la discreción y en el buen tino de la viuda; pero, al fin y al cabo, tratábase de hijos varones, con los que es indispensable cierta severidad ajena a la dulzura maternal. Y para ello estaría el profesor que él eligiera.

Después de otras consideraciones alrededor de tema tan importante, el tío se despidió, dejando en el ánimo de las dos mujeres la más grata de las impresiones. El destino de los niños, que, en realidad, era el de la familia, quedaba completamente asegurado, debido a la nobleza y a la generosidad de aquel tío providencial.

IX

¡EXTRAORDINARIO PROFESOR!

La vida, pues, se organizó en la casa de acuerdo con el plan tan admirablemente trazado por el tío Manuel. Un profesor italiano se hizo cargo de la educación de los niños, y pocos días después de la entrevista referida se improvisaba en el comedor de la casa —única habitación disponible, apta para tan alto cometido— el aula familiar.

Decididamente, el profesor italiano era un hombre excesivamente joven para profesor. Había sido recomendado en forma decisiva al tío Manuel por persona que le inspiraba gran confianza, motivo por el cual no dudó en encomendarle la delicada misión.

Pocos días habían transcurrido desde el en que hizo su aparición en la casa, y ya el joven profesor diríase un camarada de los niños. Tres horas diarias de clase eran las señaladas; pero el profesor, con diversos pretextos fomentados por los alumnos, llegó a pasar días enteros en el seno de la familia. Ayudaba a esta situación un poco de candidez provinciana por parte de la abuela y de la madre. El hecho era que el profesor, sintiéndose halagado y demostrando un afecto indudablemente excesivo, pero al parecer sincero, de toda sinceridad, hacia sus pequeños alumnos, empezó a alargar sus horas de clase, retardándose en el momento fijado para entrar en la casa, pero prolongando calculadamente su permanencia en el de la salida.

Este momento coincidía precisamente con la hora del almuerzo, razón por la cual un día la madre de Salvadorito creyó de su deber invitar al abnegado profesor a hacerles compañía en la mesa familiar.

Aceptada la invitación en forma llana, ésta hubo de repetirse con alguna frecuencia. Así llegó un día de lluvia en que el nuevo amigo pasó todas las horas hábiles en la casa, disfrutando de sus modestas pero no despreciables comodidades.

Naturalmente, como se comprenderá, tratábase de un buen hombre sin grandes dotes de educador, que había aceptado aquel puesto como un recurso momentáneo, pero salvador. Sin dinero, casi en la miseria, joven inmigrante en aquel país desconcertador, asióse a lo que encontró más a mano para no sucumbir. Y el áncora fue aquella clase a los niños de una familia que él creyó rica sin saber, en verdad, cuál era la estrecha y dolorosa situación porque atravesaba.

Las horas de estudio siguieron, pues, prolongándose, e insensiblemente aquel profesor convirtiéndose en un huésped cuya presencia se veía siempre con simpatía en la casa, por cuanto se creía que ella debía necesariamente de contribuir en forma halagüeña al mayor desarrollo en la instrucción de los niños.

En realidad, esto no sucedía, porque el profesor distaba mucho, primero, en tener condiciones de carácter que lo acreditaran como tal, y segundo, porque sus conocimientos eran escasísimos aun para ayudar a nutrir inteligencias en estado mucho más embrionario que el de sus dos alumnos.

Lo que el joven inmigrante buscaba era lo que con poco trabajo por su parte había conseguido con creces: la confianza de los niños, que veían en él a un compañero mayor que en las horas de lección les entretenía con fruslerías y charlas de índole muy diversa a la impuesta por los insoportables textos de enseñanza usados en la época. Así, ganada su confianza, lo demás vino como un derivado

lógico: el afecto de la abuela y de la madre, reconocidísimas en el fondo a la dedicación demostrada por el joven educador.

Un día —y esta idea fue sugerida por los niños— pidió a la viuda permiso para salir a dar un paseo, juntos maestro y discípulos. Acordado el permiso los tres amigos partieron al día siguiente en dirección al puerto. La lección se daría durante la excursión. Sería éste un paseo instructivo, como todos los que hicieran. No podía aceptar él que sus alumnos perdieran el tiempo.

Los niños deseaban visitar el río, ese magnífico río de la Plata que ellos no veían hacía muchos años. Y hacia él fueron. Era verano ya. En la cabeza del antiguo muelle de pasajeros estaba un grupo de boteros ofreciéndose para conducir visitantes a los vapores llegados esa mañana de Montevideo y anclados en la rada del río. El profesor hizo trato con uno de aquellos rudos marineros, y con el regocijo incontenible de los alumnos se inició la excursión.

Esta les emocionó hondamente. Cuando partieron del muelle el río estaba bajo y un grupo de carros, carretas y coches recorría la playa, aun en los sitios no abandonados por el agua. Sobre la arena, en grupos bulliciosos, corrían niños descalzos. Otros, desnudos, penetraban a caballo en el agua, bañándose junto con los animales.

Salvadorito recordaba sus aventuras en el pueblo y envidiaba a los muchachos que imaginaba en plena libertad, esa libertad de la que él no podía disponer ahora en la ciudad grande.

Desde el río admiraban el panorama que presentaba Buenos Aires. Al frente, el macizo de edificación, sin orden arquitectónico, en mezcla abigarrada de todos los estilos, colonial, intermedio y moderno, con la mole de la Aduana vieja avanzando en las aguas; erguidas, como a espaldas de la Aduana, las torres de San Francisco y

San Telmo, y sobre su hombro la del histórico Cabildo, hoy derruido y ayer cuna de libertades; a la izquierda, Quilines, los bajos de Quilines, por donde en son de conquista penetraron aquellos soldados ingleses que el destino había resuelto poner bajo el agua hirviente de las cocinas porteñas; y entre Quilmes y la Aduana, la Boca del Riachuelo, esa Babel moderna, coronada de palos y de jarcias, ese enjambre endemoniado de cáñamo y de pino, ese abigarramiento de embarcaciones de toda especie, tripuladas por individuos de todas las razas y de todos los climas.

* * *

El espectáculo presentado por los vapores, anclados frente a Buenos Aires, en un puerto primitivo, sin dársenas ni diques, era en verdad entretenido y lleno de vida y animación. Los pasajeros desembarcaban por las escalas de cuerda, y cuando el viento soplaba con ímpetu, lo que ocurría frecuentemente, eran de verlas piruetas a que les obligaba la gimnasia violenta del descenso.

En botes eran conducidos hasta los carros, carruajes y toda clase de vehículos —empleados según la categoría de cada cual—, que se encargaban de transportarlos hasta la misma ciudad. Por lo que acontecía con los pasajeros puede apreciarse la suerte de los equipajes y carga. En días de tormenta los peligros aumentaban como era consiguiente, hasta el punto de convertirse en una verdadera prueba de energía el determinarse a tomar tierra.

Todos estos detalles los iba contando el profesor a Salvadorito y su hermano, encantados con el interesante relato, cuando se interrumpió para preguntar al botero si estaba en el puerto la barca Catalina.

—Allí, a la derecha; entró ayer —dijo el hombre del bote.

—Pues remando hacia ella —agregó el profesor.

El botero hizo un gesto de contrariedad, pero obedeciendo a la orden se dirigió hacia la barca.

Llegaron. Apareció el patrón, que era amigo del profesor, y fueron todos invitados a descansar a bordo.

Dos horas permanecieron en la barca, y durante ellas comieron y bebieron; los hombres hablaron de cosas que no les importaba a los niños, y a estos se les hizo corto el tiempo, entretenidos en los mil detalles, interesantísimos, de la vida marinera.

Aunque guardando silencio, el dueño del bote estaba impaciente. Se veía que le había contrariado sobremanera el cambio de itinerario a que se le obligara.

De pronto empezó a levantarse viento y entonces se determinó el regreso a tierra. Eran las dos de la tarde y estaban a una distancia no despreciable del muelle.

El profesor ayudó en los remos, los niños llevaban el timón de acuerdo con las indicaciones del botero, y así, a fuerza de puños, iban ganando la orilla. Soplaban viento en contra y tardaron mucho en recorrer el camino de vuelta. Esto complacía a los niños, que hubieran deseado hacer interminable aquel paseo encantador.

Caía la tarde cuando arribaron al punto de partida. Comenzaba a llover y en el muelle había cesado el movimiento de carga y pasajeros. Atracaron.

Iban los niños trepando la escalera de desembarco cuando sintieron gritos destemplados que se cruzaban entre el botero y el profesor. En el cuarto escalón se detuvieron. Los hombres discutían porque no estaban de acuerdo en el estipendio del viaje. El botero

pretendía cobrar todo lo que se le había impedido ganar en el cambio de destino. El había ajustado precio por llevarlos y traerlos hasta el Eolo, el vapor de Montevideo, donde hubiera recogido, seguramente, otros pasajeros. De la barca Catalina no se había hablado para nada. Y exigía una cantidad, fabulosa sin duda para los bolsillos del profesor, a juzgar por los gestos de asombro y estupefacción con que éste acompañaba sus frases. Con el último de sus gestos, el más brusco y decisivo, alargó al botero una cantidad, pretendiendo partir por fin.

El botero, con intención aviesa, desamarró rápida y nuevamente la embarcación y se le cruzó decidido, atajándole el paso al embarcadero. El profesor no titubeó un instante. Los niños vieron exactamente la escena. Midió el peligro con serenidad, cayó sobre el botero y de un empujón formidable del que nadie le hubiera creído capaz, dada la endebles aparente de su figura, lo arrojó al agua. Dio un salto felino y fue a dar sobre el primer peldaño de la escalera del muelle, al pie mismo de Salvadorito, que lo contemplaba estupefacto. Y mientras el pobre botero chapoteaba, desesperado, entre las aguas turbias del río, el profesor gritó a los niños en un vocabulario especial:

—¡Tregar l'escala! ¡Súbito!

Y empujó a sus alumnos.

Segundos después, el grupo desaparecía corriendo por el muelle para penetrar seguidamente en las calles hirvientes y mareantes de la gran ciudad.

¡Extraordinario profesor!

* * *

La familia ignoró siempre la aventura del río y los niños continuaron saliendo, confiados a la pericia y cuidado del profesor. Por diversos motivos la permanencia en la casa fuese haciendo cada vez más difícil. Los niños deseaban salir y el profesor también. La resistencia de la madre fue vencida con habilidad por el profesor y los niños.

La que no se dejó embaucar más, insinuando en el ánimo del tío su desconfianza, fue la vieja abuela. Ella sospechaba que el tal profesor se valiera de su prestigio para no trabajar; aquellos paseos, aunque calificados de instructivos, eran demasiado caros y frecuentes, y se imponía la vigilancia.

El tío, abundando en la opinión de la vieja abuela, decidió averiguar personalmente la conducta de su recomendado y a los pocos días era éste sorprendido con sus alumnos en una academia de billar, juego al que era muy aficionado y que, a falta de otros conocimientos que transmitir a los niños, trataba de enseñarles con entusiasmo digno, en verdad, de mejor causa.

Desde aquel día el profesor cesó en su puesto. Los niños no habían aprendido en su compañía otra cosa que saber cómo se deshace uno de un impertinente —el caso práctico del botero—, y, a guisa de corolario, tirar algunas carambolas fáciles y una que otra —¡oh, ciencia maravillosa del marfil y el tapete verde y sugestivo! —de retroceso y por baranda...

X

«MARTA»... «DORA»...

El buen tío Manuel, deseando que la viuda entretuviera sus ocios, había dispuesto que un día por semana fuera el landó en busca de la familia para que ésta paseara por los alrededores de la ciudad.

Aunque el reciente luto le impedía exhibirse en paseos aristocráticos, como el admirable de Palermo, la viuda aprovecha el obsequio del tío, realizando excursiones por otros sitios menos frecuentados, y a los que iba siempre con los niños. Salvadorito no perdió el tiempo y fue estrechando los lazos de amistad iniciados con el cochero en su primera entrevista.

Un día, el más feliz de los que llevaba en la ciudad, obtuvo la concesión buscada con tanto ahínco: el manejo de aquellos animales que su imaginación adornaba con todas las perfecciones posibles. Algunas indicaciones, atendidas inmediatamente por Salvadorito, hicieron comprender al cochero que el niño era un experto en caballos. ¡Con qué seguridad empuñó las riendas! ¡Cómo cogió el látigo sin pretender usarlo una sola vez, puesto que las yeguas no necesitaban el castigo, bastándoles la amenaza para obedecer!

La experiencia fue definitiva y el cochero, aunque sin exteriorizar, ostensiblemente, su aplauso, quedó complacido interiormente y sin tener por qué arrepentirse de su rasgo generoso.

Una tarde en que la abuela estaba enferma, la madre de Salvadorito despidió el coche que no iba a usar, y el cochero, en vez de marcharse a casa de los patrones, se detuvo a beber unas copas en la trastienda del almacén cercano. ¡Algún punto flaco había de

tener aquel hombre de aspecto tan serio y de conducta tan circunspecta! Salvadorito, que ya lo había calado en anteriores circunstancias, sin pensarlo dos veces corrió a la trastienda a darle charla.

Después de algunas copas el hombre se había transformado. Era otro. Comenzó a expansionarse con Salvadorito. Y a tutearle, usando el vos tradicional argentino, tratamiento de suprema confianza. Con el vocabulario popular y pintorescamente gráfico del hombre de la campiña bonaerense, rompió a hablar:

—¡Yalés, muchacho! —le dijo—. Serás, con el tiempo, un cochero de mi flor. Y t'estoy tomando lay, porque vos tenés pinta e güeno.

—Soy su amigo, y le estimo —contestó Salvadorito, recargando cada palabra con cierta emoción que conmovió al cochero,

—Yo también, tuyo.

—Pruébemelo de una vez y para siempre —continuó, audaz, el niño, fijando una mirada intensa en los labios de la esfinge que hablaba.

—¿Qué querés? Decí, no más.

—Que me deje ir, solo, con las yeguas hasta la casa de un amigo que vive muy cerca de aquí. En diez minutos, mientras toma usted otra copa, voy y vuelvo.

Y terminó insinuante:

—¿Quiere?

—¿Y por qué no? Me inspirás confianza. ¡Vos valés, te digo! Anda, no más, muchacho.

Le entregó el látigo, como si lo invistiera con armas, y pidió otra copa.

Indudablemente, aquel era otro hombre muy distinto al que conoció Salvadorito el día que llegaron a la ciudad.

* * *

Salvadorito desató las riendas, atadas al pescante en combinación con una de las ruedas delanteras, trepó al landó y con una voz que se diría haber usado siempre, exclamó como si fuera el propio cochero:

—María... Dora...

Las yeguas, dóciles a la voz, arrancaron.

—¡Salvadorito! ¡Hermano! ¡Paráte! ¡Dejáme subir! ¿Te han prestado las yeguas? ¿O las has robado?...

Estas exclamaciones, pedidos y preguntas —dicho casi todo a un tiempo, con precipitación y escándalo— partían de boca del amigo a quien el niño, audaz, quiso y consiguió asombrar con su fantástica aparición, cruzando ante su vista guiando el lujoso coche del tío Manuel.

Enhiesto en el pescante, iba Salvadorito, aparentando más orgullo que el de un conductor olímpico. Su pequeña figura agigantábase a los ojos del amigo, por el ademán y la seguridad con que empuñaba las riendas.

De pronto —¡oh, fatalidad ciega, cebándote perpetuamente en el débil!—, una correa de la encimera de Marta se desprendió, castigando a la yegua. Esta dio un salto brusco, asustada y nerviosa. Por el impulso, propio del movimiento, la correa siguió azotando en

el ijar y el animal, mordiendo el freno, inició una carrera loca apenas contenida por la compañera y el instinto de conservación de Salvadorito que, además, puso toda su energía y todo su conocimiento para evitar una catástrofe.

Mientras Dora no se contagiara de la terrible impresión experimentada por Marta al sentir el golpe recio y continuo de la correa, tenía esperanzas de dominar la situación. Pero hete aquí que las dos yeguas, formando una sola desesperación, comenzaron a correr por la Avenida de Montes de Oca, donde acababan de penetrar, y el público a arremolinarse, los otros vehículos en circulación a desbandarse, rehuyendo el choque brutal, y los paseantes a dar gritos estridentes de auxilio o socorro.

Un jinete, ágil y decidido, púsose a la par de los animales, animando a Salvadorito, quien, por otra parte, no parecía conturbarse, pese al momento difícil por que atravesaba.

—¡No soltés las riendas! ¡Tenéte firme! —exclamaba el jinete, en la carrera, temiendo, justificadamente, que el niño, amedrentado, por fin, se arrojara del pescante poniendo su vida en inminente riesgo.

Salvadorito hacía esfuerzos visibles y extraordinarios por sujetar a las yeguas asustadas, y dándose cuenta de que, mientras el origen del percance subsistiera, los animales continuarían en su carrera suicida hasta dar en algún muro u otro obstáculo que se les atravesara, indicó, ordenando al jinete:

—¡La correa! ¡Sujétela! ¡Pase a este lado!

Este lado era el de Marta, la yegua castigada. El jinete marchaba junto al otro animal.

Quiso el jinete realizar la maniobra, y, al cruzarse ante las yeguas, tropezaron éstas o tropezó su caballo; el hecho fue que todos rodaron por tierra apelotonados, saliendo Salvadorito por los aires, con las riendas envueltas en las muñecas, para confundirse en seguida con el grupo en derrota del animoso protector y las bestias.

Como nube los rodearon transeúntes, curiosos de toda especie, y los vigilantes de parada en las calles por donde el landó desfilara en la carrera vertiginosa y que seguían detrás de los animales desbocados.

Felizmente ni el jinete ni Salvadorito habían sufrido otra cosa que machucones y lesiones sin importancia.

Intervinieron los guardias, comenzando en plena vía pública un interrogatorio previo, cuyas contestaciones indudablemente no les satisfacían.

—¿De quién es el coche? —preguntó el que parecía investir más autoridad.

—Mío —contestó con firmeza Salvadorito.

Los guardianes del orden, esos extraordinarios vigilantes de Buenos Aires, sin matices ni eufemismos, es decir, rojos o blancos, definitivos siempre, salvajes del todo o bonachones y pintolescamente paternales, se miraron con asombro

—¿Cuánto te ha costado?... —dijo uno.

Salvadorito, despreciando la chuscada, optó por el silencio momentáneo y, ayudado por el jinete y algunos otros comedidos, trataba de subsanar los desperfectos. Pero todo era inútil, porque la lanza se había hecho trizas en el golpe y —¡oh, desgracia sin nombre, maldito sino!— una de las yeguas, la pobre Dora estaba herida. Una

de las astillas, al quebrarse la lanza, se le había clavado en la paleta.
¿Qué iba a pasar ahora?

Uno de los famosos vigilantes se puso serio. Habló a Salvadorito:

—Tendrás que venir con nosotros a la comisaría. ¡Allí dirás de quién es el coche!

—¡Hombre! El coche es de mi tío. Pero se me ocurre que sería mejor buscar primero al cochero.

—¿Él te dio el coche?

—No.

—¿Dónde está ahora?

—En mi casa. Yo saqué el coche sin que él supiera.

—¡Ajá! ¿Conqu'esas tenemos?

Cuando uno de los guardias de a caballo, por orden de un oficial de calle, atraído como los demás por el escándalo, se preparaba para trasladarse a casa de Salvadorito en busca del cochero, apareció éste avisado por no se sabe quién del doloroso suceso.

Una rápida ojeada le dio a entender la gravedad de lo ocurrido.

Salvadorito con una decisión única, cargó con toda la culpa del accidente. Él, cuando el cochero, llamado por la madre, subía a la casa —ésa era su declaratoria— había trepado al pescante y puesto en marcha el landó sin autorización de nadie. Y nadie más que el tío, dueño del coche, a quien él explicaría el hecho con otros detalles, tenía derecho a reprenderle o castigarle.

—No se trata ahora de eso, sino de saber la verdad —interrumpió el oficial de calle; y ordenó dirigiéndose al cochero—: Hable usted.

Salvadorito dirigió al cochero una mirada suplicante. Y el cochero que, a más de esfinge —cuando le convenía—, era, en realidad, un lince a todas horas, penetrando rápidamente en la intención de Salvadorito, miró al oficial con serenidad perturbadora y con una sorna rara de encontrar en otros hombres, terminó así:

—Los niños no mienten, señor...

* * *

Una hora después, ya todos en la comisaría, llegó el tío Manuel, a quien, con la urgencia requerida por el caso, se le había comunicado lo que pasaba.

Repitióse la escena con Salvadorito y no hubo poder humano que le hiciera apear de su verdad.

Salvada la responsabilidad del cochero, quedó el niño cargando con el peso de aquella travesura grave, y a su ruego con el tío —que era la bondad misma— la madre no tuvo noticias de aquel percance a punto de terminar en tragedia.

Salvadorito conservó en lo más profundo de su espíritu la inmensa satisfacción de haber cumplido con un imprescindible deber, puesto que de compartir la culpa hubiera tenido que hacerlo forzosamente, desviándola hacia una cabeza —la de su amigo, el cochero— considerada inocente por su conciencia.

ESTUDIOS PREPARATORIOS

Iniciados los cursos del Colegio Nacional, fueron matriculados los niños en el primer año de Bachillerato, o sean los estudios de preparatorios para el ingreso en la Universidad.

Salvadorito acababa de cumplir sus once años, que apenas representaba. Era fuerte, pero no muy desarrollado. En su figura había mucho del tipo genuinamente criollo, con mezcla del meridional europeo. Tez morena, mate; ojos negros, pelo oscuro y luciente. Algo desgarrado por su delgadez; tenía un leve defecto en el hombro izquierdo, debido, quizá, a un golpe terrible sufrido en un accidente infantil en que se quebrantó dos costillas. Su característica era la decisión. Al entrar en el colegio pasó muchos malos ratos por la vehemencia con que resistió las bromas de que no se libraba ningún neófito.

No era pendenciero, pero jamás rehuía el conflicto que se le presentara. El primer día de clase fue también el de la primer reyerta. No aceptaba la imposición de la fuerza, y como su aspecto no era el de un Hércules, precisamente, a cada instante se veía obligado a poner a raya la insolencia de los más.

Así fue imponiéndose y haciéndose de amigos verdaderos que le querían por su bondad y le respetaban por su valor.

El fondo de su carácter era melancólico, pero había un no sé qué de risueño y travieso en todo su ser, que le distinguía. Diríase una especie de orgullo, prematuramente varonil, induciéndole a ocultar, con una capa de alegría, la esencia triste de su naturaleza. Con ello

trataba, quizá inconscientemente, de evitar la compasión, rechazada por su entereza, o que, erróneamente, se juzgara debilidad lo que en él era virtud difícil de apreciar.

Poseía algo de ese hermetismo, que es cualidad propia de los temperamentos fuertes y sintetizadores, lo que le hacía a las veces impenetrable y misterioso. Cuando cerraba las puertas de su espíritu a quien él consideraba indigno de su confianza, o mezquino, por pobreza de sentimientos, de recibir el don de su simpatía, era inútil buscarle un lado flaco. Inflexible como el acero, resistía a todas las sugerencias. Su arma era entonces la sonrisa desorientadora, coraza electrizada que lo convertía en inexpugnable.

La predilección de sus estudios estaba en la Historia y la Literatura. Aceptaba la Geografía porque le entretenía, pero odiaba —odiaba, era el vocablo justo— todo cuanto oliera a números.

No podía soportar las clases de matemáticas, y él decía que los números olían mal, porque tenía un profesor, alemán por más señas, que adolecía de una triste enfermedad, denominada *fosfatura*, por el mismo profesor, y que, efectivamente, parecía impregnar su aliento del metaloide venenoso. ¡Pobre y desgraciado profesor, a quien odió Salvadorito porque tenía mal carácter, porque olía a fósforo su aliento y, especialmente, porque enseñaba matemáticas que él no entendía o no quería entender!

De noche, el niño soñaba con un monstruo gigantesco que, blanco de tiza y despidiendo fósforo por la boca llena de espuma, los ojos encendidos y agitando en el aire manos de loco, hacía números y números incontables, impenetrables, sin sentido, sin lógica, sin finalidad, sin alma, abominables y malditos y que fatalmente serían su perdición en el examen de fin de año, porque él no sabría jamás

para lo que valían ni lo que representaban en su mutismo inalterable y eterno.

Sufrió mucho Salvadorito en sus estudios preparatorios. Él no supo nunca si la culpa era suya o de los profesores. Pero la realidad llegó a tener formas verdaderas de martirio. A pesar de su afán de conocimiento, hubo momentos en que abominó de las clases. Entonces huyó de ellas. Buscaba pretextos de toda índole para no concurrir. Él creyó siempre que no supieron hacerle amar el estudio. ¿Aprender? Sí; pero no a costa de tanta fatiga, de tanta exigencia, de tanta humillación. Los profesores no eran tales, sino terribles enemigos empeñados en perseguirle, especialmente el alemán, el profesor de matemáticas, de quien, cuando fuera hombre, se vengaría...

—Señor —le dijo un día—, yo no quiero estudiar matemáticas.

—¿No quieres o no puedes? —contestó el profesor, hiriendo en lo más vivo el amor propio del niño, agregando—: En los exámenes sacarás un cero, así de grande —y uniendo la acción a la palabra, aquel hombre que vivía con la tiza en la mano, al lado del pizarrón, trazó en éste un círculo que lo abarcaba todo.

Y esa noche Salvadorito soñó más que nunca. Cuando despertó estaba decidido; estudiaría matemáticas. A él no lo reprobaban en el examen...

XII

LA MUERTE DEL TÍO MANUEL

Salvadorito acababa de dar con éxito examen de su segundo año de preparatorios. La tranquilidad había vuelto al hogar de la viuda y la familia vivía feliz contemplando la evolución de aquellos niños que eran el porvenir.

Como el año anterior, se alistaban todos para pasar la temporada veraniega en una quinta de los alrededores bonaerenses, cuando se supo en la casa que el bueno del tío Manuel había sufrido un grave ataque al corazón. La familia, alarmadísima, envió a los niños a informarse. Cuando éstos llegaron se encontraron con el más triste de los cuadros. El buen tío, el buen padre, así lo consideraban, se sentía morir.

Indudablemente, algo pasaba a su alrededor, algo de que los niños no podían darse cuenta. Desde luego, un misterio. Cuando el enfermo supo que los niños habían llegado, hízolos entrar a su habitación. Quiso que se quedaran junto a sus hijos. Los miraba como interrogándolos y al mismo tiempo como si les dijera; «Yo me muero, pero no quedaréis desamparados.» Efectivamente, aquel hombre generoso pensaba en los niños. Había pedido con urgencia la presencia de un notario. Quería testar. De pronto se sintieron murmullos en la habitación próxima. El enfermo se agitó en su lecho.

—¿Es el notario? —inquirió.

—No; es el confesor —le dijeron.

Y el enfermo, con un doloroso gesto, demostró gran contrariedad. ¿Quién se oponía a su determinación?

Una hora más tarde, el enfermo moría sin testar, con los ojos fijos en aquellos niños que él amara en la tierra como propios. Salvadorito acababa de quedar huérfano por segunda vez.

* * *

El misterio que a los niños les fuera imposible develar, era muy sencillo: un complot familiar, sugerido por el egoísmo de un socio y pariente del propio tío Manuel, para que éste muriera sin disponer a voluntad del quinto de su fortuna, lo que podía hacer ateniéndose a lo estatuido en las leyes argentinas.

Lógico era pensar que aquellos niños, a quienes el tío consideraba como hijos propios, hubieran sido los favorecidos. La católica familia, valiéndose hasta del confesor, impidió, con subterfugios varios, que se cumpliera en este extremo la voluntad del moribundo.

Muerto el tío, la familia de Salvadorito quedó en el desamparo absoluto y esta vez sin esperanzas.

Un día, la familia del tío Manuel determinó un largo viaje. Levantaban la casa y se retiraban a una estancia, desde la que, pasada la época de lutos, emprenderían una excursión a Europa, donde irían a vivir definitivamente.

La separación se inició desde los primeros momentos, y aquellas dos familias, desaparecido el vínculo noble que las uniera, quedaron, a poco andar, desligadas para siempre.

XIII

EL «CADETE»

—Madre, hoy saldré a buscar trabajo.

—Hijo, esperemos aún. Tengo confianza en que nos ayudarán. Me han prometido un buen empleo para ti.

Hace tres meses que te lo han prometido.

—Sí, es verdad —dijo la madre con amargura.

Y Salvadorito:

—No te aflijas así. Hoy saldré a buscar trabajo, madre.

Y salió.

* * *

Iba Salvadorito, de comercio en comercio, ofreciéndose, no al mejor, sino al primer postor que lo aceptara para desempeñar la más ínfima de las ocupaciones.

—¿Para qué sirves? —le preguntaban, cuando le preguntaban, es decir, cuando no le daban con la puerta en las narices sin escucharlo siquiera—. ¿Qué sabes hacer?

Salvadorito sabía hacer de todo; de todo lo que él creía necesario, según fuera la índole del comercio donde se ofreciera.

Unos dábanle esperanzas, otros simpatizaban con su personita, y de buena gana, a no impedírselos el egoísmo o la falta de tiempo

para atender a un niño que maldita la ventaja que había de proporcionar, lo hubieran cobijado, como se hace con un animalito falto de protección.

Pero los días pasaron sin que el niño encontrara lo que tan anhelosa y enérgicamente buscaba.

Hoy volveré, madre. Me dijeron que sí; que hoy determinarían. Se trata de un Registro, una casa nueva, al por mayor, de géneros de punto y otros géneros. Parecen hombres buenos. Te advierto que vendrán aquí a hablar contigo. Dicen que tienen que informarse, y me imagino que tú no me harás quedar mal...

La pobre madre sonrió y acarició la frente del hijo.

—Bien. Ye a ver a esos hombres.

Y el niño partió, por centésima vez, en busca de trabajo.

Dos horas después ocupaba el puesto de cadete, o pinche, como él decía, en uno de los Registros recientemente abiertos en la calle de Rivadavia, donde estaban concentrados, en ese tiempo, la mayor parte de esta clase de comercios.

* * *

El Registro abría sus puertas a las ocho de la mañana. A las siete, el niño era despertado, por la propia madre, quien le calentaba el desayuno y le preparaba su almuerquito de las once en un paquete muy cuidado: un pedazo de carne, un huevo duro, una fruta y un pan.

Como el Registro quedaba a gran distancia de su casa, y el tiempo para el almuerzo era solamente de una hora —entonces se

trabajaban diez y once horas en esta clase de comercios—, no tenía el niño tiempo para ir a comer con los suyos, y, además, así economizaba el importe del pasaje de tranvía.

Un mes de trabajo y el niño se había hecho al nuevo ambiente.

Cuando la madre habló con la persona encargada de llevar las informaciones respecto al niño, le dijeron que si éste se portaba bien tendría un verdadero porvenir en la casa, y que, desde el primer mes, se le asignaría un pequeño sueldo para que ayudara a los gastos familiares.

Salvadorito hizo todo cuanto estuvo de su parte para favorecer, con su comportamiento, tan loables propósitos.

Por la mañana, era el segundo en presentarse; no el primero, porque le hubiera sido imposible llegar antes del peón de confianza, que abría el Registro, el más puntual, el más honesto, el mejor de los hombres, un excelente viejo, —antiguo servidor de uno de los dueños del negocio—, que era el compañero de Salvadorito, el que le enseñaba y le ayudaba en sus tareas de cadete, que no eran tan sencillas ni tan insignificantes como pudiera suponerse.

Por la mañana, al entrar en los almacenes, hacía el viejo la limpieza de pisos, mientras Salvadorito procedía al arreglo de estanterías y escaparates de muestras, tarea ésta que debía repetirse incesantemente durante el día. Llegaban los compradores —la casa era al por mayor, como hemos dicho—, y sobre una mesa especial el vendedor extendía las muestras. Desenvolvía las piezas de géneros, desparramaba los calcetines, desenrollaba las cintas y los bordados, lo desordenaba todo como impulsado por el vértigo. Una vez terminada la operación de venta, reanudaba Salvadorito su tarea de ordenamiento, hasta que un nuevo comprador aparecía para repetir

la monótona tarea, análoga a la del tejer y destejer de Penélope. ¡Pobre Salvadorito! En algunas ocasiones, la frecuencia con que se presentaban los compradores no daba tiempo para el arreglo, y entonces el jefe vendedor tenía exigencias para con el niño, que éste no podía satisfacer. Aquí del bueno del viejo que, dándose cuenta de los apuros del niño, acudía en su auxilio, tratando de evitar, en lo posible, los arrebatos del principal de la casa, un hombre seco, de aspecto antipático, entregado por completo a la utilidad del negocio —estaba interesado en las ventas— y ajeno por completo a todo sentimiento tierno y humano. La fiera le decían, y por cierto que la denominación no distaba mucho de la realidad.

A las once, hora del almuerzo, salían los patronos y la dependencia. Quedaban, en el local, Salvadorito y el viejo. Sobre el último de los cajones, desocupado esa misma mañana, con un periódico por mantel, sentados en un tablón, comían, en amigable camaradería, el viejo y el niño. Cada uno desenvolvía su paquetito de vituallas, y, noblemente, confundían sus raciones. El viejo le hablaba de sus cosas de joven, recordaba tiempos y hechos que despertaban la curiosidad del niño, y como, aunque ignorante, era inteligente y bondadoso, sabía llegar al alma de Salvadorito, quien lo consideraba como pudiera hacerlo con un pariente querido.

Este rato, pasado fuera del hogar, era el único del día que dejaba un grato recuerdo en el ánimo del niño.

Entre trago y trago de café, que el viejo preparaba, terminaba la hora del almuerzo, y a las doce volvía a abrirse el Registro. Aunque los compradores no aparecían nunca hasta pasada con largueza esa hora, la orden era de abrir y el viejo la cumplía.

Una vez apareció un comprador antes de que llegaran los vendedores, y Salvadorito pensó que él podía reemplazar a los ausentes. Como en todo se fijaba, conocía los precios de las mercancías, los falsos y los verdaderos, y realizó una venta de cretona, una novedad de la casa, en excelentes condiciones, anotando la operación como lo hubiera hecho el mismo principal. El comprador —se trataba de un buen cliente provinciano—, de no ser atendido, a esa hora, seguramente hubiera buscado el artículo, o el equivalente, en otra casa. Cuando los patronos llegaron se encontraron con la grata sorpresa, y felicitaron a Salvadorito por su iniciativa y despejo.

Cuatro meses habían transcurrido desde la entrada de Salvadorito en el Registro. Al mes de estada se le pagó el primer dinero que ganara en su vida. No lo olvidaría nunca por más años que viviera. La cantidad no era excesiva por cierto: veinticinco pesos. Pero aquella suma representaba su esfuerzo, y con ella corrió a casa de la madre para ofrendársela como un símbolo.

Ahora, cuando la hazaña de la venta, Salvadorito esperó el premio, que no se hizo esperar. A fin de mes se le llamó al despacho, y, en presencia de los jefes, se le comunicó un aumento de sueldo y de jerarquía, entregándosele un cuaderno de ventas. A más de la tarea fijada tendría a su cargo la colocación de ciertos artículos fáciles, de mercería ordinaria. El cadete acababa de obtener su primer galón.

* * *

Al año de trabajo, Salvadorito era segundo vendedor en el Registro y gozaba de un sueldo extraordinario para un niño de su edad. Entregaba íntegro el sueldo a su madre y ésta estaba orgullosa del hijo a quien ya trataban todos como a un hombrecito. La viuda había

celebrado varias conferencias con los patronos, y de ellas había salido completamente satisfecha. Salvadorito se haría un hombre allí.

Lo terrible era el trabajo abrumador que le impedía al niño hacer una vida racional, de acuerdo con las necesidades de sus pocos años.

La noticia del buen comportamiento del niño en el Registro corría por todas partes. Una casa de consignaciones de frutos del país, análoga a la que había hecho la fortuna del tío, necesitaba un muchacho, y, antes de tomar al primer zascandil de la calle, sin garantías ningunas, prefirieron sus dueños hacerle proposiciones a la viuda, a quien conocían, y a quien, en otra ocasión, no habían podido atender, cuando aquélla buscaba empleo para sus hijos.

El primer impulso de Salvadorito fue el de desechar la proposición, pero una desavenencia entre los socios del Registro, originada en esos días, y que ponía en peligro la vida del negocio, así como la buena intención con que, al parecer, se le solicitaba, le decidió. Aceptó el nuevo puesto ganado por sus cabales; comunicó la noticia a sus patronos, resueltos a liquidar su razón social, y, en un dos por tres, le tenemos transportado a los característicos mercados de lanas y cereales argentinos, donde le veremos desarrollar nuevas energías.

XIV

LOS BRAVOS TRABAJADORES

Achicharrándose, bajo los galpones de hierro, en los meses más terribles del año, ahí estaban los bravos trabajadores por cuyas

manos pasa todo el río de oro del país, los frutos óptimos de la región prodigiosa.

En el momento en que Salvadorito ocupaba su puesto en la nueva casa comercial, adonde había sido llamado, la actividad en los mercados y barracas estaba principalmente absorbida por el acarreo, enfardelamiento y embarque de la cosecha de lanas y pieles.

Esta importante y pesada tarea se realizaba, entonces —y aun perdura el mal—, en locales inadecuados, contruidos, en su casi totalidad, con elementos poco favorables para resistir altas temperaturas, y sin la ventilación indispensable requerida por la higiene más rudimentaria.

Bajo los techos metálicos, concentradores de calor solar, permanecían cientos, miles de trabajadores y empleados durante las más pesadas horas del día, dedicados a los preparativos que deben soportar los frutos antes de estar en las condiciones necesarias para emprender el viaje de exportación: peso y traslado del mercado a las barracas, clasificación en éstas, y, por último, el enfardelamiento y el nuevo acarreo hasta el sitio del embarque.

Y menos mal cuando estas tareas se hacen al aire libre, aunque sea desafiando las iras formidables del astro-rey, lo que ocurre con los gremios más favorecidos, o los menos maltratados digámoslo con propiedad, como son los conductores de carros, los alcanzadores, los guincheros y otros que prodigan sus actividades sobre las amplias cubiertas de los barcos.

Diez y doce horas diarias en estas condiciones, maniobrando con sacos de cereales y lienzos de lana, cuyo peso oscilaba siempre entre los ochenta y cien kilos, eran suficientes para aminorar, en grado alarmante, la vida de los hombres mejor constituidos.

Salvadorito inició su nuevo cometido lleno de satisfacción. Sólo pensaba en el mejoramiento alcanzado en bien de los suyos desde el punto de vista moral y económico. Se le ofrecía doblarle el sueldo desde el primer mes de trabajo; se le daba una ocupación de responsabilidad y confianza; sería pesador, es decir, correría con la cuenta de las balanzas, tarea que compartiría con otros dos dependientes, uno de los cuales lo pondría al tanto de la misión encomendada a su actividad.

Por la mañana, al rayar el alba, debía estar en pie. A las seis se abrían los mercados, y media hora antes hacían su entrada los peones encargados de clasificar, por cuenta de los consignatarios respectivos, las pilas de lana y los sacos de trigo y maíz, tarea, por cierto, delicada y que requiere conocimiento y destreza para preparar la mercancía en forma adecuada, es decir, que cada lote aparezca exhibiendo lo mejor de su contenido. El caso es impresionar bien al comprador desde que se encuentre con el fruto. De esta labor preparatoria se encargaban los capataces de los peones, y era presenciada por los vendedores y pesadores de cada casa. Pesador y vendedor debían estar en el secreto de dicha preparación para saber, con exactitud, las condiciones en que convenía realizar la mercancía y entregarla.

De seis a once hacíanse las operaciones de venta. Ya preparadas las muestras en pequeños sacos, iban los vendedores ofreciendo sus productos acompañados de sus capataces. Cuando un artículo interesaba acudían todos a la pila, frente a la cual los compradores observaban, calando los sacos de cereales para darse exacta cuenta del grado de limpieza y sazón en que estaban los granos, abrían los vellones de lana para juzgar de su calidad y fineza y acompañados, a su vez, por los capataces propios, éstos deshacían hábilmente la

obra de los anteriores, con el fin de sorprender el secreto o arte puestos en el arreglo del producto.

Verificada la venta venía inmediatamente la operación de la entrega. Aquí comenzaba la misión de Salvadorito. Al pie de la balanza, que aprendió a manejar inmediatamente, debía permanecer anotando el peso durante diez horas diarias, con un intervalo de dos horas destinadas a la comida y al descanso.

Éste, como se comprenderá, era reducidísimo, teniendo en cuenta la distancia de los mercados, especialmente cuando le tocaba a Salvadorito trabajar en el de la Estación del Once de Septiembre. No así en los otros mercados, el Central y el de Constitución, éste a un paso de su casa.

Pero, con todo, la tarea resultaba siempre abrumadora, y hubo momentos en que el pobre niño parecía desfallecer. La madre, comprendiendo el dolor del hijo, trataba de endulzar sus horas libres, sus contadas horas de esparcimiento en la semana. Por la tarde, a la una, volvían a abrirse los mercados, hasta las seis, hora ésta en que debían los dependientes como Salvadorito, trasladarse a las oficinas centrales de la casa a rendir cuentas de sus tareas en los mercados. De los cuadernos de los pesadores debían sacarse los datos para las liquidaciones de cada partida de frutos. Primero debía confrontarse el resultado del peso, averiguar si coincidía con el de las facturas originales de cada cliente. Y en esta tarea engorrosa, complicada con la correspondencia, copia de cartas y demás detalles correspondientes al intrincado mecanismo comercial, arribaba la noche, prolongándose muchas veces la velada hasta las diez o las once, en que la dependencia se retiraba a comer. Con el último bocado solía ir a la cama Salvadorito, a la espera del alba siguiente en que debía recomenzar la implacable y monótona faena.

Dormido, como un sonámbulo, solía el niño levantarse para ir al baño al amanecer. No quería que la madre se levantara y a su ruego ésta le dejaba preparado el desayuno: una taza de café con leche, que él calentaba en un infiernillo de alcohol, en tanto se vestía, y un panecillo elegido por las manos maternas y que devoraba siempre con gran apetito, pese al sueño y al cansancio.

En poco tiempo había logrado Salvadorito familiarizarse con su tarea. Ya sabía distinguir muchas clases de cereales: un trigo candeal, de un barleta; un trigo limpio, de uno con carbonilla; un maíz seco, de uno húmedo y ardido; una lana sucia, procedente de campos con abrojes, de una cuidada y sin polvo; una lana criolla, sin cruza ni refinamiento, de una pura, rambouillet, merino o lincoln; los apartes en que la propia lana llegaba: el vellón, o sea la flor del producto de cada animal, obtenido del lomo, los costillares y el pecho; la de borrego que se transportaba suelta, así como la cascarrieta arrancada de las barrigas. Rápidamente iba penetrando en las complejidades de aquel tinglado comercial.

Su entusiasmo no se quebrantaba sino ante el espectáculo doloroso de los peones bajo su mando; al observar la terrible condición en que trabajaban; la desconsideración en que eran tenidos; la esclavitud moderna que, como una maldición bíblica, pesaba sobre estos Sísifos, Ixiones y Tántalos modernos, obligados, sin haber delinquido, a empujar, eternamente, la piedra social simbólica, hacia la cima inalcanzable de la montaña enorme.

—Pero, ¿era eso vida? —se preguntaba Salvadorito, contemplando a aquellos hombres—que podrían aplastar con sus manazas a un toro—, doblegados bajo la carga brutal, sostenida en sus hombros hercúleos, que, al fin de pocos años —ocho, diez a lo

sumo—, debían deshacerse bajo los fardos, convertidos en oro deslumbrador por los dueños avariciosos y miserables.

No; eso no era trabajar; eso era rendir las más nobles energías en una brega estéril, triste homenaje a una ley absurda, impuesta por la codicia y la estolidez de los poseedores de la riqueza terrestre. El mismo, cuya situación era relativamente tan superior y distinta a la de aquellos forzados, ¿no simbolizaba, acaso, a la adolescencia virgen y pura, inmolada en aras del capital, ese ídolo falso, monstruo pura entraña, ciego, absorbente y devorador?

Un día, apremiados por una entrega urgente, ordenada para evitar el pago de almacenaje de una partida cuyo precio no había alcanzado el fijado por los remitentes, la casa consignataria pidió permiso para trabajar durante las horas destinadas al almuerzo. Los peones y dependientes —entregadores y recibidores— tomarían allí mismo, al pie de las balanzas, un ligero refrigerio. Se imponía no perder minutos para esquivar el pago miserable de la coima empresarial. Y los peones, sin alce en la tarea implacable, comenzada al alba, continuaron, bajo el infierno con techo de cinc, doblegados por el acarreo brutal.

Estaban en el piso tercero de uno de los depósitos del gran Mercado Central de Frutos, símbolo férreo de la riqueza argentina, cuando uno de los peones, uno de aquellos forzados modernos, cayó desfallecido, materialmente aplastado por la carga.

Corrieron todos los compañeros a auxiliarle. Se le condujo al piso bajo donde la temperatura era menos cruel; allí se le atendió como se pudo; pidióse auxilio a la Asistencia Pública, pero todos los esfuerzos por reanimarle resultaron inútiles. Minutos después moría asfixiado, sofocado, insolado en aquel infierno con techo de cinc...

Cuando el carro de socorro desapareció del mercado, llevando en su camilla el cuerpo del vencido, los compañeros —toda la peonada— quedaron mudos, mirándose los puños impotentes, esos puños al parecer capaces de aplastar testas de toro.

Y esa noche, Salvadorito, conservando en la retina la visión de aquel cuadro de tragedia, se durmió, soñando que, después de un descanso compensador, en un mañana, tan cercano como glorioso, él despertaría para ser, en el mundo, el redentor de esos hombres...

TERCERA PARTE

LUCHA POLÍTICA

I

LA IMPORTANTE ASAMBLEA DE LA UNION NACIONALISTA

Después de un sábado de mucho trajín llegó Salvadorito a su casa. A las diez había terminado la tarea en las oficinas bonaerenses, donde trabajaba, y quince minutos más tarde no comía, sino que devoraba la sopa familiar.

—¡Que prisa tienes! —exclamó la madre observándole—. ¿Vas al teatro?

—No.

—¿Te esperan los amigos?

—Vendrán a buscarme en seguida. Vamos al club.

—¿Al club? ¿Qué club es ése?

—El de la Unión Nacionalista.

—Y tú, ¿qué vas a hacer en el club?

—Hay una asamblea muy importante y hablará en ella el doctor Almada. Tengo interés en oírle.

Un llamado en la puerta de calle cortó el diálogo.

Entraron los amigos, se llevaron a Salvadorito y la madre, amorosa, quedóse meditando.

Era aquél el primer acto político de significación al que Salvadorito asistía.

La Unión Nacionalista estaba instalada en el piso alto de una antigua y amplísima casa de la calle Cangallo, próxima al río.

El enorme salón de conferencias aparecía amueblado sencillamente. Una mesa de tres cuerpos, cubierta con tapete rojo, varios sillones para los miembros de la Comisión directiva que presidiría la asamblea, dos estanterías con cristales para libros y varios retratos de los componentes de la Junta revolucionaria de Mayo, constituían su principal ornato, aparte de las quinientas o seiscientas sillas de estilos diversos y pintorescos en que se sentaban los asambleístas.

Cuando Salvadorito y sus amigos llegaron al club, éste se encontraba repleto. Mucho trabajo les costó penetrar en el salón. Por fin, a fuerza de hombro y de codo, lograron acercarse al sitio desde donde hablarían los oradores.

Había algo de solemne en aquella reunión. El ambiente caldeado de las asambleas de barrios o circunscripciones, preparatorias, que la habían precedido, diríase infiltrado en el espíritu de cada concurrente. Se había anunciado que allí se diseñarían nuevos rumbos al Partido y que su jefe, el doctor Almada, formularía declaraciones de gran alcance y definitivas respecto a la necesidad imperiosa de lanzar las fuerzas nacionalistas por el camino de la revolución.

Salvadorito, con inquieta curiosidad, observaba todos los movimientos de la masa. Para él constituía aquél un espectáculo emocionante y lleno de interés especialísimo.

La situación política por que atravesaba el país era deprimente en extremo. Se trataba de levantar el espíritu público, aletargado en una singular quietud, indiferencia o sueño del que había que despertarle, so pena de verlo terminar en la muerte. Aquel pueblo, alentador de grandes ideales —que había sabido, heroico, independizarse de un poder monárquico; que, pasada la época caótica, sobrevenida a raíz de su constitución nacional, la época transitoria pero fatal del caudillaje y la tiranía, pudo y consiguió reconstruirse en forma admirable— acababa de caer en una atonía vergonzosa a punto de envilecerlo. Hombres sin escrúpulos, politiqueros nefastos, logreros sin decoro, sin conciencia y sin honra, productos corrompidos de una época sensual y egoísta; advenedizos y audaces, sólo atentos al logro inmediato del bienestar material, aun a trueque de todos los servilismos y de todas las indignidades; náufragos del honor cívico y triunfadores de la vida en su concepto más impuro; despreciadores de todas las altas cualidades del espíritu y paladines de los más bajos y repugnantes sentimientos, lo conducían al abismo, mareándolo, entre el derroche encantador del oro y las claudicaciones irredimibles de la conciencia.

Para detener la ola borracha de la ignominia y el baldón, que amenazaba tragárselo, formábase ese partido político, donde todo hombre honrado debía tener cabida, donde todo patriota verdadero podía exigir la ocupación de un puesto de peligro, donde jóvenes y viejos, todavía no contaminados ni prostituidos, eran los llamados pura ser soldados, guías, sostenes y baluartes. Para ingresar en él no se exigía más que hombría, corazones bien colocados en los pechos

altivos, almas acerbamente templadas, en los cuerpos sanos y dispuestos al dolor y al sacrificio. ¿Dónde estaban, quiénes eran los valerosos, los dignos herederos de los héroes de Mayo y de Julio, capaces de oponerse con las totales energías de la raza, a la acción deletérea de los concupiscentes y traficantes de la virtud colectiva?

Estas ideas eran las que movían a aquella masa, heterogénea en apariencia, sólo en apariencia, porque a pesar de la variada categoría social de sus elementos componentes, un sólo espíritu, el de la dignidad ciudadana, el mismo que inspiró a los patricios excelsos de la independencia argentina, la animaba, la sostenía y la ponía de pie, pronta al combate contra el nuevo y peligroso enemigo que aparecía en el horizonte del país.

Como en los días augustos y clásicos del patriotismo argentino, manos diligentes y febriles iban distribuyendo, entre los asambleístas, cintas blancas y azules, evocadoras de aquellos momentos solemnes del alborar de un pueblo. Los colores emblemáticos herían las imaginaciones juveniles y puras, hablándoles en el idioma mudo pero elocuente de los símbolos.

La asamblea iba caldeándose por instantes. Gritos subversivos y potentes llenaban los ámbitos de la sala, estremeciéndola. Algo de fiesta cívica, con todas las esencias de las antiguas explosiones de las multitudes gloriosas, forjadoras de la conciencia americana, parecía flotar en el ambiente de aquella reunión. Un presagio de acciones grandes y fecundas cerníase sobre las cabezas de la masa. Melenas negras y barbas blancas, crenchas rubias y calvas octogenarias parecían conmoverse, como agitadas por un mismo viento de tempestad regeneradora, confundándose en una aspiración única, como si jóvenes y viejos latieran con un mismo corazón, el corazón sangrante de la patria amenazada por un peligro inminente del que

era necesario librarla y para lo cual la energía de todos los brazos fuera poca.

Al comparecer los oradores, ante la magna asamblea, un grito formidable les saludó:

—¡Viva la Unión Nacionalista!

A intervalos de segundos, y mientras los miembros de la mesa directiva, así como los oradores, iban tomando asiento, estallaron nuevos vivas que fueron coreados con entusiasmo ardiente.

Puesto de pie el presidente de la asamblea, indicó el turno en que debían hablar los oradores, advirtiéndolo a los impacientes que el jefe de la Unión, el doctor Almada, cerraría los discursos formulando las declaraciones anunciadas en los periódicos.

Los diversos oradores, que precederían a la palabra del jefe, habían sido encargados de representar al Comité ejecutivo del Partido en una serie de actos parroquiales, organizados para formar ambiente y preparatorios de la gran asamblea en que la Unión Nacionalista indicaría el rumbo definitivo de las fuerzas colectivas en acción.

Y empezó el acto. A indicación del presidente, un hombre de escasa estatura pero de ademán atrevido, avanzó hasta una mesa colocada especialmente para los oradores al lado derecho de la en que actuaba la directiva. Era un joven abogado provinciano, el doctor Carreras, que empezaba a destacarse en el Partido como tribuno y periodista. Precisamente esa misma mañana un gran órgano de publicidad, *La Lucha*, que respondía a las orientaciones de La Unión, acababa de publicar una proclama del doctor Carreras a la juventud, verdadero grito de admonición y de combate, clarinada

valiente destinada a repercutir muy hondo en el espíritu del pueblo. La acogida que éste le hizo al aparecer en escena era una demostración elocuente del regocijo con que se veía su actuación.

El doctor Carreras dio cuenta a la asamblea de la gira realizada por las distintas circunscripciones en que había sido dividida la capital para el mejor éxito de la propaganda política iniciada. Según sus observaciones, el pueblo comenzaba a responder al llamamiento de los buenos patriotas y antes de mucho tiempo era dable suponer que se convirtiera en la deseada realidad el programa regenerador del Partido.

Sin embargo no era razonable forjarse muchas ilusiones al respecto, por cuanto los obstáculos a vencer eran enormes y el enemigo oficial disponía de elementos de violencia organizada, difíciles de contrarrestar. Era necesario, pues, no cejar un instante en la tarea emprendida, buscar prosélitos, convertir descreídos y, en la casa, en la calle, y a todas horas, en fin, pensar en que el día de la gran batalla estaba próximo y para entonces él esperaba que todos los pechos altivos se unieran formando un sólo escudo y todos los brazos fuertes y sin miedo se levantaran en defensa del honor cívico ofendido y contra los enemigos jurados o encubiertos de la patria.

Gritos aprobatorios cortáronle el discurso, que el joven y enérgico propagandista reanudó, abundando en conceptos tan radicales como los expuestos.

Tocóle el turno a Martín Latorre, otro orador de palabra muy eficaz también y al cual se escuchaba siempre con particular interés por la forma brillante de sus cláusulas tribunicias. Era éste un poeta de la segunda época romántica, influenciado aún por Byron y Espronceda y cuyas estrofas, de un pesimismo vigoroso y simpático y

con muchas notas personales, acusadoras de una verdadera figura literaria, le habían hecho popular.

Con verbo inflamado, el poeta, de aspecto varonil y resuelto, apostrofó a los falsarios y a los conculcadores de la libertad ciudadana. Tuvo frases de fuego, lapidarias, casi apocalípticas, para los tráfugas y los traidores de toda laya, que, amparados en la criminal indiferencia pública, se habían adueñado del país arrastrándolo al borde mismo de la sima adonde van a perecer, fatalmente, los pueblos sin energías.

Trazó un cuadro admirable de la desorganización nacional, tomando como punto de partida el estado de Buenos Aires, la primera provincia argentina, donde todavía el mal no había echado raíces muy profundas, para terminar por un estudio detenido, analítico, de las finanzas de Córdoba, en la cual, según afirmaba, el despilfarro de la hacienda iba adquiriendo proporciones de desastre. —¡A este paso, señores —dijo, refiriéndose a los adversarios y obteniendo uno de los más sonados éxitos oratorios de la noche—, convertirán a la República en trece Córdobas, o sea en trece cuevas de bandidos y ladrones destinados a dar fin con ella!

Otro orador, antítesis del poeta por la forma de exponer sus ideas, dio la nota pintoresca, irónica, mordaz y festiva de la reunión.

Tratábase de un representante genuino de la gracia criolla, avispa traviesa que fue dejando el rastro de su aguijón, sutilmente envenenado, en todo cuanto tocó.

Con la satisfacción íntima del concurso puso de relieve la historia menuda del elemento oficial, en anécdotas tan sabrosas cuanto picantes. Hizo desfilar ante sus oyentes, en mezcla caótica y estrafularia, a todos los personajes del retablo político, desde el

propio presidente de la Nación, hasta sus secretarios particulares, ayudas de cámara, lacayos, parientes, amigos y agregados de todo color y linaje. Damas encopetadas y actrices extranjeras, que gozaban del favor de las alturas, desfilaron, en camaradería cómplice, unidas con el fin de ayudarse obteniendo mayores facilidades y rendimientos en los asuntos en que ellas intervenían como personajes de influencia efficacísima y decisiva en casi todos los casos. Así se habían realizado pingües negocios y arrancado concesiones que nadie hubiera sospechado llegaran a adquirir formas viables, tanta era la responsabilidad que semejantes dádivas entrañaban.

Como en las épocas de decadencia y corrupción de los antiguos pueblos, especialmente el romano, hablaba el orador de fiestas y orgías fastuosas en que los paniaguados del oficialismo imperante dilapidaban los caudales públicos, amasados a costa de inmensos sacrificios, con el sudor y la sangre de los trabajadores de la inteligencia y el músculo.

Contábase que en una de esa bacanales dignas de Saturno, uno de los más caracterizados familiares de la casa presidencial, joven inteligente pero de vida desordenada y disoluta, después de un alarde de impudicia vesánica, había llegado a encender en los labios de las meretrices los cigarros perfumados del Cairo, usando como lumbre billetes de cien pesos.

La anécdota incalificable produjo el efecto buscado, el de los argumentos definitivos, y el primer ¡muera! vibró, trágico, en la sala, arrancado con arte por el orador pintoresco pero de dardo finísimo y sutilmente envenenado. Después, como si aquel grito hubiera sido una señal, sonó un tiro, seguido de otros varios disparados,

seguramente, desde la calle. El alboroto fue indescriptible y la sala, como una fiera herida en el corazón, lanzó un rugido:

—¡Mueran los asesinos!

Empezaron a desenfundarse revólveres y a correr sus poseedores hacia los balcones. Desde allí comenzaron un tiroteo que duró un siglo para Salvadorito. Este creía que cada disparo produciría por lo menos un muerto.

Escuchándose aún el estampido de las armas, púsose de pie el doctor Almada.

Era éste uno de los hombres más admirables que le había sido dado contemplar a Salvadorito en la iniciación de sus correrías políticas.

Barbas, grises y pluviales, le caían sobre el pecho en ondas encrespadas. Frente altísima y despejada, como torre digna de albergar los más nobles pensamientos. Color pálido mate y ojos claros de mirada serena y profunda. No muy alto, pero proporcionado de formas, delgado y severo en el ademán, conquistábase de inmediato la simpatía de la muchedumbre, que esperaba, siempre, su palabra, como el soldado la voz de mando en los combates.

—Esos disparos —comenzó, con gesto bravío, pero revelando una energía llena de tranquilidad interior—, son un símbolo. El valor, señores, es un bien común. No se lo neguemos al adversario, pero impidamos que él pueda creerse, ni por un sólo instante, su único dueño. Aquí estamos, aquí estaremos, firmes, sin mancha de cobardía, más decididos para definir actitudes que antes del

atropello inicuo. Pero entendiendo siempre que, cuanto mayor sea el ultraje, más radical y absoluta deberá ser la contestación.

—¡Viva la Unión Nacionalista! ¡Abajo los asesinos! —prorrumpió el pueblo.

El doctor Almada, como apaciguando iras, atusóse las barbas luengas, hizo una pausa, extendió ambos brazos en ademán dominador sobre la asamblea sublevada y, obtenido de nuevo el silencio, continuó con voz broncínea su entusiasta y valientísima arenga.

Pocas veces se habrá visto un orador popular tan identificado con su auditorio, vibrando tan al unísono con la masa, a punto de ser difícil apreciar si el fenómeno de esta amalgamación consistía en que la asamblea era la sugestionada por el orador o éste el contaminado por ella. Diríase que se trataba de una mutua sugestión. La verdad era que aquella palabra, ardiente y tormentosa, repercutía como el eco del sentimiento colectivo, en tal forma que la figura parlante, firme, erguida, acerada y sin repliegues simbolizaba por completo la protesta de un pueblo resuelto a levantarse, en actitud vengadora, contra sus déspotas y explotadores.

En las altas esferas políticas —decía el orador— reinaba el desquicio más absoluto. Todo lo habían corrompido los logreros y los audaces escaladores del poder. La obra legada por nuestros mayores, los grandes videntes de Mayo y de Julio, estaba a punto de deshacerse. Las libertades ciudadanas, conquistadas a costa de tanto sacrificio, de tanta lucha heroica, de tanta sangre de mártir, eran escarnecidas por mandones y tiranuelos de almas tan raquílicas cuanto perversas. En la administración pública, la mano aviesa, de uñas curvas y afiladas, se introducía ya en las cajas donde estaba

oculto el oro del pueblo que debería ser sagrado, ese oro extraído, por la mano laboriosa y pura, de las minas del trabajo y que una cohorte de sátrapas modernos dilapidaba a mansalva y sin el condigno escarmiento. ¿Qué se esperaba para accionar? Nunca el pueblo argentino, después de la época nefasta de la tiranía, cuyas cadenas supo romper en Caseros, había sufrido tan singular afrenta. En haz de rayos, todos los que no tenían maculadas sus conciencias, debían caer, flageladores e inflexibles, sobre los déspotas y sus sicarios. El viejo, ahora, aunque curtido en las batallas, no había titubeado un solo instante en salir de su retiro al que creía tener derecho; pero puesto que se afirmaba que su vida y su nombre valían algo —¡y ojalá pudiera ser tanto como una bandera!— ahí estaba entero, como en todos los casos en que se le buscó, resuelto a correr de nuevo todos los peligros que la tranquilidad amenazada de la patria le exigiera. ¡Yo os digo —exclamó en el apogeo de su elocuencia tribunica—, que ha llegado el momento de las grandes determinaciones; el momento solemne en que los pueblos, decididos a no morir en el envilecimiento y la abyección, tienen, forzosamente, que apelar a la violencia, esa última razón de los buenos, para hacer respetar sus derechos conculcados!

Un grito único, estentóreo, amenazante, augurador y trágico, vibró en el aire. El edificio entero pareció temblar con su repercusión y el alma de Salvadorito conmoverse en sus cimientos.

—¡Viva la revolución! —decía el grito.

El Doctor Almada se extendió aún en otras consideraciones, encaminadas a demostrar, definitivamente, lo razonable de su aserto, cerrando su discurso con un brochazo de retórica mitinesca, pero lleno de eficacia:

—Felizmente, el león, indignado, ha sacudido su melena —dijo, agitando las hebras de su barba como un estandarte de lucha—, y ya nada le detendrá en su acometida. ¡Tiemblen los traidores y sus secuaces, porque esta vez la garra no les perdonará!

Y, efectivamente, desde aquella noche empezó a conspirarse en Buenos Aires.

* * *

Salvadorito, distanciado de sus amigos por las peripecias y accidentes de todo género ocurridos en la asamblea, tuvo que pensar en volver solo a su casa.

Al salir, vio grupos formados frente a los guardianes del orden, que con porte adusto, y como si obedecieran a una consigna, pretendían despejar la calle a medida que la concurrencia iba desalojando la casa.

Los gendarmes a caballo hacían caracolear a las bestias al borde mismo de las aceras, sobre las cuales las arrojaban en actitudes provocativas. Un oficial, con aires de matón, daba órdenes imperiosas:

—¡Sargento! ¡Haga disolver ese grupo!

El grupo a que hacía referencia el oficial era el que estaba más alejado del local de la Unión.

Iba el sargento a obedecer la orden, cuando el grupo, para esquivar el encuentro, retrocedió, rápidamente, hacia el portal.

—¡Atrás! —gritó el oficial, metiendo el pecho de su cabalgadura sobre el grupo compacto.

—¡Abajo los mazorqueros! —dijo una voz.

El oficial, inquieto, nervioso, fuera de sí, impartía nuevas órdenes, sin obtener obediencia. Iban los polizontes a desenvainar sus sables, para cargar sobre el pueblo, en el preciso momento en que, en el portal del club, hacía su aparición la figura del Doctor Almada.

—¡A casa del Doctor Almada! —gritó la multitud.

El Doctor Almada, con ojo certero y experimentado, midió, en toda su magnitud, el peligro que les amenazaba. Dirigió, primero, una mirada, sugestiva y penetrante, al oficial insolente; después, otra a los soldados, y, enfrentándose, por último, con el pueblo que lo aclamaba, descubrió su cabeza.

—¡Abajo los sombreros!—dijo alguien; y todos se descubrieron.

Entonces el Doctor Almada interpeló al oficial.

Este contestó que, terminada la asamblea, tenía instrucciones precisas para no dejarla continuar en la calle.

A todo esto una cantidad enorme de público, que, materialmente, no había podido penetrar en el salón de conferencias ni en ninguna de las otras dependencias del club y que en la calle esperaba la terminación del acto, avanzó hacia el grupo central de manifestantes, cerrando el círculo en barrera imponente. Los polizontes estaban cercados y sus caballos imposibilitados de maniobrar.

El Doctor Almada dijo entonces que el pueblo soberano se pondría en camino, que nada ni nadie lo detendría. Y encarándose, fiero, con el oficial, habló así:

—¡Usted me responderá con su vida de los incidentes que por su culpa puedan ocurrir, si persiste en su actitud!

Hubo un momento solemne de silencio, cubrióse con cierto énfasis teatral, pero muy varonil y decisivo; le imitaron todos, no en el énfasis, pero sí en el hecho, y poniéndose al frente de la manifestación, comenzó ésta a andar entre vítores y aplausos ensordecedores.

* * *

A Salvadorito le quedaba aún otro espectáculo por ver. Era el que presentaba aquel hombre extraordinario al caminar entre la multitud.

Colgándose en las puertas de calle semi-abiertas o trepado en las rejas de las ventanas, el muchachuelo contempló a sus anchas aquel cuadro para él nuevo y maravilloso.

Movíase la ola de pueblo no pudiendo, como en el caso sugestivo de la palabra del orador en la asamblea, apreciarse, debidamente, si era ella la que se plegaba a los movimientos de la persona del caudillo o ésta la que obedecía al ritmo de la ola.

Las barbas, grises y proféticas, parecían crecer, encrespándose cuando la ola, por inesperado obstáculo, se detenía rugiente, o extendiéndose, acariciantes, sobre hombros y cabezas, cuando aquélla, ya libre, avanzaba triunfadora.

Así marchó la multitud, que iba engrosando monstruosamente a medida que cruzaba las calles de la ciudad estremecida y conturbada por su voz poderosa. Los curiosos aparecían en balcones y puertas uniendo sus entusiasmos a los vivas atronadores. Diríase que la ciudad entera se asociaba a aquella magnífica afirmación de fuerza y que el paso del caudillo era saludado como el de un triunfador.

Al llegar a la casa del Doctor Almada, éste volvió a hacer uso de la palabra, pidiendo al pueblo que se retirara, quedando a la expectativa en sus casas, puesto que muy pronto debería ser convocado para acciones decisivas. Él, sobre su palabra que nunca había mentido, le prometía que el toque supremo de llamada en defensa del honor cívico ultrajado no se haría esperar y ahora con todas sus consecuencias.

—¡La revolución está en pie —dijo— y al ponerse en marcha lo hará arrollando a todos los enemigos de la patria!

La policía, obedeciendo sin duda alguna a órdenes superiores, había desaparecido como por encanto. Los grupos pudieron seguir gritando sin cortapisas hasta altas horas de la noche y Salvadorito, contagiado por aquella fiebre colectiva, continuó observando, pero mezclándose cada vez más en los conflictos de la calle.

Aquella noche, al penetrar en su casa, sintió Salvadorito que su suerte estaba echada. Sí; la revolución, profetizada por el Doctor Almada, estaba en pie y él sería, también, un soldado más de aquella revolución.

II

EL DOCTOR ALMADA

Era el Doctor Almada un republicano tallado en la madera de los del noventa y tres. Demócrata purísimo, creía en los dogmas austeros de aquellos políticos franceses que, sobre mares de sangre, hicieron flamear, triunfantes, los colores de sus banderas. «Del pueblo y para el pueblo», era el lema inspirador de sus actos. Severo,

inflexible en su conducta, no había una sola mancha en su vida, aunque sí mucho dolor. Una triste leyenda le aureolaba. Se le sabía hijo de uno de aquellos terribles mazorqueros, uno de aquellos instrumentos feroces en que se apoyara la tiranía de Rosas y que fueron fusilados por las tropas libertadoras de Urquiza cuando el cincuenta y dos entraron en Buenos Aires. Entonces él era un niño. Creció con el estigma. ¡Era el hijo del mazorquero! Su juventud doliente había dejado huella profunda, imborrable, en su persona. Su carácter, triste y enérgico, infundía respeto. Había algo hondamente sugestivo en su rostro. A pesar de su delgadez, ostentaba cierta gracia en su cuerpo. La belleza de sus líneas estaba, indudablemente, en su estructura ósea, puesto que la carencia de materia adiposa no le restaba armonía a su esqueleto. Su ser moral correspondía al físico. Bueno, generoso, noble, sin alardes de valentías, pero capaz del sacrificio siempre, fue creciendo, haciéndose hombre, valido de las propias fuerzas, luchando contra el tremendo inri social que pesaba sobre su persona y que en más de un momento pareció aplastarle. A cada revés de la suerte él se erguía con nuevos bríos, plena de luz la mente y el alma de rebeldías. Pero, su vida entera, ¿iría a ser una interminable expiación? Esta pregunta le inquietaba en sus noches lúgubres. Sin embargo, él no renegó de su nombre, no negó a su padre. No lo juzgó siquiera. No analizó su vida ni sus actos; aunque no permitió jamás ni el más leve agravio a la sombra paterna. Comprendía la injusticia con que se le trataba porque él no debía, no podía ser responsable de aquel pasado. ¿No era él, como todos sus conciudadanos, producto de una democracia? ¿Por qué, si en verdad existía la culpa que, por otra parte, su padre pago con su vida, iban sus hermanos a arrojar sombras sobre su frente candorosa de adolescente? De todas maneras, se dijo, revelando con ello su inclinación a los actos

magnánimos, si el delito existía allí estaba él para vindicar, con toda una vida ejemplar, la memoria sagrada. Y fue un esforzado. Trabajó más que nadie para abrirse camino en la vida. Luchó como un denodado en todas las formas concebibles. Con la miseria, con la maledicencia social, con la calumnia, con la traición, con la montaña de tinieblas alzadas cobardemente a su paso. Estudió, empezó a horadar la montaña dispuesto el ánimo a vencerla. Un día, la patria, en peligro, necesitó de la sangre de todos sus hijos y, animoso, interrumpiendo sus estudios, sin alcanzar aún la edad exigida, fue el joven fuerte a ofrecérsela. Salió a campaña con el contingente de Buenos Aires y fue de los primeros que, dando ejemplo de valor y civismo, cayó crucificado de heridas en los terribles esteros paraguayos donde sucumbió la flor de tres generaciones. Abanderado de un regimiento defendió la enseña azul y blanca como el más bisoño, pero también el más arriesgado de los héroes. Cubierto de heridas, cayó con el lábaro, para él santo, envuelto en sus pliegues. Por muerto le recogieron en el campo, volviendo a la vida y al combate como en una resurrección milagrosa. Entonces comenzó a vindicar el apellido maldito que él debía hacer bendecir por todo un pueblo. Terminada la guerra, reanudó sus estudios. Pudo seguir la carrera de las armas, pero no quiso. Llegó a su ciudad—cuna luciendo galones de capitán, ganados en acciones gloriosas, pero rehusó grados y honores. Había cumplido con lo que consideraba un deber de ciudadano, y, terminado el peligro por que atravesara la patria, deseó volver a la vida civil. Ya se le consideraba. Se hizo de amigos, seres nobles y comprensivos que empezaron a apreciar en toda su magnitud el esfuerzo heroico. Obtuvo su título de abogado para defender causas de justicia. Erigido en paladín de perseguidos, su estudio, su bufete, fue el centro, el refugio de atropellados, de víctimas, de doloridos, de expoliados de toda

especie. Vivía como un asceta, dándole todo: trabajo, honorarios, nombre. Un prestigio enorme empezó a rodearle y un día su persona convirtiéndose en una de las más queridas y populares de la gran urbe argentina. Entonces inició su acción política, enrolándose en uno de los dos grandes partidos en que se dividía la opinión del país. Llevó a él un gran contingente. Ya era una fuerza que se consideraba y su influencia popular siguió creciendo. Tenía el don de la palabra. Sabía llegar al alma de las multitudes, poseyendo esa energía secreta propia de los apóstoles y de los hombres mesiánicos. Se le combatió, se le persiguió, sufrió prisiones y destierros, tuvo una juventud y una madurez agitadísimas. ¡Nada le doblegó! Enemigo de la pena de muerte salvó la vida a un condenado en una forma asaz curiosa. Llegada la fecha de la ejecución, retuvo en su poder el expediente que se le confiara para su estudio como letrado defensor. Decretada su prisión fue a la cárcel; pero el expediente no apareció hasta vencido el plazo fatal. Así, arriesgando su libertad y cargando con una responsabilidad enorme, le arranco aquella presa al patíbulo. No olvidemos que su padre había caído bajo la irreparable pena.

Su vida íntima era también de cristal, no por lo frágil, sino por lo transparente y pura. El mazorquero, su padre, había sabido formar un hogar. Al morir en el banquillo dejó viuda y dos hijos: él y una hermana. La madre sobrevivió poco tiempo al compañero. Un mal día, ahogada por el dolor y la vergüenza, emprendió el viaje de donde no se vuelve. Él quedó solo en el mundo con la hermana a quien adoró. Gran mujer ésta, llegó a ser en su vida, más que la Ninfa Egeria en la de Numa, su descanso y su luz acogedora. La inspiración la llevaba él en su espíritu como un regalo de la naturaleza. Después de unos amores desgraciados, la hermana volvió a su lado para consagrarse a él y a su obra como en un holocausto fraterno. Su casa fue, en realidad, la del pueblo. En ella

alentaba el amor y a ella acudían todos en busca de pan, de consuelo o de luz.

Cuando llegó la época vergonzosa en que la corrupción política enfangó el ambiente argentino; cuando la ola de cieno amenazó barrerlo todo, tradiciones, hombría de bien, virtud cívica, honor público y privado; cuando la juventud, aun incontaminada, necesitó un guía, una bandera, un símbolo de pureza, fue a buscarle allí, a esa su casa y la del pueblo, refugio, cobijo de miserables, de víctimas, de atropellados, de expoliados de toda clase y de rebeldes de todo color.

Al llegar la primera delegación juvenil a casa del Doctor Almada, éste —que en medio del desbarajuste general había continuado su vida de asceta, retirado, aislado entre la chusma irredenta, como los adversarios denominaron más tarde a sus secuaces— la acogió entusiasta y decidido.

—Esta nieve que veis en mi cabeza —les dijo— es dolor y es experiencia. Jamás decrepitud. ¿Me necesitáis?... —Y, evocando el pasado, recordó el episodio de sus años mozos, el del héroe bisoño que, crucificado de heridas, cayó triunfando, envuelto en los pliegues de su bandera como en un lábaro de gloria—. Ya sabéis —terminó— que de mis manos no caen, sino juntas con la vida propia, las enseñanzas que se les confían.

Y desde ese instante comenzó su nueva acción el tribuno de la democracia.

¿De dónde sacaba energías aquel cuerpo que parecía exhausto? Al subir a la tribuna —a las veces una silla, otras un coche abierto de plaza, un banco o el umbral de una puerta de calle—, pálido, demacrado, su tez, moreno mate, no se alteraba. Eran sus ojos los

que, concentrando fuerzas ocultas, convertíanse en luces magnetizadoras, como si toda la vida, refugiada en ellos, solamente por ellos se exteriorizara. Su voz, que iba adquiriendo tonos cálidos a medida que su mirada se encendía, llegaba a salir de su boca en torrente crepitante, tal una cascada de fuego. Al oírle no podía dudarse que aquel hombre, lleno de poder dinámico, estaba destinado a ser el agitador de un pueblo, el alma, el verbo de una revolución.

Desde 1810, en que otra voz inspirada transmitió al pueblo de Mayo la luz democrática de los constituyentes republicanos, no se había hablado así a las masas. El pueblo de Buenos Aires, enardecido por el verbo inflamado y certero de este nuevo Mirabeau criollo, volvió a sentir el estremecimiento de los grandes instantes de civismo. Indudablemente, al designarle líder de sus entusiasmos la juventud no se había equivocado. Aquel compañero de sesenta años, nevado de dolor y de experiencia, reunía las condiciones excepcionales necesarias para preparar la gran batalla a las fuerzas coaligadas de todos los elementos reaccionarios que se habían apoderado de la cosa pública.

Agotados en absoluto cuantos recursos legales estaban al alcance del pueblo no le quedaba a éste otro camino que el de la lucha armada para reconquistar sus derechos conculcados. Y a esa lucha se apeló. Para prepararla se inició una acción doble: la de la propaganda en la calle, al aire libre, en las asambleas de los clubs, círculos o comités; y la de la conspiración en cuarteles, es decir, la secreta, la subterránea, para obtener el concurso militar indispensable y tendente a evitar en lo posible el mayor derramamiento de sangre.

Después de la noche en que se realizó la asamblea, donde, embelesado, le oyera por primera vez Salvadorito, el Doctor Almada comenzó a conspirar abiertamente.

Las autoridades trataban de seguir sus pasos, pero él disponía de elementos insospechados para burlarlas. Su experiencia, su conocimiento profundo del ambiente en que operaba, facilitábanle extraordinariamente la obra. Además, su actividad, también insospechada, dada su apariencia de endeblez física, era prodigiosa. Multiplicábase en forma admirable. A todas horas, en todos los sitios, aun en los que nadie hubiera pensado para tales menesteres, aparecía el Doctor Almada; en unos como abogado de causas peregrinas; en otros, como hombre de sociedad; aquí, como simple particular; allí, como observador o curioso; en un restorán, como cliente, y aun en las confiterías de lujo y bares modestos, como parroquiano fijo o accidental. En todas partes tenía citas, hablaba con gentes que nadie sabía de dónde brotaban. Así iba minando todos los terrenos, comprometiendo elementos de toda clase y categoría, desde los jefes principales de las fuerzas armadas del ejército y la marina, entre las que organizó una logia importantísima, hasta los simples soldados, fuera de los núcleos colectivos donde su influencia era irresistible.

Quería que el movimiento fuera verdaderamente popular y que el día del estallido, al lado de los batallones comprometidos, fueran, armados, los grupos de hombres civiles a asaltar las nuevas Bastillas de las oligarquías imperantes.

Un grupo de hombres decididos le acompañaba en esta ímproba labor revolucionaria, grupo elegido sabiamente después de un estudio particular de cada sujeto a quien ponía a prueba en

diferentes formas antes de aceptar sus auxilios o para encauzarlos de acuerdo con las condiciones personales de cada cual.

No descuidó la propaganda periodística y al efecto fundó un diario inspirado directamente por él y donde los escritores más bravos y ágiles del Partido hicieron brillar los oros y el acero de sus plumas.

Para toda esta enorme labor fue necesario disponer de grandes sumas, y entonces el Doctor Almada puso a contribución para constituir el fondo económico de la Unión Nacionalista, los capitales de los hombres de posición comprometidos en el movimiento. Y como quería que éste adquiriera proporciones nacionales, hubieron de destacarse delegados para recorrer las provincias en giras de organización que costaban mucho dinero.

Cuando todo estuvo preparado llegó a anunciarse públicamente la fecha del pronunciamiento. Las autoridades, aunque permanecían en una especie de inconsciente confianza, engendrada por el éxito permanente de sus indignos proceder, llegaron a alarmarse seriamente y comenzaron a dictar medidas de prevención. Pero ya era tarde. La revolución estaba en pie y «nada ni nadie podía detenerla», como repetía incesantemente el Doctor Almada.

Un día se dictó la orden de prisión contra éste y los miembros de la Junta ejecutiva del Partido. Veinticuatro horas después, sin que la orden del apresamiento pudiera ser cumplimentada, estallaba la revolución.

III

LA REVOLUCIÓN DEL ARSENAL

Durante este accidentado tiempo de preparatorios guerreros, Salvadorito había andado merodeando por círculos y comités, contagiándose en las reuniones y asambleas del fuego cívico que encendía todos los corazones; olfateando el momento supremo en que las armas debían ser el último de los recursos a que apelara el pueblo ofendido.

A pesar de esto, la verdad fue que él no supo con anticipación la fecha del estallido; pero como siempre madrugaba, al salir de casa un día se enteró de la terrible y ansiada nueva. La revolución era un hecho y los cuerpos de ejército plegados a ella salían de sus respectivos cuarteles, encaminándose al Arsenal, sitio de concentración, seguidos de los elementos civiles comprometidos anticipadamente

Salvadorito no vaciló un instante, y al ver desfilar a uno de los batallones adoptó la resolución heroica. Se plegó a los valientes y con ellos se dirigió al Arsenal.

En la madrugada gloriosa marchaban los soldados en silencio, atravesando las calles de la ciudad invicta con la gravedad de los que, en las horas de prueba de las colectividades, siéntense capaces de arrostrar el peligro de la muerte en homenaje de una alta idea redentora. Detrás, luciendo una divisa blanca, iba el grupo de civiles encargado por la Unión Nacionalista para acompañarles desde el cuartel respectivo hasta el sitio designado para la concentración de todas las fuerzas sublevadas.

Al acercarse Salvadorito al grupo, le conocieron.

—¡Quiero una divisa! —exclamó el niño—. La que me corresponde.

—Para esto sos muy muchacho —le contestaron.

—¡Eso se verá a su tiempo!

—¡Que le den la divisa! —dijo alguien entusiasmado ante tan resuelta actitud.

Y con divisa blanca de revolucionario, minutos más tarde entraba Salvadorito en el Arsenal.

* * *

En el Arsenal debía armarse al pueblo. Allí estaba la Junta revolucionaria presidida por el Doctor Almada y allí estaban los jefes militares encargados de dirigir el movimiento.

Después de una rápida deliberación se eligió al general en jefe de las fuerzas y comenzó el reparto de las armas.

La misión del Doctor Almada y sus compañeros quedaría, ahora, reducida a un segundo término. La voz de los caudillos enmudecería ante la terrible y sangrienta de los fusiles.

Podía decirse que la lucha había comenzado ya, puesto que por asalto habían sido tomadas muchas comisarías, habiéndose desarmado y constituido en prisión a todos los guardianes del orden público con que las columnas sublevadas tropezaron en las calles en su marcha hacia el Arsenal.

Una vez armados los ciudadanos se distribuyeron estos en cantones elegidos con anticipación en puntos estratégicos.

Se temía, y no sin fundamento, que el gobierno contara con fuerzas del interior de la República, que avanzarían sobre Buenos Aires al tener conocimiento de la sublevación. Las fuerzas populares, armadas y diseminadas en el perímetro urbano, ejercerían también funciones de vigilancia pública.

Salvadorito fue utilizado en la tarea de distribución de cartuchos, tarea que no le impidió, por cierto, observar atentamente cuanto ocurría a su alrededor.

Desde el primer momento el Doctor Almada fue partidario de las actitudes radicales, opinando que las fuerzas revolucionarias deberían iniciar los ataques allí donde se considerara que el enemigo pudiera hacerse fuerte, es decir, donde contara con elementos cuya adhesión no hubiera podido quebrantarse.

Por lo pronto, una de las principales partes del plan trazado por la Junta —el apresamiento del presidente de la República, sus ministros, el jefe de policía de la capital y algunos generales con mando de fuerza en plaza—, a cargo de grupos civiles, podía darse por fracasada. El gobierno, con la mayoría de sus hombres, estaba a salvo, rodeado de fuerzas fieles al parecer y dispuestas a la resistencia.

Este primer contratiempo desorientó un tanto al mando militar, paralizando sus movimientos. Otra mala noticia que ató sus manos fue la de saber que el Departamento general de policía, con muchas de cuyas brigadas se creía contar, permanecía adicto al gobierno, así como la totalidad del cuerpo de bomberos.

En las primeras horas de la mañana, apenas había comenzado la distribución de las fuerzas cantonales destinadas a posesionarse de la ciudad, una columna policíaca, al mando de un jefe de alta

graduación, avanzó valientemente contra el Arsenal, librándose con ella el primer encuentro de importancia.

La columna fue deshecha materialmente, saliendo a batirla y a dispersar sus restos un destacamento del Arsenal formado por cívicos de divisa blanca.

El pueblo estaba ofendido por los elementos de la policía al servicio incondicional del Gobierno y empezó a vengar sus agravios en forma trágica, pretendiendo que desde ese instante no se dejara con vida a un solo vigilante en las calles.

La consigna de muerte se cumplió tan estrictamente que muchos gendarmes, para salvarse, después de arrojar sus armas, arrancábanse los uniformes, penetrando desnudos en las casas donde imploraban amparo.

Y ya no se dio tregua al combate. Los elementos gubernamentales, aunque en número reducido al principio, atacaron nueva e insistentemente el cuartel general de la revolución, impidiendo que se adoptaran aquellas medidas sugeridas por el Doctor Almada en el primer momento del estallido y que hubieran podido salvarla.

Por estos y otros motivos de imprevisión militar la revolución puede decirse que se concentró en el Arsenal, y esto fue el comienzo de su derrota.

A medida que las horas pasaban, iban creciendo los elementos de que podía disponer el Gobierno. Los ataques fueron cada vez más rudos y las víctimas de uno y otro bando contábanse por docenas. Empezaron a instalarse hospitales de sangre, donde se confundían los heridos. La ciudad se cubría de luto y la lucha estaba aún en su comienzo. De pronto se anunció que una importante columna militar

avanzaría contra el Arsenal. Se sacaron cañones a la plaza. La columna avanzó, efectivamente, y la lucha adquirió entonces los contornos de las grandes tragedias fratricidas.

Tres días de combate en las calles habían agotado las resistencias psicológicas de los habitantes de la ciudad. Todos deseaban ansiosa y desesperadamente que la lucha cesara. La opinión entera estaba con los rebeldes, pero todos comprendían que la mala dirección militar era la culpable del fracaso. El movimiento estaba sin duda alguna preparado para el triunfo, pero a condición de que no se hubiera amurallado, de que no se hubiera encerrado en las cuatro paredes del Arsenal.

Un armisticio de varias horas, buscado y obtenido por elementos neutrales, suspendió la lucha. Veamos entre tanto lo que había sido de Salvadorito.

IV

APARECE EL TÍO MELCHOR

Como hemos dicho, el niño había salido por la madrugada de su casa, plegándose a uno de los grupos que iban hacia el Arsenal.

Una vez en éste y vencidas las primeras dificultades que se le opusieron por su corta edad para aceptarlo como soldado de la causa, fue destinado a las tareas que por el momento presentaban menos peligro.

Cuando en su casa se enteraron del estallido revolucionario, la familia se alarmó, como era consiguiente, sabiéndolo en la calle.

Avanzaba la mañana y el niño no aparecía. La madre amante buscólo inútilmente hasta que, preocupada en extremo, acudió al tío Melchor, gran amigo de Salvadorito, y único hombre de la familia en quien podía pensarse con eficacia en trance semejante.

—¿A qué hora salió el niño? —preguntó el tío Melchor a la madre afligida.

—A las cinco y media de la mañana —contestó ésta, agregando—: Usted sabe que a las seis abren los mercados de cereales donde él trabaja a esas horas.

—Hoy no han sido abiertos esos mercados y son ya las once.

Hubo un silencio. Después:

—¿El niño no ha ido a sus oficinas?

—No. Las oficinas también están cerradas.

—Entonces, querida hermana, Salvadorito está en el Arsenal.

—¿Con los revolucionarios?

—Sí.

—¡Pero eso no es posible! —exclamó angustiada la madre—. ¡Si es un niño! ¿Cómo quiere usted que a su edad...?

—Yo le he visto estos días últimos a Salvadorito, loco de entusiasmo, con la idea de la revolución.

—Entonces, ¡corra usted por favor a salvarle! Prométame traerlo, pedirles, rogarles a los hombres que están al frente del movimiento que me lo devuelvan. Usted es amigo del Doctor Almada.

—Bien. No perdamos más tiempo estérilmente. Yo iré en busca de Salvadorito.

Y el tío Melchor, obedeciendo ruegos tan justificados, se encaminó al Arsenal.

* * *

Pero llegar a esa hora al Arsenal era una cosa muy seria. Un peligro verdadero amenazaba a todos los viandantes o curiosos. Ya eran muchos los muertos o heridos que, sin comerlo ni beberlo, según la frase vulgar, habían caído en plena calle víctimas del plomo gubernamental o revolucionario.

Ahora que el tío Melchor, a pesar de sus años y de sus achaques, no era hombre de arredrarse a dos tirones. Muchas eran las escaramuzas, encuentros y batallas de verdad en que había tomado parte durante su accidentada vida de hombre de acción para que retrocediera en este caso. Quería entrañablemente al niño y a su madre y presentía el inminente riesgo que les amenazaba.

Esquivando a las balas, calculando con la experiencia de sus años de entreveros los instantes en que podía avanzar con la menor exposición posible, retrocediendo a las veces para seguir nuevos y más seguros caminos que aparecían a su mirada experta, adhiriéndose reptilmente a las paredes según observara la dirección de la metralla, después de una peregrinación llena de peripecias, evocadoras de sus lejanos años juveniles y combativos, llegó frente al Arsenal»

—¡Alto, ciudadano! —dijo una voz—. ¡Viva la revolución!

—¡Viva! —contestó a su vez, enérgica, la voz valiente del viejo.

El centinela le miró con simpatía.

—¿Nacionalista? —interrogó.

Y el viejo:

—¡Sí!

¡Adelante, entonces!

Y en el preciso momento que el tío Melchor salvaba el arco de entrada del Arsenal, sonó a sus espaldas una descarga formidable que hizo estremecer el edificio. Era el primer cañonazo disparado ese día desde la plaza por la revolución.

—¡Diablo! —dijo el viejo—. Esto va de veras.

Rostros amigos le vieron y le saludaron entusiastas.

El Arsenal era un infierno. A pesar de ello, el tío Melchor expuso inmediatamente el motivo que le llevaba. Iba en busca de un sobrinito, un niño que debía estar allí según sus conjeturas, si no le hubiera sucedido —lo que Dios evitara— cosa más grave. Él no iba a restarle soldados a la causa. Si el niño estaba allí, él, viejo y todo, se comprometía a reemplazarlo, porque pertenecía al Partido y simpatizaba con la revolución.

Minutos más tarde tío y sobrino se contemplaban frente a frente.

—A buscarte vengo en nombre de tu madre.

—¡Viva la revolución! —gritó el niño transfigurado.

Al viejo se le saltaron las lágrimas. Clavó en los ojos de Salvadorito los suyos, de un verde extraño, que resaltaban extraordinariamente sobre su cara morena, y tío y sobrino cayeron abrazados con el fusil como un símbolo en medio de sus cuerpos.

V

SALVADORITO EN LOS «CANTONES»

Comprendió el viejo la inutilidad de sus pretensiones y entonces dióse a pensar sobre la responsabilidad que le alcanzaría quedándose al lado del niño. Pero, ¿podía ahora abandonarlo? Y volvió a caer en meditación.

Entre los amigos con que tropezara en el Arsenal, estaba un comandante a quien se había confiado el abastecimiento de personal y la vigilancia de los cantones situados como se ha dicho en los sitios considerados estratégicos para la defensa de la ciudad. Con el comandante franqueóse el viejo; y al comandante se le ocurrió una idea luminosa, salvadora. Próximo a la casa de Salvadorito estaba precisamente uno de los cantones, indudablemente en la situación de menos peligro entre todas. En la primera expedición de relevo que saliera para dicho cantón o con una de refuerzo que él, como jefe, enviaría, iría por su orden el viejo destinado junto con el niño. En esta forma Salvadorito tendría que obedecer. Además sería recomendado especialmente al compañero militar, al frente del cantón, en ese momento, para que éste, apreciando la circunstancia particularísima en que se encontraba el niño, le facilitara al tío la forma en que aquel pudiera ser reconquistado por la madre.

Y en estas condiciones salió Salvadorito del Arsenal, aprovechando el primer contingente de relevo enviado a uno de los cantones de su barrio, el más próximo a la casa materna.

Cuando pasó por esta con su fusil al brazo, acompañado del viejo, el gran viejo a quien tanto quería y admiraba y que también, debido a su ejemplo, empuñaba esta vez un arma redentora, experimentó un orgullo indecible. En su ingenuidad de adolescente se había formado una convicción: la de que al caer en breve el poder nefasto, agobiador y tiránico, soportado por el país, su decisión y su coraje serían necesariamente elementos considerados como afirmativos en la balanza del triunfo.

Y en este estado de ánimo llegó al cantón Salvadorito.

* * *

Una hora después, la madre, avisada hábilmente por el tío Melchor de la presencia de ambos allí, escribía a Salvadorito una carta que, fuera de sus frases de reconvención y de amor por su inconsulta actitud, venía a decir en síntesis: «Si al recibo de ésta no vienes tú a casa, yo iré al cantón a buscarte.»

—¡Tío Melchor, usted me ha traicionado! —exclamó arrebatado el niño, blandiendo su carta como una bandera ante los ojos azorados del viejo.

—Vamos a ver a tu madre —suplicó más que dijo, con resignación, el tío.

Salvadorito dirigió al viejo la más profunda de sus miradas y habló con dignidad así:

—Tío Melchor: yo soy un hombre que ha abrazado una causa. Ni usted ni nadie podrá obligarme a abandonarla, a desertar hoy de sus filas. Si mi madre quiere impedir nuestro regreso al cantón no la obedeceré y usted será el culpable de esta actitud.

—Vamos a ver a tu madre —insistió el tío—. Mi misión es llevarte a casa.

—Bien. Cumpla usted la suya. La mía es otra y yo sabré cumplirla también. Téngalo por seguro.

Al viejo volvieron a saltársele las lágrimas. Era que, en un retroceso milagroso a través de cincuenta años de fatigas y dolores sin cuento, veíase como desdoblado en aquel niño, con todo el fuego y la vida de su adolescencia heroica.

* * *

La escena con la madre fue tierna, dolorosa y triste. Felizmente la experiencia del viejo logró evitar toda discusión áspera, obteniendo de la madre un consentimiento tácito pero sin mayores violencias que hubieran hecho más amargo el trance.

El triunfo de la revolución, según el tío, era una realidad indiscutible. El peligro verdadero había pasado y ya no se haría sino esperar en los cantones la rendición de las fuerzas gubernamentales.

Creyó la madre en tales aseveraciones, y, considerando que contrariar al hijo en estas circunstancias resultaría contraproducente, resolvió aceptar los hechos como se presentaban. Los guerreros, por tanto, volvieron a ocupar sus puestos sin otras dificultades.

* * *

La situación prolongóse así durante otros tres días mortales. Tres nuevos días de angustias, de sobresaltos, de dolor infinito para todas las madres cuyos hijos luchaban fieramente por una causa considerada justiciera y noble.

A intervalos se oía el fuego de la fusilería en toda la ciudad. De pronto, parecía que el combate se generalizaba, que se peleaba desde todos los cantones, y entonces el corazón de las madres estremecíase en una desesperación suprema.

Noticias espeluznantes recorrían las calles de extremo a extremo. Nadie era dueño de la verdad de lo que ocurría, pero algo desfavorable para la revolución empezó a flotar en el ambiente. Era el instinto popular que hablaba. Un movimiento de esta índole, decía el instinto, cuando no triunfa en el primer instante de violencia, puede darse por fracasado. Cada día que pasaba considerábase un paso hacia atrás. Y eran ya muchos los días en que se verificaba el retroceso.

Por fin, una mañana, corrió de boca en boca la tremenda nueva. El Arsenal estaba minado por las fuerzas adversarias y sería en breve volado con todos sus defensores si éstos no se rendían.

Cuando la junta revolucionaria fue convocada para determinar su actitud, ante la formidable amenaza, adoptó la más valiente y digna de las resoluciones: ella se ponía a disposición del enemigo, siempre que este se comprometiera a no ejercer represalias contra el elemento armado que había prestado su concurso a la revolución. En caso negativo, los miembros de la Junta morirían en sus puestos como correspondía a luchadores de sus templos.

El gobierno que, aunque triunfante al parecer en el terreno puramente militar, estaba vencido moralmente, aceptó la condición fundamental del pacto; pero hete aquí que entonces fue el elemento militar quien, emulando en altivez a la junta, juró no rendirse o perecer con ella, en caso de ser ella responsabilizada por el Gobierno. Depondrían las armas con todos los honores o jugarían el

todo por el todo saliendo a combatir a la calle. El gobierno se resignó, per fin, a firmar el pacto con la amplitud exigida por los militares y la revolución salió armada y sin ser derrotada en el Arsenal.

VI

LOS VERSOS DE SALVADORITO O LA IMPRENTILLA DEL «TUERTO GOMEZ»

Cuando Salvadorito conoció la noticia del armisticio, considerado por todos los combatientes de los cantones como un triunfo del Gobierno, sufrió una decepción inexplicable. ¿Cómo era posible que un movimiento popular, al cual apoyaban todas las clases sociales, pudiera fracasar tan lamentablemente? Alguien llegó a pensar en una traición nefanda. Entonces decidieron resistir, desconocer las bases de arreglo aceptadas en el Arsenal. Pero, ante las reflexiones de la Junta y lo inútil de tal actitud, se resignaron al silencio. Dióse orden de dispersión y los rebeldes volvieron a sus casas, armados la mayoría con sus fusiles, como si aquello fuera solamente una tregua y alentando la esperanza de ser convocados muy pronto para reanudar la lucha.

* * *

Salvadorito había encontrado en el cantón a un convecino con quien intimó en las horas de prueba que pasaron juntos. Se trataba de un muchachón, el tuerto Gomes, a cargo de un pequeño comercio de papelería instalado en la misma calle donde vivía el niño. En el comercio existía una imprentilla que el tuerto Gómez

manejaba y destinada a la impresión de tarjetas y papeles de negocio de formato muy reducido. La minervita, como la llamaban, era de lo mas primitivo que en esa época se conocía en el arte de Gutenberg. Movida a pedal apenas suplía con muy exigua ventaja de rapidez a las antiguas prensas. En cuanto a la impresión, en sí, era deficientísima por falta de presión y de justeza mecánica. Además se veía, por su lamentable estado, la ineptitud de las manos que la manejaban.

Salvadorito, cuya inclinación poderosa a hacer versos se había manifestado ya en muchas ocasiones, sintióse inspirado por la indignación que le poseía, y en los momentos precedentes al licenciamiento de los cantones, comenzó a pergeñar un poema cívico, mezcla de lamentación, protesta, apóstrofe y venganza, en el que después de acusar, directamente, al ejército por su falta de iniciativa para llevar adelante la revolución, se incitaba al asesinato político en la persona del presidente de la República contra quien se condensaba todo el odio popular del momento.

El tuerto Gómez oyó a Salvadorito recitar el poema, transportado de entusiasmo, y, contagiado por la fiebre del novel poeta, pensó en su difusión. Para algo digno de la causa que defendía había de servir la imprentilla que él manejaba. Y, rápido en concebir y en ejecutar, le dijo a Salvadorito:

—Si tú quieres y me ayudas, esta misma noche imprimimos eso y por la mañana lo repartimos.

A Salvadorito se le iluminaron los ojos y el alma. ¿Ayudarlo? ¡Cómo no había de querer! Desde ese instante se ponía a disposición de la idea. Precisamente su mayor aspiración consistía en conseguir ver impresas sus estrofas, corriendo de mano en mano como una tea

que incendiaría las almas de los remisos contra el gobernante usurpador.

Antes de abandonar el cantón, lo que hizo Salvadorito acompañado del tío Melchor, quedaron los conspiradores apalabrados para la noche. El tuerto Gómez esperaba al niño en su casa a las doce, es decir, a la hora en que, sin testigos, pudieran, libremente, iniciar la peligrosa tarea proyectada.

Minutos antes de la cita, Salvadorito salía subrepticamente del hogar, a escondidas de la madre que, ingenuamente, le creía de nuevo bajo sus alas.

* * *

¿Cómo se las compuso el tuerto Gómez para con tan escasos elementos mecánicos, cuales eran los de su imprentilla, armonizar aquel primor de composición en que, traducidas al plomo, iban surgiendo las candentes estrofas anatematizadoras de Salvadorito? Este es misterio que quedó para siempre escondido en el ojo esquinado y no carente por completo de luz, pero que diera origen al apodo de aquel amigo trascendental en la vida de nuestro pequeño héroe criollo.

Tres, cuatro y cinco veces hubo que rehacer algunas líneas, porque los tipos gastados por el tiempo y el mal uso no daban el relieve apetecido en la impresión; y en cuanto a los títulos, como escasearan los miembros de algunas series, fue forzoso modificarlos de acuerdo con las exigencias del reducidísimo taller. En la dedicatoria del poema, que rezaba así: Al pueblo heroico de Buenos Aires, fue necesario suprimir el heroico por carencia de la letra O en la titular correspondiente. Y, fatalmente, hízose preciso componer una de las estrofas en cuerpo distinto, porque el diez, elegido, no

alcanzaba para terminar el poema que, en total, se componía de ocho cuartetos, o sean treinta y dos versos justos. Téngase en cuenta que el cuerpo diez, mencionado, era el más abundante y el que estaba en mejor estado de todos los que formaban la sin igual tipografía.

Con las primeras luces del alba estaban los conspiradores en la calle distribuyendo el panfleto destinado, según sus cálculos optimistas, a conmover la ciudad.

Por debajo de las puertas, en los buzones de las que lo tenían, por cuanta rendija o hendidura veían al paso, iban, el poeta y su impresor, introduciendo la hoja clandestina donde brillaba como rubí sangriento la estrofa vengadora:

¡Se cumplirá la ley! ¡Caerá el tirano,
que es ya eterno baldón en nuestra historia!
¡Morirá como mueren los traidores!
¡Por la espalda, o puñal, así, sin gloria!

Cuando en las primeras horas de la mañana llegó el tío Melchor a casa de Salvadorito, encontró al niño sin dormir aún, con fiebre, enloquecido por la idea fija de matar al tirano.

Decididamente el poeta adolescente rodaba por una cuesta resbaladiza. El tío Melchor, comprendiéndolo así, le interrogó con habilidad:

—Anoche, o esta mañana, han repartido estos versos. ¿Tú los conoces?... —dijo el tío, extrayendo, pausadamente, de su levitón el impreso de marras.

Por toda respuesta Salvadorito, como iluminado, irrumpió con la estrofa final de su poema, estrofa que había llegado ya a ser su obsesión:

¡Se cumplirá la ley! ¡Caerá el tirano!...

Aquella fue la luz que, irradiando en la mente del tío, estremeció su alma.

Entonces afirmó sin hesitar:

—¡Los versos son tuyos, Salvadorito!

—¡Sí; viejo y lo que vendrá más tarde!—exclamó, transfigurado, el niño.

El tío no ganaba para sustos. Vio con espanto que al niño le atormentaba el pensamiento de poner en acción su poema, y, movido por el intenso cariño que le inspiraba, volvió a preocuparse de su salvación.

—¿Quieres —le interrogó después de una pausa y en un momento de inspiración— que vayamos a visitar a Ricardo? Yo te lo presentaré.

¡Qué rara impresión le produjo a Salvadorito esta pregunta! Ricardo era el Doctor Almada, a quien el tío Melchor conocía desde la juventud. ¡Con cuánto placer oyó que éste le trataba así, con esa confianza que él no sospechara nunca!

¡Ir a casa del Doctor Almada, conocerle, hablarle a raíz de la revolución, estar a su lado como con un camarada, verle, sufriendo como a los demás hombres, poder decirle palabras consoladoras después del desastre, llevarle un eco de entusiasmo, de vida ingenua

y juvenil, él, Salvadorito, el niño armado de la causa! Pero, ¿sabía el tío Melchor lo que le ofrecía?

—¿A qué hora vamos a ir, tío?

—A las tres de la tarde estaremos en su casa. Es la hora buena para encontrarle libre. Tomaremos café en su mesa. Te lo prometo —dijo el tío Melchor, profundizando, hasta lo más recóndito, el pensamiento de Salvadorito—. Pero tú, entre tanto, me prometerás, a tu vez, no pensar en disparates —agregó con intención.

Y esa tarde, a la hora indicada, se cumplió la promesa de luz.

VII

EL DELINCUENTE Y EL MAESTRO

Con el asombro inmenso de Salvadorito, el tío Melchor penetró en la casa del Doctor Almada como en la suya propia.

Un viejo servidor le recibió regocijado.

—¡Don Melchor! ¡Tanto bueno por aquí! ¡Adelante! ¡Siéntense! —exclamaba mientras los introducía en una modesta salita.

El tío, campechano y dicharachero como era, contestó a tono.

Después:

—Si está Ricardo solo, avísale que he venido con un amiguito a quien deseo presentarle.

—Voy en seguida, porque ahora no más empezará a venir gente como todos los días y ya no podría atenderlos. Con esto de la revolución andamos todos de cabeza.

Y el viejo servidor desapareció por el patio hacia el interior de la casa.

* * *

—¡Melchor!

—¡Ricardo!

Y los dos antiguos camaradas se confundieron en un abrazo, tan expresivo como varonil.

—¿Dónde has estado estos días? —interrogó el Doctor Almada.

—En el Arsenal. De soldado raso, acompañando a este pibe —dijo el tío Melchor indicando a Salvadorito que permanecía como alelado ante aquella casona para él extraordinaria.— Y agregó—: ¡Qué querés, hermano! Yo ya estoy algo achacoso y, para qué mentirte, no iba a tomar parte en esta patriada. Ya sabés que yo he peliado desde el sitio de Montevideo, cuando Rosas. Entonces vos no eras nadie y yo ya podía cargar un rifle. En Caseros recibí mi bautismo de fuego y mi primera herida.

Al oír el nombre de la célebre batalla, algo como una nube cubrió la frente de Almada. Sin querer, sin darse cuenta, el tío Melchor acababa de recordarle la más triste, la más dolorosa época de su vida.

Hubo un silencio embarazoso, suspiró Almada, atusóse las barbas y, como ahuyentando sombras, agitó la cabeza mirando al niño.

—Aquí donde lo ves, tan mosquita muerta —dijo el tío Melchor, indicando a Salvadorito—, ha estado en la trifulca al lado de los tuyos, y, además..., es autor de esto. —Y sacó de uno de sus bolsillos los versitos de marras.

—¡Tío Melchor, qué hace usted!...

—Si a eso venimos, amiguito. A que le digan a usted las cuatro cosas que se merece. Tiene usted mucho que aprender aquí; no se impaciente. —Y dirigiéndose de nuevo a Almada, el tío Melchor, ahora implacable, continuó—: Lee, Ricardo; después hablaremos.

—Pero si los conozco —dijo Almada recogiendo el papel de manos del tío Melchor—. Aquí los trajeron esta mañana y por cierto que fueron comentados extensamente. Pero nunca me imaginé que el autor... —Y sin terminar la frase volvió a mirar, esta vez sugestivamente, a Salvadorito.

—Pues aquí está el delincuente —afirmó con ironía el tío.

Salvadorito, algo cohibido, no sabía qué actitud asumir, guardando un silencio mezcla de prudencia y temor. Entre tanto, fue rehaciéndose.

—Me gustan mucho los versos —dijo Almada—. Yo también los hice en mi juventud y me consolaba con ellos.

El tío, impertérrito, insistió:

—Aquí lo grave es que este caballerito piensa poner en acción sus amenazas; por eso lo he traído aquí para que vos me lo hable y porque a mí no me haría caso.

Almada comprendió en toda su magnitud la intención generosa de su amigo y, clavando en Salvadorito sus ojos de acero, sentenció así:

—El crimen político, antes que nada, es crimen.

Salvadorito sostuvo la mirada del grande hombre y con la responsabilidad y la autoridad que le daba el hecho de ser él el autor de los versos que habían originado aquella conversación, habló como contestándose a sí mismo. Parecía un sonámbulo, un delirante, un poseso.

—Vengar a un pueblo es ser héroe —dijo.

El tío Melchor quedó anonadado ante aquel argumento al parecer irrefutable. Almada meditó un instante, observó curioso, ávido, el gesto de Salvadorito y como si pretendiera confundirlo, desconcertarlo al menos, le preguntó de improviso:

—¿Dónde has aprendido a odiar así?

—Oyéndole a usted —afirmó, sin vacilar, el niño.

Y este fue el rayo que iluminó, en momento tan vidrioso y crítico, la mente del luchador. ¡No! Matar a un hombre, por más alto que éste estuviera, no era hacer una revolución como él ambicionaba. Mal le había entendido el niño. Su propaganda y su acción iban por cierto dirigidas a un fin muy diferente: al cambio de un régimen, de un estado político, sintomático de una descomposición general de la que el gobernante nefasto era producto. No se trataba, pues, de exterminar una vida, sino de cambiar un sistema.

Entonces Salvadorito, con una vehemencia y un apasionamiento que volvieron a poner espanto en el ánimo del tío, habló, demostrando gran conocimiento del tema, de todos los vindicadores populares, antiguos y modernos, cuyos nombres conoce la historia, para arribar a un resultado innegable según su criterio: las ventajas del tiranicidio.

—No creo en esas ventajas —replicó rápido Almada—. Mi propaganda no ha pretendido nunca armar brazos de asesinos, sino de hombres conscientes de sus derechos. No creo en esas ventajas —insistió—. Y, además, entiéndeme bien, querido niño, si yo creyera en ellas no aconsejaría tal medio para alcanzarlas, porque esas cosas no deben realizarlas sino aquellos que las piensan.

—Yo estoy resuelto al sacrificio —dijo Salvadorito, como ajustándose siempre a una especie de voz interior que le apuntara las frases.

—Pues, ahora, es mi obligación advertirte que con tu acción harías un flaco favor a la causa y a las ideas que yo defiendo. Siempre, siempre, los malos y los pérfidos propalarían la especie de que yo te había inspirado.

—Decididamente, entonces, ¿usted me desaprobaba? ¿No cree usted en la eficacia de la acción?...

—De la acción, sí. Del crimen, jamás.

—¿Qué traería hoy, según usted, la muerte violenta del tirano?

—Otro tirano, quizás peor, si esto es posible; y el sacrificio estéril de tu vida.

Salvadorito empezó a comprender. Hubo una pausa, y dijo:

—Entonces, ¿qué queda por hacer ahora?

—Seguir trabajando —dijo Almada.

—¿Empezar de nuevo?

—Sí.

Hubo otra pausa. Después:

—El pueblo espera órdenes —dijo el niño.

Y Almada, vehemente, iluminado, como si contestara a una interrogación del mismo pueblo, se expresó así:

—¡Pero si la revolución sigue en la calle! ¡Pero si estamos triunfando! Observad: el factor moral, cada vez más importante en todas las batallas, sigue su acción irresistible. ¡Dicen que estamos vencidos y no se atreven con nosotros! De un momento a otro esperamos la renuncia del presidente, que ya no existe como tal, puesto que ya no manda, no gobierna. ¡Qué mayor muerte!

* * *

El espíritu conturbado de Salvadorito empezó a serenarse como aplacado por aquellas palabras llenas de la luz reveladora del maestro. ¡Cuánta tranquilidad, cuánta dulzura sintió descender al fondo abismático de su corazón agitado por olas rojas y pasiones turbulentas! ¡Qué lección admirable la que acababa de recibir! Decididamente, él y el tuerto Gómez, su compañero en la propaganda de la idea magnicida, estaban equivocados. ¡Combatientes, sí; soldados de un principio regenerador, capaces de dar el pecho a todos los peligros, sí; héroes y mártires también, si necesario fuera, por defender derechos y libertades de ultrajados y humillados; pero asesinos, aun en nombre de los más altos y desinteresados fines, jamás. El maestro tenía razón. Por otra parte, nadie como él para indicar caminos. Por ellos, sin vacilar, marcharía en adelante. De él, que, magnánimo, le ofrecía su amistad, seguiría ahora recibiendo inspiraciones. Pasarían los años; sus ideas políticas evolucionarían, lógicamente; pero cualquiera que fueran los nuevos rumbos por donde echara a andar su pensamiento, él tenía la seguridad que nunca, nunca jamás, volvería a perturbarlo el

fantasma rojo del atentado sangriento. La palabra luminosa del grande hombre habíale revelado la sencilla verdad: El crimen político, antes que nada es crimen. ¡No se le olvidaría! Definitivamente, la claridad acababa de penetrar en su espíritu.

Y, para siempre curado de su monomanía trágica, momentos después el niño se despedía de Almada, comprometido a seguir como soldado en la revolución que había sufrido un alto, pero que no había depuesto, que no depondría las armas libertadoras sino con el triunfo del pueblo.

Al salir a la calle Salvadorito estrechó, enérgico, pero afectuoso, la mano del tío Melchor, dándole a entender su agradecimiento, profundo, por haber sabido, tan comprensiva y sutilmente, apartarlo del precipicio y la sombra a que la fatalidad parecía encaminarle.

VIII

EL HOMBRE NUEVO

Tal como lo había pronosticado Almada, prodújose a raíz de la revolución la renuncia del presidente. Era indudable que aquello podía considerarse como un gran éxito moral. El indigno mandatario caía porque el movimiento vencido contaba con la aprobación popular.

Esto trajo, como consecuencia inmediata, una tregua que fue breve porque en realidad quedó, armada y pronta para seguir funcionando, la máquina política combativa. Birlase que el régimen nefasto entregaba a sus enemigos la más preciada de las presas, pero, únicamente, para entretenerlos o desviarlos.

Comprendiendo la maniobra los revolucionarios, redoblando esfuerzos, persistieron, hábiles y resueltos, en sus intenciones y, dándose por terminado el movimiento de la capital, se pensó en uno general que abarcara las catorce provincias de la República, iniciándolo por la de Buenos Aires, donde el comité respectivo del Partido había alcanzado un grado admirable de organización.

Actuaba en el mencionado comité, como secretario general, un pariente, un sobrino del Doctor Almada, que gozaba de toda su confianza y el cual había demostrado condiciones extraordinarias para el puesto.

Aprovechando de ellas se trazó un plan de levantamiento y concentración de partidarios en un sitio cercano a la capital de la provincia. Designado el día, verificóse el movimiento con precisión militar y en forma tan perfecta que llamó la atención de todos.

Como por arte de encantamiento fueron llegando a la hora y en el lugar referido fuerzas de los ochenta y tantos partidos en que se dividía Buenos Aires. Los contingentes respectivos habían salido de sus localidades en fechas distintas calculadas para que arribaran a su término con simultaneidad matemática.

La concentración fue obra de prodigio. En horas reunióse un ejército de treinta mil hombres. Mal vestidos, sin armas, pero hombres al fin dispuestos a la pelea, fue necesario pensar en instruirlos militarmente y para ese efecto se les distribuyó en batallones cuya dirección fue encomendada a los elementos de la ciudad de Buenos Aires ya probados en el primer movimiento. Todas las noches salían de casa del Doctor Almada los hombres de su confianza con las indicaciones correspondientes para proceder a la organización más o menos militar de aquellas fuerzas. A Salvadorito

le tocó uno de los puestos de sargento en el batallón Belgrano, y una noche, con el santo entusiasmo de los neófitos, partió el niño a incorporarse a las filas de los luchadores provinciales dispuestos a levantar en armas a la República contra el régimen político cruel que la oprimía.

* * *

Pocas horas después de haber salido de Buenos Aires llegaba Salvadorito al campamento revolucionario.

Sus conocimientos militares eran escasísimos, pero, en realidad, poseía algunos rudimentos en la instrucción aprendidos en forma peregrina. De todas maneras resultaba un Napoleón al lado de aquellos gauchos que no habían manejado en su vida otras armas que los cuchillos de trabajo, utilizados en el degüello de reses, y los facones de pelea usados en los encuentros caballerescos a que son tan aficionados.

Presentadas sus credenciales al comandante Benavidez ocupó inmediatamente su puesto de sargento y dedicóse con ahínco a la instrucción de su compañía.

Ésta, componíase de los elementos más curiosos que sea dable imaginar: Hombres de campo, jóvenes y viejos, analfabetos en su mayoría, lamentablemente vestidos y demostrando en sus personas el atraso más completo.

Les interrogó, afable, tratando de sondar sus almas, profundizar sus sentimientos.

¿Por qué venían? ¿Sabían ellos la finalidad del movimiento que les reunía allí? ¿Qué concepto, qué criterio tenían de la situación

política por que atravesaba la República? ¿Qué y a quién defendían? ¿Por qué o por quién luchaban?

Ellos contestaban con medias frases, sin entender lo que el joven sargento les preguntaba. Casi todos ignoraban hasta el nombre de los gobernantes contra quienes iban a combatir. Entonces, ¿cuál era el secreto, el resorte a que respondían? En realidad, lo único que ellos no ignoraban era que iban a pelear, a pelear contra el Gobierno de quien eran enemigos los estancieros ricos, sus patronos, a cuyos planes políticos ellos obedecían ciegamente. En lugar de ir a carnear reses, esta vez carnearían hombres. Eso era todo. ¡Qué horrible decepción!

Y entonces pensó Salvadorito que aquel pueblo no podía ser redimido solo con sacar a Juan para poner a Pedro en los puestos directivos del país; que una nueva política, cuya base fuera la instrucción de aquellos hombres, desnudos de conocimientos, y una nueva organización económica que los pusiera en posesión de los instrumentos de trabajo, tenía que suplantar a los sistemas carcomidos si es que en realidad se quería que no continuaran también desnudos de cuerpo para siempre.

Pero como no eran aquellos momentos de filosofía, sino de acción, a ella se entregó ardoroso, porque ese era su compromiso, pero con la idea fija de meditar sobre el tema si el tiempo se lo permitía, o si una bala, de las que oiría silbar en breve, no se lo impedía, traidora.

Lo que era un hecho, incontrovertible ya, es que, frente a aquel sugeridor espectáculo, frente a aquel cuadro de vida de tan violentos colores, puesto milagrosamente ante sus ojos por el Destino, el joven sargento del batallón Belgrano advertía que un nuevo hombre,

el luchador social que estaba llamado a ser en su país, acababa de nacer en él.

IX

LA TRAGEDIA

Quince días de instrucción militar, en un ambiente lleno de novedades y sorpresas, habían transformado aparentemente a Salvadorito. Su carácter, turbulento y ardiente, estaba, en realidad, alejado de todo cuanto significara militar rigidez. Había aceptado aquel puesto de sargento instructor en el ejército revolucionario, sometiéndose a las para él antipáticas fórmulas de la disciplina, sólo por un deber ineludible de combatiente. Se le consideró útil en aquel momento y, comprometido como se hallaba en el movimiento, no le fue posible negar su concurso en tal forma cuando llegó la hora de la acción.

A pesar de sus pocos años, aquel niño sabía, indudablemente mandar hombres, como lo demostrara en el mercado de cereales donde el pelotón de peones a sus órdenes triplicaba, en número, al de su compañía de gauchos-soldados. Estos, como aquéllos, llegaron a demostrarle gran adhesión. Pero no se crea que ésta fue obtenida fácilmente. La modalidad de los campesinos criollos es compleja en medio de la ignorancia que demuestran. Son hombres dotados de vivacidad innata. Traviesos por índole, voluntariosos en extremo, en cosas sin importancia aparente, aunque llenos de resignación para los grandes dolores, son capaces de jugarse la vida por cualquier nimiedad. Un gesto, una mirada, un ademán mal interpretado les

subleva y les pone fuera de sí mismos, cegándoles el entendimiento. Desconfían más de una palabra que de una intención. Prefieren una puñalada a una frase que no entiendan y que pueda esconder en sus pliegues una burla. Temen al ridículo más que al crimen. Profesan un culto al coraje tan desmedido, tan desorbitado que optan por aceptar la lucha individual en la más terrible de las situaciones antes de pasar por flojos o mandrias, como califican despectivamente a quien consideran con miedo a morir en la primera ocasión que se presente de arriesgar la vida. Para ellos no es digno de ostentar el nombre de gaucho aquel que haya demostrado alguna vez el temor a la muerte. Es con hombres así que se han formado las montoneras argentinas indomables, desde aquellas a cuyo frente Güemes detuvo, en el norte de la República, los ejércitos invasores de la dominación monárquica, hasta las que, una vez conquistada la independencia, hubieron, en aquella noche del caudillaje que duró treinta años, de despedazar la patria recién nacida con las mismas manos que la forjaron. Dobléganse a la voluntad del caudillo, jefe o patrón, porque éstos representan una jerarquía social o fuerza superior que ellos acatan como una fatalidad, pero siempre que no se les hiera en sus susceptibilidades individuales, siempre que no se pretenda rebajarles en su dignidad hombruna, es decir, siempre que se les respete en todo lo relacionado directamente con sus personas. ¡Ay, del patrón, jefe o caudillo que, olvidándose de esta idiosincrasia, llegue a vejarles particularmente! Entonces se acabarán todos los respetos y jerarquías y entonces el caudillo, jefe o patrón tendrá que responderles, hombre a hombre, de la ofensa. Herencia de una raza individualista, esta cualidad es la que ha llevado al gaucho a resistir a la asimilación de costumbres nuevas, fuera de su tradición semibárbara de hombre salvajemente libre que ha preferido sucumbir, en medio de su atraso y su especial independencia, antes

de entregarse sin condiciones o someterse desarmado a una civilización que no entendía o que en verdad no supo comprenderle.

Estos eran los hombres que Salvadorito comenzó a instruir, instruyéndose al mismo tiempo en el arte militar que él sólo aceptaba como una necesidad: la violencia organizada, defensora y auxiliadora del derecho. Pero, ¿sería verdad que aquellos hombres no podían ser redimidos? Él, que había ido penetrando en sus mentes y en sus sentimientos, acababa de encontrar en ellos la misma pasta admirable con que, indudablemente, fueron formados los grandes pueblos. ¿Por qué entonces no se les instruía, por qué no se trataba, lealmente, de abrir sus ojos a la verdadera vida? ¿Porqué ellos no aceptaban las ventajas de la civilización que se les brindaba generosamente? ¿Que eran definitiva e indudablemente salvajes y que como a tales debía tratárseles? ¡No! Lo que ellos rechazaban era la bota del comisario bellaco que pretendía manejarles como a bestias; lo que ellos no aceptaban era que se les acotara la Pampa donde nacieron libres y que se adueñaran de ella, para explotarla inicuaamente, los que por ella nada hicieron. ¿Rudos? ¿Brutos? Sí. ¡Pero no tanto! Oíd por qué: Era verdad que allí estaban decididos a pelear contra quien fuera, porque habían recibido órdenes del patrón, jefe o caudillo del pago donde trabajaban; pero era verdad también que ellos estaban cansados de ser pasto, befa y ludibrio de poderes y tiranuelos irresponsables y el jefe, patrón o caudillo a quien en este caso obedecían era, precisamente, el que les libraba del sable autoritario. Por eso venían ahora, por eso estaban allí, ésa era la razón fundamental que les asistía.

Y Salvadorito pensó que con hombres así, estadistas verdaderos, verdaderos constructores, podían crear un pueblo que fuera, en un futuro próximo, gloria de América y del mundo.

Por la mañana, al alba, a medio día, a la tarde, sin economía de horas, se disciplinaban aquellos hombres y al finalizar el mes aquel ejército era una fuerza formidable que amenazaba arrollarlo todo. Faltaban armas. Pero de todas maneras el Gobierno provincial tembló en sus bases. Entonces vino otra componenda y un gabinete nacional, en el que, a excepción del Doctor Almada, figuraban los hombres de mayor significación y volumen del partido revolucionario, que hízose cargo de la administración pública. Fue otra tregua aprovechada hábilmente por la oligarquía imperante dispuesta a resistir en todas formas. Disolvióse el ejército, cada grupo de rebeldes regresó a su sitio de partida; y otra vez a esperar. El gabinete no pudo realizar su obra depuradora y cayó también minado por la intriga y la traición. Volvieron a mandar los mismos hombres y el más negro de los pesimismos comenzó a invadir las filas de la Unión.

Desertaron muchos, cobardes o fatigados por la espera, convencidos de lo inútil de la lucha. Se iniciaron amasijos, tratos fuera del decoro político que había sido el fuerte de los fundadores del núcleo redentor. Almada permaneció inflexible.

Un día alguien propaló la indigna especie de que su personalidad definida, su carácter de intransigente irreducible, incapaz de amoldarse a las nuevas normas impuestas por la política moderna, eran una rémora para el Partido. Desde ese momento empezaron a abandonarle. Hasta algunos de sus leales llegaron a dudar, a flaquear, a demostrar con actitudes equívocas o inconsultas la debilidad, la vacilación de sus espíritus. Sólo un grupo reducido de hombres, en su mayoría jóvenes, sus más íntimos, los que mejor le conocían, los que más hondamente habían penetrado su pensamiento, los que indudablemente comprendían su alma

admirable, le permanecieron fieles. En un momento de clarividencia, momento heroico y puro, el jefe vio que el Partido se desmoronaba, que todo el edificio, levantado con tanta decisión, desinterés y hombría, estaba a punto de convertirse en escombros. Entonces él, abnegado, fuerte, magnánimo siempre, ofrecióse a la causa en holocausto. Pensó que su sangre, riego, abono, conglomerador fecundo, podía aún evitar la catástrofe. Y no vaciló. Con la misma mano enérgica con que ordenaba al pueblo el asalto de las Bastillas modernas que combatía, se arrancó, trágico, la existencia, realizando así el último de sus actos políticos. No hay acción más gloriosa que la del propio sacrificio, escribió en su testamento, y su inmolación fue el factor misterioso, pero decisivo, que en un futuro cercano debía dar al Partido de sus afanes el triunfo que él, vivo, no pudo lograr. ¡Diríase que, desde Cristo a la fecha, sólo vencieran los muertos!

* * *

¡Pobre, altivo y generoso maestro! Salvadorito vio su cadáver, contempló su frente, torre magnífica del pensamiento rebelde, horadada por el plomo, y juró, sobre aquella sangre, continuar la obra de vindicación popular iniciada, pero fuera ya de un Partido político compuesto en su mayoría por hombres que habían permitido o autorizado, como indiferentes o como cómplices, el sacrificio sin par.

CUARTA PARTE

JUVENTUD DE FUEGO

I

EL SUICIDIO DE ALMADA

A altas horas de la noche, minutos después de la tragedia, llegó la escalofriante noticia al café de Los Bohemios, donde solía acudir Salvadorito. El Doctor Almada, el jefe de la Unión Nacionalista, acababa de suicidarse en un coche tomado al salir de su casa.

El Doctor Almada era el inspirador, el alma de un partido político importante y, en esos momentos, el hombre más popular de la República Argentina.

La ciudad de Buenos Aires comenzó a agitarse, conmovida, como en presencia de un gran dolor y, antes de transcurrida una hora, estaban en la calle los boletines con los pormenores del hecho infausto.

Los boletines decían, en síntesis, cómo el Doctor Almada había preparado el drama terrible.

Se trataba de un acto cuya gestación era fácil de determinar conociendo ciertos antecedentes. Almada había luchado con toda

clase de obstáculos para sostener su actitud de político intransigente, sin arriar su bandera de principios. Sus métodos de violencia debían subsistir en tanto no cayera el nefasto régimen político combatido y con el cual, desde su punto de mira, no era posible ninguna transacción. Tres movimientos revolucionarios habían sido preparados sin obtener el éxito definitivo que se buscaba; y esta demora en el triunfo producía, en las filas nacionalistas, desmoralizaciones y deserciones sensibles y anunciadoras de un disgregamiento que pudiera ser fatal para la marcha futura del Partido. Almada era un romántico de la acción, y comprendiendo que para un cuarto movimiento escasearían los soldados, tuvo la visión del sacrificio, como postrer y heroico recurso de combatiente dispuesto siempre a dar la propia sangre en holocausto de su causa. Después de una meditación de muchas horas, había adoptado el camino, único, que, en sus noches de insomnio y de fiebre, entrevieran sus ojos de patriota. Él había soñado con ofrendar su vida en aras de las ideas de redención que sostenía, caer de cara al sol, como los buenos, en un día de gloria y de triunfo, ordenando el avance final contra las fortalezas oligárquicas enemigas, desde las barricadas modernas erigidas por sus manos de agitador y de rebelde. Pero el Destino se oponía a sus deseos, las luces del alba auguradora parecían alejarse cada vez más de su ambición nobilísima y preciso se hacía adoptar una determinación extraordinaria para detener el proceso acelerado de la disolución partidista. La sangre, siempre fecunda, se dijo, podrá también salvar la vida del árbol que él sembrara sin que hubiera aún empezado a frutecer. Y entonces, magnánimo, abnegado y fuerte, pensó en la suya como en un riego, generoso y fecundo, que las generaciones futuras sabrían aprovechar agradeciéndolo.

De acuerdo con los detalles recogidos en los primeros instantes, subsiguientes a la tragedia, el Doctor Almada había permanecido en su despacho escribiendo hasta las últimas horas de la tarde. Antes que cerrara la noche envió un propio con cartas urgentes para los amigos íntimos, la media docena de hombres jóvenes y fieles, los líderes y abanderados, la vanguardia invencible de la Unión Nacionalista, los leales al jefe, los destinados a continuar su obra política, retoños del tronco fuerte y ya dispuesto al sacrificio. Las cartas eran lacónicas, terminantes, como órdenes para una cita de gran importancia, urgentes e inaplazables, pero que nadie interpretó en su verdadero sentido. Y es que nadie podía sospechar, aún, que era aquélla la cita última, puesto que iba a ser la de la muerte.

Respondiendo a las cartas, los seis amigos acudieron solícitos a la casa del jefe. Eran las diez de la noche, hora señalada por aquél para forzar su destino.

Cuando llegaron, el Doctor Almada les esperaba en la sala grande donde acostumbraba a departir con ellos.

Complacido, amable, con su mejor sonrisa, estrechó las manos leales, jóvenes y vigorosas que se le tendían. Agradeció, con el más noble de sus gestos, la puntualidad de sus contertulios; habló después de cosas fundamentales, relacionadas con la ruta a seguir por el Partido en peligro; reafirmó, con palabras de admirable serenidad y energía, su criterio radical en materia de conducta política, y cuando ellos esperaban la revelación del caso concreto, motivador de aquella reunión nocturna fuera de costumbre, el Doctor Almada, lanzándoles una mirada cuyos efluvios quedaron flotando en el ámbito de la sala, se retiró pidiéndoles que le aguardaran unos minutos; agregando que en seguida tendrían noticias de la causa por la cual les había molestado.

Los amigos, como dominados por una fuerza magnética, misteriosa y desconocida, permanecían en silencio, experimentando luego algo así como un vacío moral, que sólo pudiera ser llenado por un hecho inmediato a realizarse, un hecho, más que anunciado, presentido, en el fondo subconsciente de los espíritus.

Diríase que la ausencia de Almada fuera solamente corpórea puesto que su esencia perduraba allí con ellos, como si en realidad no se hubiera desprendido de allí, sino en forma puramente material; tanto fue así que, pasados unos segundos y cuando aún persistía el mutismo en el grupo, vieron cruzar, fugitiva y en dirección a la calle, con sombrero y bastón, la figura esbelta del jefe y oyeron su voz como una orden que decía: —Vuelvo en seguida; ¡esperad! Y ellos que, en otra ocasión, hubieran saltado, ágiles, para observarle y cuidarle, inquietados por las continuas amenazas flotantes sobre su cabeza, ni se movieron siquiera, como sujetos aún por la fuerza misteriosa, magnética y desconocida que, indudablemente, estaba allí, con ellos, obligándoles, dominándoles, imponiéndoles, como si, efectivamente, con ellos hubiera quedado la voluntad inquebrantable del maestro.

* * *

¿Qué había ocurrido en realidad?

Almada había determinado matarse en su casa, en la salita íntima, mientras en la habitación contigua aguardaran los amigos citados por él aquella noche. Al encaminarse para cumplir su propósito oyó, con sorpresa, voces que salían de la salita ocupada por gente recientemente introducida en ella por el criado de confianza. Entonces fue cuando pensó en huir hacia la calle. Cogió en el vestíbulo el bastón y el sombrero, atravesó el patio y se lanzó a la

ventura. A pocos pasos del portal llamó un coche que marchaba lentamente. —¡De prisa, al club del Centro!— dijo al auriga trepando al estribo.

—¡A la orden, doctor! —contestó aquél, y demostrando, en su voz y en su gesto, el placer con que iba a servirle, azuzó a los caballos. Trescientos metros más adelante Almada desnudaba su revólver y se disparaba un tiro en la sien derecha. El estampido confundióse con el ruido del rodaje del coche sobre el empedrado de la calzada, y el conductor, sin darse cuenta del drama que acababa de desenlazarse en el interior del vehículo, llegó a las puertas del club con el cadáver de Almada caído de bruces sobre el asiento delantero.

La impresión del cochero al constatar la muerte del jefe de su Partido —él era también nacionalista— fue terrible; y con esa impresión grabada en el semblante, dio en el club, con voz temblorosa y emocionada, la nueva tremenda.

Media hora después la ciudad entera era sacudida por el gesto bravío del luchador, gesto que, al través de los años, iba a demostrar, una vez más, que nunca es estéril, en la tierra, la sangre del sacrificio.

* * *

Cuando Salvadorito, mezclado en la rueda nocturna de los bohemios bonaerenses, oyó la noticia de la tragedia, quedó mudo, conturbado, absorto. Pero, ¿era posible aquello? ¡Almada, su maestro amado, el hombre admirable, el de las grandes energías, en quien confiaba todo un pueblo, caer así, herido por su propia mano! ¿Vencido, Almada? ¡No! —exclamó Salvadorito como dialogando consigo mismo. Su muerte será, seguramente, otra enseñanza, la última, la definitiva lección de virilidad y de civismo, ésa que escrita

con su propia sangre quedará— ¡oh, sí! —para que la recoja y utilice el pueblo de sus amores—. Y, como un inspirado, esa misma noche —después de acudir al club del Centro, donde estaba el cadáver del maestro amado, cuya frente, aun ensangrentada, besó— escribió para una publicación de vanguardia un artículo que era a la vez rugido y amenaza, grito y sollozo, voz de combate y treno de amargura, lágrima y castigo, expresión juvenil de su dolor profundo y protesta sonora, retumbante, contra los motivos originadores del drama.

Después, sin darse cuenta exacta de lo que hacía, fumó y bebió en cantidad excesiva. No durmió esa noche. Las luces del alba le sorprendieron en el club al lado del cadáver de Almada, al que acompañó a su casa, donde fuera trasladado una vez llenados los requisitos judiciales del caso. Allí, en la casa de Almada, se enteró de otros detalles complementarios del suicidio. En la salita, donde pensó morir para que inmediatamente le recogieran sus amigos fieles, estaban las cartas de despedida dirigidas a ellos y otras aun más íntimas, familiares, documentos todos dignos del alto espíritu que las dictó. Todas juntas, como se vio cuando fueron conocidas en su integridad, formaban el testamento político del caudillo: instrucciones, voces de mando, órdenes y pedidos, ruegos y estímulos a la lucha, gritos heroicos y goethianos de avance a través de las tumbas, sobre su propio cuerpo. Él caía como los soldados cuyos son los cadáveres que llenan las zanjas para facilitar el paso de las columnas destinadas a conquistar la victoria. ¡Valiente, noble Almada; abnegado campeón! ¿Quién fue más puro, quién fue más íntegro, quién tuvo más amplio el gesto del sacrificio y el martirio dentro de la política sensual, egoísta y concupiscente de la época?

Las cartas familiares eran verdaderos poemas íntimos encerrados en una cuartilla cada uno. A la hermana, a la compañera gentil de su vida turbulenta, le dejaba las rosas de su jardín abiertas esa misma noche —y, en el perfume de las rosas, la caricia más sutil de su espíritu—; al hijo único de sus libres amores, al retoño glorioso de su carne, un beso amplio, en la frente, para que nunca la manchara un pensamiento impuro. ¡Ah, grande, noble y fuerte Almada! ¡Alma de poeta, brazo de acero, corazón de gigante!

II

NUEVAS AMARGURAS

Dos días llevaba Salvadorito sin aparecer por su hogar ni atender sus tareas en la casa de consignaciones donde prestaba sus servicios y era ya un empleado de relativa importancia. El suicidio de Almada, por cuya persona bahía llegado a tener el respeto y el cariño de un hijo espiritual, produjo en su ser una verdadera revolución. Después de la muerte de su padre no había experimentado, hasta entonces, dolor tan hondo y desquiciante. Embargado por la angustia iba de café en café, de tertulia en tertulia, sumido en una especie de sonambulismo que llegó a adquirir proporciones alarmantes. Sus amigos trataron de desviarle de sus preocupaciones consiguiendo sólo agudizar su amargura en la que había mucho de protesta impotente. Todo era inútil. No podía conformarse con aquella desaparición tan brusca, con la voluntad trágica del maestro amado. Pero, ¿por qué tanta crueldad consigo mismo?, se decía. Momentos hubo en que llegó a pensar verdaderos disparates: matarse él también, convencido de lo improcedente del esfuerzo, de la

esterilidad de la lucha, para ir a reunirse allá, en la región distante del misterio, con el alma del maestro amado, esa alma tan pura y tan fuerte, capaz de todas las abnegaciones y de todos los sacrificios.

La intranquilidad de la madre de Salvadorito no tenía límites. ¿Qué le pasaba a su hijo? ¿Por qué faltaba de su casa en forma tan insólita? Dos días llevaba de ausencia absoluta del hogar. Ella comprendía que la muerte del grande hombre era un motivo poderoso para sacar de quicio el ardiente corazón del muchacho, pero no podía convencerse de la dolorosa realidad: el trastorno completo de sentimientos en el alma del niño, que le obligaba a olvidarla así. Además, lenguas imprudentes habían hecho llegar a sus oídos cosas en las que no quería creer. Decían las malas lenguas que a Salvadorito se le había visto, en lugares de mala nota, acompañado por jugadores y borrachos, gentes trashumantes y nocherniegas, dadas a todos los vicios y a todos los excesos.

El día del entierro del caudillo, ella, la pobre y angustiada madre, pensó en ir personalmente en busca de su hijo. La ceremonia fúnebre se realizó por la tarde, prolongándose hasta altas horas.

Al regresar del cementerio, llena la cabeza con los discursos pronunciados ante el cadáver de Almada, Salvadorito se encaminó al hogar.

Iba desconocido, transformado, con la color perdida, el semblante mustio, desesperadamente triste e impresa en toda su persona la huella de dos noches de insomnio y de amargura,

Al verle, la madre quedó atónita.

III

PESIMISMO ROMÁNTICO

La conmoción profunda, producida en el ánimo de Salvadorito por la muerte violenta del doctor Almada, impedíale apreciar debidamente el dolor intenso de la madre ante su ausencia prolongada del hogar. La madre, amantísima, comprensiva siempre, en el primer instante del encuentro con el hijo, sólo tuvo palabras suaves de reconvención. No quería herirle ni despertarle bruscamente a la realidad. Apreciando, en toda su magnitud, la amargura conturbadora del niño, evitó así una reacción inmediata que hubiera podido ser de resultados contraproducentes y funestos. Pero algo existía que no deseaba ni debía ocultarle al hijo; algo relacionado con su porvenir y con el de la familia, algo que podía revestir verdadera gravedad, imposible de ser ocultado sin responsabilidad manifiesta. Se trataba de la actitud asumida por la casa de consignaciones donde servía Salvadorito que, al corriente de las aventuras políticas del muchacho e inspirada por el espíritu conservador, propio de sus jefes, le conminaba a abandonar las luchas a que era empujado por su temperamento e inclinaciones o, en su defecto, poníale en el caso fortuito de dejar, definitivamente, el puesto descuidado dos veces a causa de esas luchas. Es decir, se le daba a optar entre ser dependiente, empleado de una casa seria y ponderada, donde con seguridad hallaría, sin riesgo, la tranquilidad y el bienestar económico, o continuar las andanzas y aventuras, peligrosísimas de la calle, impropias de un futuro hombre de negocios y por las que demostraba tanta adhesión.

Salvadorito, por la primera vez en su vida, escuchaba a la madre como dicen que hacía el famoso hombre de Estado argentino con los visitantes inoportunos o de escaso interés: como aquél, en sus diálogos, él también, ahora, sólo dejaba la cara sin que su imaginación interrumpiera por un instante el curso de las ideas que la embargaban. Por eso cuando la noble mujer esperaba una contestación a la altura del problema planteado, únicamente pudo obtener del muchacho un gesto de vaga indiferencia, una especie de mueca indefinible que, pese a su perspicacia, no supo cómo interpretar. ¿Qué pensaba el hijo en aquellos momentos? ¿Cuál iba a ser su determinación ante la disyuntiva que se le presentaba? ¿Qué debía contestar la madre a la interrogación de los patronos formulada por su intermedio?...

Decididamente la cabeza de Salvadorito vagaba perdida en países lejanos de dolor y de tinieblas, a distancias inconmensurables del recinto sórdido donde se agitaban los mezquinos intereses de aquellos hombres pequeños, ruines y sin alma, que pretendían rendirle.

Y la madre, ante la actitud hermética y desorientadora del hijo, no insistió.

* * *

Al día siguiente había tomado su resolución: no volver a la oficina. Podía la madre contestar a sus parientes y patronos que, dado a elegir entre el empleo y su libertad de futuro ciudadano, de futuro hombre de una colectividad consciente, prefería, a la seguridad del muñeco, sometido, la incertidumbre del ser libre, en la calle.

De ahí, en adelante, ya estaba dicho, sería un trabajador independiente dispuesto a no aceptar el yugo envilecedor al que se

le quería uncir tan temprano. ¿Qué pretendían? ¿Que no pensara ni sintiera? ¿Que su cerebro no se agitara? ¿Qué su corazón no exteriorizara la pasión que lo encendía? ¡No, no y no! ¡Ea! Estaba resuelto a todo. ¿Se negaban a aceptarlo como era? ¿Y con qué derecho iban a contrariar sus inclinaciones políticas? ¿Era posible aceptar una actitud tan absurda? Pero, ¿quiénes eran los patronos para imponerles sordina, mordaza o silencio eternos a sus sentimientos y a sus ideas? ¿No cumplía él con sus obligaciones como el mejor? Y el gesto del rebelde apareció en su semblante quedando azorada la madre ante la determinación inflexible del hijo.

—¡Pero piensa, criatura, en la situación comprometida que vas a crearte!

—¡Pensado está! —contestó con altivez el muchacho.

Y, como animado por una fuerza extraordinaria, añadió, terminando el diálogo:

—Si volviera, sería peor...

* * *

Días después de esta escena Salvadorito trabajaba por su cuenta como corredor de cereales en los mercados de frutos del gran puerto argentino.

Vendía granos —trigo, maíz, avena, lino—, obteniendo pequeñas comisiones con las que llegó a suplir ventajosamente a las veces, el sueldo asignado por la casa consignataria.

En esta forma se inició en un comercio sui géneris especialísimo, en el que era necesario desplegar condiciones variadas de sagacidad y astucia.

Él, que estaba al tanto de ciertas triquiñuelas de que se valían los receptores de la producción agrícola, encontró facilidades para colocar, en excelentes condiciones, algunas partidas de maíz y de trigo, dos de las más importantes fuentes de riqueza del país.

En vista del resultado halagüeño de sus primeros trabajos llegó a pensar que había estado perdiendo el tiempo al no independizarse con anterioridad de sus patronos.

Éstos, al verle tan diligente y animoso, hubieron de ayudarle, estimulándole en su acción.

Un poco de suerte, unida a sus conocimientos en el ramo, dióle una gran seguridad en sus fuerzas.

Llegó en esta forma a manejar cantidades de relativa importancia de las que era depositaría la madre.

A ésta le había vuelto el alma al cuerpo, según la frase corriente, contemplando una realidad inesperada: la salvación, por intermedio del trabajo, de aquel hijo cuya vida, sin tan eficaz reacción, hubiera peligrado seriamente.

Sin embargo, ella, conocedora del alma llena de vehemencias de Salvadorito, sabía que, en su fondo, radicaba una gran tristeza, un dolor profundo, sofocado aparentemente por su poderosa energía. La herida causada por el suicidio del maestro permanecía abierta.

Efectivamente, lo que el muchacho había encontrado era sólo un derivativo a su angustia. Sobre los sacos de trigo, después del diario trajín, escribía versos, versos románticos, de un pesimismo enfermizo, desoladores y trágicos, en armonía con el estado de ánimo que le embargaba y que, por un pudor excesivo, quería ocultar a todos y, especialmente y por piedad filial, a la madre.

Un día el demonio del orgullo le poseyó. Llevó sus versos a *La Lucha*, el gran periódico argentino, encarnador, en aquella época, de los más nobles anhelos populares, y *La Lucha* los publicó acompañándolos con frases de estímulo y elogio. Fue entonces que, impregnados de pesimismo romántico, empezaron a brotar de la lira de Salvadorito versos y más versos que concentraron, hacia su nombre y su minúscula persona, la atención de muchas gentes.

Aquella publicidad prematura estuvo apuntó de marcarle.

Mezclado en la turbamulta literaria conoció a un poeta de nombradía, ya maduro y experimentado en toda clase de lides, y al poco tiempo, estimulado por su verbo entusiasta y delirante, se sintió contagiado por la fiebre de la producción hasta llegar a ver la vida sólo a través de las estrofas cálidas brotadas de su mente en ignición y como al acento de un conjuro mágico.

El nuevo amigo de Salvadorito era el bohemio más bohemio de cuantos pululaban por aquel entonces en el ambiente seudo artístico de Buenos Aires. Con su aspecto de dandy trasnochado reunía a su alrededor a un grupo de seres extraños y pintorescos que coreaban y festejaban sus habilidades hasta el extremo de parecerles extraordinario todo cuanto salía de su boca. Recitaba sus versos con un aire olímpico que le daba todo el aspecto de un actor consumado, dueño en absoluto de su auditorio. Con las primeras horas de la noche hacía su aparición en la trastienda del almacén cercano al sitio donde dormía acompañado de su Mimí, una Mimí criolla, chalada por su poeta, al que dedicaba las galas de su persona junto con los ahorros de su profesión de camarera de café. En la trastienda del almacén empezaban las libaciones, bebiendo aperitivos de las más variadas clases, en cantidad abundantísima. A la hora de comer se improvisaban cenas, más o menos opíparas, de acuerdo con los

recursos del día. A las diez, llegado el momento de acompañar a Mimí, la tertulia de la trastienda, encabezada por el poeta, iba en busca de la simpática muchacha para conducirla, haciéndole corte, hasta la sala del café cantante donde servía de camarera.

El poeta y sus amigos formaban el primer grupo de parroquianos que, ruidosamente, ocupaban cada noche las mesas atendidas por Mimí con el beneplácito del dueño de aquel negocio de tan dudosa, peligrosa y complicada estructura.

IV

EL CAFE DE CAMARERAS O LA PENDIENTE RESBALADIZA

Era el «Café Cosmopolita», uno de los sitios más curiosos y pintorescos del Buenos Aires nocturno.

Aunque sus puertas no se cerraran a ninguna hora, puede decirse que su movimiento no se iniciaba hasta las horas postreras de la tarde, en que surgían a la vida todos los elementos alegres, bullangueros y maleantes que lo frecuentaban.

Era su enorme sala el punto de cita de toda la morralla trasnochadora, gente de vida equívoca, calaveras de burdel, residuos de otros ambientes de placer, colocados en más altas esferas, a los que se mezclaba la muchachada alegre e inexperta, entre la que se contaban muchos conocidos recientes de Salvadorito, escritores y poetas bohemios, como su flamante amigo, y otros tipos de diversa índole social, dignos de observación y estudio.

Grandes carteles en las puertas, con retratos de cantantes fracasadas, residuos también de teatros galantes y de lujo, por cuyos escenarios pasaron, sin gastarlos, invitaban al transeúnte a penetrar en aquel antro artístico, donde por el precio algo recargado de la consumición se le brindaban las más dislocadas muestras de ingenio. Y, efectivamente, a las veces resultó verdad lo que los carteles iluminados ofrecían por tan exiguo desembolso. Allí, por el pequeño tablado del «Café Cosmopolita», desfilaron, en su infancia artística, algunos de los elementos que hoy son honra de la escena argentina; y allí es fama que un excelente catador entrevistó, en un joven debutante, al actor cómico cumbre de nuestro teatro, ofreciéndole el primer contrato digno de sus aptitudes.

Diez hileras de mesas, atendidas por un número igual de camareras, iban desde el borde del escenario hasta el fondo del salón donde estaba el despacho de bebidas, el servicio de bar, dirigido por el propio dueño del singular establecimiento.

Era dicho dueño un italiano gordinflón y dicharachero, que distribuía su amistad entre los parroquianos y de acuerdo con la capacidad económica de los correspondientes bolsillos y la largueza para repartir su contenido.

Lo que nunca pudo averiguarse con certeza fue la causa que le indujo a inclinar una parte muy importante de esa amistad hacia la persona del poeta bohemio cuya fortuna no era por lo general muy boyante. Pero el hecho innegable estaba allí. El poeta gozaba en el «Café Cosmopolita» de todas las preferencias. Decididamente ejercía sobre el italiano un dominio especial. Este hombre tosco, de una educación rudimentaria, tenía para el poeta acentos y ademanes de una suavidad conmovedora, le colmaba de atenciones, regocijándose con su presencia y obsequiándole con cualquier

pretexto, a él y a sus contertulios, con los mejores licores y vinos de los que era gran aficionado.

—*Lei e mía envidiable mascota* —decíale en un vocabulario cosmopolita, en esa jerga especial que sólo se habla en determinados ambientes de Buenos Aires, producto de la mezcla de idiomas tan característica de la gran ciudad.

El poeta y sus contertulios aprovechaban todas las circunstancias favorables y aceptaban de buen grado las invitaciones de aquel mirlo blanco entre los dueños de café.

En esta forma las veladas solían prolongarse hasta altas horas de la noche, y muchas veces hasta las avanzadas de la mañana, en medio de libaciones copiosísimas. Se recitaban versos, se cantaba y hasta se bailaba al son de guitarras, improvisándose fiestas y excursiones a puntos cercanos a la capital que duraban tres o cuatro días, o sea los que duraba la embriaguez y la resistencia física de aquellos seres para los cuales diríase que la vida no tuviese otros deberes ni compromisos...

En aquel ambiente deletéreo cayó Salvadorito, llevado por sus inclinaciones literarias y sugestionado por la figura del poeta bohemio, cuyo nombre era un timbre de gloria para las letras argentinas.

LOLA, «LA MARQUESITA»

Entre las camareras del «Café Cosmopolita» había una que se destacaba por su belleza. Figulina de Sévres, por lo delicado y fino de sus formas, Lola la Marquesita, como la denominó el poeta, tenía un particular encanto en toda su persona. Menuda y graciosa, de color pálido mate inalterable, cabellera de un negro azulado, ojos más negros aun, y perfil y boca de líneas purísimas, nadie pudo averiguar jamás cómo había caído en aquel medio y mucho menos aun cómo podía conservarse en él sin quebrantarse o hacerse pedazos.

Dotada de un carácter extraordinario vivía sola, sin arrimo conocido, habiendo conquistado su independencia en forma que causaba la admiración general.

Intima de Mimí la amante del poeta, había hecho amistad con éste, quien la celebraba siempre cantándola en sus versos.

Lola la Marquesita asistía a todas las fiestas en que figuraba el poeta con su pareja y demás amigos, pero a la hora de la retirada los pretendientes a sus encantos veíanse indefectiblemente defraudados y forzados a desbandarse. El poeta los despedía con su prosopopeya única, anunciándoles que él acompañaría a la Marquesita a su casa.

Indudablemente se trataba de un caso insólito, más que curioso, de un interés particular. La Marquesita sentía la voluptuosidad de tener a raya a los hombres a quienes provocaba con sus gracias. Todas las noches el café se alborotaba alrededor de su figura. Una

corte de adoradores la rodeaba disputándosela con actitudes que llegaron, en algunas ocasiones, al borde mismo de lo trágico.

No había camarera que contara con mayor número de parroquianos, ninguna cuya cosecha nocturna fuera tan proficua. Las mesas de la Marquesita eran las más solicitadas y jamás permanecían desiertas, ¿Qué atractivo, qué causa fundamental arrastraba a los hombres a la vera de aquella mujercita tan esquiva, a pesar de sus apariencias? Sin engañar con las palabras, mareaba e ilusionaba a todos con sus gestos; sin comprometerse a nada parecía ofrecerlo todo en el rayo sugestivo de una mirada. Más mujer, en el fondo, que todas las otras, entregadas o por entregarse siempre, sabía despertar el instinto de los hombres que la rodeaban sin sentir ella, en apariencia, otra sensación que la producida por el orgullo satisfecho del sexo al verse codiciada, engreída, mimada y disputada por la turba.

¿Amantes? Claro está que los había tenido; pero la verdad era que nadie los conocía, que nadie podía indicarlos para envidiarlos y que cuando alguien, por motivos especiales, llegaba hasta hacerse sospechoso, ella sabía desviarlo de su camino usando armas desconocidas para las demás mujeres.

Envidiada por las compañeras de trabajo, obligadas a reconocer su superioridad, trataron, usando variadas argucias, de combatirla y anularla. Pero encontraron en ella una resistencia invencible. Era valiente y pendenciera cuando la buscaban, gozando con humillar a las otras hembras, vanidosas o cobardes, que, creyéndola endeble, la acometían feroces. La Marquesita era de acero y en todos los instantes que fue menester demostró un valor superior a todo lo imaginable. Varios encuentros personales, en los que salió triunfadora, acabaron por imponerla definitivamente en el café,

convirtiéndola en caudillo. Su influencia decisiva ante el dueño y ante el parroquiano preferido, la mascota del establecimiento, el poeta respetado y querido por aquella turba estrafalaria, pintoresca, desorbitada y simpática a pesar de todo, acabaron por imponerla, y como era habilísima en sus maniobras, llegó a ser la figura femenina más espectable del «Café Cosmopolita» y algo así como el principal soporte de aquel negocio brillante y de tan compleja estructura.

Salvadorito, seducido por aquella nueva vida que no quería abandonar, y a la que le empujaba su vibrante, desatentada y arrolladora juventud, pero consciente al mismo tiempo de sus deberes contraídos para con los suyos, veíase en figurillas para cumplir con sus compromisos de trabajo. No dormía casi, vivía en pleno vértigo, realizando un esfuerzo imposible de sostener por mucho tiempo. Un día, es decir, una noche, bebió más de lo que su naturaleza le permitía, y, en medio de la fiesta, cayó como fulminado. Todos le rodearon y hubo que atenderle como a un enfermo. El poeta cargó con él y Lola la Marquesita fue su solícita enfermera.

—A tu cuidado lo dejo —le dijo aquél al despedirla esa noche en la puerta de su casa, y el muchacho, caído en plena fiesta, despertó, horas más tarde, en los brazos de la gentil camarera.

Esa mañana, al mirarse cara a cara la figulina de Sévres y pequeño salvaje, diríase que al fiero y nuevo combatiente se le hubieran desafilado las garras.

Decididamente, era lógico pensarlo, Salvadorito estaba perdido.

* * *

Al día siguiente de este episodio lamentable Salvadorito no acudió a su oficina. La camarera sí a su café. El muchacho quedó molido, deshecho, en la habitación coqueta de la Marquesita, que parecía preparada para recibirlo.

Cuando pudo reponerse y caer en meditación se indignó consigo mismo:

—¡Qué vergüenza! —exclamó—. ¡Unos vasos de whisky y unos brazos de seda le habían vencido! Y entonces recordó al maestro suicida por fortaleza de ánimo; recordó sus lecciones admirables, sus consejos varoniles, sus demostraciones de energía desde que niño, como él, entrara en la lucha.

Pero, ¿quién le había traído allí? ¿Por qué estaba en aquella casa que él no conocía? Indudablemente el poeta amigo era el culpable de aquella situación deprimente en que se encontraba. Y adoptó entonces una resolución suprema y que él creyó inquebrantable en ese momento: rompería para siempre con el poeta aunque tuviera también que interrumpir su carrera literaria naciente. Y en cuanto a Lola, la atractiva, la enloquecedora Marquesita de sus pecados, huiría de ella, lejos, muy lejos, siguiendo el precepto napoleónico. Sí, era necesario que no la volviera a ver.

Pero el recuerdo de una sensación física deliciosa impidióle de pronto continuar en esta línea sensata y reflexiva.

Sin embargo, se vistió presuroso, aunque accionando ahora como un autómatas sin que le poseyera ya como idea fija la determinación salvadora de la fuga.

En la habitación encontraba todo lo necesario para el cuidado de su persona. Diríase que una mano invisible e inteligente pusiera a su alcance cuanto ambicionara su capricho.

Era muy entrada la noche cuando terminó de vestirse. Seguramente Lola, que ese día estaba de guardia, habría ido al café a cumplir su compromiso semanal vespertino.

Iba a salir cuando oyó la voz, finamente timbrada, de la Marquesita.

Alegre, decidora, apareció ella ante sus ojos con el encanto de siempre. Venía presurosa, cargada de provisiones, porque deseaba comer con él. —¿Pero, qué? ¿Pensaba irse, y adonde?— No, ella no podía dejarle, no le dejaba. Comerían juntos, hablarían de muchas cosas, ella le contaría todo lo que él ignoraba respecto a sus locuras de la noche y después harían lo que él quisiera.

Salvadorito se sintió embriagado por aquella voz mimosa que le acariciaba tan sutilmente; miró a la Marquesita y pensó que ella era quien le había cuidado, que ella era quien le había besado, y no pudo o no quiso resistir a la tentadora. Se quedaría, pero, eso sí, tratarían en serio de cosas de su vida, que le obligaban a él a conducirse en forma distinta a la de sus compañeros de jolgorio y francachela.

Y ella, con una alegría impetuosa y comunicativa, tendió el mantel sobre la mesa, que fue adornando como para una fiesta.

Salvadorito, encantado, sugestionado por los ojos y la voz de la muchacha, dejó hacer, olvidándose, en absoluto, de los propósitos honrados que unos momentos antes le preocuparan.

* * *

Tres días de locura, que fueron un relámpago para el alma ávida de sensaciones de Salvadorito, pasaron entre risas, caricias y vino. Los besos dulces de aquella mujer entregada en forma tan peregrina eran bálsamo prodigioso para la herida recientemente abierta en el corazón del luchador joven, ardiente y valeroso, pero abrumado por una pena honda que nadie podía comprender.

Por fin la juventud se sobrepuso a todo, y una especie de inconsciencia le poseyó. Juventud es placer, es vértigo, es olvido. Y así el muchacho gozaba, marcábase, perdía, hora por hora, la noción de la realidad. El tiempo pasaba como en un sueño. Iba a su casa por instantes, con el solo fin de asearse y componerse para seguir en la pendiente resbaladiza —iniciada aquella noche de desvarío— y de planos tan inclinados que únicamente el destino o una voluntad muy poderosa puede detenernos en su centro.

VI

LA GRAN MADRE SUFRE

Acabados los ahorros la madre le llamó a capítulo. ¿Era posible vivir así? ¿En qué zona de tinieblas había caído su hijo? ¿Qué mano misteriosa y siniestra le arrancaba de su lado? Después de sentirse abandonada moralmente, ofendida en su cariño de madre, ahora la materialidad de la vida poníale al borde del desastre total. El hogar se desmoronaba antes de verlo afirmado y el culpable principal de la ruina sería aquel mismo hijo en quien ella fundara sus esperanzas más legítimas.

Salvadorito escuchó la retahíla de cargos abrumadores y se sonrojó. Al principio quedó como anonadado. Las frases candentes de la madre hiriéronle en lo más íntimo y vivo de su ser. Tuvo entonces el gesto adecuado a las circunstancias y, sin tratar de disimular su culpa, prometió enmienda inmediata. En cuanto a la situación económica que se le presentaba, él, como siempre, pondría el hombro para contener el derrumbe. Por lo pronto dejaría en manos de la madre afligida todo el dinero de que disponía para que ella acudiera a reparar los gastos más urgentes. Y con su generosidad impulsiva despojóse de cuánto dinero llevaba. Extrajo billetes de todos los bolsillos. No usaba cartera y guardaba el dinero en forma arbitraria, haciendo pequeños rollos de los billetes que en este caso eran todos pequeños también.

Terminada la operación argumentó, elocuente, la madre:

—Debemos dos meses largos de alquiler de casa; el pan, la leche, todas las provisiones. Lo que me das aquí —y contempló con triste ironía el puñadito de papeles— no alcanza ni para satisfacer la más pequeña de las cuentas. Tú te quedas exhausto y a mí no me alivias en nada; es decir, que el problema sigue en pie porque esto no es resolverlo ni siquiera prolongarlo.

El muchacho quedó un momento mudo ante aquellas reflexiones sin levante. Miró enérgico a la madre y, rápido, como quien adopta una determinación heroica, exclamó:

—¡Si es así, venga el dinero!

—¿Qué piensas hacer, hijo?

—Mañana debe resolverse un negocio en el que estoy interesado. Antes del almuerzo sabremos lo que de él resulte. Si el negocio se

realiza estaremos salvados. En caso negativo, los acreedores esperarán y yo me entenderé con ellos.

A pesar de la seguridad de su actitud la voz le temblaba en la garganta porque era esta la primera vez que Salvadorito engañaba a la madre. Como puede suponerse, no existía el tal negocio ni cosa que lo valiera, puesto que el muchacho hacía varios meses que no trabajaba, preocupado solamente por su aventura amorosa y absorbido por la vida de placer a que lo arrastraban sus nuevos amigos del «Café Cosmopolita», y, muy especialmente, el poeta bohemio amante de Mimí.

Pero una idea, que podía ser la salvadora, había cruzado por la mente del hijo sorprendido en un renuncio de vida, y esa idea no le abandonó ya hasta que pudo ponerla en práctica.

Recogió el dinero en poder de la madre y se despidió, en silencio, hosco y taciturno.

* * *

Salvadorito está en la calle. ¿Adónde va Salvadorito? Es pasada media noche y su seriedad casi trágica aumenta con las sombras. Va monologando como un poseído. Todo el pesimismo de su alma romántica brota, en cascada de fuego, atropellándose en sus labios.

Es verdad que por su culpa la gran madre sufre. Pero es verdad también que la vida de aquel hogar no debería estar amenazada de hundimiento porque él sufriera un traspié en su camino. ¿Qué? ¿Iba a pasarse los años y los años detrás de mostradores tan sórdidos como sus dueños o al pie de pilas grasientas de lana sucia y pestilente? ¿Vendiendo granos a los gringos negociantes y avaros, él, alma altiva, llena de anhelos infinitos de luz y de belleza? ¿El, que

sentía en su cerebro fluir de ideas, generosas y puras, capaces de inundar el mundo de rayos redentores? El escribiría, él forjaría obras donde exteriorizaría todo cuanto de noble y hermoso palpitaba en su ser. Y si él se sentía con arrestos para empresas fuertes y augustas, ¿por qué iba a resignarse al triste papel de un lamentable instrumento? Además él quería, él necesitaba disfrutar de la vida, tenía ese derecho, como deberían tenerlo todos los hombres que alentaban sobre la tierra. Porque, en realidad, ¿qué había sido hasta ese momento su existencia de muchacho pobre? ¡La existencia de un esclavo! Ahora lo comprendía, ahora que la vida le brindaba una de sus copas repletas de licor que él, ¡ay!, no podría gozar, paladear, ampliamente, porque el veneno de la realidad acababa de enturbiárselo. Y la realidad era ese hogar, el suyo, que él no debía, que él no podía, que él no quería abandonar y que, fatalmente, como acababa de revelárselo la madre, se desmoronaba si la suerte o la casualidad no aparecían para apuntalarlo en forma imprevista. En cuanto a su actitud estaba resuelta: ¡él apelaría a la suerte!

VII

LA RUEDA LOCA

Como la hierba mala en los campos, las casas de juego brotaban en el centro mismo de Buenos Aires con la tolerancia cómplice de las autoridades. En cada calle se erguía un garito, que era antro devorador de ilusiones y dignidades, refugio vergonzante, abismo y aun puerto de salvación según los casos. Salvadorito, en sus correrías nocturnas, las había visitado a casi todas en compañía de sus nuevos y peligrosos amigos. Por curiosidad primero, llevado después por su

espíritu de observación, nunca por malsana inclinación, puesto que el juego en sí no le atraía.

Cuando su madre, con frases dolorosas y sin eufemismos, púsole de relieve la triste situación económica por que atravesaba el hogar, cruzó por su imaginación la idea de salvarlo apelando al recurso extremo del azar en el juego. Y se dijo: —Probaré fortuna. ¡Ahora o nunca!— Y con la rapidez en la acción, que era una de sus características, recogió el dinero, la última parte de sus ahorros, como si dijéramos todo su haber crematístico sobre el mundo, pensando en exponerlo a un número de ruleta con la decisión de un jugador de raza. Por eso engañó a la madre hablándole de un negocio fantástico que no existía ni en su imaginación siquiera un momento antes.

Mientras cruzaba, febril, las calles, camino del antro, reflexionaba así: —¿No era un juego la vida? Pasarse las horas haciendo números en un despacho o detrás de un mostrador engañando a un cliente para venderle por diez un artículo que costó cinco o tratar de penetrar el destino encerrado en el cuadrante de una rueda loca, ¿qué más daba? Sí, en último término, la ventaja estaba en la posibilidad misteriosa de la rueda loca que podía darle hasta el treinta y seis por uno si la suerte, que algunas veces fue su aliada, le ayudaba un poco.

Y, decidido a todo, penetró en el antro.

Cuando llegó Salvadorito, la sala de juego hervía. Se acercó a la mesa. Estaban ocupados los dos paños y no había sitio visible donde sentarse. Como tuviera predilección por los números altos dirigióse a uno de los extremos y para no perder ninguna bolada puso un billete pequeño en la última línea.

—¡Colorado el 32! —gritó la voz del banquero, y ocho fichas blancas, que fueron ocho soles para Salvadorito, cayeron sobre el paño.

Uno de los jugadores, en derrota, abandonó su silla, que ocupó el nuevo combatiente. Coronó entonces el 32 y el número se repitió. ¿La suerte le acompañaba? Aquel comienzo era tentador.

—Si es racha, aprovecharla —se dijo; y cargó los números adyacentes al suyo como, en casos análogos, hacen los jugadores de raza...

Sonó la voz del banquero:

—¡Nadie más!

Rodó la bola de marfil sobre el círculo metálico; hubo un silencio solemne; bordeó aquélla, vacilando, sobre el número de Salvadorito; iba a caer, ya caía en la casilla de su fortuna, cuando, como impulsada por una fuerza invisible y desconocida, dio un salto brusco acompañado por un tintineo trágico, yendo, rápida, a caer en un punto inconmensurablemente distante del de sus esperanzas.

Media hora más tarde, cambiado el viento de la suerte, Salvadorito veía evaporarse de entre sus manos el último vestigio del capital que poseía.

Como un sonámbulo abandonó la mesa de juego. Hacía calor. Fue hacia el balcón de la sala y en una butaca de mimbre, que parecía esperarle, se desplomó.

Pasaron horas, minutos, siglos. ¡Qué sabía él! Lo mismo daba para el estado en que se encontraba su espíritu. Sin conciencia del tiempo le era imposible apreciar su marcha. Vertiginosas las ideas, le zumbaban en el cerebro y, en carrera loca, recorrían todo el pasado

concentrando, en un instante, los capítulos completos de una vida, fenómeno parecido al que se supone ocurre en la mente de los moribundos cuando les llega el segundo postrero.

Dos veces se asomó al balcón, midiendo el abismo con sus ojos. Seguramente éstos le engañaban al apreciar la distancia que le separaba de la calle, porque la sensación experimentada al cruzar por su imaginación la idea de arrojarse en el vacío, era la del que va a dar un salto con un poco de riesgo, pero sin mayores consecuencias.

Y no era, en realidad, la idea del suicidio la que embargaba su ánimo al pensar en el acto de arrojarse por el balcón. Poseíale, sí, un deseo extraño de huida, exacerbado hasta el extremo de sentir la sensación de que, al abandonar la sala en forma tan violenta, lograría alejarse de sí mismo, o, más bien dicho, abandonar la parte mala de su naturaleza que era la que lo había impulsado a cometer la acción indigna.

Instintivamente su mano derecha acarició el revólver que llevaba en el cinto, un pequeño Smith-Wesson de seis balas, su espléndida joya trágica que no le abandonaba nunca en sus instantes supremos. E instantáneamente sus ideas cambiaron de dirección. Pensó en su madre y pensó hasta en el crimen por salvarla... ¿Estaría loco?

Su mente en delirio evocó en ese momento la escena de un drama romántico que hacía algunas noches le había impresionado. Figuraba en ella un personaje ingenuo que, frente a un gran peligro, permanecía impávido, suponiendo que lo más grave que pudiera acontecerle era morir. Pues bien —decía el personaje—, yo me imagino que he muerto y en esta forma alejo de mí el miedo... Y al evocar la singular escena, Salvadorito acarició de nuevo la joya trágica, que no le abandonaba nunca en sus instantes supremos,

pensando en que él tampoco debía ser presa del temor mientras tuviera al alcance de su mano el arma liberadora. ¡Indudablemente Salvadorito estaba loco!

Siguió divagando; la figura de Lola cruzó inmediatamente en forma inusitada. Erguida y fiera, como una voluntad soberana, increpábale su cobardía. —¿Morir? —decían sus ojos—. ¿Y por qué? ¿No están mis labios para endulzarte el dolor y mis brazos para ahogar toda amargura? ¿Dudas? ¿No crees en la pureza de mi cariño porque me has encontrado en el arroyo? Yo sé amar porque he sufrido; yo te quiero con las ansias de las almas abandonadas a sus propias fuerzas, de las almas escarnecidas o burladas, que nadie valora porque nadie comprende, pero en las que aun late y resplandece el fuego sagrado. ¡Tu muerte es la traición! —¡Horror!— exclamó exaltado Salvadorito y como alejando de su imaginación, con un ademán violento, la figura de la Marquesita, al constatar que, pensando en ella, seguía acariciando ideas suicidas, cuando minutos antes, al evocar a la madre, fue el sentimiento del crimen el que perturbó su cabeza.

VIII

EL «GRINGO CAMPANELLI»

—¿Qué hace usted, aquí, en esta casa?

La voz, campanuda y socarrona del gringo Campanelli acababa de interrumpir su soliloquio. El gringo Campanelli, a quien ya irán conociendo los lectores, era uno de los contertulios del poeta, en el «Café Cosmopolita», y con el que Salvadorito había hecho amistad.

—Pasando el tiempo; matándolo —contestó, por decir algo, Salvadorito.

El gringo Campanelli le observó detenidamente. Después:

—Usted ha jugado y ha perdido. Está *pato*. A mí no me engaña usted.

—Ni lo pretendo. Por lo demás...

Y en el gesto de Salvadorito se insinuó un reproche.

Hubo un silencio.

El gringo Campanelli, asumiendo una actitud paternal y como haciendo, en absoluto, caso omiso del gesto de Salvadorito, habló así:

—Usted hace muy mal, amiguito, en venir aquí.

—¿Peor que en ir allí, y allá, y a todas las demás partes en que lo encuentro a usted? —pensó, que no dijo, Salvadorito.

Y agregó, en voz alta:

—Bien, ¿y qué? Siga, que me inspiran curiosidad sus palabras.

—Digo que no es éste el sitio que le conviene a usted.

—¿No? ¿Y por qué?

—Porque usted es, todavía, un niño.

—Pues sepa usted que los niños saben también, cuando llega el caso, perder su dinero; como los hombres.

—Los hombres saben ganarlo.

—Y molestar.

Hubo otro silencio.

—Muy mal, muy mal hecho —agrego el gringo Campanelli, como siguiendo un raciocinio interior, aparte del diálogo vivo.

—¿Insiste usted?

—No me comprende, usted, Salvadorito. Atiéndame. Yo soy un hombre de corazón.

—Y yo un niño sin dinero, ¡caray!, ya lo sabemos —exclamó, algo amoscado, Salvadorito—. ¿Qué pretende usted?

—¡Salvarlo!

—¿Cómo?

—Ofreciéndole la mitad de mis ganancias.

No las acepto—dijo Salvadorito.

—Yo soy un hombre de suerte. No pierdo nunca. ¿Quiere que hagamos una vaca?

Hacer una vaca, en términos de tahúres, significa reunir un capital para jugar asociados.

—¿Una vaca? ¡Ni un ternerillo mamón puedo hacer con usted esta noche! Mire usted —agregó Salvadorito—, poniendo de revés todos sus bolsillos.

De uno de éstos cayó un papel. Era un billete de diez pesos, convertido en un cucurucho aplastado y sucio.

En su costumbre de guardar el dinero en forma desordenada, aquel papelito había quedado allí olvidado, como una arruga más del traje.

El gringo Campanelli lo recogió con presteza, alargándoselo a Salvadorito.

—Tómelo usted —dijo éste—. Es el resto de mi fortuna, con el que no contaba. Pues bien, ya está hecha la vaca. Ordéñela usted...

El gringo miró fijamente al muchacho y, adivinando en sus ojos, en su ademán y en sus frases el drama que lo embargaba, dijo solemne y augurador:

—¿Cuántos billetes como éste —y agitaba en sus manos el aplastado cucurucho— necesita usted?

—¡Cien! —dijo, con energía y sin titubear, Salvadorito.

—Haga usted de cuenta que los tiene ya en el bolsillo.

Salvadorito lo miró absorto.

—¿Quiere usted venir conmigo a la sala?

—No. Vaya usted solo; y juegue, como los hombres... Si gana me avisa usted. En caso contrario, adiós.

Y, como en despedida suprema, Salvadorito estrechó la mano del gringo Campanelli.

—Ahora sí que había perdido su último billete —pensó.

Mientras el gringo Campanelli se alejaba, Salvadorito se quedó en el balcón: perfilando la curiosa figura de su amigo. ¿Quién era y qué representaba en la vida el gringo Campanelli?

Grande, coloradote, fornido, dicharachero y rumboso, aparecía, como una nota alegre, pintoresca y salvadora, en las fantásticas reuniones del poeta donde se bebía siempre.

Lo único que se sabía de su existencia, aunque también vagamente, era que vendía aceite, ejerciendo de corredor del apreciado producto en combinación con un hermano a quien nadie del grupo conocía.

¿Pero a qué horas vendía aceite el gringo Campanelli? Esto siguió siendo un misterio para todos, porque la verdad era que el gringo Campanelli amanecía diariamente con los bohemios y, sin más tiempo que para descansar de la borrasca nocturna, hacía su aparición vespertina en la trastienda del almacén donde, indefectiblemente, empezaban las libaciones reglamentarias.

Y Salvadorito, olvidado momentáneamente de la comprometida situación en que se encontraba, sonrióse pensando que, por fin, acababa de penetrar un secreto: ya sabía él a qué hora y en dónde vendía aceite el gringo Campanelli...

* * *

—¡Despierte usted, que aquí le traigo yo su felicidad!

Cuando el gringo Campanelli reapareció en el balcón, blandiendo en sus manos, como una bandera triunfante, los cien billetes de diez pesos de que le hablara Salvadorito, la cabeza de éste era una verdadera nebulosa.

Pero, ¿qué decía aquel hombre? ¿Estaría loco también? No; porque allí, en sus bolsillos, estaban ya los anhelados papelotes bancarios, emblemas de su felicidad, que acababa de entregarle el pintoresco e incomparable amigo, al mismo tiempo que, imperiosa pero afectuosamente, le daba la orden de salir a la calle abandonando el antro esta vez salvador...

IX

EL «ALMACEN DE LOS CHORIZOS»

Eran las dos de la mañana. Recordó Salvadorito que, distraído por sus enormes preocupaciones, no había comido aún y transmitió a su compañero la idea de tomar un refrigerio. Al pasar por la esquina de las calles de Tucumán y Suipacha, cien metros más hacia el oeste de la casa de juego, un olor apetitoso acarició su olfato. Estaban frente mismo del famoso Almacén de los chorizos, donde recalaban los trasnochadores de todo pelaje del Buenos Aires de ayer.

Nunca supo Salvadorito si fue, precisamente, invitado por el gringo o viceversa, cómo penetraron en el clásico sitio, pero el hecho real es que entraron y que allí satisfizo él su hambre en la mejor forma que pudo.

¡El Almacén de los chorizos! Necesario es creer en las perversiones colectivas del gusto para explicarse el éxito enorme alcanzado por el sucucho, incómodo y poco higiénico, donde durante años, sin transformarse en lo más mínimo, un comerciante hábil, indudablemente un psicólogo de multitudes, colmó su hucha vendiendo chorizos asados al más heterogéneo de los públicos que pueda imaginarse; público en que se mezclaba la blusa del obrero con el saco del dependiente u hortera y el smocking o el frac del empingorotado señorito.

Sobre mesas de pino, que no conocieron el agua nunca, en hojas de papel de estraza a guisa de platos, y acompañados por los más

buidos y ordinarios de los cubiertos de hierro que se hayan fabricado jamás, eran servidos los chorizos o sea la famosa especialidad de la casa.

A la vista de la singular clientela, en un fogón primitivo, echados en grandes parrillas, se iban cocinando por docenas los sabrosos embutidos que, al contacto de la lumbre, reventaban esparciendo el humazo de sus grasas por el sucucho, humazo que, saliendo en oleadas a la calle, acariciaba, sensualmente, las pituitarias de los transeúntes golosos.

En bancos pequeños, de la misma madera que las mesas, sentábanse los concurrentes. Cada cual evitaba como podía que los enseres de la casa mancharan sus vestidos; unos, colocando sobre aquéllos los periódicos del día llevados por precaución; otros, hojas nuevas del propio papel utilizado para servir el condumio, y, algunos, recurriendo a sus pañuelos con los que defendían pantalones y gabanes en peligro constante del pringue de los chorizos.

Las mesas eran pequeñas, pero cuando llegaban patotas, es decir, grupos de amigos alegres, uníanse varias por medio de ganchos de hierro preparados al efecto, y en un santiamén quedaba preparado el sitio para el jolgorio o festín.

Los chorizos que se expendían en el curioso albergue nocturno eran de los llamados criollos o frescos, hechos para el día, con carne escogida y con abundancia en su confección de pimienta y otras especias que les daban un sabor particular, y al mismo tiempo producía en los clientes el efecto de la sed, buscado ahincadamente, porque otro de los negocios fundamentales del afortunado Almacén era el despacho de vino, que corría siempre en oleadas alarmantes.

Queso y alguna fruta, por excepción, completaban los escasos pero abundantes manjares del sin igual establecimiento.

La noche que llegó Salvadorito acompañado por el gringo Campanelli, ocupaba el centro del local un grupo de periodistas encabezado por uno de los escritores jóvenes más notables de la época. Era éste un gigantón rubio y simpático. Hablaba por diez dando grandes risotadas como un muchacho. Cuando Salvadorito conoció su nombre quedó atónito. Hacía tiempo que deseaba conocerle personalmente, pues era uno de sus asiduos lectores y sentía por él una viva admiración. Sus ideas avanzadas en el orden social y político, reveladas a lo largo de su obra, le cautivaban por lo valientes y sinceras. El gringo Campanelli que al entrar se había descubierto de una manera muy ostensible ante el grupo (él saludaba siempre a las personas de alguna significación), obteniendo del escritor una correspondencia afable, preguntó a Salvadorito dándose importancia:

—¿No conoce usted a don Gabriel?

—No.

Y notando en el muchacho cierta perplejidad y deseo contenido de relacionarse con el escritor célebre, el gringo Campanelli agregó:

—Después se lo presentaré.

Llamó al dueño de casa y con discreción le indicó que sirviera una botella del mejor vino —mencionó una marca— en la mesa de don Gabriel, como obsequio de un admirador.

La estratagema del gringo Campanelli dio el resultado previsto. El escritor, que era espontáneo y excesivo en la exteriorización de sus sentimientos, agradeció el homenaje en voz alta, brindando a la

salud de sus amables vecinos. El gringo Campanelli, ni corto ni perezoso, se levantó con premura yendo a rendir pleitesía a don Gabriel.

Pasados unos momentos, Salvadorito, a media comida, era llamado a la mesa del escritor y presentado a éste por Campanelli.

Las primeras frases de don Gabriel le desorientaron. El escritor era un humorista formidable y como en realidad no conocía al gringo Campanelli ni a su compañero, les recibió imprimiendo a sus palabras un tono especial, mezcla de desconfianza y socarronería criolla, que llegó a inquietar a Salvadorito. Campanelli se hacía el desentendido, sabiendo por experiencia en casos análogos que todo acabaría bien, si ellos no daban —que no darían— motivo de desagrado. Comprendió don Gabriel la verdadera situación de Salvadorito, y como su espíritu era en el fondo generoso y de una nobleza excepcional, cambió de táctica con el muchacho, al que conquistó en seguida definitivamente, pero sin dejar de chancearse con el gringo Campanelli, más aguantador a todas luces.

A esta altura de la fiesta llegó un mensajero con una carta para don Gabriel. El sobre decía: «De Horacio a Mecenas».

Con la carta cerrada en las manos, don Gabriel interrogó al muchacho: —¿Quien le enviaba? ¿Por qué se la entregaba a él?—. El mensajero contestó satisfactoriamente. Venía de la Helvecia, el restaurante donde él ejercía de vendedor de periódicos, lustrador de botas y recadero, todo en una sola persona, tan diminuta cuanto ágil y despierta como estaba a la vista, y aunque ignorante de la existencia del poeta latino y de su magnífico protector, sabía lo pertinente para el caso, o sea los nombres verdaderos del remitente

y del destinatario que era, en realidad, todo cuanto le incumbía dentro de su misión.

Entonces don Gabriel rasgó el sobre, leyó en silencio y lanzó una de sus estruendosas carcajadas.

—¡Este Diego! —dijo—. ¡Es incorregible!

Sacó de uno de sus bolsillos un block de papel y con un espléndido lápiz, que era el usado para todos sus trabajos periodísticos, púsose a escribir.

La carta traída por el pintoresco intermediario pertenecía a un poeta bohemio que se había hecho famoso por una colección de sonetos caracterizados por su rotundidad y brío.

Don Gabriel informó a la reunión del contenido de la carta. El poeta bohemio acudía a él creyéndolo un potentado y le pedía un préstamo. Ahora, como él no era un potentado, sino un buen compañero, le enviaba lo que podía, con una misiva en verso que rezaba así:

*Haces bien, querido Diego,
en invocar a Mecenas:
Van diez pesos. Desde luego
esta noche tú «me cenas...»*

Dobló y guardó, con el pliego escrito del block, un billete, cerró el sobre, lo entregó al mensajero, le hizo dar a éste un chorizo y un pan, le entregó, además, unos centavos, junto con un cachete, y lo despachó sin dejar de reír.

Todos festejaron la escena, que fue rapidísima, y Salvadorito conservó para siempre en su memoria la ingeniosa cuarteta de don Gabriel.

Amanecía. Los últimos chorizos chirriaban aún en las parrillas. Ya no comía nadie, pero todos seguían bebiendo.

Llegó la hora de pagar y entonces hubo de librarse una curiosa lucha entre el gringo Campanelli y el escritor porque ambos querían sufragar todo el gasto.

Por fin don Gabriel cedió con la condición de que le aceptaran unas copas de coñac que él brindaría en su casa.

Y en dos coches de alquiler se trasladó íntegra la tertulia a casa del escritor.

X

EN CASA DE DON GABRIEL

Con las primeras luces del alba la alegre y ruidosa comitiva llegó al barrio de Belgrano, donde vivía don Gabriel.

La familia de éste dormía aún, por lo que sigilosamente penetraron todos en un despacho alto con ventanas a la calle.

Don Gabriel cerró herméticamente puertas y postigos para evitar el sol y dio la luz artificial, para alargar la noche, según manifestó a los amigos.

Fue en busca del coñac prometido, sirviólo en grandes cantidades —no en copas usuales, sino en vasos, para beberlo con agua—, extrajo de la caja de un mueble especial, lleno de manuscritos, un montón de cuartillas y se dispuso a leer uno de sus trabajos inéditos.

Salvadorito estaba encantado; no salía de su asombro; decididamente aquel hombre le iba ganando toda su simpatía.

Una voz protestó: Aquello era una encerrona. ¡No había derecho!

Entonces don Gabriel, con su imperturbable ironía, y retirando un vaso de los servidos, lanzó la terrible sentencia:

—El que no escucha, no bebe.

Y el rebelde se sometió...

Don Gabriel disponía de un organismo excepcional. Podía leer horas enteras sin demostrar el menor cansancio. Diríase que ni el alcohol ni el tiempo le rendían, que con el no pudieran ni el sol ni las horas. Para evitar al primero había clausurado la habitación y, ahora, como se escuchara próxima la campana de un reloj, acudió veloz a detener su marcha, como si con ello fuera a ignorar la del tiempo y como si deseara continuar eternamente bebiendo y leyendo sin otras preocupaciones.

Dos o tres veces su señora, la dueña de casa —una santa indudablemente, una de esas grandes y nobles mujeres criollas, mártires y reinas de su hogar— entreabrió suavemente la puerta del despacho, llamándole con señas o en voz casi imperceptible. El escritor se levantaba, iba hacia el interior de la casa y volvía sin inmutarse a continuar la lectura.

Por fin los oyentes fueron rindiéndose. Unos al alcohol, borrachos completamente; otros a la fatiga irresistible. Sólo Salvadorito, que era también, y a pesar de su extremada juventud, de muy fuerte contextura, y el gringo Campanelli —el papa Campanelli, como le decían ya todos, repitiendo una de las bromas de don Gabriel—,

capaz de morir de pie antes de declararse vencido, y otro escritor ya de alguna edad, pero sin renombre, escuchaban aún las últimas páginas del manuscrito interminable. Al concluir éste, y después de los elogios del caso, el escritor sin renombre se aventuró a decir:

—Yo tengo también inédito un trabajo de alguna extensión. Podríamos leerlo un día de esos...

Don Gabriel saltó de su asiento y, arrojando al aire una de sus desorientadoras, atronadoras, hirientes y formidables carcajadas, exclamó:

—¡Ca, hombre! ¡Usted a mí no me lee nada!

El pobre colega pareció desmayarse ante esta salida feroz de don Gabriel; pero, contagiado por la risa irresistible de éste, tuvo forzosamente que imitarle.

La ironía de don Gabriel había llegado a su colmo.

* * *

Antes de despedirse Salvadorito sostuvo con don Gabriel un diálogo sabroso.

Desde que se inició el conocimiento de ambos el escritor había tuteado cariñosamente a Salvadorito. Esta era una de las costumbres usadas para con algunos de los jóvenes a quienes le presentaban y signo de simpatía inequívoco en él.

—¿Qué haces, qué piensas para el porvenir?

—Fundar un diario socialista —contestó Salvadorito con una naturalidad que llamó la atención del escritor.

—¡Bravo! Eso es empezar por donde otros acaban.

Campanelli se puso al paño, y Salvadorito, moleestado ligeramente por aquella salida, habló entonces, haciendo a un lado toda modestia, de sus ensayos en *La Lucha* así como de su labor en casi todos los periódicos obreros y de «vanguardia»

Don Gabriel, con su bondad ingénita, no tuvo inconveniente en reconocer el esfuerzo y los méritos del muchacho para aspirar con derecho a la dirección del diario y prosiguió:

—¿Tienes ya título?

—*El Trabajo* —dijo, sin titubear, Salvadorito.

—Y... ¿el capital? ¿Has pensado? —continuó don Gabriel, como completando un pensamiento y recalando con esa especial intención que parecía no faltar nunca en sus palabras.

Salvadorito, poniéndose a tono, insinuó:

—Contra él iremos...

Campanelli intervino candorosamente:

—El capital se encontrará, don Gabriel.

—Bien, bien; a buscarlo, pues, que falta nos hace a todos...

Y Salvadorito:

—En serio, necesito de su colaboración. ¿Me la promete usted?

—En absoluto.

—¿Palabra?

—¡Palabra... de compañero! —exclamó entusiasmado don Gabriel.

Y quedando en verse con frecuencia se estrecharon las manos en señal de pacto perdurable.

Momentos después Salvadorito y el gringo Campanelli, apoyándose mutuamente, marchaban por las calles de Belgrano en dirección al centro de la ciudad.

XI

UN BUEN NEGOCIO

Cómo llegó Salvadorito a su casa, cómo penetró en su alcoba, a qué hora se acostó, qué pasos vergonzosos, ridículos o pintorescos dio antes de meterse en cama, era misterio que el muchacho no se atrevía a averiguar cuando, al caer la tarde, despertó con un mal sabor de boca, una sed agudísima y un dolor espantoso de cabeza.

Sentía en el cerebro una sensación rara, algo vago, algo así como el eco de un zumbido que le hubiera atormentado durante mucho tiempo, durante toda una noche lejana, indefinida y para siempre impenetrable.

No se atrevía a llamar, suponiendo, fundadamente, que tendría que vérselas con la madre. Sentía remordimiento profundo y se imaginaba que todos en la casa estarían al tanto de su conducta bochornosa.

Lo más terrible era que no recordaba los últimos instantes de su embriaguez. Después de las escenas narradas en casa del escritor, lo único que conservaba, aunque confusamente, en su memoria, era la figura del gringo Campanelli, sentado frente a frente de él, en una

casa, indudablemente una taberna o burdel, dándole consejos paternales, con la cara encendida, donde se reflejaba exactamente el color propio del vino rojo que, sin duda alguna, habían bebido por litros. Después, nada, nada. Había una laguna, un vacío horrible e insondable entre aquella conversación y el despertar en su casa. Pero, ¿qué habría sucedido? Y otra vez volvía a pensar en la madre.

¿Qué sabría? ¿Qué imaginaría? ¿Qué habría visto en realidad? ¡Oh dolor; oh, angustia; oh, vergüenza!

¿Y el dinero? —pensó de pronto. El dinero, adquirido en forma tan extravagante, el dinero anhelado con el que soñó salvar la situación afligente de su casa, ¿lo conservaría aún? ¿Y dónde? ¿Qué era de su dinero?

Se incorporó en la cama y contempló su cuerpo desnudo. No recordaba haberse despojado de la ropa. Pero la ropa estaba allí, pendiente de las perchas, en la misma forma que él acostumbraba a dejarla. No veía el cuello ni la corbata. En cuanto al sombrero, sí, advertía su ausencia. ¿Habría llegado sin él?

Se arrojó del lecho. Registró los bolsillos de su ropa y —¡oh, alegría!— el dinero, todo su dinero, billete a billete, la ganancia fabulosa para él en aquella noche inolvidable, el tesoro milagroso, los mil pesos salvadores, estaban allí, intactos, en papeles nuevecitos, emblemas relucientes de felicidad.

Como era imaginativo y violento, reaccionaba en seguida, cambiando fácilmente de estado de ánimo, pagando de la depresión, casi absoluta, al impulso decisivo que lo empujaba a la acción.

Decididamente llamaría a la madre, le explicaría lo inexplicable y ella sabría perdonarlo.

Pero la gran mujer vigilaba atenta, y, antes de que él tuviera tiempo de poner en ejecución sus ideas, ella apareció en la alcoba.

* * *

Salvadorito frente a la madre, frente a la madre buena, frente a la gran mujer amparadora y augusta, volvió a mentir. Ella nada preguntaba, nada exigía; de su labio no brotaba ningún reproche: sólo quería, vehemente, que aquel hijo le prometiera, le jurara por su cariño, que no volvería a dejarse arrastrar por aquella locura que lo acababa de conducir hasta sus puertas en un estado tan lamentable y doloroso.

Al cerebro del muchacho acudió entonces el pensamiento engañador. Volvía a perderlo su imaginación y su natural bondad.

—Fue la alegría, madre; por ti... Te prometí la salvación, ¿recuerdas? Y la salvación ha venido a casa conmigo: ¡Mira, mira! — agregó enseñando, como un triunfador glorioso, los billetes rutilantes.

Claro estaba que aquello era el producto del negocio de que le hablara antes de salir. El negocio se había realizado y él, para festejar el nuevo éxito de su vida, bebió inconscientemente y en forma excesiva. Después...

—Después —dijo la madre con amargura infinita y cortándole el relato—; después habrás cruzado las calles de la ciudad con las ropas desgarradas, sin cuello y sin sombrero...

Salvadorito guardó silencio. Las desgarraduras que la madre le enseñó, ya reparadas por sus manos, no se las explicaba; en cuanto a la desaparición del cuello podía atribuirse al calor sofocante de la noche; ahora, respecto al sombrero, pensó, ya muy en serio y con

sobrada razón, que nada tenía de raro haberlo perdido en el preciso instante en que perdió la cabeza...

—¿Pero tú no sabes que un desconocido, en estado casi tan... alegre como el tuyo, es quién te ha traído a esta casa?

—¿Un desconocido?

—Sí, un italiano que decía...

—¡Basta! —exclamó Salvadorito, finalizando el discurso materno. Ya sé: ¡El gringo Campanelli!

Precisamente: el gringo Campanelli era la persona de quien le bahía hablado; ésa que le había hecho realizar el productivo y salvador negocio. ¡El gringo Campanelli! Es decir: un mago que fuera a la vez un santo; el hombre más bueno del mundo...

A partir del gran engaño la madre creyó a pie juntillas todo cuanto le dijera Salvadorito, y comenzaron a vivirse en aquel hogar días hermosos y bonancibles.

XII

LA PENDENCIA

Lo primero que deseó ese día, cuando dejó a la madre, fue ver a Campanelli. Necesitaba hablar con él, agradecerle su acción y averiguar por su boca la verdad de lo ocurrido durante el final de aquella noche extraordinaria.

Inútilmente le buscó por los sitios a que concurría con asiduidad. Ni el poeta, ni Mimí, ni Lola la Marquesita, ni ninguno de los amigos

y contertulios diarios le había visto. Por la noche le esperó en el «Café Cosmopolita», donde, a última hora, acostumbraba invariablemente, a recalar. Por fin llegó Campanelli. Y llegó rozagante, lleno de optimismo, desbordando alegría y vida por todos los poros de su organismo excepcional. Indudablemente aquel hombre era una energía poderosa, una fuerza concentrada de la naturaleza. Simultáneamente con su arribada al café, comenzaron a descorcharse botellas. Un gesto le bastó a Salvadorito para darse cuenta de que aquél no era sitio ni momento a propósito para hablar de lo que a él le preocupara y calló al respecto. En realidad su ánimo no estaba para fiestas. Tenía conciencia de que había empezado a resbalar en una pendiente peligrosa y el engaño a la madre le remordía en lo más hondo del espíritu. Pero era demasiado ambiente aquel para resistirse a su contagio y pocas copas fueron suficientes para torcer el curso de sus ideas. Volvió, pues, a beber en forma desmedida. Ya un poco chispa tuvo un altercado con uno de los concurrentes, y sin que nadie pudiera preverlo y mucho menos evitarlo, empezaron a cruzar por el aire copas, vasos y botellas manejados como proyectiles por los contendientes que en sus furiosas acometidas derribaban todas las sillas y mesas circundantes. Aunque contusionado Salvadorito no sacó, al parecer, la peor parte en la refriega; pero cuando ésta terminó, debido a la intervención de amigos, concurrentes y guardias del orden público que acudieron al estrépito de la lucha, pudo verse a los dos gladiadores de café manando sangre. En realidad estaban heridos los dos, y Lola la Marquesita sostenía airadamente que el cobarde adversario de Salvadorito le había agredido con un cuchillo; cuchillo que ella, con la habilidad y la experiencia adquiridas en este género de incidencias, buscaba entre las ropas de aquel mientras los guardias le sujetaban. Efectivamente, y a poco de hurgar, la intrépida muchacha descubrió

el arma escondida entre los pliegues de una manga y a no contenerla a tiempo es ella quien apuñala al miserable en venganza de su acción.

El poeta, Campanelli, Lola la Marquesita, Mimí y todos los demás amigos presentes, acompañaron a Salvadorito hasta la Asistencia Pública, donde le fue curado el tajo dado con poca gallardía por su avieso enemigo. El tajo era en la muñeca izquierda y tenía alguna extensión. Hubo que darle once puntos de sutura que él resistió con bastante entereza pensando en la nueva situación que se creaba ante la madre y maquinando piadosamente una nueva mentira para evitarle la vergonzosa y deplorable verdad. ¡Vaya conflicto! Y su mayor gravedad estaba en la intervención tomada en él por la autoridad policíaca, decidida como nunca a poner coto a los alborotadores nocturnos y pendencieros de café, entre los que desde ese infausto suceso debía contarse sin remedio. ¿Qué hacer?

Por lo pronto, ya curados de primera intención los heridos —el adversario de Salvadorito tenía la frente partida de un botellazo feroz y también había sido sometido al martirio de la sutura, soportada, para no ser menos, con igual ánimo fuerte que el de su contrincante—, debían trasladarse todos, peleadores y testigos, a la comisaría seccional, donde se iniciaría el correspondiente atestado o sumario y donde quedarían seguramente recluidos los pendencieros.

El poeta aseguraba que él solucionaría aquel asunto. Confiaba en la influencia de su nombre para obtener una aplicación tolerante de las ordenanzas y, en consecuencia, la consiguiente e inmediata libertad.

Con esta idea optimista llegaron al antro policíaco donde tuvieron la más desagradable decepción.

Después de un laborioso expedienteo, reunidas las declaraciones de actores y testigos, se determinó elevar la causa al juez de turno llamado a dictaminar sobre la pendencia.

Esto era precisamente lo que quería evitarse: la intervención del juez; y en este sentido tomó el poeta cartas en el asunto, pero con resultado absolutamente negativo.

Lentas, desesperantes, comenzaron a desfilar las horas; los heridos languidecían de sueño y de cansancio en los bancos; los testigos y acompañantes determinaron partir; Lola la Marquesita, acompañada de Mimí salió a instancias de Salvadorito; sólo quedaron con éste el poeta y Campanelli, quienes, allá con el sol alto y ante su propia impotencia, tuvieron un pensamiento luminoso: ir a casa de don Gabriel con la pretensión de que el escritor, válido de su alta posición periodística, buscara la forma de torcer la voluntad policíaca.

A Salvadorito le preocupaba principalmente la tranquilidad de la madre, no aceptando la idea de que pudiera enterarse de su situación. Por eso aquel trámite judicial con que le amenazaban y que, sin duda posible, demoraría por mucho tiempo su libertad originábale una nerviosidad alarmante.

Cuando los amigos íntimos le abandonaron y quedó solo con sus pensamientos, dióse a cavilar en la manera de evadirse de la prisión, en busca del descanso y de la presencia de la madre a quien no quería ni imaginarse siquiera enterada de lo sucedido.

Su indignación con las autoridades que le retenían llegó al colmo cuando supuso que a causa de ellas la gran mujer iba a recibir un nuevo dolor. Pensando en evitarlo maquinó otra superchería. Cuando volvieran los amigos fraguaría por intermedio de ellos un

telegrama, despachado desde un punto próximo a la ciudad, donde le obligaran a partir los asuntos comerciales que le preocupaban...

No veía otro recurso inmediato a mano, factible de alcanzar la tranquilidad del hogar, aunque sólo fuera por horas, es decir, para ganar el tiempo indispensable a elegir otros caminos.

XIII

EN EL ANTRO POLICÍACO

Lo que se conoce por una comisaría en Buenos Aires es —o era en aquella época— algo tan absurdo cuanto pintoresco y cruel. Especialmente a altas horas de la noche el cuadro se tornaba macabramente sombrío. Vetustos caserones, habilitados al efecto, formaban el marco en que se encuadraba la inquietante tela. Borrachos, prostitutas, ladrones y patoteros, es decir, camorristas por afición, provocadores por placer, amigos de pendencia en malón, valientes en pandilla, capaces de todos los abusos y excesos colectivos, sin noción alguna al respeto individual, constituían la parte resaltante de su numerosa clientela.

Miserables e infelices seres caídos en lo más espeso del barro social, maculados con todas las lacras físicas y morales, restos corrompidos de feminidad, abandonados en las riberas de la urbe por la marea humana, desfilaban por las oficinas sórdidas, en son de protesta siempre contra su destino trágico, junto a los que una educación lamentable, o, mejor dicho, una falta total de educación, hizo estériles para todo trabajo, para toda tarea productiva, arrojándolos al pozo sin fondo de la negra deshonra, donde se cae

eternamente porque nada ni nadie puede detener el descenso una vez comenzado; y, confundidos con ellos, en el triste momento de la detención, los terribles azotes de la gran ciudad argentina, los valentones sin freno, que haciendo en las horas nocturnas tabla rasa de todos los valores, la afrentaban, castigando en sus calles a las mujeres, hiriendo a los hombres validos del mayor número y acometiéndolos en cuadrilla como dicen que era costumbre en las tribus bárbaras con los indefensos pobladores de la Pampa cuando los malones célebres. La indiada llamábanle al conjunto de patoteros y a fe que la denominación les cuadraba. Ellos mismos se enorgullecían de ser indios, es decir, salvajes, palabra que se aplicaban, claro está, en un concepto que quería ser irónicamente ditirámico, como si sus actos brutales les distinguieran excelsamente, apartándoles de la masa infeliz, del conglomerado híbrido y resignado a la vida, sin emociones violentas, llena de placidez y mansedumbre, como la de esos ríos sin rocas ni otros obstáculos perturbadores de sus corrientes.

Estos eran los elementos con que habitualmente se llenaban los caserones donde estaban instaladas las comisarías seccionales de la capital argentina, fuera, como es natural, de las verdaderas víctimas, de los perseguidos sociales, obreros o infelices sin defensa, caídos en las redadas diurnas y nocturnas a que tan apegadas han sido en todas las épocas nuestras autoridades.

En montón procedía la indiada, pero es del caso hacer constar aquí que también la justicia obraba en forma primitiva de persecución contra los grupos, ofendiendo, hiriendo a la colectividad sin reparar en derechos constitucionales escritos para defensa y amparo de la libertad ciudadana.

En las horas de su detención le fue dado observar a Salvadorito curiosas y sugerentes escenas que dejaron impresión indeleble en su espíritu.

Lo que más llamó su atención, despertándole un sentimiento de repulsa, fue la forma tiránica del personal subalterno de la comisaría contra los infelices apresados.

Para el personal todo detenido era un delincuente merecedor del mayor de los desprecios, indigno de toda consideración y cuanto más infeliz más despreciable.

Tal proceder inicuo le sublevaba, sugiriéndole ideas de vindicta social de las que se prometía ser paladín armado un día.

¿Cómo era posible que una sociedad consciente depositara en aquellos funcionarios, groseros y sin escrúpulos, la tranquilidad personal de sus componentes? ¿Quién daba atributos a aquellos trogloditas para disponer a capricho de derechos que deberían ser sagrados?

¡Cuánta tristeza, cuánto dolor en aquel sitio destinado a ser refugio y amparo, convertido por la incultura, el abuso, la cobardía y la crueldad en antro inquisidor, en sala infame de tortura para todo ciudadano en obsequio de cuya tranquilidad fue creada la que debería ser institución benemérita!

Desde el mismo instante en que un detenido pisaba el antro ya era considerado como un delincuente merecedor de los más inicuos tratamientos. ¿Comodidades? ¡Ninguna! Unos bancos miserables en habitaciones lóbregas, donde, por la voluntad del más insignificante funcionario, el más inocente de los habitantes bonaerenses podía ser secuestrado durante horas interminables de angustia; unos guardias,

dignos de sus jefes, tan ignorantes y tan crueles como ellos, con una noción absurda de la superioridad autoritaria radicada en el uniforme y el sable por sus minúsculos cerebros; calabozos de castigo en que se llegaron a cometer verdaderos crímenes, so pretexto de obtener confesiones de acusados siempre más inocentes que sus torturadores; y, por fin, ignominiosos procedimientos, en todos los casos, para la elaboración de los expedientes que debían servir de base a los procesos respectivos; tales eran los encantos de las comisarías seccionales padecidas por la ciudad argentina, cuna de libertades ciudadanas en los albores de la guerra gloriosa de Mayo, independizadora de veinte repúblicas.

Resabio de la *Mazorca* rosista, el innoble instrumento con que la tiranía sembró el espanto en el pueblo, la policía de Buenos Aires, casi a cincuenta años de distancia, llegó también a convertirse en terror de hogares, terror de extranjeros, terror de nativos, terror de inocentes y de culpables a los que, cuando caían en sus manos, confundía en una sola pulpa doliente y sin defensa.

Pudo Salvadorito apreciar este enorme mal, en toda su magnitud, porque fueron muchas las ocasiones de observación que su vida juvenil de disipación y de escándalo, iniciada tan brillantemente en esa noche memorable, le deparara.

Esa experiencia dolorosa dióle motivos sobrados para formarse una opinión, personal y definitiva, respecto a los vicios y deficiencias de un poder como el policíaco, legislado fuera de la Constitución de la república, y que resulta irresponsable de sus abusos ante el ciudadano infeliz.

* * *

Siguieron deslizándose las horas de aquella mañana interminable sin que apareciera por ningún lado la solución anhelada. La intranquilidad de Salvadorito acrecía por minutos, pues todos los detalles que le rodeaban dábanle a comprender la inquebrantabilidad de la decisión policíaca: elevar el asunto al juez correspondiente, dándole una trascendencia inusitada.

Cuando iba agotándose su paciencia apareció el gringo Campanelli con una noticia consoladora: Don Gabriel había prometido tomar inmediatamente cartas en la cuestión, haciendo pesar su poderosa influencia en favor da Salvadorito.

Entre tanto éste, valiéndose de la no desmentida buena voluntad del gringo, buscó una fórmula ingeniosa para evitarle a la madre el enorme disgusto que tendría al enterarse de aquella detención.

Volvió a mentir con la complicidad esta vez de aquel hombre providencial en su vida; la madre fue engañada de nuevo, él quedó libre de dolor momentáneo y en condiciones de seguir sosteniendo una situación falsa y vergonzosa, si se analizaba estultamente, pero cómoda al fin y que le facilitaba la continuación de una vida singular de desorden y desorbitamiento en que su naturaleza, vibrante y excesiva siempre, parecía penetrar con complacencia peligrosa.

A los tres días de detención, y gracias a la influencia de don Gabriel, el juez, que por fin intervino en la causa como se lo propuso la autoridad policíaca, dictaba un auto de libertad condicional a favor de Salvadorito.

Éste, molido por las incidencias y traqueteos sufridos, para descansar a sus anchas, atender y ocultar su herida a los ojos maternos, determinó prolongar su estadía en el sitio inventado por su fantasía para la realización de sus peregrinas negociaciones en

cereales y se trasladó muy orondo a la casa de Lola la Marquesita, en cuya compañía adorable hacíanse veloces todas las horas.

XIV

LA SOMBRA PROTECTORA

Una noche, en pleno jolgorio, cuando el bullicio adquiría su nota máxima en el «Café Cosmopolita», cuartel general de la tertulia bohemia, al dirigir la mirada hacia una de las puertas de entrada, el corazón le dio un vuelco. ¿Motivo? La figura alta y severa del viejo tío Melchor que con gesto inquisitorial avanzaba oteando sobre las mesas como buscando algo que estuviera seguro de encontrar allí. Como movido por un resorte Salvadorito saltó de su asiento y, en cuatro brincos de gato, estuvo al lado del tío.

—No estamos en el Arsenal —arguyo, parsimonioso pero con acento firme, el viejo—. Este no es sitio de honor, Salvadorito. Vengo nuevamente a buscarte en nombre de tu madre, pero supongo que esta vez no me obligarás a permanecer a tu lado.

El muchacho, rojo de vergüenza, sin volver el rostro hacia el sitio en que dejara a la bulliciosa turba amiga, en silencio, como un delincuente sorprendido in fraganti, salió del café acompañado por la venerable figura.

Lola la Marquesita que, llena de curiosidad y asombro, había seguido los movimientos de Salvadorito, encaminóse, alarmada hacia la puerta.

En momentos que la pareja trasponía el umbral de la calle, alguien que oyera la palabra del tío Melchor le dijo, entre serio e irónico:

—¡Raspa a la fija! Es el padre que viene a buscarlo... ¡Macanudo el viejo, ché!

Lola le miró enigmática, y, sin mover los labios, como conmovida interiormente por la singular entrevista, cayó en meditación y, cabizbaja, volvió a ocupar su sitio en el salón bullicioso.

Media hora después de esta escena Salvadorito comparecía ante la madre.

XV

RECONVENCIÓN MATERNA

Nunca la voz de la gran mujer había sonado en sus oídos con timbre tan enérgico, tan decidido, tan convincente y, al mismo tiempo, tan dolorido y profundo.

—Me has engañado, engañándote a ti mismo. Tu actitud es indigna de ti. Te ha faltado hasta el valor de tu gesto. No has tenido noción de la responsabilidad en que incurrías. Es inútil que te defiendas. Sé, me consta, que el dinero, con que satisfaces las necesidades de esta casa, lo has adquirido en las carpetas de juego donde transcurren las mejores horas de tu vida. Pues bien, entiéndelo de una vez y para siempre: Yo no quiero ese dinero porque me quema las manos. Y antes de volver a comer con ganancias tan vergonzosas me dejaré morir de hambre.

Hubo un silencio espiritualmente trágico. Salvadorito sufría a causa del dolor originado por su culpa en el corazón de la madre; pero no porque él creyera, verdaderamente, desde el punto de vista moral, en la gravedad de sus acciones. No eran éstas muy satisfactorias, naturalmente, pero de eso a las proporciones que ella les daba, había un gran trecho.

—Considero exagerada tu opinión —se atrevió a insinuar Salvadorito.

Y la madre:

—¡Vives en brazos de una perdida; obtienes en las mesas de juego el dinero que te hace falta; alternas con borrachos y quién sabe qué otra clase ruin de compañeros; te envileces, por instantes, en medios corrompidos y aun te permites decir que exagero al calificar de indigna tu actitud y al resistirme a aceptar el beneficio de tus trapisondas.

Dada la violencia de su temperamento únicamente a su madre podía tolerar Salvadorito acusaciones tan contundentes y dichas en tono tan airado, sin que su rebeldía apareciera en la peor forma.

Sin embargo hubo un momento en que ya no pudo contenerse y estalló, aunque con el freno siempre de su intenso cariño.

—Sé que tienes razón. Yo también la tengo. Te he engañado, sí; pero porque te conozco y sabía que sólo así podríamos salvarnos. ¿Qué he jugado? ¡Y bien! He jugado y he ganado. Antes jugué al trabajo y perdí. Si el bienestar lo ha de traer siempre el dinero es igual adquirirlo en la bolsa comercial, jugando al alza de valores, o acertando un número de lotería oficial o de ruleta nocturna. ¿Qué más da?

La madre, carácter reflexivo y sutil, al fin, recogió hábilmente el argumento del hijo para emplearlo en favor de su tesis.

—Sí, da más —dijo reafirmandose en su razonamiento—, porque en la ruleta pierdes miserablemente el tiempo y la dignidad; sí, da más, porque no es lo mismo entregarse a un vicio, dilapidando la vida, que, por distracción, sin consecuencias desastrosas, jugar con inocencia un billete.

—Por distracción y por si cae algo en la bolsa, madre; y con la misma inocencia con que se colocan fichas en un tapete... ¿Para qué engañarnos a sabiendas? El que juega lo hace poniendo el pensamiento en la finalidad de la ganancia. De otra manera el lance resultaría siempre estúpido.

—¡De acuerdo! Será por eso que yo no he jugado nunca...

—Pero, en cambio, has dado vida a un jugador maravilloso —terminó Salvadorito, aprovechando la coyuntura amable que se le presentaba, acariciando y venciendo a la madre con la chuscada salvadora.

Y, haciendo formal promesa de no volver a tentar a la suerte, comprometiéndose a entregarse de nuevo a la labor dignificante.

De los brazos de la perdida no hizo mención, comprendiendo que lo mejor era no tocar, ante la madre, asunto tan escabroso.

QUINTA PARTE

VIDA LITERARIA

I

AMÉRICO DORIN O LA NUEVA ESCUELA

Por aquella época acababa de llegar a Buenos Aires un poeta extraordinario, artífice de la palabra, llamado a conmover al mundo de habla española —su habla— con una nueva sensibilidad revelada en sus cantos y prosas admirables.

Poeta, el poeta por antonomasia, era Américo Dorin un producto extraño de la tierra del trópico. Allí nació y allí, como bendito don, recibió el de expresar sentires y pensares en formas sutiles y quintaesenciadas.

Surgió a la vida del arte en la tradición de su raza, a la sombra de clásicos y románticos. Extrajo de ellos, asió en sus almas, como un químico zumos y perfumes de flores y de frutos, la parte más íntima y más pura, destilándola en el alambique prodigioso de su cerebro.

En su infancia literaria hizo rimas a la manera de Bécquer, décimas a la de Núñez de Arce, doloras y poemas a la de Campoamor y Zorrilla, pero imprimiéndoles a todos sus versos un espíritu propio, inconfundible y augurador.

Pocas veces, en la historia del arte, se ha dado un caso tan definitivo de vocación verdadera, de entregamiento místico, tan absoluto, a la misión traída.

Maravilló en la adolescencia, produjo asombro en la juventud y, en plena fuerza creadora, cuando arribara a la gran urbe, iba armado de todas armas, dispuesto a reñir el gran combate, coronamiento de su triunfo, en la peregrinación emprendida, siendo aún niño, a través de un continente.

Quiso, y lo logró, valiéndose de la influencia francesa, dar a su idioma una ductilidad, una riqueza de colorido y expresión única; como antaño, con los maestros españoles del siglo de oro y de la época romántica, destiló en sus filtros mágicos las nuevas esencias, parnasianas, modernistas, simbolistas y otros istas de los más variados matices, toda la floresta de Hugo diseminada en jardines cultivados por sus descendientes; y hoy fue Gautier y Banville; mañana Baudelaire y Mendés; y a cada instante Samain, Huysmans, Francis Jammes, Bloy, Lautreamont, Hello, *el loco*, los demás malditos, y antes, en y después, y, sobre todos, Verlaine, a quien adoraba, colocándolo sobre su cabeza como el magnífico y supremo músico de la palabra habido en todos los tiempos:

De la musique avant toute chose...

Deslumbró a la juventud argentina; despertó entusiasmos rayanos en el delirio; provocó el insulto de los necios, la envidia de los impotentes, el graznido de las ocas y aves corraleras y hasta el bufido del eunuco como él mismo decía impulsado por su indignación de combatiente.

Salvadorito, que se sentía un revolucionario social, simpatizó con aquel otro revolucionario que, como él, normas estatuidas en la

colmena humana, venía a romper moldes artísticos considerados intangibles y eternos por la tradición.

La juventud le rodeó y con ella algunos escritores hechos, espíritus amplios y comprensivos, entre los que se encontraba el propio don Gabriel, el amigo de Salvadorito, con quienes intimó en breve el poeta.

Como a un conjuro brotaron iniciativas literarias, entre ellas la fundación de una revista, pero sin virtud suficiente para torcer el propósito de Salvadorito de lanzar el diario socialista, idea fija en su cerebro en forma inarrancable.

El poeta aceptaba la propaganda social y miraba con complacencia el espíritu combativo del joven propagandista, aunque sin querer participar en su acción. Para él todo cuanto no tuviera relación directa e inmediata con el arte literario, con su arte literario y con su sensualidad, carecía de interés.

Porque el poeta, es necesario decirlo, poseía un formidable temperamento que le forzaba a vivir vibrando en el estremecimiento permanente de todos sus sentidos, a los que para completar la voluntad de la naturaleza exacerbaba con rudos excitantes. Siguiendo el precepto baudeleriano se embriagaba de belleza, de color, de música, de ritmo y rima y, también, de carne femenina y de alcohol. Una noche, en el colmo de su desorbitamiento delirante, llegó a exclamar sintetizando, en fórmula absoluta, el fuego que le devoraba: ¡La lira y el sexo! Y, sobre todo lo demás, el arte... — terminó parodiando la estrofa celeberrima.

Esta fe, esta pasión que le arrastraba, haciéndole vivir en plena fiebre productora, en plena creación, en pleno vértigo incontenible y triunfal, conquistándole el aplauso, la simpatía y la adhesión de un

grupo importante de discípulos y hombres de letras, influenciados, contagiados por su luz.

El Buenos Aires literario de entonces presentaba el aspecto de las cosas en embrión. Manifestaciones aisladas de algunas fuertes individualidades, que, por fuertes, subsistían, era lo que podía apreciarse a primera vista en su ambiente. En los grandes órganos de publicidad, en los periódicos de verdadera influencia en el pueblo, privaba la literatura política salpicada a grandes intervalos con notas poéticas y de crónica y crítica de arte puro, dadas con carácter excepcional y como en obsequio o concesión a las relevantes firmas que las amparaban.

Los jóvenes, tocados en la frente por el rayo divino del arte, luchaban con la inercia, la incompreensión y aun la repulsa de un ambiente sordo y ciego a toda manifestación de idealidad.

Apenas grupos pequeños de audaces y de esforzados daban las primeras señales de un movimiento que, andando el tiempo, debía de cuajar en las indiscutibles realidades presentes.

Este era el medio en el que, como un bólido, había caído el poeta de las rimas y ritmos nuevos, el bardo de los matices deslumbradores y valientes, orfebre, sin par, de joyas espirituales, engarzadas con las más preciosas piedras de la lírica.

II

LOS PAJAROS BOHEMIOS

Como puede comprenderse no era este un medio favorable para la prosperidad de los jóvenes escritores. La vida bohemia se imponía, no sólo por satisfacer las propias inclinaciones, sino por necesidad material. Se vivía peregrinamente, echando mano de toda clase de expedientes e ingeniándose hasta obtener lo indispensable para subsistir.

Conquistar una colaboración permanente y remunerada con alguna liberalidad en un periódico, constituía una hazaña digna de héroes. La literatura estaba proscripta de las columnas diarias. Y en cuanto a los poetas era absurdo pensar en que sus producciones fueran pagadas en forma monetaria. Los escritores, pues, se sostenían por milagro. Esta era la verdad dolorosa pero incontrastable.

Existía, eso sí, una tradición literaria, señalada por jalones gloriosos: diez nombres de personalidades, altas y vigorosas, puesto que sin tales atributos no era posible persistir y vencer. Los productores alcanzaban consideración social y ello les permitía extender su acción en ambientes extraños al puramente artístico en el que desearían alentar: así Mármol fue político: Andrade, periodista; Gutiérrez, médico (Gutiérrez, que hasta practicando su profesión fue poeta: sólo curaba niños), y Guido, burócrata. Los otros, los que venían a la liza sin más arma que el canto del ruiseñor, aleteaban en la sombra hasta que la fatiga quemaba sus alas brillantes o el hambre sin compasión apagaba en sus gargantas el trino de la gloria.

Como buenos pájaros que eran, algunos lograban a salto de mata subvenir, en las más absurdas formas, a las perentorias exigencias estomacales y continuaban, tesoneros y triunfadores, cantando de rama en rama sin inmutarse. Ni la indiferencia, ni el desprecio, ni la más torva miseria podían doblegarlos o abatirlos. Eran de acero para sostener sus ideales y nada ni nadie les arredraba. Encaramándose sobre el tiempo y el olvido dejaban oír el ritmo de sus liras encantadas, aun al borde de sus propias tumbas, como convencidos de que al apagarse sus sonos no morirían del todo.

Un vaho de idealidad les envolvía de por vida y así, como sonámbulos iluminados, cruzaban por el mundo forjando sueños magníficos.

Unos cuantos espíritus comprensivos, mecenas criollos y modestos, les arrojaban granos de alpiste y algunos cañamones... Unos con el obsequio diario del vaso de cerveza o de whisky; otros con el almuerzo o la cena semanal en el hogar apacible y burgués alborotado, inquietado, temporalmente, por la garrulería pajareril, irrupcionando con estrépito en las bodegas y comedores copiosamente abastecidos; y, por fin, los más espléndidos, con el regalo munífico, el presente extraordinario, el premio excepcional, casi académico, de la edición del libro a expensas de la rica bolsa prócer o tenderil.

Así se vivía, así se iba tirando y también forjándose la obra que podía ser perdurable. En esta forma más de un escritor en pañales llegó a verse en letras de molde gracias a la largueza del amigo generoso y editor improvisado.

III

CAÑAMONES, DROGAS Y POTINGUES...

No entre los Mecenas, que título tan pomposo rechazaríalo su falta de vanidad, pero sí entre los verdaderos apreciadores de aquella juventud, figuraba el doctor Albelo, un gigantón rubio, de ojos claros como su espíritu, risa franca y aspecto ingenuo, a pesar de su corpulencia imponente.

Albelo era médico y empezó a relacionarse entre los escritores de su época, aliviándolos de sus males físicos cuando los padecían, sin exigirles otra retribución que la del afecto amistoso. Detrás de la generalmente feliz intervención profesional, venía, como corolario brillante, la invitación a la mesa y, muchas veces, hasta el auxilio en metálico impuesto por circunstancias fatales. Así llegó a adquirir entre la falange una positiva popularidad y a ser como su providencia.

En la casa del médico se reunía la bandada en las horas tempranas del domingo. La invitación era para el almuerzo que se prolongaba hasta casi puesta la tarde, entre libaciones copiosas,

Américo Dorin era infaltable a estos ágapes.

Gran bebedor y gran comilón, *gourmand* y *gourmet*, todo en una pieza, daba siempre en ellos una nota original. Cocinero a lo Dumas, padre, no solamente intervenía en la confección del menú, sino que preparaba, en persona, platos de su inventiva, entre ellos algunos de condimentación tan complicada como su fantasía y que hubieran importado un verdadero peligro para organismos menos poderosos que los de aquellos bohemios vorazmente devoradores.

El médico era abstemio, pero tragón; comía como el que más de sus comensales, prueba indudable de su capacidad digestiva.

Cuando, pese a sus respetables dimensiones, las calderas estomacales se llenaban, amenazando con el estallido, el anfitrión echaba mano de su ciencia y con su botiquín, bien cargado y permanentemente a su alcance, procedía a la defensa propia y a la de sus invitados administrando sabiamente sus drogas y potingues.

IV

LOS ÁGAPES EN CASA DE ALBETO

Era un maravilloso domingo de primavera aquel en que Américo Dorin, especialmente invitado, debía concurrir por primera vez a estos ágapes. Las doce acababan de dar y, advirtiéndose su ausencia, se determinó ir en su busca.

Sin pérdida de tiempo partieron los emisarios, entre los que se contaba Salvadorito.

Minutos más tarde la alegre comitiva hacía irrupción estrepitosa en la modestísima casa de huéspedes donde mal vivía el poeta.

Este se hallaba entregado dulcemente al sueño. Por los encargados del servicio pudieron enterarse que había llegado muy tarde a dormir, y aunque, cumpliendo sus indicaciones, le despertaran a las diez, aquélla era la hora en que aun no daba señales de resurrección...

— ¡A resucitarle, pues! —dijo una voz.

Y, como obedeciendo a tan imperiosa orden, todos los miembros de la ruidosa comitiva penetraron por asalto en la habitación de Dorin.

Este se irguió en la cama como despertando ante una visión de pesadilla. Al reconocerles recordó simultáneamente la invitación al almuerzo y con palabras entrecortadas, propias de quien aún permanece con parte de su ser en las etéreas regiones, trató de disculparse por su tardanza en acudir a la cita.

—¿Qué hora es? —interrogó temeroso.

—¡La de levantarse sin hacer objeciones! —le contestaron.

Y el más íntimo de los amigos le obligó casi a viva fuerza a abandonar el lecho.

Mientras el poeta se vestía, Salvadorito observaba la habitación.

Muebles miserables y escasos la ocupaban. Pensó entonces en la tristeza que de ellos se desprendía, aunque amortiguada por la nota vibrante de las cubiertas multicolores de los libros modernos sembrados por doquiera. Libros y revistas. Libros y revistas por todas partes, sobre todas las cosas, en el suelo mismo, como brotando de las viejas maderas, de las sucias paredes, confundiéndose con ropas, trebejos y utensilios, pero dominando siempre su nota pintoresca como si ellos constituyeran la parte esencial de aquella estancia.

Sobre el lecho, como acabados de hojear, un volumen de Verlaine y últimos números de revistas francesas: un *Mercure* y una *Revue blanche*.

El poeta se aseó en silencio; parecía cohibido o molestado por el atropello amistoso de que era víctima; su actitud extraña, mezcla de

timidez y hosquedad, hubiera desconcertado a otros seres menos desaprensivos que aquellos bohemios admirables.

Cuando hubo dado término a su tocado encamináronse todos hacia la calle y ya en ella, invitó a sus amigos a beber una copa, el obligado aperitivo bonaerense, antes de presentarse en casa del médico.

Con los primeros tragos de alcohol ingerido, el poeta empezó a transformarse. Diríase que su cuerpo necesitaba imperiosamente de la droga para reintegrarse a su personalidad. Habló demostrando verdadero regocijo por todo cuanto ocurría. El resto de contrariedad o asombro advertido momentos antes fue desapareciendo de su rostro como al conjuro de una llama inspiradora y la adustez trocóse en sonrisa primero para terminar en risa nerviosa, espontánea y contagiante después.

Con el último trago del tercer aperitivo emprendieron viaje a casa del médico, donde llegaron en triunfo cuando el incomparable puchero a la criolla humeaba a punto y apetitoso.

V

LA HUELLA DE ECHEVERRÍA O EL SOCIALISMO CRIOLLO

Fue precisamente durante aquel almuerzo que cuajó, puede decirse, la idea de Salvadorito de fundar en Buenos Aires un diario socialista. A instancias del anfitrión todos los asistentes se comprometieron a colaborar en el nuevo órgano y el propio Américo

Dorin, que abominaba de la política, ofreció un artículo semanal sobre los movimientos literarios de vanguardia. Salvadorito no cabía en sí de satisfacción. Aquel apoyo, aunado al ofrecido por don Gabriel, era, para él, decisivo ¿Cómo podía, ahora, dudar de su éxito? Sí, él fundaría el diario por encima de todo. ¿Con qué otras fuerzas contaba en realidad? Ni él mismo lo sabía; pero, ¿quién podría ahora detenerlo en su ruta? Inmediatamente, el día próximo quizá, se dijo, pondríase en campaña con el fin de obtener los elementos materiales imprescindibles para una empresa de tal índole: la imprenta y un poco de dinero destinado a la instalación de oficinas.

Uno de los comensales, joven, pero ya conocido periodista, hubo de hacerle una observación considerada por algunos muy digna de tomarse en cuenta. Él no dudaba del naciente predicamento de Salvadorito entre las filas populares, y, especialmente, obreras; pero indudablemente la idea en cuestión necesitaba para prosperar, en forma adecuada, del concurso político del Partido Socialista; una ayuda moral siquiera, algo que significara para el futuro órgano una sanción oficial.

Salvadorito meditó y dijo;

—Veré a los prohombres del naciente Partido. Y si ellos me secundan, mejor. Pero tengo formadas mis ideas al respecto y con ellos o sin ellos haré el diario. Y lo haré sin compromisos morales ni materiales de ninguna especie, porque creo que el periodismo debe desarrollarse sin tutelas, en plena libertad, y la palabra oficial sonaría aquí a dependencia, a atadura, a cosa prohibida, favorecida y, por lo tanto, esclava. Quiero ir al pueblo por la vía más directa, prescindiendo de delegaciones y personajes, interpretadores políticos, parcialmente interesados o sectarios; eco de su conciencia,

ambiciono ser el pueblo mismo. Sé de sus necesidades, sé de sus dolores sé de sus derrotas y de sus impotencias; pero sé también de sus virtudes, de sus energías; de sus idealidades y de sus convicciones y esperanzas. No quiero hablar a mi pueblo en nombre de una idea extraña que no puede concebir ni entender: y porque creo con Echeverría que los principios son estériles si no se plantan en el terreno de la realidad, si no se arraigan en ella, si no se infunden, por decirlo así, en las venas del cuerpo social, quiero contribuir a su engrandecimiento, laborar por su progreso, trabajando con el barro a mano, puesto que ser grande en política no es sólo estar con el pensamiento a la altura de la civilización del mundo, sino con los hechos a la altura de las necesidades del país en que se acciona.

Y como transfigurado por la evocación de aquellas frases reveladoras, continuó Salvadorito explayando su programa político y social, base de la propaganda del futuro paladín en la prensa.

Él entendía entonces que lograda la libertad política, debía iniciarse una nueva era correspondiente al período industrial en gestación. En el horizonte del país acababa de revelarse otra conciencia: la del productor. El proletariado, como clase social, reclamaba el órgano que se hiciese eco de sus necesidades y dolores, y él, convencido de haber penetrado en el espíritu de ese conglomerado, encontrábase en condiciones de ofrecérsele como el más decidido y desinteresado de sus voceros.

Todos festejaron la determinación de Salvadorito, reconociendo las ventajas de un periódico impregnado de savia juvenil, con la misión de reflejar en sus páginas los anhelos de las clases pobres y laboriosas, llamadas a grandes destinos en tierras tan fecundas, si en su noche aparecían luces verdaderamente orientadoras.

Poco tiempo más se sostuvo la conversación en tan altas zonas espirituales, porque el ambiente era de alegría y a mitad de condumio Américo Dorin se comprometió a preparar otro plato de su invención —una tortilla de claveles blancos, los mismos que servían de adorno en la mesa—, y acompañado por la mitad de los comensales, especialmente de los más jóvenes, trasladóse a la cocina junto con el ramo de flores destinadas a la sartén por su fantasía sin límites.

Desde aquel momento la fiesta adquirió una animación extraordinaria.

La curiosidad por conocer el manjar «digno de los bohemios y de los dioses», como decía pedantescamente uno de los más alborotadores de los comensales, puso a todos en movimiento.

Los mensajeros iban a la cocina y regresaban al comedor dando detalles peregrinos sobre el proceso culinario de la tortilla. Alguien envió claveles rojos para que se agregaran a los blancos, pero fueron devueltos por el poeta cocinero. Los claveles rojos, por motivos que Dorin explicó detenidamente, no eran aptos para el caso. Además, el pigmento que los caracterizaba dábales una dureza que los hacía incomedibles sin antes someterlos a una cocción o zancocho para lo cual escaseaban las horas.

Sosteniendo la tesis adversa alguien pretendió comerlos crudos y en ensalada, pero tuvo que desistir de su empeño. Llegó la tortilla y fue devorada, lo que terminó por confirmar la justiciera fama cocineril de que gozaba el poeta y que tanto le enorgullecía.

VI

PERTURBADORA PSICOLOGÍA DE DORIN

Después del almuerzo los pájaros bohemios se desbandaron. Salvadorito siguió con el grupo de Dorin, trasladándose a los salones de la Helvecia, donde pasaron todas las horas de la tarde bebiendo cerveza. Era también Dorin un incansable bebedor. Llegó la hora de la comida nocturna y con ella el intrincado problema económico habitual. El deseo era siempre comer fuera de casa: en la Helvecia o en un figón más modesto, pero en comedor extraño, como correspondía a verdaderos pájaros en libertad, y con riego abundante de vinos más o menos generosos. Decididamente, comerían juntos, sin echar cuentas antes; a salga lo que saliere...

Continuaron bebiendo, ya no cerveza rubia y refrigerante, sino ajenjo opalino y ardiente. Era la hora fatal del aperitivo, la de las confidencias, la deliciosa del abandono y la molicie. Dorin, que callaba a grandes trechos de charla, estimulado por el alcohol, llegó a entregarse en una espontánea confesión de vida que Salvadorito escuchaba encantado. Dorin tenía treinta años y hacía varios que rodaba de ciudad en ciudad. Allá, en su país nativo, en su tierra inolvidable del trópico, tenía, además de un hijo a quien no pudo darle su amor paterno, el único afecto entrañable que le quedaba en el mundo: una hermana por línea materna; hermana amada, que era su gran cariño, su abismático amor, su anhelo eterno; mezcla indefinible de todos los amores. No había conocido a su padre; fue muy triste su infancia, pasada con sus abuelos, y en cuanto a la madre, flor de pecado y de dolor, él supo perdonarla siempre, quizá

comprendiéndola mejor que nadie allá en el fondo recóndito y misterioso de su alma.

Lo que Salvadorito no acabó de comprender fue la magnitud de aquel amor sororal tan exaltado del poeta.

Obsesionado éste leyóle una carta reciente que debía contestar.

Pidió papel y pluma. Nervioso, febril, se echó sobre las cuartillas.

Hubo un prolongado silencio. Después, una exclamación:

—¡Así!

Y se dispuso a leer lo escrito.

La carta decía: «Para que la leas dentro de tu corazón. Mi Estrella amada: Después de tres largos meses, llega por fin tu carta —la única que durante todo el tiempo de mi permanencia en Buenos Aires he recibido. Comienzo a leerla y no me sorprende su principio: Aparentemente, eso es así; pero en el fondo de mi alma hay esta inmensa verdad: te amo. Te amo, y te recuerdo a cada instante y mucho más desde la muerte de nuestra madre. Te amo porque a pesar de todo, te he conocido amorosa, vibrante, buena; te amo porque eres mujer de pasión y de dolor; te amo porque eres noble; te amo porque tienes talento, y por fin: porque yo sé que sobre la tierra nadie me ama como tú; o, más bien, eres la única que me ama. Y, sin embargo, he de hacerte en este punto una corrección: esa trinidad de que hablas —tu padre, mi hijo y yo— está completamente suplantada, y voy al fondo: a esa trinidad sucede hoy esto: un novio. Permíteme salir de este asunto ante todo. Así hablaremos después de otras cosas, con más tranquilidad. Desde luego, te agradezco la atención sororal que no esperaba: te la agradezco con toda mi alma. No ha sido para mí nueva la noticia. Tú

no me dices el nombre de tu prometido: yo sé su nombre. ¿No se llama Larios? Ahora bien, cuando tú me dices que te casas con él es que le amas; y cuando tu padre no se opone al matrimonio, es porque ve en aquel caballero un buen partido. Entonces, se reduce tu carta a una amabilidad que yo estimo, y mi contestación primera es: ¡Gracias! Y mi segunda: Haz lo que te diga tu corazón. Pero noto un párrafo de tu carta que hay que señalarte: «Yo pienso mucho y me aflijo al considerar lo que sería de mi suerte una vez muerto mi padre y tú tan lejos de mí. Por esta razón he pensado casarme, y quiero, etc., etc.» Si es por esa razón, permíteme que te diga cómo, llegado ese caso triste, tú habrías estado conmigo y con mi hijo. No está tan lejos Buenos Aires, puesto que estoy yo en él sabiendo tantas cosas nuevas, y puesto que un viaje de estos pasa como un soplo. Además, tú debías comprender que, sobre recelos y suspicacias anteriores, estaba nuestro nuevo conocimiento y vínculo, por decir así. ¿Quién como tú, en nuestra ciudad, en momentos de desgracia? ¿No te manifesté yo entonces, bien claramente, que al pasado sucedía un claro porvenir? ¿Recuerdas cuando yo lloraba allá, loco, en el cuarto del hotel, y tú estabas, piadosamente dulce, cerca de mí? Luego, es cierto, vino tras el primer golpe otro, extraño y violento también, otra racha de la tempestad de mi suerte que fue la que me trajo hasta aquí felizmente. Y he aquí por qué te decía que soy hombre de pasión y de dolor. ¡Hijo de mi madre! Pero tú amas, y todo ante eso debe de ser nada. Amas: cástate. ¿Es bueno el marido? ¡Tanto mejor! Pero no está de más pensar bien, meditar mucho, Mira con quien te casas. No vayas luego a padecer. Mira y pesa el fondo de nobleza que haya en tu futuro, y mira si tiene puños morales, si conoce ha esencia de la vida: que cuando no hay riqueza, eso es todo. Y, cerrado por siempre este capítulo, vamos a otro quizá de mayor valor. Me hablas de Rosario, nuestra madre, y te equivocas

grandemente al pensar que yo no la haya comprendido. ¡Ah! ¡Sí la he comprendido! Confieso que en mi niñez había bruma a ese respecto; pero hoy he pasado los treinta años. Nada sé, pero todo lo adivino. Y del cuarto mandamiento, si algo tuviera que acusarme, no sería por cierto en nada relativo a la valiente y santa mujer que me dio la vida. Óyeme con atención: las letras grandes son como si saliese del fondo de mi conciencia y de mi corazón la palabra: óyeme, Estrella: ¡ELLA HIZO BIEN!... ¡Yo soy hoy un minero del mundo y de la vida, y conozco, por desgracia, la miseria humana; y sé que la justicia social no es justicia, y que yo te amo y que mi madre se fue a Dios! ¿Quieres tú escribirme largamente la novela verdadera de mi madre? ¡Porque, en verdad, fue su vida una amarga novela! De mí, ¿Que decirte? Un lado de mi vida lo conoces. Lo más hondo, lo oculto, lo misterioso, no. ¡Aquí estoy, triste, muy triste y muy solo, pues los triunfos sociales y artísticos no me compensan lo de adentro! De mi hijo, a quien amo, nada sé. ¡Como no lo críen como creías tú que me criaron a mí! ¿Sabrá escribir? ¿Por qué ni un retrato ni una letra suya? Yo le envié el mío certificado. A la familia, tú sabes que no puedo escribir una sola línea. Y ahora escíbeme cuanto más puedas. Muéstrame tu alma, sin velos. Háblame como en esta carta. Y si un día —todo puede suceder— eres desgraciada, o sola, vente conmigo, que yo estaré siempre para ti con el corazón y los brazos abiertos. Sin saber en qué tiempo realizas tu capricho, no sé cuándo llegaría bien mi modesto recuerdo de boda. Por de pronto, te envío este: un apretón de manos a tu padre. ¿Te gusta? Tu Américo Dorin.

— P. D. Tus pensamientos serán correspondidos con otros de otra clase. En cuanto a tus no-me-olvides... están satisfechos. Si quieres agradar a tu hermano, estudia idiomas. —A. D.»

Al terminar la lectura entregó la carta a Salvadorito, cada vez más asombrado.

—Tómala y mañana la echas al correo —le dijo.

Como un autómata, Salvadorito guardó aquel documento, tan íntimo y deseado, pensando que al día siguiente Dorin se lo reclamaría. Guardado entre sus paneles permaneció durante años, sin que el poeta volviese a acordarse de él jamás.

¡Rara, extraña, perturbadora psicología la de este Américo Dorin!

Durante la comida, que por fin se realizó en la propia Helvecia, quedó planeada la parte literaria que dirigiría Dorin en el nuevo periódico de Salvadorito y sellada, para siempre, una amistad que sólo podría interrumpir la muerte.

VII

«EL TRABAJO»

Todo resuelto para la aparición de *El Trabajo*, planeado en su totalidad el periódico, distribuidas sus secciones, elegidos los redactores, solamente faltaba la parte material, la administrativa, la verdaderamente fundamental desde el punto de vista práctico.

Salvadorito, como buen idealista, no había en realidad pensando hasta el último instante, es decir, hasta en el que era imprescindible hacerlo, en los elementos empresariales, o sea en imprenta, taller,

medios de propaganda, venta, expedición y demás necesidades para la difusión del nuevo diario.

Con criterio simplificador pensó entonces en ofrecer la administración de *El Trabajo* a su amigo Campanelli, en la seguridad de que éste apechugaría con todas las dificultades inherentes a la parte material de la empresa.

A Campanelli le encantó la idea, y cuando Salvadorito le propuso en forma amplia su cooperación en *El Trabajo*, el gringo no solamente aceptó el cargo, sino que prometió solucionar toda clase de dificultades económicas que pudieran presentarse.

Así las cosas, un día —un primero de Mayo augurador— anuncióse estruendosamente en Buenos Aires la aparición de *El Trabajo* bajo la dirección de Salvadorito y la administración de Campanelli.

Y he aquí el primer conflicto con que tropezó la flamante empresa. Hecha la propaganda del periódico, la policía, dispuesta a dificultar en todas las formas a su alcance, la al parecer inevitable aparición, ordenó la detención de Campanelli, pidiendo fuera expulsado del país, teniendo en cuenta su condición de extranjero. ¡Pobre Campanelli!

El gringo, al recibir la fatal noticia, se inmutó, tuvo miedo y prometió renunciar a toda participación en empresas de la índole de *El Trabajo* a cambio de que se le permitiera seguir residiendo en el país de adopción, al que consideraba como propio después de catorce años de vida en los cuales había desempeñado todas las labores que van entre un vendedor de aceites a un jugador de ruleta.

Decididamente, Campanelli, entre sus innumerables condiciones más o menos buenas no poseía las de luchador. Él no era, ni con

mucho, un combatiente. Había aceptado el puesto ofrecido por Salvadorito llevado por su amor al grupo de hombres entre los cuales deseaba actuar, pero sin medir en todos sus alcances las consecuencias peligrosas de su actitud.

Claro está que la renuncia le colocaba en situación inferior, pero había que tener en cuenta las condiciones críticas que la ley de expulsión de extranjeros le creaba frente a los elementos naturales del país. ¿Cómo era posible resistir desde su sitio a la iniquidad de la ley? Todos debían de considerar la desventaja en que aquélla le ponía, disculpando su actitud.

Las cosas se complicaron en tal forma que fue necesario aplazar por algún tiempo la aparición de *El Trabajo*.

SEXTA PARTE

APOSTOLADO

I

RUGGERO AICARDI, EL PROPAGANDISTA

Coincidiendo con el proyecto de la fundación del periódico había llegado al país, procedente de Italia, el doctor Ruggero Aicardi, un hombre extraordinario, propagandista de altas ideas sociales, de un revolucionarismo alarmante, pero que eran escuchadas con respeto en todos los ambientes debido a la forma admirable en que se las exteriorizaba.

El doctor Aicardi estaba dotado de todas las condiciones requeridas para hacer prosélitos: arrogante figura, maneras distinguidas, dialéctica brillante y un tesón a toda prueba.

Era orador, orador por excelencia; sentía la voluptuosidad de la palabra y vivía en la tribuna.

Horas, noches enteras, se las pasaba perorando sobre los temas de su predilección, siendo un verdadero espectáculo contemplarle y oírle.

Actor consumado, dominaba todos los secretos de la oratoria y eran sus discursos encantadoras obras de arte que él pulía diariamente con amor de orfebre.

Propagandista de eficacia única, él hablaba en todos los sitios y para todos los públicos; y no era raro verle por la tarde en una plaza dominando a una asamblea compuesta por miles de obreros y por la noche, en un centro de alta cultura, dilucidando temas eminentemente científicos.

Profesaba las ideas sociales más avanzadas de la época, advirtiéndose en su educación la influencia de pensadores como Proudhon, Guyau y Kropotkine.

Salvadorito escuchó aquella palabra como una nueva revelación. Después del suicidio de Almada su espíritu estaba en momentos propicios para recibirla. Él, que había contemplado con indignación, próxima al paroxismo, la indiferencia cómplice de un Partido ante el sacrificio de su jefe, pensó que los trazados por Aicardi eran, en realidad, los nuevos caminos por donde la humanidad debía continuar su marcha ascendente. Y con la pasión que ponía en todo, con la vehemencia propia de su temperamento, abrazó valientemente el credo social propagado por Aicardi.

Nunca ideas grandes de redención social habían encontrado terreno mejor abonado para expandirse.

II

HACIA LOS NUEVOS CAMINOS

El muchacho aquél, que era Salvadorito en esta época, lleno de una experiencia pocas veces alcanzada a su edad, dadas las circunstancias especiales en que se había desarrollado, encontró en el verbo flagelante del férreo y hábil propagandista la luz auguradora esperada anhelosamente por su alma y atisbada con anterioridad a través de la palabra del maestro suicida.

El intuía que su pueblo necesitaba algo que no sabían, no podían o no querían darle sus actuales conductores. Y se puso a pensar en la corrupción de las ideas republicanas, en la degeneración palpable de la democracia que quizá había ya cumplido su misión en tierras de América. Otra luz era menester para desbaratar aquellas tinieblas en que se hundían sus hermanos; y esa luz, evidentemente, no podía encenderla una República que empezaba por defender la propiedad privada de la tierra, el despojo y la herencia, privilegios todos a cuya sombra se estaba desarrollando una generación entera de parásitos enriquecidos con el cohecho, la usurpación y el dolo. Él los conocía profundamente. No querían al verdadero productor, al obrero fundamental de la vida. En su petulancia, ridículamente olímpica, se creían los continuadores de una raza superior. El hombre de trabajo era para ellos igual a la bestia de carga, un simple instrumento del que debían servirse para amasar sus fortunas. Constituían una clase nacida con el destino del mando y del acaparamiento. ¿Republicanos? ¿Demócratas? ¡Bah! ¡Qué sabían ellos de eso! Y, en último término, aun cuando sinceramente aceptaran los postulados de la Constitución argentina sólo variándola a ésta en sus raíces

podría realizarse una obra noble y fuerte, capaz de hacer la felicidad de una raza. Y a esa obra el joven luchador quiso entregarse, dándose entero como se lo indicaban las fuerzas todas de su temperamento heroico.

Resuelto a la batalla y venciendo los últimos obstáculos, que hubieran parecido insalvables para otro luchador menos intrépido, fundó por fin el periódico que a los pocos meses de la llegada de Aicardi comenzó a publicarse en Buenos Aires con el azoramiento de las clases pudientes, la indignación de las autoridades y el entusiasmo del proletariado consciente. *El Trabajo* fue bandera, paladín, bastión, defensa de toda causa digna y tribuna dogmática desde donde vibró, con acentos casi apocalípticos, la voz de aquel nuevo y joven combatiente, el Salvadorito de ayer, convertido en el periodista Salvador de la Fuente, de familia burguesa, pero de espíritu forjado en fragua de redentores.

III

SALVADOR DE LA FUENTE Y LA FRASE DE SAINT-JUST

La eficacia de aquella voz hízose indiscutible. El mundo obrero argentino se agitó en sus cimientos. Ariete y baluarte *El Trabajo* encendía todas las mañanas una antorcha en la ciudad moderna y cosmopolita. Las clases conservadoras, apercibiéndose a la defensa contra aquel enemigo que surgía de su propio seno, apelaron a toda clase de recursos para combatirlo y anularlo.

Al principio se trató de neutralizar efectos, acudiéndose a paliativos y acercamientos amistosos, destacándose gentes de influencia ante la persona de Salvador. Pero había en éste madera de verdadero apóstol y todos los requerimientos resultaron inútiles.

Ya entablada la lucha inició la persecución en formas realmente inicuas. No se tuvo en cuenta ni la juventud del combatiente, ni la sinceridad de su propaganda, ni la honradez del propósito. Vióse en él solamente al enemigo merecedor del destierro y de la muerte. Y contra él cerraron todos.

En la contienda creció, se agigantó su figura, cuanto más sola, más fuerte. Exagerando argumentos llegó en su delirio a proclamar como norma de su conducta, como cartabón de su vida, el terrible apotegma bakouniniano: «Destruir es crear», y como corolario de su actitud, cuando pretendían cercarlo para reducirlo, blandía, arrogante, la frase que él atribuía a Saint-Just: «Nunca se marcha más ligero en revolución que cuando no se sabe adónde se va»... Entonces, ya enloquecidos por aquel desplante, decidieron atajarle el paso.

Otro periodista y político, hombre de carácter duro, aristócrata de pega, formado en la tradición autoritaria y que se había distinguido por la mordacidad de sus juicios al apreciar la labor del combatiente neófito, decidió a tomarlo en serio y anunció una acusación contra el director de *El Trabajo*.

Salvador le había llamado ladrón, así, con todas sus letras, después de una investigación en la que aparecía el político como defraudador de dineros fiscales.

Olvidado de su pasado ignominioso aquel hombre, lleno de vanidad y de soberbia, asumiendo el puesto de delator, acababa de

señalar a las autoridades, desde las columnas de su periódico, los nombres de los obreros extranjeros a quienes, según él, debía aplicárseles la ley de residencia, esa ley-baldón, como la denominó Salvador de la Fuente cuando fue dictada.

La autoridad policíaca —exclamaba Salvador en uno de sus violentos y diarios artículos periodísticos— nada tenía que hacer con esos hombres a quienes el político señalaba a la venganza; en cambio, sí tenía y mucho que escarbar en la vida de éste. Y, con todas las agravantes del caso, arrojó a la cabeza del figurón la acusación lapidaria: —¡Ladrón de dineros públicos, usted! ¡Hombre de malos antecedentes, usted! ¡Sospechoso, no!, ¡delincuente efectivo, usurpador, violador, detentador de caudales confiados a su custodia, usted! ¡Usted, indeseable! ¡Usted, elemento disolvente aun en una sociedad de corrompidos! ¡Usted, peligroso! ¡Usted, falsario! ¡Usted, indigno! ¡Y usted, por fin, perro de presa al servicio de una asociación de negreros!

El político periodista no esperó más —¿para qué?— y con las frases quemantes acudió a la justicia en busca de castigo para el audaz delincuente.

Hubo quien aconsejó a Salvador que huyera del país, puesto que aquel hombre, su furibundo enemigo, ocupaba una situación social de privilegio y, aunque así no fuera, esta vez hasta la legalidad estaba de su lado para ayudarle en su propósito: encarcelar al joven insolente que a tanto se atrevía.

La acusación, agregaban, era por injurias, y las injurias, de acuerdo con el código argentino, no admiten prueba. Es decir, la injuria existe o no existe. Y en este caso no cabía duda posible, existía, aunque Salvador sostuviera con un gesto ingenuo, que provocaba la sonrisa

maliciosa de los más avisados, que él no se había salido de la más estricta verdad, como lo demostraría cuando fuera oportuno.

—No habrá ocasión, joven; eso no puede demostrarse —díjole alguien.

—Está bien —contestó con serenidad Salvador, apercibiéndose a la nueva lucha a que se le provocaba—. Acepto el reto. Ya veremos quién huye. ¡Yo no!

¿Qué había decidido? Ante todo ir al juicio y si no encontraba abogado, es decir, si no se ofrecía espontáneamente alguno para asumir su defensa, presentarse solo ante los jueces, acompañado del pueblo por cuyos derechos velaba y a quien exhibiría, en toda su repugnante desnudez, la figura del miserable enemigo.

«A audaz, audaz y medio», se dijo. El código también lo amparaba a él. ¡Ya verían!

¿Qué decía el código?

Pues el código decía que, en estos casos, en el de los procesos por injuria, si el procesado lo exigía debía hacer acto de presencia en el juicio la persona del acusador. ¿Estaba claro?

Pues bien, él deseaba, él quería, él necesitaba ver, cara a cara, frente a frente, y exhibir a la faz del pueblo agraviado, a su odiado enemigo; para allí, ante los jueces, ante el pueblo herido, ante el mundo entero, volver a llamarle ladrón, falsario, detentador, indigno y perro de presa, antes de ingresar en la cárcel donde, según se aseguraba en todas partes, irían a reposar sus huesos antes de pocas horas.

¿Y después?

Pues después, desde la cárcel, ya condenado, continuar llamándole: ¡ladrón, ladrón, ladrón! mientras tuviera garganta y una hoja valiente que publicara sus gritos.

Y, como lo dijo, lo hizo.

Llegó el día señalado para el juicio de conciliación y Salvador publicó en su periódico, y entre las fiestas del día, un anuncio sugestivo invitando al pueblo obrero de Buenos Aires al singular espectáculo.

Como de acuerdo con el código estas audiencias son públicas la concurrencia llenó las salas del tribunal a la espera de los acontecimientos.

Para las dos de la tarde había sido fijada la hora del juicio. Minutos antes se presentó Salvador, quien fue objeto de una demostración cariñosa.

Abierto el acto por el juez, hizo éste constar que el acusador estaba allí representado por su abogado.

Requerido a hablar Salvador, declaró que él asistía sin letrado asumiendo, solo, su defensa.

En seguida, y con cierta prosopopeya de hombre de toga, pidió al juez que hiciera leer por su secretario el artículo pertinente del código (y aquí indicó el número que correspondía) donde se autoriza al procesado para exigir la comparecencia de su acusador.

El juez, cumpliendo con este deseo ordenó la lectura del artículo.

—Pues a él me atengo, señor juez —dijo Salvador—. De acuerdo con su letra exijo la presencia de mi adversario.

Y no hubo más. El juez, cumpliendo como bueno, y ahora a pedido de la otra parte, suspendió el juicio (Salvador sostenía que debía darse por desistida a la otra parte), señalando nueva fecha para realizarlo y ordenando la comparecencia, etc., del acusador como se exigía en derecho.

* * *

Tal como lo pensara Salvador ocurrieron las nuevas incidencias del proceso. Decididamente el aparatoso acusador no se arriesgaría a aceptar la lucha en el terreno a que él lo llamaba. No había contado con la huéspedada... Y la huéspedada en este caso era ese pequeño recurso del código, convertido en arma formidable por la clarividencia de Salvador y que le hacía ganar el pleito sin lucha y en la única forma posible dentro del terreno legal.

Moral y legalmente, por tanto, ganaba la batalla con la simpatía de algunas gentes fuera del elemento obrero y esencialmente popular donde su causa encontraba una adhesión completa.

Llegada la nueva fecha señalada por el juez para el juicio conciliatorio de fórmula, el acusador presentó un escrito apelando del auto del juez en el que se ordenaba su comparecencia.

La treta estaba descubierta y Salvador triunfante. El expediente iría en apelación a la Cámara judicial correspondiente, es decir, al superior jerárquico y allí dormiría el sueño de los justos, como en efecto sucedió.

Y Salvador, sin ir a la cárcel, continuó desde su periódico la campaña de defensa emprendida en favor del proletariado extranjero, perseguido por la ley de expulsión, y el político periodista dio por terminada en el suyo la campaña delatora.

Pero la fiera enemiga eligió, como se verá, otras armas para combatir al nuevo caballero del ideal.

IV

EL ASESINATO POLÍTICO O LA SOMBRA DEL MAESTRO

Para formar la redacción de *El Trabajo* eligió Salvador un grupo de amigos jóvenes y decididos como él a la gran batalla; temperamentos afines, poetas y periodistas, con los que había estrechado relaciones, espíritus líricos y románticos capaces de todas las abnegaciones y de todos los sacrificios por sostener una actitud gallarda y hasta por un simple gesto derivado de esa actitud.

Con compañeros así bien sabía él hasta dónde era posible llegar.

¡Curiosa dualidad la de estos muchachos!

Almas encendidas en la pasión de la belleza realizaban una tarea heroica al vivir con la cabeza en las nubes, preocupándose al propio tiempo de asuntos económicos y de otros de utilidad práctica relacionados todos con la vida de los gremios obreros cuyos eran los intereses que defendían.

Esta anomalía aparente, que no lo era si se estudiaba a fondo el fenómeno, dio pábulo a los enemigos para acusarles de especuladores. Lo que ambicionaba el grupo —según sus sagaces críticos— era encaramarse sobre los hombros de los proletarios para ocupar altas posiciones. ¡Pobres poetas, pobres líricos del grupo! Las altas posiciones que debían ocupar, encaramados sobre los susodichos hombros, ya estaban levantadas en las cárceles donde se

les aprisionaría, en las sentinas de los barcos que los trasladarían al destierro y en las sencillas cajas de maderas blancas en que conducirían sus pobres cuerpos a las tumbas...

* * *

Entre los muchachos del grupo uno había de aspecto reconcentrado y que hacía contraste con sus compañeros, todos joviales, bromistas y estrepitosos en sus manifestaciones, a pesar de la seriedad con que realizaban la labor ímproba a que se habían comprometido.

Cetrino, de ojos ardientes y negros, cabellera encrespada y rebelde como su espíritu; nervioso en sus movimientos, pero en silencio siempre, llegaba a primera hora a la redacción y se arrojaba materialmente sobre las cuartillas que iba llenando con su letra grande.

Escribía notas llenas de estridencias metálicas, en una prosa brillante y que a no verla producir se hubiera dicho trabajada con mayor esfuerzo.

Se trataba indudablemente de un gran periodista en embrión, el periodista nato, el periodista por temperamento en quien repercuten todos los acontecimientos de la calle, que encuentran eco en su pluma dispuesta siempre a vibrar al unísono del hecho diario.

Y era artista. Tenía el don de la forma. Hacía versos, versos caldeados al rojo vivo, impregnados de las ideas sociales que propagaba.

Vivía en un estado de exaltación interna que inspiraba serios cuidados a quienes creían conocerle íntimamente.

Una noche, después de la tarea habitual, pesada y engorrosa, esa tarea del periodista pobre que debe hacerlo todo, desde el telegrama y la gacetilla volandera hasta el editorial dogmático y enjundioso, el muchacho cetrino y reconcentrado, que casi no hablaba con sus compañeros embargado por la intensa vida interior que le devoraba, pidió hablar confidencialmente con Salvador.

A pesar del conocimiento que éste tenía de su compañero, quedó desconcertado a las primeras palabras con que el muchacho inició el diálogo.

Él había aceptado aquel puesto de redactor de *El Trabajo* convencido de que aquel era un grupo de acción; pero, puesto que para él las palabras no tenían importancia en la vida, necesitaba saber adónde se iba y cuál sería el sitio que le correspondería en la obra a realizarse. Y al decir la obra lo hizo recalcando con intención manifiesta aquellas dos palabras que adquirieron al salir por sus labios toda la importancia de un símbolo. Él se sentía anarquista y anarquista de acción, por lo que no estaba dispuesto a perder su tiempo tanpreciado redactando sueltos y artículos que solamente servirían como cauce blando y contraproducente de sus energías.

Además, él pertenecía a otro grupo de hombres decididos donde se conspiraba ya y quería poner este hecho en conocimiento de Salvador para evitar malos entendidos que pudieran sobrevenir.

Salvador no salía de su asombro, porque era esta la primera vez que aquel compañero hablaba pronunciando más de veinte palabras seguidas. Ahora no hablaba, sino que deliraba accionando como un poseído. La idea fija de la acción le bullía en el cerebro y reflejándose en su semblante, dábale el aspecto de un ser dominado por un íncubo trágico.

Pero, ¿a qué acción se refería aquel compañero? ¿Qué obra, así subrayado, era la que, según él, debía realizarse sin pérdida de tiempo?

—¡Fabricar bombas, de una vez! —rugió el compañero de ojos negros y rutilantes.

Y al hundir Salvador su mirada sondadora en la sombría del compañero, notó en el fondo de aquellos ojos un resplandor de alucinamiento. Era el alcohol que hablaba.

El pobre muchacho, ebrio, en pie de delirio, divagaba ya perdido en zonas de misterio.

Sin embargo, la idea obsesionante continuó trabajando en aquella cabeza que flaqueaba, y días más tarde de esta entrevista reprodujose la escena con agravaciones alarmantes.

Salvador vio el peligro a que se asomaba aquel compañero y determinó interpelarlo en forma definitiva.

Entonces conoció detalladamente todo un plan siniestro en el que estaba envuelto el pobre muchacho.

Hombres avezados —que pertenecía o decían pertenecer a una de las fracciones, la más radical, en que a la sazón se había dividido la Unión Nacionalista— y siempre en plan de conspiradores, creyeron encontrar en el joven camarada de Salvador un dócil instrumento para la realización de un plan político criminal que consistía en la eliminación violenta de todos los hombres de gobierno, Presidente, vice y ministros, una hecatombe, en fin, sin precedentes en el país. Y para ello el flamante revolucionario había ofrecido las bombas que, fuera de toda duda, fabricaría el grupo de *El Trabajo* a que él pertenecía. ¡Nada más, ni nada menos! ¿Estaba eso claro?

Salvador vio hasta el fondo el abismo abierto a sus plantas y, con la serenidad que le caracterizaba, mirando a su compañero con una mirada penetrante, habló así:

—Ni usted tiene derecho a comprometer la vida de *El Trabajo*, ni esos hombres a sacrificar la suya. Usted es aquí sólo un instrumento, una futura víctima de un grupo de cobardes; usted obra por sugestión; usted no acciona por cuenta propia; usted es, en este momento, un triste ejemplo de sometido; su energía es falsa; usted no cree en la eficacia de ese crimen (y aquí cruzó por la imaginación de Salvador de la Fuente la figura augusta de Almada, el maestro inolvidable, diseñándole caminos en una situación análoga), porque si creyera en él no aceptaría cómplices ni consejeros. ¡Con muchos hombres de acción como usted, perderíamos toda la verdadera acción!

El muchacho, que era de una vanidad exagerada, sintióse herido en lo más profundo de su amor propio, quedando, al parecer, curado de aquella sugestión criminal y, declarándose convencido por los argumentos sin levante de Salvador, prometióle solemnemente rechazar en absoluto la participación ofrecida en el macabro complot que tan oportunamente acababa de revelar.

V

LOS «PATOTEROS» EN ACCIÓN O UN CORONEL INCENDIARIO

El Trabajo había conseguido ya un auge considerable. Era un periódico leído y temido. Su voz se escuchaba en todos los ambientes. Hecho de acuerdo con un criterio periodístico moderno,

interesaba en general la lectura de sus páginas, donde alternaba el cuento de índole social con la crónica literaria, y el artículo doctrinario o puramente de combate con la nota de arte o crítica, y el simple suelto informativo.

Don Gabriel escribía editoriales sobre asuntos económicos y dentro de la más avanzada orientación socialista; Américo Dorin, cumpliendo su gentil promesa, se ocupaba de literatura, en rápidas notas bibliográficas y biográficas y, especialmente, de letras extranjeras, francesas por lo general, enviando, además, versos modernistas para las ediciones del domingo; el doctor Albelo redactaba una sección relacionada con su especialidad técnica; y así otros amigos, colaboradores generosos todos, aportaban su concurso desinteresado a la valiente empresa idealista de la que Salvador era alma, inspiración y brújula.

La juventud vio en el director de *El Trabajo* un seguro paladín y le rodeó entusiasta. Pero pronto empezaron a avizorarse peligros en el horizonte político del país y con la aparición de los peligros a ralear las filas.

Uno de los más poderosos argumentos empleados contra la propaganda revolucionaria del grupo fue el de su antipatriotismo. El hecho de defender a los extranjeros, perseguidos por la inicua ley de expulsión, fue la especie que dio pábulo a tan hábil ardid. Se organizaron bandas de patriotas reclutados entre los patoteros más feroces y una noche —después de proceder a la detención de Salvador y de sus redactores, para no tener que matarlos, como dijeron compasivamente los bárbaros— encabezados éstos nada menos que por un coronel de la nación, el coronel Espinilla, con una fama de valiente que asustaba, asaltaron la imprenta de *El Trabajo* incendiándola.

Nunca, desde la época nefasta de la tiranía rosista, se había lado en Buenos Aires un espectáculo tan vandálico. Los forajidos, amparados por las mismas autoridades policíacas, armados de latas de petróleo y de teas de resina, avanzaron en la noche sobre la materia inerte que fue rociada con el líquido inflamable.

Minutos después, destrozada la maquinaria y empastelada la tipografía, convertíase en humo la obra admirable de aquellos muchachos que a costa de tanto tesón e inteligencia habían conseguido prender una luz de idealidad en el mismísimo riñón hipertrofiado de Beocia.

VI

AVE FÉNIX

Vueltos a la libertad, los componentes del grupo *El Trabajo* se irguieron ante el desastre, y, con más firmeza que nunca, recomenzaron la obra brotando materialmente de aquel incendio. En ningún caso quizá pudo aplicarse con tanta justeza el símbolo de inmortalidad encarnado en el ave fabulosa renaciendo de sus propias cenizas.

Un hombre admirable, con fama en la ciudad de negociante y usurero; judío él —por el judío Simón se le conocía en todos los sitios—, que, según voz general, había cimentado una enorme fortuna vendiendo con contratos leoninos máquinas y útiles de imprenta, se acercó a Salvador, en el momento en que más solo se encontraba el joven combatiente, poniendo a su disposición y sin

condiciones todos los elementos necesarios para rehacer la imprenta destruida.

El judío Simón le había dicho en tono paternal:

—Yo te entrego las máquinas que necesitas; las máquinas serán tuyas, Salvador; se pondrán a tu nombre. Tú me las pagarás, si puedes, y como quieras. Lo único que no podrás hacer, y esto bajo tu palabra, es traspasarlas en propiedad. Y, además, asegurarme que no dirás de esto ni una palabra a nadie.

—Y eso, ¿por qué, don Simón?

—¿Quieres saberlo? Porque no me conviene...

—Pues bien; ¡trato hecho! —exclamó Salvador con su característica firmeza de siempre—. ¡Vengan las máquinas!

A haber escuchado Salvador a la voz pública hubiera rechazado sin reflexionar siquiera aquel ofrecimiento sorprendente.

—Tenga usted cuidado —decía la voz—. El judío le acecha y lo que él quiere es tenerlo en sus garras. ¡No se fíe usted! ¡No acepte usted nada de sus manos!

—¡Pero si él lo da todo! No exige nada —contestaba Salvador.

—Nadie sabe nunca lo que él desea —le argumentaban—. ¡Cúidese, cúidese usted! ¡No acepte, no acepte!

Pero Salvador, como queda dicho, aceptó; la imprenta fue rehecha, *El Trabajo* volvió a la lucha con mas brío que nunca, y el judío Simón, conduciéndose como no lo hubiera hecho el más moral de los cristianos, jamás exigió nada que estuviera fuera del ofrecimiento generoso.

Pero, ¿quién era el judío Simón para obrar así?

Hagamos aquí un pequeño paréntesis con el propósito de encerrar en él, así sea en forma muy sintética, tan interesante y sugestiva figura.

* * *

El judío Simón era un hombre formado en el país, al que llegó muy joven y sin recursos. Comenzó su carrera venciendo toda clase de obstáculos.

Trabajaba con ahínco en rudas faenas, y al propio tiempo cultivaba su inteligencia. Estudiaba en la vida y en los libros. Le creían sin ilustración y había leído a los más grandes filósofos, desde Platón hasta Spinoza, de quien era discípulo y a cuya memoria rendía el más fervoroso culto.

No le preocupaba el qué dirán de las gentes y sonreía siempre ante la incompreensión o el juicio erróneo provocado por su persona.

La ignorancia de los que le rodeaban inspirábale compasión y no se indignaba nunca. Sintiéndose superior a un ambiente, que había dominado, diríase cómo que se complacía en despistar con hechos, al parecer absurdos, la realidad de su vida. Así llegó a crearse una situación excepcional. Comerciaaba en máquinas de imprenta y con los excelentes resultados de este negocio adquiría para su solaz obras de arte, especialmente cuadros de grandes pintores, habiendo llegado a formar una espléndida galería; creó una extensa familia y en todas partes se le consideraba un ave de rapiña porque siempre donde aparecía él había negocio.

Con excepción de un grupo de amigos íntimos que le conocían a fondo y le estimaban, nadie sabía apreciarlo en su valor intrínseco, porque para la mayoría permanecía oculto su verdadero carácter.

Este hombre misterioso fue el que se aproximó a Salvador para salvarle en un momento supremo de su vida, cuando un peligro inminente, el de la anulación de su obra de luchador, le amenazaba.

VII

DOLOR OBRERO

La propaganda de *El Trabajo* encontró eco resonante entre los trabajadores del puerto de Buenos Aires, cuyos dolores había tenido ocasión de observar Salvador de la Fuente cuando, en su adolescencia, desempeñara el puesto de pesador, vendedor y oficinista en la casa de consignaciones.

Era la época en que empezaban a formarse los llamados gremios portuarios y que tanta importancia adquirieron por la clase de acción que desarrollaron.

Inspirados en las teorías propagadas a raíz de la división marcada en la primitiva Internacional, los gremios argentinos, haciendo caso omiso de la política al uso, inspirados por Bakounine, plantearon sus problemas en un terreno puramente económico.

Las condiciones en que estos trabajadores realizaban sus tareas antes de organizarse eran en realidad abrumadoras y deprimentes.

Como en las épocas de la gleba y el feudo, y como aun sucede bajo muchas latitudes del globo, puede decirse que trabajaban de sol a sol: doce, catorce, dieciséis horas diarias.

Pesadores, cargadores, marineros y foguistas de buques mercantes, mecánicos, carreteros, estibadores, guincheros, todos los trabajadores afines, entregaban lo mejor de sus energías al monstruo capitalista que los devoraba sin piedad. No había descanso para ellos. Con una desconsideración, rayana en la inconsciencia o el crimen, los patronos modernos, con resabios de piratas, los doblegaban bajo el látigo del hambre, cuyas cien mil colas invisibles son más feroces aún que las palpables ignominiosas del negrero antiguo.

Así vivieron diez generaciones de laboriosos esforzados, amasando la fortuna de los poderosos actuales, defensores acérrimos de una patria que con leyes de libertad aparente y con otras de innegable liberalismo que ellos se encargaron de desvirtuar, les aseguraba la más inicua de las explotaciones.

Como todo en la vida tiene un límite, un día se despertó en estos hombres una nueva conciencia y fue la voz enérgica de un grupo de valientes propagandistas la que los alentó, iluminando sus mentes con las teorías modernas de la economía socialista.

Cundió entre los explotadores el temor a la luz, y, entonces, echando mano de toda clase de recursos, pretendieron sofocarla, apagarla en sus fuentes.

Ya era tarde. Incoercible la luz de las ideas se expande siempre, pese a persecuciones, dogales y mordazas.

Se dictaron leyes arbitrarias y crueles que iban contra el pensamiento, amplio y generoso, de los hombres superiores que echaron las bases constitucionales de la nación; los poderes, judicial y policiaco, inventaron procedimientos ajenos a su misión tutelar, y los propagandistas, perseguidos sin cuartel, fueron apresados unos y aventados más allá de las fronteras argentinas otros, como fieras a quienes se espanta.

Inútil todo. Los gremios se organizaron y un nuevo poder surgió: El poder obrero, consciente de su derecho, frente a frente del capitalismo, duro, pétreo, anquilosado dentro de su caparazón paquidérmico, que sus defensores consideraban invulnerable.

La labor del grupo *El Trabajo* en esta organización y especialmente la de Salvador, fue de resultados evidentes y, a las veces, decisivos.

El Trabajo fue el vocero de la organización y sus redactores los más tenaces propagandistas.

Los que tenían condiciones oratorias, después de escrito el artículo doctrinario, asistían a las asambleas y en ellas desarrollaban las mismas ideas exteriorizadas desde las columnas del bravo paladín.

Nadie descansaba y todos, enfebrecidos de entusiasmo, llenas de luz las mentes y de fervor los espíritus, se entregaban a esta lucha nobilísima en la que se dignificaban purificándose.

Tiempos de idealismo sin mancha que hoy el prisionero, en su celda barcelonesa, abrumado por la fatiga y el desencanto, evocaba como en un sueño del que hubiera deseado no despertar jamás.

VIII

LA HUELGA DEL PUERTO

Preparado el ambiente revolucionario, ya en marcha las ideas de redención, los gremios afines, todos los del puerto, veinte mil hombres de bronce, representados en una asamblea memorable, formada por delegados con poderes otorgados en reuniones parciales de cada entidad, decidieron el primer movimiento huelguista importante destinado a conmover a la gran urbe argentina.

Redactados por cada gremio los pliegos de condiciones, fueron éstas aprobadas en la asamblea de delegados autorizados debidamente por sus mandatarios para votar la huelga general de obreros del puerto en caso de que, como se tenía la seguridad que sucediese, los patronos determinaran hacer oídos sordos a las justicieras peticiones.

La asamblea decidió presentar el pliego general de condiciones, dando un término prudencial a los patronos para contestar, amenazando con la paralización de toda la labor portuaria en caso de la negativa esperada.

Efectivamente, cuarenta y ocho horas más tarde, en un gesto admirable de solidaridad y en vista del silencio de los patronos, que resolvieron dar la callada por respuesta, no convencidos aún del poder de aquella organización naciente, era paralizado completamente por el movimiento obrero el puerto de Buenos Aires.

IX

COMPLICACIONES POLÍTICAS

Entre tanto, y organizado por la fracción radical de la Unión Nacionalista, se preparaba un nuevo movimiento revolucionario contra los poderes constituidos. En realidad el partido no había dejado de conspirar un solo instante, dirigido ahora por el pariente del doctor Almada, el antiguo secretario del Comité de Buenos Aires y albacea político del gran caudillo suicida.

Salvador de la Fuente, considerado ya como un líder obrero de capital importancia, fue entrevistado por un amigo común en nombre del organizador de aquel movimiento. Se trataba de obtener por su intermedio el apoyo de los gremios a la revolución.

Salvador contestó que a él no le era posible determinar nada en concreto sin consultar previamente la voluntad colectiva. Y prometió ponerse al habla, sin pérdida de tiempo, con los delegados gremiales, asegurando la mayor discreción en sus gestiones dada la gravedad del asunto puesto en sus manos.

Consultados los gremios, éstos no vacilaron en apoyar el movimiento, pero imponiendo como condición fundamental la autonomía de acción; es decir, que mientras durara aquél y en vista del conflicto en que estaban empeñados con los patronos, los obreros dominarían la región del puerto dentro de la zona dedicada al trabajo.

El jefe revolucionario rehusó aceptar aquella condición, porque con la libertad de acción exigida —dijo— nadie podía asegurarle hasta dónde irían los obreros amparados en dicha autonomía.

Y la revolución se hizo sin el concurso obrero y sin el concurso obrero fracasó.

* * *

Al estallar el movimiento, el Gobierno dictó un decreto suspendiendo las garantías constitucionales, acompañado de un ukase policíaco por el cual se prohibía a la prensa dar noticias de la revolución.

Consideró *El Trabajo* que al pueblo se le debía la verdad y resolvió informarle de la marcha de los sucesos.

El ukase policíaco decía: «Al señor director de *El Trabajo*: Habiendo decretado el P. E. el estado de sitio por treinta días para todo el territorio de la nación, de acuerdo con instrucciones recibidas, queda prohibido al diario que usted dirige dar noticias o publicar comentarios que se relacionen con los sucesos políticos de actualidad. Saluda a usted el Jefe de Policía de Buenos Aires.

Salvador determinó publicar el texto del curioso documento y a renglón seguido, cumpliendo con su misión de informador público, dio, lo más completa que pudo, la crónica del movimiento.

Esta actitud sacó de quicio a las autoridades, quienes resolvieron allanar el local de *El Trabajo*, clausurar su imprenta y ordenar la prisión de su director.

* * *

Ya está otra vez en la cárcel Salvador. Otra vez el rechinar de los cerrojos suena, fatídico, en sus oídos hechos para las supremas armonías. Otra vez la figura del sayón se yergue, como un muro de esclavitud, ante sus miradas amantes de los horizontes amplios y de la libertad sin límites.

LA ASONADA

El movimiento preparado por la fracción radical de la antigua Unión Nacionalista tenía ramificaciones en todo el territorio de la República. La organización revolucionaria no había fallado en sus planes. De acuerdo con éstos y a una hora determinada, las once de la noche de un 4 de febrero, destinado a ser famoso en los modernos fastos argentinos, y como obedeciendo a un resorte manejado certeramente desde la capital, dióse el grito de rebelión en los cuarteles.

Las tropas sublevadas y al mando de los oficiales comprometidos tenían orden de avanzar todas hacia Buenos Aires, cuyo Arsenal de guerra debía ser ocupado por el director del movimiento.

Dos horas antes de la fijada para el estallido, un oficial traidor dio el alerta en el Ministerio, y éste, por pronta providencia, ordenó el relevo de la guardia yendo el propio jefe de las fuerzas en plaza a hacerse cargo del fuerte.

La guardia relevada era la comprometida y la que debía entregarse al jefe de la revolución.

Cuando éste iba en camino del Arsenal tuvo conocimiento de la traición y, considerando fracasado el golpe e inútil su sacrificio,

determinó huir ocultándose en tal forma que se lo tragó la tierra, según el espíritu de la frase pintoresca y vulgar.

Con otro temple, con el temple de Almada, por ejemplo, y una vez fracasada la tentativa de apoderarse del Arsenal, otro hombre, otro jefe de revolución, teniendo en cuenta que, respondiendo a sus órdenes, las tropas sublevadas iban ya en dirección de la ciudad, hubiera salido gallardamente a recibirlas para ponerse a su frente y correr con ellas idéntico destino.

Pero el nuevo caudillo pensó en otra forma. Consideró probablemente más útil para la causa poner a buen recaudo su valiosísimo esqueleto y se esfumó entre las sombras de aquella noche infausta.

En la madrugada del día mencionado las tropas en rebelión tuvieron conocimiento del fracaso y de la ausencia del jefe y empezaron a deliberar sobre tan triste percance.

La oficialidad comprometida arengó a las tropas demostrándoles lo contraproducente de la lucha en tales condiciones y les aconsejó la vuelta a los cuarteles respectivos, puesto que ellos, los oficiales, eran los únicos y directos responsables de la sublevación.

Al mando de los sargentos se hizo la contramarcha y los oficiales se dispersaron, escondiéndose unos, como su jefe, y huyendo, otros, al Uruguay vecino.

Sólo un capitán, el capitán Altomonte —antiguo patotero urbano con tanta fama de valiente como el propio coronel Espinilla, el asaltante invicto de *El Trabajo*—, sintiéndose también héroe temporal, determinó no entregarse y continuó alzado con su gente —la compañía que mandaba y los reclutas y simpatizantes de la

patriada que pudo rejuntar en su marcha—, resuelto a *peliar* por cuenta propia, como dijo, no sin gracejo, repitiendo la gráfica frase del gaucho Berón, cuando éste compró el cañoncito de marras cansado de achurarse en servicio de odios ajenos...

En persecución del capitán Altomonte hubo que mandar una columna de ejército para coparlo y obligarlo a rendirse con la menor efusión de sangre, cosa que no ocurrió, porque después de varias danzas y contradanzas militares por el desierto, se desbarató la compañía, esfumándose con ella la postrer esperanza de los motineros.

Y así se puso término en el terreno militar a la histórica asonada.

* * *

Pero otra cosa digna de mención ocurrió en el terreno civil. El jefe fracasado era sin duda alguna hombre de cálculo. Pensó, y pensó cuerdamente, que sólo un gesto de desprendimiento excepcional podía salvarle. Era hombre de fortuna, estanciero rico que había trabajado con éxito —el mismo caso de Rosas— y puso a disposición del desastre, es decir, para repararlo en lo posible, todo su haber. Mientras duró el proceso provocado por la asonada, atendió con su peculio personal a toda la oficialidad comprometida por él, así como a las familias abandonadas. Desde su escondrijo —que fue un misterio siempre— manejó con sagacidad el tinglado levantado para administrar su derrota, que la suerte y su habilidad innegable, ya que no su heroísmo, debían convertir en triunfo con el correr de los años.

XI

PERSECUCIÓN Y DESTIERRO

Enterados los obreros de la prisión de Salvador y de sus amigos, comenzaron a agitarse, amenazando con su actitud a las autoridades.

Estas, por precaución, resolvieron sacar a los presos sociales de las cárceles urbanas y trasladarlos a los buques de guerra.

En peregrinación carcelaria salió Salvador una madrugada para ser conducido a la rada de Buenos Aires, donde estaban los presidios flotantes, dos cañoneras y un transporte, habilitados convenientemente.

Alojado en una de las cañoneras, y cuando más desesperada era su situación por el silencio con que se envolvía a su persona, llególe subrepticamente una carta firmada por el doctor Aureliano, el admirable tribuno a quien tanto debe el progreso de las ideas socialistas en la Argentina.

La carta decía: «Mi querido Salvador: Le aconsejo lo siguiente: Pida hablar con el jefe del barco y exprésele que, de acuerdo con la facultad que usted tiene, quiere ir a Montevideo. Si usted está detenido simplemente en virtud del estado de sitio no pueden obligarle a que usted permanezca ahí si es su voluntad alejarse del país. Mañana salgo en un viaje rapidísimo para Montevideo con el fin de asistir a un mitin en favor de ustedes, organizado por los elementos liberales. Suyo, affm. A.»

Salvador contestó así: «Agradezco el consejo; pero será inútil mi gestión ante el comandante. ¡Aquí no hacen caso ni a Dios! Tenga

usted en cuenta que los comandantes son ahora carceleros... ¡Qué quiere usted! Más eficaz sería que usted diera, en mi nombre, y ante la autoridad correspondiente, el paso que me indica. Queda usted autorizado. S.»

Otra carta del doctor Aureliano:

«Recién llego de Montevideo. El mitin se ha realizado con gran entusiasmo. Hablaron Cáceres, el poeta Petroni, una maestra y yo. Nuestro Gobierno sigue oprimiendo a los obreros arbitrariamente. Ya no son solamente ustedes, los anarquistas, las víctimas; nosotros, los socialistas, vemos también clarear las filas. Insisto en mi consejo: Hable con el jefe del barco e indíquele que usted opta por el destierro. Lo saluda A.»

Con un exabrupto, que su amigo no se merecía, contestó Salvador verbalmente, rechazando la indicación y resuelto a quedarse prisionero en el barco para toda su vida si es que en realidad su libertad dependía de la entrevista con el comandante.

El doctor Aureliano, con una gentileza que Salvador supo apreciar siempre, desechó el exabrupto no sin lamentarlo con amargura, como se verá por esta otra carta en que le comunicaba la orden de destierro: «Mi querido Salvador: Antes de empezar debo expresarle que he lamentado que usted no haya interpretado bien mi consejo repetido insistentemente. Creí que usted sabía que yo no era capaz de indicarle un procedimiento que estuviera en pugna con su altivez de luchador. Pero, en fin, ya está usted libre y más fuerte que nunca. Lo que siento es no poderle dar un abrazo. ¿Detalles sobre mi

gestión? Me presenté a las autoridades con su autorización y les expresé que usted tenía derecho a ser deportado. Que usted así lo exigía, e inmediatamente el ministro del Interior dictó la orden para que usted fuera embarcado con destino a Montevideo. ¡Que se le teme sería pueril que yo se lo dijera! La prórroga del estado de sitio por seis meses obedece exclusivamente al temor por parte del Gobierno de que se produzcan acontecimientos obreros provocados por ustedes. Un abrazo muy fuerte de su amigo A.»

Y Salvador vio de nuevo abiertas las puertas de su cárcel, pero saliendo esta vez para el destierro.

* * *

Y aquí se trunca el diario de Salvador. Aquí hay un bache que el novelista espera poder llenar algún día. Hasta ahora sólo ha encontrado sobre esta época unas copias de cartas y unos vagos apuntes cuya lectura no quiere demorar a sus lectores. Helos aquí:

Carta de un corresponsal extranjero, el poeta suizo-argentino, tan popular en Buenos Aires en la época de este relato: «Querido Salvador: Por fin puedo corresponder contigo sin trabas ni vigilancias. Bien hubiera podido enviarte a la cañonera unas líneas, pero iban a resultar tan insulsas como contrariadas en su estilo, que se me rompía la pluma cada vez que intentaba violar tu incomunicación. Te voy a dar una gran noticia que volverá más elocuente mi forzado silencio. Desde el 28 de febrero, a la una de la tarde, soy «el esclavo propietario» de un hermoso varón, nacido libertario y que se denominó Carlos Eduardo Laurent. Te habrán llegado dos Boletines que se publicaron merced al empuje y la valentía de B., ayudado por muchachos decididos que me es doloroso no poder nombrar tampoco por temor al gabinete negro.

Hay elementos para publicar otros, pero se ha suspendido la tirada en virtud de tu constitucional traslado a la tierra de los orientales. Estuve anoche en casa de N., donde me dieron todos los detalles del asalto a tu casa por la policía. Actualmente todos nos indignamos al reconstruir con la imaginación el innoble atentado de los polizontes abocando sus revólveres legales sobre el pecho de tu admirable y serena hermana. No alargo mi carta porque acaricio el proyecto de cruzar el río para hacerte una visita aunque sólo sea de algunas horas. Te abraza fraternalmente, C. A. Laurent. (Padre de familia y redactor de *El Trabajo*.)»

Contestación de Salvador:

«Querido Laurent: Recibí tu carta, tu primera, tu única carta, durante estos largos meses de cárcel y deportación... No voy ahora a relatarte nada de mis peripecias ni de las de mis compañeros. Son muy largas y pienso que ellas han de servirme de tema para una crónica que, a fuer de quien soy, ha de resultar interesante y pintoresca. Por lo demás, tú tienes suficiente serenidad —iba a escribir cachaza— para postergar tu curiosidad hasta que la crónica se publique... ¡Eres padre y eres egoísta! Me lo prueba tu carta. Desde que tienes un hijo no piensas sino en él. Ese es el mal presente: no pensar más que en uno y en los seres en que se desdobra. En el fondo de esta frase hay un pequeño castigo para tu silencio. Si lo ves a Martínez (otro silencioso...) dale mi dirección en ésta. (¿Ha tenido hijos Martínez?...) Espero, necesito, quiero noticias de allí. ¡Qué hacen todos! ¡No hay una voz, no hay un grito! ¡Cómo no surge de ninguna parte un rayo de juventud fulminando el abuso, incendiando la iniquidad! ¡Te aseguro que cuando medito en ello ganas me dan de embarcarme en una lancha para caer cualquier día en Buenos Aires con una tea en cada mano! ¡Hasta entonces,

Laurent! Espérame en el puerto con tu hijito en los brazos... Tuyo, Salvador.»

Otra dice:

«Compañero Salvador: Estamos aquí sin una noticia que merezca crédito. De repente usted anda desterrado, o lo asesinan por ahí los esbirros; luego, todo es falso, por otra noticia. Y así, noticia va, noticia viene y canard que corren, estamos sin resuello. Estoy apurado, va a salir el vapor; escriba. Adiós. Dé noticias. Salud. Félix.»

* * *

Y aquí perdemos la pista del combatiente. Lo único que el novelista ha podido averiguar hasta ahora es que Salvador continuó desde Montevideo haciendo flamear su bandera de rebelde, hasta que un día las propias autoridades le abrieron las puertas de su país convencidas de su temibilidad aun en el extrañamiento.

XII

TÍO Y SOBRINO SE SEPARAN

Una de las grandes amarguras de los hombres que luchan por ideales sociales es el abandono que sufren por parte de los seres queridos, de los más allegados por la amistad o el parentesco.

Para Salvador de la Fuente había llegado el momento de sufrir esa amargura.

Mientras su prédica no comprometió su posición ni su libertad, vale decir, mientras no hubo peligro para él y para los que le

rodeaban todo marchó sin inconvenientes; pero en cuanto las sombras aparecieron rodeándole, muchos de los afectos con que creía contar fueron debilitándose unos, y, otros, anulándose del todo.

Impulsado por la fiebre de idealidad que le encendía, a todo hizo pecho el combatiente, y todo se estrelló contra la roca de su voluntad. Pero el sentimiento más profundo que en este sentido conmovió su corazón, fue el causado por la actitud inconsulta del tío Melchor, quien, en realidad, le había alentado hasta entonces en muchas de sus empresas.

El acontecimiento se produjo, precisamente, a su regreso de Montevideo, y a raíz de la gran campaña de Salvador contra la ley de expulsión de extranjeros que él consideraba atentatoria al espíritu y la letra de la constitución argentina.

Frente a frente el viejo tío, combatiente de ayer por ideales ya caducos, y el joven propagandista de principios y dogmas nuevos, se promovió un diálogo vivaz y sostenido con gran pasión por ambos y que terminó así:

—¡Los gringos van contra la patria, che! ¡Hay que exterminarlos!
—dijo el viejo.

—¡No. Los gringos ayudan a hacerla. Hay, pues, que dejarlos vivir, en paz y ampliamente. La patria de ayer la hicieron ustedes con gringos también. Déjennos a nosotros hacer la patria nueva — contestó el joven.

—Es inútil. No me convencés. O es que quizá esté yo ya muy viejo para entenderte.

Y sin entenderse esta vez se separaron para siempre tío y sobrino.
¡Oh, dolor!

XIII

BROTA EL AMOR

Desde un jardín provinciano había llegado a Buenos Aires, en forma de mujer, una flor tucumana cuyo destino parecía el de perfumar de amor la existencia del formidable combatiente que era ya a la sazón el héroe de este relato.

El Trabajo, a quien ahora dedicaba Salvador todo su tiempo, le había alejado completamente de la vida bohemia donde estuviera a punto de zozobrar.

Con excepción del poeta, Mimí y Lola la Marquesita, que solían visitarle en grupo cuando el primero le llevaba algún soneto —nunca pasó de catorce líneas su colaboración— para publicar en la edición literaria —soneto que debía ser abonado inmediatamente, porque esa era la condición inquebrantable impuesta por el autor—, no veía ya a ninguno de los amigos del «Café Cosmopolita».

Alguna noche, una ráfaga nostálgica le perturbó un instante; pero el vértigo de la lucha le envolvía, sofocando el primer impulso que le hubiera llevado directamente al sitio donde tantas horas indolentemente amables o alegremente borrascosas pasara.

Una tarde, al bajar al comedor de su casa —levantábase a esas horas porque la tarea periodística le absorbía hasta las primeras de

la madrugada— para almorzar junto a la madre que le esperaba siempre, deseosa de conversar con el hijo en el único momento que tenía de tranquilidad diaria, la gran mujer le sorprendió gratamente con una presentación:

—Tu prima Angélica que acaba de llegar y quiere conocerte.

Y a ésta:

—Ahí lo tienes. Este es tu primo Salvador. Abrázale.

Y la madre, sin pensarlo, juntó en aquel momento dos corazones.

* * *

La prima Angélica era una maravilla de muchacha.

Gentil, fina, morena, ojos de abismo, con luz espiritual en toda su persona, diríase un producto quintaesenciado del trópico.

Salvador entrevió en ella a la novia ideal de sus ensueños, la mujer toda pasión, capaz de llenar la inmensidad de sus ansias amorosas.

La novia ideal, la mujer de sus delirios, acababa de presentarse ante sus ojos de iluminado. Surgía radiante, magnífica, perfecta, la musa perturbadora, carne y espíritu, símbolo admirable del amor verdadero.

Y en el fondo de su ser sintió Salvador que algo fundamental lo conmovía, agigantándolo como hombre.

Era la pasión que aparecía envolviéndolo en sus ondas.

* * *

A pesar de la sutileza de su espíritu y de la penetración que demostraba para todas las cosas, la madre de Salvador no vio en los

primeros momentos de la entrevista con Angélica la impresión profunda causada en el ánimo de su hijo por la presencia de la gentil muchacha.

Al fin era madre, y los ojos de las madres suelen equivocarse cuando se trata de estas cosas.

Ella veía en la bellísima parienta una hija más, y, como tal, la consideró al recibirla en su casa.

En cambio, Salvador sintió en su presencia el golpe amoroso que debía sacudirlo hasta lo más hondo de su temperamento pasional.

Los devaneos superficiales de Salvador con las mujeres frívolas y fáciles que había encontrado en su camino, y aun la aventura con la Marquesita, de más serias apariencias, habían sido sólo como ensayos o preludios del gran capítulo amoroso que iba a iniciarse en el libro de su vida.

Desde el primer instante del conocimiento con su prima, él tuvo la evidencia de que el amor acababa de revelársele.

Bella y valiente era la joven. Había venido hacia él conociéndole en espíritu, amándole en secreto desde el rincón provinciano —aquel jardín de la República, como denominó un alto poeta al Tucumán florido que fue su cuna—, sabiendo de sus dolores, de sus arrestos de combatiente, de sus idealismos sin mácula, de su inmensa fe de poeta en la bondad y la belleza. Cuando le vio, ella sabía que le amaba ya...

Al encontrarse frente a frente del amado, podía decirle:

—Tú amas a los tristes y los levantas de su abyección. Yo te amo a ti y para ti guardo el fuego de mis caricias. Tú eres fuerte y, en defensa de los que sufren hambre y sed de justicia, blandes tu

espada radiante de joven e irreducible combatiente. Yo en el filo de tu espada pongo la flor de mis afectos y perfumo el camino áspero por el que marchas. Oleo y perfume soy suavidad y gracia para tu vida dolorosa y violenta. Soy el amor que vigila, que acompaña, que ilumina y que ampara. ¡Tómame!

* * *

Salvador ama y sufre. Sufre porque cada vez la vida le presenta mayor número de obstáculos para su conquista y porque sabe que, a medida que avance en su camino de luchador y de rebelde, más abrupto será ese camino, más abrocales tendrán que atravesar sus pies que ya sangran, más puñales amenazarán su pecho desnudo, más sinsabores tendrá que ocasionar a los seres que le rodean y quieren.

La madre y la hermana —esa hermana que ha crecido a su lado como una flor exquisita, impregnada de sus ideas como de propio perfume; esa hermana que será consuelo, alivio y luz de bondad en su borrasca— sufren también y en silencio porque comprenden. Comprenden que aquel hombre tan fuerte y tan altivo se encontrará un día sin compañeros que puedan seguirle, cercado por todas las fuerzas de la ignorancia ambiente, por todas las injusticias de una sociedad organizada sobre la violencia y que, creyéndose amenazada en sus bases, echará mano de todos los recursos para anularlo o vencerlo.

Y la lucha bárbara, en su período más enconado, comienza en el preciso instante en que por primera vez Salvador encuentra el amor en su camino. La novia ideal, aquel vaso de pureza, sufrirá por su culpa los encontronazos sin compasión de su dolorosa suerte.

Y ésta ha de ensañarse con él. Porque la suerte es adversa siempre con los seres de luz que no saben rastrear el suelo; con las inteligencias altivas que, por altivas y reveladoras, flotan siempre en regiones de tempestad.

* * *

Absorbente, embargador, fulminante, como correspondía a su temperamento excesivo, apareció el amor en nuestro héroe.

Todavía repartía su tiempo entre la lucha y su amada; pero los compañeros habían notado ya un desvío en las tareas del periodista.

Alarmados por su actitud indagaron la causa. Y supieron: Salvador estaba enamorado.

Todas las horas parecíanle pocas para dedicarlas a la mujer de sus sueños, aquella flor magnífica que aparecía en su camino como el más envidiable de los premios. ¡Cuánta dulzura, cuánta fe nueva, qué confortamiento en medio de tanta pena, de tanta amargura, de tanta desolación!

Había llegado a verse solo y triste; solo y triste porque se consideró abandonado por aquellos seres a quienes él creyó más afines; aquellos que estaban más cerca de su sentimiento familiar o amistoso.

Parientes y amigos que ayer se consideraban orgullosos de estar a su lado cuando el nombre del escritor joven empezó a brillar en las grandes publicaciones del país, habían llegado a desconocerle, a mirarle como a un extraño, y aun a negarle en absoluto cuando el peligro apareció cerniéndose en forma de tormenta sobre la cabeza audaz y bravía del combatiente.

El rompimiento definitivo con el tío Melchor, aquel hombre a quien tanto quería, a quien tanto había respetado, cuyos sentimientos consideró siempre puros, libres de todo egoísmo miserable, había colmado el vaso de su dolor.

Y era, precisamente en ese minuto supremo de su vida, cuando la angustia desgarrante de las hondas desesperanzas le roía el noble espíritu, cuando surgía en su horizonte sombrío aquella figura de luz purísima, aquella extraordinaria mujer que él miraba como un regalo inapreciable del destino.

Nunca un amor más grande, más puro y más humano agitó un pecho joven, abierto a todas las ansias de la vida. ¡Oh, luz de pasión, fuego sagrado, llama inextinguible, hoguera inmortal!

XIV

OTELLO CRIOLLO

Unos celos locos, desorbitados, feroces, empezaron a morderle el alma. ¿Por qué celaba a su novia Salvador? En realidad, eran aquellos unos celos retrospectivos sin fundamento alguno. Él no conocía el pasado de Angélica, su vida provinciana allá en el rincón florido que fue su cuna. Y sufría absurda, arbitraria, pero espantosamente pensando, reconstruyendo con la imaginación escenas que pudieran haber ocurrido con su novia y algún otro protagonista, algún rival desconocido, pero como si, en efecto, él hubiera sido siempre el enamorado y el dueño de aquella mujer.

Ella, la novia ideal, que le amaba con todas las energías de las grandes pasiones, adivinando el dolor de aquel sentimiento, trataba

con habilidad femenina de encauzar su violencia. Pero el cuitado en vez de calmarse se enardecía llegando al paroxismo del sufrimiento. Un día creyó enloquecer de amargura. Unas flores mustias, unos recuerdos secos y hasta unas cartas mezcladas entre ellos y encontradas entre las hojas de un viejo libro de familia y que él no supo interpretar en su verdadero valor, lo desquiciaron, produciendo en su ser una explosión de sentimientos que le abocaron al drama.

—¡Comprendo a Otelo! —rugió un día, llevado en un arretrato casi definitivo, a la plenitud del sentimiento celoso.

—A Otelo, sí —exclamó la novia iluminada—, porque Otelo basaba su sentimiento en algo que podía ser presente y verdadero; pero tú eres peor que el moro trágico, porque te apoyas en el pasado, que es como hacerlo en el viento, en el olvido o en la tumba.

Y así, con argumentos tan claros y contundentes, la novia gentil, inteligente y apasionada supo por fin calmarle llevándolo al terreno de las realidades humanas y divinas... Ella lo amaba con el convencimiento de todo su ser, con la totalidad de sus fuerzas y nunca —ayer, hoy, mañana— imagen alguna había ocupado su fantasía en la forma que la del amado único y predestinado. ¿Cómo era posible que él, el luchador intrépido, el moderno rebelado contra prejuicios y rutinas, el defensor de todas las libertades, incluso la del amor, podía caer en semejantes contradicciones? Sin duda alguna, un sentimiento ancestral y absurdo le dominaba, inhibiéndole mentalmente, sofocando la claridad de su pensamiento al avivar la hoguera sangrienta de su corazón.

Y él, entonces, avergonzado ante la mujer superior que, entendiéndole, había sabido aplacarlo por virtud del cariño, estalló en el grito de la pasión que lo enloquecía: —¡Bendita boca, la que

con miel en los labios, le endulzaba la vida, esa vida de dolor y de lucha que era su vida!

Sí, ahora serenada su alma, él volvería a la acción, a la noble tarea social y redentora a que se había consagrado con una dedicación digna de la gran causa de los humillados y los tristes.

Y así, con el estímulo de aquella novia admirable, empujado por su voz, comprendidos, compenetrados sus espíritus, continuó el luchador más firme cada día, casi feliz en medio de la tormenta que verá su vida y donde acababa de aparecer aquel astro de luz reguladora.

XV

LIBERTAD

Un día, ya avanzados aquellos amores, ella resolvió unir definitivamente su destino al hombre de sus sueños. Y lo hizo convencida, sin extorsión, sencilla, honesta, pero valientemente, con la pureza femenina con que había vivido, saturada de idealidad.

Saltando sobre prejuicios y convencionalismos sociales, contra los cuales luchaba Salvador, dando una lección de energía única, dentro del círculo conservador en que se mecía su existencia, ella, la gentil muchacha, mostróse digna del compañero.

En una carta, llena de altivez, comunicó a sus relaciones íntimas la resolución heroica. La carta rezaba así:

«Querida amiga: En nombre de la amistad que nos ha ligado siempre, quiero darte noticia del acto que en esta fecha realizo. Sin

más sanción que la de mi conciencia y con la aprobación de algunos de los míos, será desde hoy el compañero de mi vida el elegido de mi corazón: Salvador de la Fuente.

Tu amiga,

Angélica.»

Las amigas, al enterarse, se espantaron. Pero ¿era posible aquello? Algunas, las que habían gozado de sus confidencias, la disculpaban, aunque sin atreverse a sancionar su conducta; pero ninguna llegó a admitir aquel paso, y el vacío más absoluto rodeó a la pareja.

Los parientes y amigos más cercanos pusieron el grito en el cielo, y las más formidables amenazas flotaron sobre la cabeza de Salvador. El peligro le cercó en tal forma que hubo momento en que sólo por coincidencias extraordinarias salvó incólume su persona de encuentros y choques alevosos.

* * *

Coincidiendo con este acontecimiento, ensayo de amor libre, como comentaron todos, prodújose otra perturbación política que conmovió al Gobierno, sucediéndose como consecuencia otro período anormal en la vida constitucional argentina.

Obligado Salvador a salir de la capital, lo hizo rebotando en la Pampa y en la forma de que dan aproximada idea las cartas siguientes cambiadas con su amigo Martín Latorre, el tribuno poeta que tanta participación tomara en la revolución del Arsenal, a quien Salvador consideraba un maestro y con el que había llegado a estrechar honda y perdurable amistad.

«Barcelona, enero 15 de...

«Mi querido Salvador: ¿Por qué me tiene olvidado? Hace tres meses le escribí sin obtener hasta hoy contestación de usted. Resuelvo insistir en la confianza de que su silencio tendrá cualquier motivo, excepto el de una indiferente despreocupación para este amigo ausente que estima tanto nuestra amistad en el afecto personal que le profeso y en las solidaridades intelectuales y morales que nos vinculan.

»Lo imagino de nuevo en la lucha, y que por eso le ocurre, como a mi muchas veces, ir aplazando el momento de escribir, en espera de hacerlo tal vez más extensamente de lo que le permiten sus atenciones y preocupaciones diarias; pero yo que por propia experiencia sé que la buena intención de escribir la carta larga interrumpe la realidad de la carta oportuna, aunque corta, le reclamo, por lo menos, una de esta clase, dándome sus noticias, que las deseo vivamente.

»Recibo con alguna irregularidad su periódico, y a través de sus páginas lo adivino a usted envuelto otra vez en la vorágine de la que tanto deseaba verlo a usted —no desligado, porque eso sería empalidecer su personalidad—, sino momentáneamente substraído de aquel campo de acción, para reaparecer en él más tarde enriquecido psicológicamente con el estudio y la observación directa de los centros en que la lucha social y la fermentación de las ideas nuevas tiene mayor intensidad, más unidad y más lógica que la de sus repercusiones en América.

»¿Ha desistido ya de su proyecto de viaje a Europa? Sería lástima. Está usted en la hora de su vida y en la etapa de su carrera en que más le conviene realizarlo. Dígame lo que ha resuelto al respecto.

»Suyo amigo affmo.

Martín Latorre.»

«La Angélica, febrero 23 de...

»Mi querido amigo: Su carta de enero 15, segunda de las tuyas, pero primera que llega a mis manos, acaba de darme un alegrón. Gran extrañeza me causaba su silencio, y, a la verdad, no sabía a qué atribuirlo. Mucho lamento el extravío de su primera, motivado seguramente por mis andanzas y peripecias recientes, entre las que deben anotarse cambios de domicilio, nuevas prisiones y hasta una peregrinación por la Pampa, adonde fui a recalar con familia y todo y en cuyo corazón hemos levantado una vivienda construida en forma primitiva, con estas manos nuestras, si no suficientemente hábiles, fuertes todavía y aptas para eso y mucho más... ¡Tengo una confianza en ellas! Como que ahora estoy sembrando lo que al cosechar ha de darme lo necesario para realizar ese viaje a Europa del que usted y yo esperamos tanto. En fin, querido amigo, déjeme usted expansionarme así. Yo vivo de entusiasmos, y es en medio de los más grandes contratiempos, rodeado de las más duras persecuciones cuando más crece la confianza en la vida y en mí. También es cierto que cuando el horizonte se llena de sombras surge el rayo guiador del caminante en la noche. En mi noche yo confío en que ha de aparecer el rayo, pero no quiero ser como el personaje de Hugo, que se sentó a esperar el alba. Yo provoco la luz, quiero hacerla con mis manos...

»Muy suyo amigo affmo.

Salvador de la Fuente.»

«Barcelona, mayo 8 de...

»Mi querido amigo: Mi anterior carta, en que le bacía un vivo reclamo por su largo silencio, se ha cruzado con la suya en que me lo explica por los motivos que yo presumía, y que son en usted tan naturales y, por naturales, legítimos, como todo lo que constituye una necesidad fundamental de nuestra vida o una ley de nuestro destino.

»Yo ya sabía que el ave de tempestad había de volver a la tempestad, de modo que no me sorprende lo que me cuenta de nuevas prisiones y percances; lo que sí me ha resultado nuevo, aunque no extraordinario, porque tratándose de usted lo único extraordinario es lo que no sucede, lo que me ha resultado nuevo al par que interesante es su rebote al fondo de la Pampa, donde me dice que ha levantado una vivienda elemental trabajada con sus propias manos. ¡Qué hermoso y sugestivo me parece todo esto! No en el sentido con que la apreciación vulgar lo puede atribuir a un rasgo romántico, no, sino al contrario, bajo el concepto de una profunda realidad simbólica de nuestra vida nacional en su evolución presente.

»Lo que usted, de modo inesperado y en actitud estética, por efecto y como expresión de sus afanes libertarios, ha hecho ahora en el fondo de la Pampa yo lo hice deliberada, silenciosa y burguesamente hace cinco años en un rincón de los Andes; y lo que yo entonces en la montaña y usted ahora en la llanura, deben y tendrán que hacerlo más temprano o más tarde miles de miles de hombres pertenecientes a todos los gremios, que en nuestras ciudades, pero principalmente en la capital, se amontonan y atropellan, los unos arrimándose a todos los ramajes, como parásitos, los otros, revolviéndose en todas las agitaciones como rebeldes, y los más, yendo y viniendo y rondando los contornos de aquellos dos extremos. Todos esos, inmensa masa sobrante que encarece el consumo sin servir a la producción, tienen que hacerse elemento de producción, tocando en nuestro suelo cualquiera de sus innumerables fuentes intactas. Allí está quizá la solución del problema social que ustedes agitan y que a todos preocupa; allí están las únicas realizaciones posibles de lo que ustedes predicán y enseñan; allí el hecho de sus teorías; allí la carne de su verbo. ¡Amalaya pudiera usted perseverar en lo que me cuenta! Eso, siendo en la apariencia lo opuesto, es, sin embargo, de un valor moral equivalente al viaje por Europa que yo deseaba tanto para usted. Nada como aquello podía haber hecho el destino más concordante con usted mismo, ni de un llamamiento más eficaz para que ascienda usted desde la base hasta la cumbre de su misión de apóstol popular y de poeta; su vida batalladora en medio de las multitudes le ha dado a usted ocasión de sentir la naturaleza en el hombre, ahora sentirá usted al hombre en la naturaleza.

»Esa nueva situación le ha inspirado y a ella se aplican, mejor que a ninguna otra, las hermosas palabras de su carta que pueden servir como divisa a su blasón y a todos los buscadores de claridad y

obreros de vida: —Yo no quiero sentarme al borde del camino a esperar el alba; yo provocho la luz; quiero trabajarla con mis manos
»Le abraza con la cordialidad de siempre su afectísimo,

Martín Latorre.»

XVI

LA VISIÓN DORADA

Un día nefasto la flor exquisita amaneció mustiada en su tallo.

La madre de Salvador tembló al verla. Una noche de insomnio le había dado el aspecto de los seres próximos a alejarse del mundo.

Angélica se moría.

Moría en la plenitud de sus fuerzas, en el cénit de su vida, después de haber derramado la esencia de su espíritu como el más puro de los regalos en el corazón de su amante.

Y así, pura y doliente como había vivido, se despedía, sonriendo, de las almas que le dieron todo su amor.

En medio de la Pampa ubérrima, de aquel jardín maravilloso, en el rancho levantado por el esfuerzo de Salvador para abrigar en él a su gran cariño, caía la amada, víctima de un mal misterioso, extinguiéndose en silencio como una luz de bondad.

Sin una queja iba a dar el paso supremo, reclinada su frente sobre el pecho del amado, loco de dolor, de desesperación y de impotencia.

—Yo me voy, pero tú sigues —dijo de pronto, como contestando al pensamiento que Salvador trataba de ocultarle.

—¡Maldita sea mi vida si tú mueres! —exclamó Salvador...

—¡Bendita sea tu vida, que pertenece a los tristes, a los perseguidos y a los que gimen bajo todos los látigos de la impiedad y la injusticia!

—¡Maldita sea!...

—Dime tu palabra de hombre, tu palabra que no puede engañarme al borde de mi tumba; tu palabra que se hará luz en tus labios por virtud de la promesa. Yo quiero que vivas. ¡Prométemelo!

Y mirándole fijamente con sus ojos bellísimos, donde la última llama de amor humano resplandecía, ya en el tránsito, aquella alma sublime arrancó a Salvador la promesa solemne.

Al entrar en la eternidad la hermosa flor del trópico sonrió agradecida. Y esa sonrisa, al extender su efluvio sobre la gentil figura, pareció convertirla en un ascua dorada. Así la vio entonces, y ya para siempre, Salvador: resplandeciente y dorada, como bruñida por el dolor y la bondad. Que eso había sido ella en la vida: ascua de amor vivo, nimbada por el oro purísimo de la abnegación.

XVII

ARANDO EN EL MAR...

¿Qué hará ahora Salvador, muerta la flor de su cariño? ¿Permanecerá en la Pampa donde levantara, con el esfuerzo de su brazo, el nido de sus amores triunfantes, nido destinado a convertirse en la tumba prematura de su felicidad sobre la tierra? ¡Pobre león herido en lo más noble de sus entrañas!

¿Qué hará ahora Salvador? ¿Darse a la desesperación? ¿Entregarse como un vencido, ante la fatalidad y ante la muerte? ¿Y la promesa a la novia formulada en las puertas mismas de la eternidad?

Envuelto en la onda de su dolor pensó que sólo la continuación de la lucha por sus ideales y el trabajo, dignificador por excelencia, podrían salvarle. Y fue precisamente en ese momento de angustia cuando la realización de su proyectado viaje a Europa le preocupó seriamente.

Europa acababa de salir de la más cruel y bárbara de sus guerras, esa hecatombe acusadora del fracaso de un régimen, el régimen capitalista y estatal moderno. ¿Por qué, se dijo, no ir a recoger en ella, directamente, como se lo aconsejaba su grande y noble amigo Martín Latorre, las enseñanzas de aquel cataclismo para aplicarlas en un futuro próximo a la región maravillosa de América que fue su cuna?

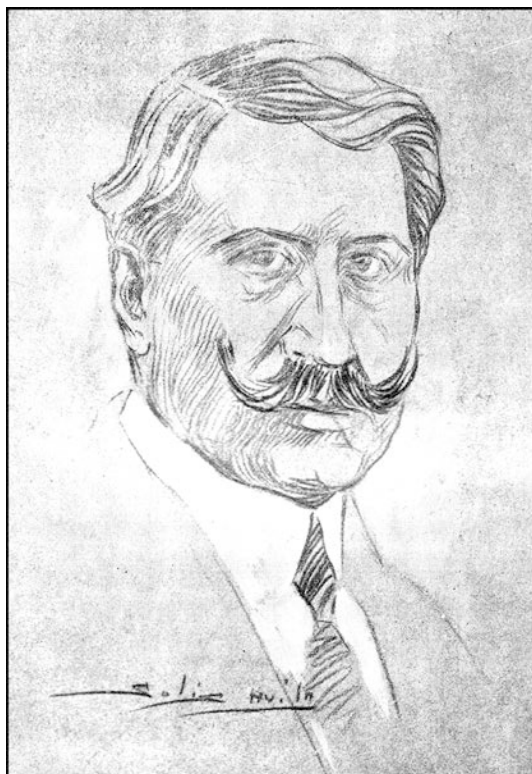
Y sin calcularlo dos veces, un día se echó sobre el mar.

Y así llegó a Barcelona donde, como hemos visto, sufrió nueva prisión, en la que redactara su diario argentino que ha servido de base al novelista para el presente relato.

Entonces, como aquel gigante de nuestra historia que se llamó Bolívar, pensó en el encierro —tal aquel al asomarse al misterio—, que él también había vivido arando sobre el mar...

Y fue al despertar de una noche triste, en la cárcel lóbrega, su primera cárcel deparada en Europa por el destino, que una voz dulcísima, la voz de la amada muerta, ya inmortal en su espíritu, le susurró en el oído la frase reveladora que debía alentarle siempre: —Ningún redentor trabaja para el presente; sigue, sigue como hasta ahora, los ojos fijos en el porvenir, aunque tus pies se despedacen sangrando sobre la tierra.

F I N



ACERCA DEL AUTOR

Como dice D. A. de Santillán «Alberto Ghiraldo, poeta rebelde y luchador de personalidad propia, encarnó una modalidad especial de la propaganda, no alcanzada por ningún otro en el país». Las revistas que publicó fueron únicas en su clase «por su carácter popular, por su amplitud de miras, por la libertad que daban a la expresión de ideas afines, sin que por eso perdieran nunca su carácter libertario». Nacido en Mercedes (provincia de Buenos Aires) en 1875, murió en Santiago de Chile en 1946. Adepto primero del radicalismo de Leandro Alem, se hizo pronto anarquista por influencia de Pietro Gori. Dirigió más de una vez, y siempre en circunstancias particularmente difíciles, *La Protesta*. Entre 1898 y 1902 publicó *El*

Sol; en 1904-1905, *Martín Fierro* (revista en la que colaboraron entre otros, Agustín Álvarez y Roberto Payró); desde 1909 a 1916, *Ideas y Figuras*. Poeta prolífico y dramaturgo de éxito, entre sus piezas teatrales más aplaudidas figuran *Alma gaucha* (1909); *La Columna de Fuego* (1913) y *Los Salvajes* (1920); entre sus poemarios deben mencionarse *Fibras* (1895); *Música prohibida* (1904); *Tiempos nuevos* (1911-1912); *La canción del peregrino* (1922); *Cancionero libertario* (1938); *Canto a Buenos Aires* (1946). Ejemplos de su prosa combativa son *La tiranía del frac* (1905); *Crónicas argentinas* (1912); *La Ley Baldón* (1915); *El peregrino curioso* (1917); *La Argentina: estado social de un pueblo* (1922). En 1928 dio a luz una novela autobiográfica, *Humano ardor*, en la cual relata las luchas obreras y anarquistas de los años heroicos. Entre todas sus poesías ninguna tan representativa de la lírica libertaria como *Madre Anarquía*, publicada «en un período de terror policial, cuando todos los espíritus se hallaban oprimidos por el matón reaccionario». En los últimos veinte años de su vida, aunque un tanto al margen de la lucha sindical y de las organizaciones anarquistas, publicó todavía, sin desmentir nunca su ideología libertaria, *Yanquilandia bárbara* (1929); *Cuentos argentinos* (1935); *El pensamiento argentino* (1937). La estrecha amistad literaria que lo había unido con Rubén Darío desde 1912 lo movió a publicar su archivo en 1943. Sin embargo, su poética difiere mucho de la de éste en la materia y en la forma. «Se ha dicho que sus recursos artísticos son simplísimos, tanto en el verso como en la prosa, y es cierto en cuanto con ello quiera decirse suma claridad, pues Ghiraldo escribe para que lo comprendan aquellos que más necesitan de una palabra orientadora. Su verso está al servicio de la causa de su ideal. Y encuentra eco en el pueblo, pues en su tiempo, ningún poeta fue tan popular como él, exceptuando a Alfonsín.

De sus libros se repiten las ediciones, que pronto se agotan. Folco Testena traduce al italiano algunos de sus poemas. Y en los puestos de diarios y revistas se venden al público y se remiten a los pueblos del interior del país, solicitados como los de ningún otro. En sus versos, como en todas sus obras, cualquiera que ella sea, está Ghiraldo, tal cual es. La poesía tiene tono de arenga, es cierto, pero, agitador de ideas y de sentimientos como es, trasunta en ella el fervor de su hondo humanismo. Su pluma es siempre un arma de combate». En *Música prohibida* se dirige al pueblo sufriente para decirle: «Yo soy el trovador de tu miseria». Y convoca:

¿Conmigo los hambrientos y los tristes!

¡Conmigo los malditos y desnudos!

¡Conmigo madres locas porque vieron
padecer a los hijos infortunios!

¡Conmigo niños pálidos y enclenques
cuya sangre absorbieron los ventrudos!

¡Conmigo la canalla macilenta
que ruge en las cavernas del suburbio!

¡Conmigo prostitutas y ladrones!

¡Conmigo los leprosos y los sucios!

¡Conmigo los que lloran y se arrastran!

¡Todos los alejados del mendrugo!

Cualquiera sea la distancia que el postmodernismo y la poesía pura hayan establecido entre la obra de Ghiraldo y la sensibilidad

surrealista o hermética de nuestros días no es posible dejar de ver allí un vigor y una sinceridad, una generosidad y un compromiso vital que hoy añoramos. Su poesía —dijo Roberto J. Payró en *La Nación*, «es la exacta y artística repercusión de un grito del pueblo, en una página; la sinfonía de los mil gritos de ese pueblo reunido, sabiamente atenuados en otros».